

JASPER FFORDE

«Una novela que se lee como un obra de Julio Verne
escrita por Lewis Carroll... Olvide todas las reglas del tiempo,
del espacio y de la realidad: tan sólo siéntese cómodamente
para disfrutar de la aventura.»

SUNDAY TELEGRAPH



EL CASO

JANE EYRE

Lectulandia

En el mundo de Thursday Next la literatura es casi como una religión. Se ha creado una brigada especial que se ocupa de asuntos tan esenciales como perseguir los plagios, descubrir al verdadero autor de las obras de Shakespeare o detener a los vendedores de falsos manuscritos. Pero ser detective literaria teniendo a un padre cronopolicía y a un tío capaz de las más locas invenciones no siempre ha de ser una ayuda. Y aún menos cuando Jane Eyre, la famosa heroína de Charlotte Brontë, es secuestrada por Acheron Hades, antiguo profesor de Thursday Next y moderna encarnación del mal absoluto... Como bien se dice en esta novela: «Las barreras entre la realidad y la ficción son más porosas de lo que creemos.»

Lectulandia

Jasper Fforde

El caso Jane Eyre

Thursday Next 01

ePUB v1.0

Roy Batty 07.03.12

más libros en lectulandia.com

Título: *El caso Jane Eyre*
Título original: *The Eyre Affair*
Autor: *Jasper Fforde*
Año de publicación: 2001
ISBN: 978-84-666-3198-3

*Para mi padre
John Standish Fforde
1921-2000*

*Quien nunca supo que me convertiría en autor publicado
pero que igualmente se hubiese sentido muy orgulloso
... y también un poco sorprendido.*

1

Una mujer llamada Thursday Next

«... La Red de Operaciones Especiales se creó para tratar esos deberes policiales que se consideraban demasiado extraños o demasiado especializados para confiarlos a las fuerzas regulares. Había en total treinta departamentos, empezando por el más mundano de Disputas Vecinales (OE-30) y pasando por Detectives Literarios (OE-27) y Crímenes Artísticos (OE-24). Todo por debajo de OE-20 era información restringida, aunque era de conocimiento público que la CronoGuardia era OE-12 y Antiterrorismo era OE-9. Se rumorea que OE-1 era el departamento que hace de policía de OpEspec en sí. Nadie sabía a qué se dedicaban los demás. Lo que sí se sabe es que los agentes individuales en sí son en su mayoría antiguos militares o policías, y están ligeramente desequilibrados. “Si quieres ser de OpEspec —se dice—, actúa de forma algo extraña...”»

MILLON DE FLOSS

Una breve historia de la Red de Operaciones Especiales

Mi padre tenía una cara que podía parar un reloj. No quiero dar a entender que fuese feo o algo así; era una frase que la CronoGuardia empleaba para describir a cualquiera que tuviese el poder de reducir el tiempo a un goteo ultra-lento. Papá había sido coronel en la CronoGuardia y había sido muy discreto con su trabajo. Tan discreto, de hecho, que no supimos que había empezado a actuar por su cuenta hasta que sus colegas de preservación del tiempo asaltaron nuestra casa sosteniendo una orden de Apresamiento y Erradicación sin fecha tanto en el futuro como en el pasado y exigiendo saber dónde y cuándo estaba.

Papá había permanecido en libertad desde entonces; supimos por sus visitas posteriores que consideraba que todo el servicio era moral e históricamente corrupto y que luchaba una guerra de un solo hombre contra los burócratas de la Oficina de Estabilidad Temporal Especial. No sé a qué se refería con eso y sigo sin saberlo; sólo esperaba que él supiese lo que hacía y que no sufriese ningún daño haciéndolo. Su habilidad para detener el reloj se la había ganado con mucho esfuerzo y era irreversible: ahora era un itinerante solitario del tiempo, sin pertenecer a una era en concreto sino a todas ellas y sin tener hogar excepto el éter cronoclástico...

Yo no era miembro de la CronoGuardia. Nunca quise serlo. Por lo que cuentan, no es que lo pasen demasiado bien, aunque la paga es buena y el servicio presume de

un plan de jubilación que no tiene rival: un billete de ida a donde quieras y a cuando quieras. No, eso no era para mí. Yo era lo que llamábamos un Operativo de Grado I para OE-27, la división de Detectives Literarios de la Red de Operaciones Especiales con base en Londres. Es mucho menos chulo de lo que suena. Desde 1980, las grandes bandas criminales se habían metido en el lucrativo mercado literario y teníamos mucho trabajo por hacer y pocos fondos para hacerlo. Trabajaba para el jefe de área Boswell, un hombre bajito y regordete que parecía un saco de harina con brazos y piernas. Vivía y respiraba el trabajo; las palabras eran su vida y su pasión — nunca parecía ser más feliz que cuando estaba tras la pista de un Coleridge falsificado o un Fielding falso—. Fue a las órdenes de Boswell que arrestamos a la banda que robaba y vendía primeras ediciones de Samuel Johnson; en otra ocasión descubrimos un intento de autentificar una versión flagrantemente irreal de la obra perdida de Shakespeare, *Cardenio*. Divertido mientras duraban, pero eran sólo pequeñas islas de emoción en el océano de banalidades diarias que era OE-27: invertíamos la mayor parte del tiempo tratando con comerciantes ilegales, violaciones de copyright y fraude.

Llevaba ocho años con Boswell y OE-27, viviendo en un apartamento Maida Vale con Pickwick, un dodo de compañía regenerado que había quedado de los días en que la última moda era la extinción inversa y podías comprar un kit casero de clonación en casi cualquier tienda. Estaba deseando —no, estaba *desesperada* por— dejar de ser detective literario, pero los traslados eran desconocidos y las promociones imposibles. La única forma en que podría convertirme en inspectora sería si mi inmediato superior ascendía o se iba. Pero eso nunca sucedía; la esperanza que tenía la inspectora Turner de casarse con un hombre Perfecto acaudalado e irse del servicio era sólo eso: una esperanza, ya que a menudo el hombre Perfecto resultaba ser el señor Mentiroso, el varón Borracho o el caballero Ya Casado.

Como dije antes, mi padre tenía una cara que podía detener un reloj; y eso fue exactamente lo que sucedió una mañana de primavera mientras me tomaba un sándwich en un pequeño café no lejos de casa. El mundo parpadeó, se estremeció y se detuvo. El propietario del café se quedó congelado en mitad de una frase y la imagen del televisor se detuvo de inmediato. En el exterior, los pájaros colgaban inmóviles del cielo. Los coches y tranvías se detuvieron en la calle y un implicado en un accidente se detuvo en mitad del aire, con la expresión de terror congelada en el rostro al detenerse a medio metro del duro asfalto. El sonido también se detuvo, reemplazado por un instantáneo zumbido apagado, los ruidos del mundo en un momento del tiempo detenidos indefinidamente con el mismo tono y volumen.

—¿Cómo está mi esplendorosa hija?

Me volví. Mi padre estaba sentado ante una mesa y se levantó para abrazarme con afecto.

—Estoy bien —respondí, devolviéndole el abrazo con fuerza—. ¿Cómo está mi padre favorito?

—No puedo quejarme. El tiempo es un *buen* médico.

Le miré fijamente durante un momento.

—Sabes —murmuré—, creo que tienes un aspecto más joven cada vez que te veo.

—Así es. ¿Algún nieto en camino?

—¿Tal y como lo llevo? Nunca.

Mi padre sonrió y alzó una ceja.

—Yo todavía no sería *así* de categórico.

Me entregó una bolsa de los almacenes Wolworths.

—Hace poco estuve en el 78 —anunció—. Te he traído esto.

Me pasó un single de los Beatles. No reconocí el título.

—¿No se separaron en el 70?

—No siempre. ¿Cómo van las cosas?

—Igual que siempre. Autenticación, copyright, robo...

—¿... la misma mierda de siempre?

—Sí —asentí—. La misma mierda de siempre. ¿Qué te trae por aquí?

—Fui a ver a tu madre tres semanas por delante de tu tiempo —respondió, consultando el enorme cronógrafo de la muñeca—. Por la... aja... razón de siempre. Dentro de una semana va a pintar el dormitorio de malva... ¿Hablarás con ella y la disuadirás? No hace juego con las cortinas.

—¿Cómo está?

Soltó un suspiro largo.

—Radiante, como siempre. A Mycroft y a Polly también les gustaría ser recordados.

Eran mi tía y mi tío; los quería mucho, aunque los dos estaban locos como cabras. Sobre todo lamentaba no ver a Mycroft. Hacía años que no regresaba a mi ciudad natal y no veía a mi familia todo lo a menudo que debiera.

—Tu madre y yo creemos que sería buena idea que vinieses a casa durante un tiempo. Ella cree que te tomas tu trabajo demasiado en serio.

—Eso sería un poco hipócrita, papá, viniendo de ti.

—Eso ha dolido. ¿Qué tal están tus conocimientos de historia?

—No están mal.

—¿Sabes cómo murió el duque de Wellington?

—Claro —respondí—. Un francotirador francés le disparó durante las primeras fases de la batalla de Waterloo. ¿Por qué?

—Oh, por nada —murmuró mi padre fingiendo inocencia, mientras garabateaba en un cuaderno. Hizo una pausa—. Así que Napoleón *ganó* en Waterloo, ¿no? —me preguntó lentamente y con gran concentración.

—Claro que no —respondí—. La intervención a tiempo del mariscal de campo Blücher salvó la situación.

Entrecerré los ojos.

—Eso es historia básica, papá. ¿Qué tramas?

—Bien, ciertamente parece una coincidencia curiosa, ¿no crees?

—¿El qué?

—Nelson y Wellington, dos grandes héroes nacionales ingleses mueren *ambos* en los primeros momentos de sus batallas más importantes y decisivas.

—¿Qué sugieres?

—Podrían estar implicados revisionistas franceses.

—Pero no afectó al resultado de esas batallas —afirmé—. Ganamos igualmente en ambas ocasiones.

—Nunca dije que se les diese bien.

—¡Eso es ridículo! —me mofé—. ¡Supongo que crees que esos mismos revisionistas hicieron matar al rey Harold en 1066 para ayudar en la invasión normanda!

Pero papá no se reía. Respondió sorprendido.

—¿Harold? ¿Muerto? ¿Cómo?

—Una flecha, papá. En el ojo.

—¿Inglesa o francesa?

—La historia no lo dice —respondí, molesta por esas preguntas tan raras.

—¿En el ojo, dices...? El tiempo *está* desarticulado —murmuró, garabateando otra nota.

—¿*Qué* está desarticulado? —pregunté, sin poder oírle bien.

—Nada, nada. Buena suerte que yo naciese para...

—¿*Hamlet*? —pregunté, al reconocer la cita.

Pasó de mí, terminó de escribir y cerró el cuaderno de un golpe, para llevarse la punta de los dedos a las sienes y frotarse durante un momento. Miró nervioso a su alrededor.

—Me siguen. Gracias por tu ayuda, garbancito. Cuando veas a tu madre, dile que haga que las bujías tengan más brillo... y no olvides intentar disuadirla de pintar el dormitorio.

—Cualquier color menos malva, ¿no?

—Exacto.

Me sonrió y me tocó la cara. Sentía que se me humedecían los ojos; las visitas siempre eran muy cortas. Sintió mi tristeza y me dedicó el tipo de sonrisa que toda hija desea recibir de su padre. Luego dijo:

—*¡Porque me he sumergido en el pasado, todo lo lejos que OpEspec podría ver...*

Hizo una pausa y terminó la cita, parte de una vieja canción de la CronoGuardia que papá me solía cantar cuando era niña.

—... *contemplé una visión del mundo y todas las opciones que podría contener!*

Y se fue. El mundo onduló cuando el reloj volvió a ponerse en marcha. El barman acabó su frase, los pájaros volaron a sus nidos, la televisión regresó con un anuncio vomitivo de SmileyBurger y, en la carretera, el ciclista golpeó el asfalto.

Todo siguió como siempre. Nadie excepto yo había visto ir y venir a papá.

Pedí un sándwich de cangrejo y lo mordisqueé ausente mientras bebía un moca al que parecía llevarle una eternidad enfriarse. Había muchos clientes y Stanford, el propietario, estaba muy atareado limpiando tazas. Dejé el periódico para mirar la tele cuando apareció el logotipo de Toad News Network.

Toad News era la mayor red de noticias de Europa. Dirigida por la Corporación Goliath, era un servicio de veinticuatro horas con informativos a la última que los servicios de noticias nacionales no podían ni siquiera aspirar a igualar. Goliath le daba dinero y estabilidad, pero también un aire ligeramente sospechoso. A nadie le gustaba el pernicioso control que la Corporación tenía sobre el país, y la Toad News Network recibía algo más que su parte justa de críticas, a pesar de las negativas repetidas de que la compañía matriz decidiese las cosas.

—¡Esta —atronó la voz en off por encima del torbellino musical— es la Toad News Network! ¡La Toad les trae Noticias Globales, Noticias Actualizadas, Noticias AHORA!

Las luces se encendieron sobre la presentadora, quien le sonrió a la cámara.

—Son las noticias del mediodía para el lunes 6 de mayo de 1985, y las lee Alexandria Belfridge. La península de Crimea —anunció— vuelve a ser investigada esta semana al aprobar las Naciones Unidas la resolución PN17296, insistiendo en que Inglaterra y el Gobierno Imperial Ruso abran negociaciones en relación a la soberanía. Mientras la guerra de Crimea entra en su centésimo trigésimo primer año los grupos de presión tanto nacionales como extranjeros hacen lo posible por lograr un final pacífico de las hostilidades.

Cerré los ojos y gruñí en silencio para mí. Había estado allí cumpliendo con mi deber patriótico en el 73 y había visto por mí misma la verdad de la guerra más allá de la pompa y la gloria. El calor, el frío, el miedo, la muerte. La presentadora volvió a hablar, con la voz teñida por el patriotismo.

—Cuando las fuerzas inglesas expulsaron a los rusos de su último enclave en la península en 1975, fue considerado un triunfo importante contra una oposición arrolladora. Sin embargo, desde esos días la situación se mantiene en punto muerto y la pasada semana sir Gordon Duff-Rolecks resumió el estado de ánimo del país en un acto antibélico en Trafalgar Square.

El programa pasó a unas imágenes de una manifestación grande y bastante

pacífica en el centro de Londres. Duff-Rolecks estaba de pie en un podio dando un discurso frente a un enorme y desorganizado bosque de micrófonos.

—Lo que comenzó como una excusa para controlar el expansionismo ruso en 1854 —entonó el parlamentario— se ha convertido a lo largo de los años en nada más que en un ejercicio de conservación del orgullo nacional.

Pero yo no escuchaba. Lo había oído antes una infinidad de veces. Tomé otro sorbo de café y el sudor me recorrió el cuero cabelludo. Mientras Duff-Rolecks hablaba, la televisión mostraba imágenes de archivo de la península: Sebastopol, una ciudad con guarnición inglesa muy fortificada con poco que mostrar de su herencia arquitectónica e histórica. Siempre que veía esas imágenes, el olor a cordita y el estruendo de las bombas me llenaban la cabeza. Instintivamente me froté el único signo externo de la campaña que había vivido —una pequeña cicatriz resaltada en la barbilla—. Otros no habían tenido tanta suerte. Nada había cambiado. La guerra había continuado.

—Son tonterías, Thursday —dijo una voz grave muy cerca.

Se trataba de Stanford, el dueño del café. Al igual que yo, era veterano de Crimea, pero de una campaña anterior. Al contrario que yo, había perdido algo más que su inocencia y algunos buenos amigos; se movía sobre dos piernas de metal y todavía tenía metralla suficiente en el cuerpo como para fabricar media docena de latas de judías cocidas.

—Crimea no tiene nada que ver con Naciones Unidas.

A pesar de que teníamos puntos de vista opuestos, le gustaba hablar de Crimea conmigo. Nadie más quería. Los soldados implicados en la disputa actual con Gales disfrutaban de mayor gloria; el personal de Crimea de permiso normalmente se dejaba el uniforme en el armario.

—Supongo que no —respondí sin comprometerme, mirando por la ventana hasta donde podía ver a un veterano de Crimea pidiendo en una esquina, recitando a Longfellow de memoria a cambio de un par de peniques.

—Si la devolvemos ahora sería como si todas esas vidas se hubiesen malgastado —añadió Stanford bruscamente—. Llevamos allí desde 1854. Nos pertenece a *nosotros*. Igualmente podrías decir que tendríamos que devolver la isla de Wight a los franceses.

—*Devolvimos* la isla de Wight a los franceses —respondí pacientemente; por lo general, los conocimientos de Stanford sobre el mundo se limitaban ahora al críquet de primera división y la vida amorosa de la actriz Lola Vaum.

—Oh, sí —murmuró, con el ceño fruncido—. Lo hicimos, ¿no? Bien, no deberíamos haberlo hecho. ¿Y quién se cree que es la ONU?

—No sé, pero si acaban las muertes, tienen mi voto, Stan.

El barman agitó la cabeza con tristeza mientras Duff-Rolecks daba fin a su

discurso.

—... no hay ninguna duda de que el zar Romanov Alexei IV *tiene* unos abrumadores derechos a la soberanía de la península y al menos yo ansío el día en que podamos retirar nuestras tropas de lo que sólo se puede describir como un derroche incalculable de vidas y recursos humanos.

La presentadora de Toad News volvió a aparecer y pasó a otra noticia: el gobierno iba a aumentar el impuesto sobre el queso hasta el 83 por ciento, una medida impopular que sin duda conseguiría que los ciudadanos más militantes se manifestasen delante de las queserías.

—¡Los rusos podrían detenerla mañana si se retirasen! —dijo Stanford con beligerancia.

No era un argumento, y él y yo lo sabíamos. No quedaba nada de la península que valiese la pena poseer para el ganador hipotético. La única franja de tierra que no había quedado convertida en pulpa por los bombardeos de artillería estaba cubierta de minas. Histórica y moralmente, Crimea pertenecía a la Rusia Imperial; en resumen era eso.

La siguiente noticia trataba de una escaramuza fronteriza con la República Popular de Gales; sin heridos, sólo intercambio de algunos disparos por encima del río Wye cerca de Hay. Con su estilo pendenciero habitual, el joven presidente-de-por-vida Owain Glyndwr VII lo había achacado a las ansias imperialistas inglesas de tener una isla unificada; igualmente típico, el parlamento no se había molestado ni en emitir un comentario sobre el incidente. Hubo más noticias, pero en realidad no prestaba atención. Se había abierto una nueva planta de fusión en Dungeness y el primer ministro había ido a inaugurarla. Sonrió adecuadamente mientras se disparaban los flashes. Volví al periódico y leí un artículo sobre una propuesta parlamentaria para retirar al dodo la consideración de especie protegida tras su asombroso crecimiento numérico; pero no podía concentrarme. Crimea ocupaba toda mi mente con sus recuerdos inoportunos. Fue una suerte para mí que me sonase el busca y que me trajese una muy necesaria dosis de realidad. Tiré algunos billetes sobre la barra y salí corriendo por la puerta mientras la presentadora de Toad News anunciaba la muerte de un joven surrealista, apuñalado mortalmente por una banda que seguía una escuela radical de impresionistas franceses.

2

Gad's Hill

«... Hay dos escuelas de pensamiento sobre la resistencia del tiempo. La primera dice que el tiempo es extremadamente volátil, con cada pequeño acontecimiento alterando el resultado final del futuro de la tierra. La otra dice que el tiempo es rígido y que no importa lo mucho que lo intentes, siempre regresará a un presente ya determinado. En cuanto a mí, no me interesan esas trivialidades. Me limito a vender corbatas a quien las quiera comprar...»

Vendedor de corbatas en Victoria, junio de 1983

Mi busca me había entregado un mensaje desconcertante; acababan de robar lo imposible de robar. No era la primera vez que se habían apropiado del manuscrito de *Martin Chuzzlewit*. Dos años antes, lo había sacado de su caja un guardia de seguridad que simplemente quería leer el libro en su estado puro e inmaculado. Incapaz de vivir consigo mismo o de descifrar la letra de Dickens más allá de la tercera página, finalmente confesó y se recuperó el manuscrito. Pasó cinco años sudando en hornos de cal en el límite de Dartmoor.

Gad's Hill Palace era donde Charles Dickens había vivido al final de su vida, pero no donde había escrito *Chuzzlewit*. Eso fue en Devonshire Terrace, donde en 1843 todavía vivía con su esposa. Gad's Hill es un enorme edificio Victoriano cerca de Rochester que cuando Dickens lo compró poseía bonitas vistas del Medway. Si retuerces los ojos y haces caso omiso de la refinería de petróleo, la planta de agua pesada y la instalación de contención de CoMatEx, no es excesivamente difícil descubrir que le atrajo hasta esta parte de Inglaterra. Cada día pasaban por Gad's Hill varios miles de visitantes, convirtiéndola en la tercera área de peregrinaje literario más popular después de la casa de Anne Hathaway y la mansión Haworth de las Brontë. Un número tan impresionante de personas había creado grandes problemas de seguridad; nadie se arriesgaba desde que un individuo trastornado había entrado en Chawton, amenazando con destruir todas las cartas de Jane Austen a menos que se publicase su, francamente, aburrida y desigual biografía de Austen. En esa ocasión no había habido ningún daño, pero fue un heraldo importante de lo que estaba por llegar. El año siguiente en Dublín, una banda organizada intentó secuestrar a cambio de rescate los papeles de Jonathan Swift. Se produjo un asedio prolongado que acabó con dos de los extorsionistas muertos y la destrucción de varios panfletos políticos

originales y un borrador inicial de *Los viajes de Gulliver*. Tenía que suceder lo inevitable. Las reliquias literarias se guardaron tras vidrios a prueba de balas y se protegieron con vigilancia electrónica y guardias armados. Nadie lo quería así, pero parecía ser la única respuesta. Desde entonces, se habían producido muy pocos problemas, lo que hacía que el robo de *Chuzzlewit* fuese aún más asombroso.

Aparqué el coche, me colgué la identificación de OE-27 en el bolsillo superior y me abrí paso a través de las multitudes de periodistas y curiosos. En la distancia vi a Boswell y pasé por debajo de una barrera policial.

—Buenos días, señor —murmuré—. Vine tan pronto como lo supe.

Se llevó un dedo a los labios y me susurró al oído:

—Ventana del primer piso. Llevó menos de diez minutos. Nada más.

—¿Qué?

Entonces la vi. La reportera estrella de Toad News Network, Lydia Startright, estaba a punto de hacer una entrevista. La exquisitamente peinada periodista televisiva terminó la introducción y se volvió hacia nosotros dos. Boswell empleó un perfecto paso lateral, me dio un codazo juguetón en las costillas y me dejó sola ante la mirada feroz de las cámaras de noticias.

—... de *Martín Chuzzlewit*, robado del museo Dickens en Gad's Hill. Tengo conmigo a la detective literaria Thursday Next. Agente, ¿cómo es posible que unos ladrones entrasen y robasen uno de los grandes tesoros de la literatura?

Murmuré cabrón por lo bajo en dirección a Boswell, quien lo esquivó estremeciéndose de alegría. Me moví incómoda. Con una población que manifestaba un interés, que no disminuía, por el arte y la literatura, el trabajo de detective literario se había vuelto cada vez más difícil, empeorado aún más por el presupuesto limitado.

—Lo ladrones entraron a través de una ventana en la planta baja y fueron directamente por el manuscrito —dije con mi mejor voz televisiva—. Entraron y salieron en diez minutos.

—Tengo entendido que el museo dispone de un circuito cerrado de televisión —siguió diciendo Lydia—. ¿Los ladrones aparecen en el vídeo?

—La investigación todavía prosigue —respondí—. Debe comprender que es preciso mantener en secreto algunos detalles por razones de procedimiento.

Lydia bajó el micrófono y paró la cámara.

—¿Tiene *algo* que ofrecerme, Thursday? —preguntó—. El discurso de cacatúa lo puedo conseguir en cualquier parte.

Sonreí.

—Acabo de llegar, Lyds. Llámame la próxima semana.

—Thursday, en una semana esto será material de archivo. Vale, grabando.

El cámara se volvió a colocar la cámara al hombro y Lydia continuó con su reportaje.

—¿Tienen alguna pista?

—Estamos siguiendo varias posibilidades. Confiamos en devolver el manuscrito al museo y arrestar a los implicados.

Deseaba poder compartir ese optimismo. Había pasado un montón de tiempo en Gad's Hill supervisando la seguridad, y sabía que era como el Banco de Inglaterra. Los que se habían encargado de la seguridad eran muy buenos. *Realmente* buenos. También lo convertía en algo un poco personal. La entrevista terminó cuando pasé por debajo de la cinta de No Cruzar de OpEspec para llegar hasta donde me esperaba Boswell.

—Esto es un desastre, Thursday. Turner, informe.

Boswell nos dejó y se fue a buscar algo de comer.

—Si puede deducir cómo lo han hecho —murmuró Paige, que era una versión ligeramente mayor y en mujer de Boswell—, me comeré las botas, con hebilla y todo.

Turner y Boswell ya formaban parte del departamento de detectives literarios cuando yo aparecí por allí, recién salida del servicio militar y una corta carrera en el departamento de policía de Swindon. Poca gente abandonaba la división de detectives literarios; cuando estabas en Londres básicamente habías alcanzado el punto máximo de tu profesión. El ascenso o la muerte eran las dos formas habituales de irse; se decía que un trabajo allí no era hasta Navidad... era para toda la vida.

—A Boswell le caes bien, Thursday.

—¿De qué forma? —pregunté con suspicacia.

—De esta forma: desear que estés en mis zapatos cuando yo me vaya... El fin de semana me comprometí con un tipo bastante agradable de OE-3.

Debería haber manifestado más entusiasmo, pero Turner había estado comprometida tanta veces que podría haberse colocado un anillo en todos los dedos de pies y manos; dos anillos en cada dedo.

—¿OE-3? —pregunté, algo inquisitiva.

Pertenecer a OpEspec no garantizaba que supieses a qué se dedicaba cada departamento... Probablemente el público estuviese mejor informado. Las únicas divisiones de OpEspec que conocía con seguridad por debajo de OE-12 eran OE-9, antiterrorismo, y OE-1, asuntos internos, la policía de OpEspec; la gente que se aseguraba de que no cruzásemos la línea.

—¿OE-3? —repetí—. ¿A qué se dedican?

—Cosas raras.

—¿Pensaba que OE-2 se ocupaban de las cosas raras?

—OE-2 se ocupa de las cosas todavía más raras. Se lo pregunté pero nunca me respondió... estuvimos ocupados. Mira esto.

Turner me guió hasta la sala del manuscrito. El expositor de vidrio que contenía el manuscrito encuadernado en piel estaba vacío.

—¿Algo? —preguntó Paige a uno de los agentes encargados de la escena del crimen.

—Nada.

—¿Guantes? —pregunté.

La técnico se puso en pie y estiró la espalda; no había encontrado ni una sola huella de algún tipo.

—No; y eso es lo realmente raro. Parece como si no hubiesen tocado la caja; ni con guantes, ni con tela... nada. Por lo que veo, ¡nadie ha abierto la caja y el manuscrito sigue en su interior!

Miré la caja de vidrio. Seguía debidamente cerrada y no habían tocado nada de lo demás expuesto. Las llaves se guardaban por separado y ahora mismo venían desde Londres.

—Vaya, es curioso... —murmuré, inclinándome.

—¿Qué ves? —preguntó Paige ansiosa.

Indiqué una zona de vidrio en uno de los paneles laterales que ondulaba ligeramente. La zona era aproximadamente del tamaño del manuscrito.

—Me di cuenta —dijo Paige—. Pensé que era una tara en el vidrio.

—¿En un vidrio reforzado a prueba de balas? —le pregunté—. Ni de coña. Y *no estaba* así cuando supervisé la instalación, te lo aseguro.

—Entonces, ¿qué?

Acaricié el vidrio duro y sentí la superficie reluciente ondular bajo los dedos. Un estremecimiento me recorrió la espalda y tuve una curiosa sensación de familiaridad, la sensación que tienes cuando un matón de colegio largamente olvidado te saluda como si fuese un viejo amigo.

—El trabajo me resulta familiar, Paige. Cuando encuentre al culpable, será alguien a quien conozca.

—Has sido detective literaria durante siete años, Thursday.

Comprendí a qué se refería.

—Ocho años, y tienes razón... probablemente tú también los conozcas. ¿Podría haberlo hecho Lamber Thwalts?

—*Podría*, si no siguiese en la trena... le quedan todavía cuatro años por aquella estafa de *Trabajos de amor ganados*.

—¿Qué hay de Keens? Él podría haber organizado algo de esta magnitud.

—Milton ya no está con nosotros. Pilló analepsia en la biblioteca de Parkhurst. En una semana estaba muerto, frío como un témpano.

—Mmm.

Indiqué las dos cámaras de vídeo.

—¿A quién vieron?

—A nadie —respondió Turner—. Ni a un pajarito. Podría ponerte las cintas, pero

no ganarías nada.

Me mostró lo que tenían. En la comisaría ya interrogaban al guardia de seguridad. Esperaban que fuese un trabajo desde dentro, pero no lo parecía; el guardia se había mostrado tan devastado como cualquiera.

Turner rebobinó el vídeo y le dio a reproducir.

—Mira con cuidado. El grabador va rotando entre las cinco cámaras y graba cinco segundos en cada una.

—¿Así que el intervalo más largo entre cámaras es de veinte segundos?

—Exacto. ¿Estás mirando? Vale, ahí está el manuscrito...

Señaló el libro, claramente visible en la imagen mientras el reproductor pasaba a la cámara en la puerta principal. No hubo movimiento. Luego a la puerta interior que habría tenido que atravesar cualquier ladrón; todas las otras entradas estaban bloqueadas. Luego el pasillo; a continuación el vestíbulo; luego la máquina regresó a la sala del manuscrito. Turner le dio a pausa y yo me incliné. El manuscrito había desaparecido.

—¿Veinte segundos para entrar, abrir la caja, coger el *Chuzzlewit* y salir? Es imposible.

—Créeme, Thursday... sucedió.

Ese último comentario fue de Boswell, quien miraba por encima de mi hombro.

—No sé cómo lo hicieron, pero lo hicieron. He recibido una llamada del comandante supremo Gale por este caso y sobre él hace presión el primer ministro. Ya se están haciendo preguntas en el parlamento y va a rodar la cabeza de alguien. La mía no, os lo aseguro.

Nos miró a las dos bastante directamente, lo que me hizo sentirme especialmente incómoda; yo había asesorado al museo en cuestiones de seguridad.

—Nos ocuparemos del caso inmediatamente, señor —respondí, dándole al botón de pausa para permitir que el vídeo avanzase.

Las vistas del edificio cambiaron rítmicamente, sin revelar nada. Acerqué una silla, rebobiné la cinta y volví a mirar.

—¿Qué esperas encontrar? —preguntó Paige.

—Cualquier cosa.

No la encontré.

3

De regreso a mi mesa

«Los fondos para la Red de Operaciones Especiales vienen directamente del gobierno. La mayor parte del trabajo está centralizado, pero todas las divisiones de OpEspec tienen representantes locales para ocuparse de los problemas provinciales. Las administran comandantes locales, que se comunican con las oficinas nacionales para intercambiar información, asesoramiento y decisiones de procedimiento. Como cualquier otro departamento gubernamental, sobre el papel es perfecto pero en realidad es un completo descontrol. Discusiones mezquinas y agendas políticas, la arrogancia y la completa mala disposición mutua casi *garantizan* que la mano izquierda no sabe lo que hace la derecha.»

MILLON DE FLOSS

Una breve historia de la Red de Operaciones Especiales

Habían pasado dos días de infructuosa búsqueda del *Chuzzlewit* sin tener ni la más mínima pista de dónde podría estar. Se habían oído rumores de reprimendas, pero sólo si podíamos descubrir cómo se habían llevado el manuscrito. Sería un poco ridículo ser reprendido por dejar un cabo suelto en un dispositivo de seguridad si uno no sabía cuál era. Ahora algo decaída, estaba sentada ante mi mesa de vuelta a la comisaría. Al recordar mi conversación con papá, telefoneé a mi madre y le pedí que no pintase el dormitorio de malva. La llamada salió un poco por la culata, ya que pensó que se trataba de una idea *genial* y colgó antes de que pudiese discutirlo. Suspiré y repasé los mensajes telefónicos que se habían acumulado durante los últimos dos días. En su mayoría pertenecían a informadores y a ciudadanos preocupados a los que habían robado o engañado y deseaban saber si habíamos avanzado algo. Eran todos casos de poca monta comparados con *Chuzzlewit* —allí fuera había mucha gente crédula comprando primeras ediciones de versos de Byron a precios reducidos, para luego quejarse amargamente al descubrir que eran falsas—. Como la mayoría de los otros operativos, tenía una idea bastante buena de quién estaba detrás de todo eso, pero nunca habíamos atrapado al pez gordo —sólo a los «expendedores», los vendedores de a pie—. Olía a corrupción en las alturas, pero nunca teníamos pruebas. Normalmente leía los mensajes con interés, pero hoy ninguno parecía especialmente importante. Después de todo, los versos de Byron, Keats o Poe eran reales independientemente de si estaban en forma ilegal o no.

Podías seguir leyéndolos y obtener el mismo efecto.

Abrí la gaveta de la mesa y saqué un espejo pequeño. Una mujer con rasgos más bien normales me devolvió la mirada. Tenía el pelo de un color parduzco normal y de un largo medio, atado con prisa para formar una cola. La verdad es que no tenía pómulos y su rostro, me di cuenta, empezaba a mostrar algunas arrugas más bien evidentes. Pensé en mi madre, que cuando tenía cuarenta y cinco años estaba tan arrugada como una pasa. Me estremecí, volví a guardar el espejo y cogí una fotografía desvaída y ligeramente gastada. Era una foto de mí misma con algunos amigos tomada en Crimea cuando no era más que la cabo T.E.Next, 33550336, Conductor: vehículos de transporte de tropas, Brigada Ligera Blindada. Había servido diligentemente a mi país, me había visto implicada en un desastre militar y me habían licenciado con honores con un galardón para demostrarlo. Habían esperado que diese charlas sobre el reclutamiento y el valor pero les había decepcionado. Asistí a una reunión del regimiento y eso fue todo; me había descubierto buscando rostros que ya sabía que no estaban presentes.

En la foto, Landen estaba a mi izquierda, con el brazo por encima de mí y otro soldado, mi hermano, su mejor amigo. Landen perdió una pierna, pero regresó a casa. Mi hermano seguía allí.

—¿Quién es ése? —preguntó Paige, que miraba por encima de mi hombro.

—¡Guau! —grité—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—¡Lo lamento! ¿Crimea?

Le pasé la foto y la miró con atención.

—Ése debe de ser tu hermano... tú tienes la misma nariz.

—Lo sé, solíamos compartirla por turnos. Yo la tenía lunes, miércoles...

—... Entonces ese otro hombre debe de ser Landen.

Fruncí el ceño y me volví para mirarla. *Nunca* le había mencionado Landen a nadie. Era *personal*. Me sentí algo traicionada por que ella hubiese estado husmeando a mis espaldas.

—¿Cómo sabes lo de Landen?

Sintió la furia en mi voz, sonrió y alzó una ceja.

—*Tú* me lo contaste.

—¿Lo hice?

—Claro. Hablabas arrastrando las palabras y en su mayoría no dijiste más que tonterías, pero ciertamente lo tenías en la cabeza.

Hice una mueca.

—¿La fiesta de Navidad del año pasado?

—O el año anterior. No eras tú la única que decía tonterías arrastrando las palabras.

Volví a mirar la foto.

—Estábamos prometidos.

De pronto Paige pareció incómoda. Los prometidos de Crimea podían ser un tema de conversación *tremendamente* penoso.

—¿Él... ah... regresó?

—En su mayor parte. Dejó una pierna atrás. No nos hablamos demasiado.

—¿Cuál es su nombre completo? —preguntó Paige, interesada al obtener al fin algo de mi pasado.

—Es Parke-Laine. Landen Parke-Laine. —De lo que podía recordar, era la primera vez que decía su nombre completo en voz alta.

—¿Parke-Laine el escritor?

Asentí.

—Un tipo atractivo.

—Gracias —respondí, sin saber muy bien qué le agradecía. Volví a dejar la foto en el cajón y Paige chasqueó los dedos.

—Boswell quiere verte —anunció, al recordar al fin a qué había venido.

Boswell no estaba solo. Me esperaba un hombre de cuarenta y tantos años que se puso en pie cuando entré. No parpadeaba mucho y tenía una enorme cicatriz en un lado de la cara. Boswell anduvo por ahí durante un momento, tosió, miró la hora y dijo algo a propósito de dejarnos.

—¿Policía? —pregunté tan pronto como nos quedamos a solas—. ¿Se me ha muerto un pariente o algo así?

El hombre cerró las persianas para tener más intimidad.

—No que yo sepa.

—¿OE-1? —pregunté, esperando una posible reprimenda.

—¿Yo? —respondió el hombre, sinceramente sorprendido—. No.

—¿Detective literario?

—¿Por qué no se sienta?

Me ofreció una silla y luego se sentó en la enorme silla giratoria de roble de Boswell. Tenía un informe grueso con mi nombre en la portada que dejó caer sobre la mesa. Me asombró el grosor.

—¿Todo eso es sobre mí?

Pasó de mí. En su lugar, abrió el informe, se echó hacia delante y me miró sin parpadear.

—¿Cómo valora el caso *Chuzzlewit*?

Me descubrí mirando fijamente la cicatriz. Le iba desde la frente hasta la barbilla y tenía el tamaño y la sutileza de una soldadura de astillero. Le levantaba el labio, pero aparte de ese detalle, el rostro era bastante agradable; podría haber sido guapo sin la cicatriz. La verdad es que yo no estaba siendo nada sutil. Instintivamente levantó una mano para cubrirsela.

—El mejor cosaco —murmuró, quitándole importancia.

—Lo lamento.

—No lo haga. Es difícil no quedarse mirándola.

Hizo una pausa.

—Trabajo para OE-5 —anunció lentamente, mostrándome una placa reluciente.

—¿OE-5? —dije entrecortada, sin conseguir ocultar mi sorpresa al hablar—. ¿A qué se dedican?

—Eso es restringido, señorita Next. Le mostré la placa para que pudiese hablar conmigo sin preocuparse por acreditaciones de seguridad. Puedo confirmarlo con Boswell si lo prefiere...

El corazón me latía con rapidez. Entrevistas con operativos de OpEspec de más abajo en ocasiones acababan en traslados...

—Bien, señorita Next, ¿qué opina del caso *Chuzzlewit*?

—¿Quiere mi opinión o la versión oficial?

—Su opinión. La versión oficial la obtengo de Boswell.

—Creo que es demasiado pronto para valorarlo. Si el motivo es pedir un rescate, entonces podemos asumir que el manuscrito sigue intacto. Si lo han robado para venderlo o cambiarlo también lo podemos considerar de una pieza. Si se trata de terrorismo, tendríamos que preocuparnos. En los escenarios uno y tres, un detective literario no tiene nada que hacer. OE-9 se implica y nosotros salimos del mapa.

El hombre me miró con atención y asintió.

—No le gusta esto, ¿verdad?

—He tenido suficiente, pongámoslo así —respondí, ligeramente menos cautelosa de lo que debiera—. En cualquier caso, ¿quién es usted?

El hombre rió.

—Lo lamento. Muy malos modales. No pretendía ser tan secreto. Me llamo Tamworth, jefe operativo de campo de OE-5. En realidad —añadió—, eso no significa tanto. Ahora mismo sólo estamos yo y dos más.

Le agarré la mano que me ofrecía.

—¿Tres personas en una división de OpEspec? —pregunté con curiosidad—. ¿No es un poco escaso?

—Ayer perdí a algunos chicos.

—Lo lamento.

—No de esa forma. Hicimos algunos avances y eso no siempre son buenas noticias. Algunas personas investigan bien en OE-5 pero no les gusta el trabajo de campo. Tienen hijos. Yo no. Pero lo comprendo.

Asentí. Yo también lo comprendía.

—¿Por qué habla conmigo? —pregunté casi casualmente—. Soy OE-27; como me repite con tanta amabilidad la junta de traslados de OpEspec, mis talentos están en

una mesa de detectives literarios o frente a una cocina.

Tamworth sonrió. Golpeó el informe que tenía delante.

—Lo sé todo. Los de Reclutamiento Central de OpEspec realmente no tienen una buena palabra para decir «No», y se limitan a dar largas. Es lo que se les da mejor. Al contrario, son perfectamente conscientes de su potencial. Ahora mismo he hablado con Boswell y creo que podría dejarla partir si quiere usted ayudarnos en OE-5.

—Si usted es OE-5, Boswell no tiene muchas opciones, ¿no?

Tamworth rió.

—Eso es cierto. Pero *usted* sí. No recluto a nadie que no quiera unirse al equipo.

Lo miré. Lo decía en serio.

—¿Es un traslado?

—No —respondió Tamworth—, no lo es. Simplemente la necesito porque tiene información que nos es útil. Será una observadora; nada más. En cuanto comprenda a qué nos enfrentamos, agradecerá ser solo observadora.

—Por tanto, cuando acabe, ¿me volverán a tirar aquí?

Hizo una pausa y me miró durante un momento, intentando darme las mejores garantías que le fuesen posibles sin mentir. Me cayó bien por eso.

—No doy garantías, señorita Next, pero cualquiera que haya participado en una misión de OE-5 puede estar casi seguro de que no pertenecerá a OE-27 para siempre.

—¿Qué quiere que haga?

Tamworth sacó un formulario de su maletín y lo empujó sobre la mesa. Era una autorización de seguridad estándar y, una vez firmado, daba a OpEspec el derecho a casi todo lo que yo poseyese y bastantes más cosas adicionales si se me ocurría decir aunque sólo fuese una palabra a alguien de menor nivel de seguridad. Lo firmé debidamente y se lo devolví. A cambio, él me entregó una placa de OE-5 con mi nombre ya grabado. Tamworth me conocía mejor de lo que había pensado. Después de eso, bajó la voz y empezó:

—OE-5 es básicamente una oficina de Búsqueda y Confinamiento. Se nos asigna un hombre al que seguir hasta encontrarlo y confinarlo, luego nos asignan otro. OE-4 es básicamente lo mismo; ellos simplemente buscan una cosa diferente. Persona diferente. Ya sabe. En cualquier caso, esta mañana estuve en Gad's Hill, Thursday... ¿puedo llamarte Thursday?... y di un buen vistazo de primera mano a la escena del crimen. Quien se llevase el manuscrito de *Chuzzlewit* no dejó huella, ni señales de entrada y nada en ninguna cámara.

—No había mucho con lo que trabajar, ¿verdad?

—Al contrario. Era justo la oportunidad que esperaba.

—¿Eso se lo ha dicho a Boswell? —pregunté.

—Claro que no. No nos interesa el manuscrito; nos interesa el hombre que lo robó.

—¿Y de quién se trata?

—No te puedo decir su nombre, pero puedo escribirlo.

Cogió un rotulador y escribió «Acheron Hades» en un bloc de notas y lo levantó para que yo lo viese.

—¿Te resulta familiar?

—*Muy* familiar. No puede haber mucha gente que no haya oído hablar de él.

—Lo sé. Pero tú le has visto, ¿no?

—Por supuesto —respondí—. Era uno de los profesores cuando estudié filología inglesa en Swindon en 1968. A ninguno de nosotros nos sorprendió que se pasase a una carrera criminal. Era algo sátiro. Dejó embarazada a una de las estudiantes.

—Breaburn; sí, lo sabemos. ¿Qué hay de ti?

—No me dejó embarazada, pero lo intentó.

—¿Te acostaste con él?

—No; no me parecía que acostarme con los profesores fuese mi mejor opción. La atención era elogiosa, supongo, cena y demás. Era brillante... pero un vacío moral. Recuerdo que una vez lo arrestaron por robo a mano armada mientras daba una clase muy inspirada sobre *El diablo blanco* de John Webster. En esa ocasión lo liberaron sin cargos, pero el asunto Breaburn fue suficiente para que lo echasen.

—Te pidió que fueses con él y te negaste.

—Tiene buena información, señor Tamworth.

Tamworth escribió una nota. Me la enseñó.

—Pero lo importante es: ¿sabes qué aspecto tiene?

—Claro que sí —respondí—, pero está malgastando el tiempo. Murió en Venezuela en el 82.

—No; simplemente hizo que lo *creyésemos*. Al año siguiente exhumamos la tumba. No era él. Fingió la muerte tan bien que engañó a los médicos; enterraron un ataúd relleno de contrapesos. Posee poderes ligeramente desconcertantes. Es por eso que no podemos pronunciar su nombre. La llamo la Regla Número Uno.

—¿Su nombre? ¿Por qué no?

—Porque puede oír su propio nombre, incluso si se susurra, en un radio de mil metros, quizá más. Lo emplea para sentir nuestra presencia.

—¿Y por qué cree que robó *Chuzzlewit*?

Tamworth metió la mano en el maletín y sacó un informe. Estaba marcado como Secreto total - sólo con permiso OpEspec-5. La zona en la parte delantera, normalmente reservada para una fotografía, estaba vacía.

—No tenemos una foto suya —dijo Tamworth al abrir el informe—. No se le registra en película o vídeo, y nunca ha estado bajo custodia el tiempo suficiente para que le hiciesen un dibujo. ¿Recuerdas las cámaras de Gad's Hill?

—Sí.

—No grabaron a nadie. Repasé las cintas con sumo cuidado. El ángulo de la cámara varía cada cinco segundos pero aun así no habría *ninguna forma* de que alguien pudiese esquivarlas todas durante su estancia en el edificio. ¿Comprendes a qué me refiero?

Asentí lentamente y hojeé el informe de Acheron. Tamworth siguió hablando:

—Llevo cinco años detrás de él. Tiene siete órdenes de búsqueda por asesinato en Inglaterra, dieciocho en América. Extorsión, robo y secuestro. Es frío, calculador y bastante despiadado. Treinta y seis de sus cuarenta y dos víctimas conocidas eran miembros de OpEspec o agentes de policía.

—¿Hartlepool en el 75? —pregunté.

—Sí —respondió Tamworth lentamente—. ¿Oíste hablar de ese caso?

Sí. La mayoría de la gente lo conocía. Habían arrinconado a Hades en el sótano de un aparcamiento de varias plantas tras un robo fallido. Uno de sus compinches yacía muerto en el banco cercano; Acheron había asesinado al hombre herido para evitar que hablase. En el sótano, convenció a un agente para que le diese la pistola, matando a otros seis mientras salía. El único agente que sobrevivió fue el que le dio la pistola. Era lo que Acheron entendía por un chiste. El agente en cuestión jamás ofreció una explicación satisfactoria a *por qué* le entregó el arma. Se prejubiló y seis años más tarde se asfixió en el coche después de un breve historial de alcoholismo y robos menores. Se le acabó conociendo como la séptima víctima.

—Entrevisté al superviviente de Hartlepool antes de que se quitase la vida —siguió diciendo Tamworth—, después de que me ordenasen encontrar a... al sujeto a cualquier precio. Mi descubrimiento me llevó a formular la Regla Número Dos: si alguna vez tienes la desgracia de encontrarte con él, *no creas nada de lo que diga o haga*. Puede mentir de pensamiento, obra, acción y apariencia. Posee asombrosos poderes de persuasión sobre los que tienen una mente débil. ¿Te he dicho que estamos autorizados a emplear la máxima fuerza?

—No, pero lo suponía.

—OE-5 tiene una política de disparar a matar en relación a nuestro amigo...

—Eh, eh, un segundo. ¿Tienen el poder de eliminar sin juicio?

Rió con una risa algo preocupante.

—Como dicen: *Si quieres ser de OpEspec, actúa de forma algo extraña*. No tendemos a andarnos con chiquitas.

—¿Es legal?

—En absoluto. Es La Estación Central del Gran Ojo Ciego por debajo de OpEspec 8. Tenemos un dicho: *Por debajo de ocho, por encima de la ley*. ¿Lo has oído alguna vez?

—No.

—Lo oirás mucho. En cualquier caso, lo convertimos en la Regla Número Tres:

El apresamiento tiene una importancia mínima. ¿Qué pistola llevas?

Se lo dije y garabateó una nota.

—Te conseguiré algunas balas estriadas expansivas.

—Se desatará el infierno si nos pillan con ésas.

—Sólo en defensa propia —explicó Tamworth con rapidez—. *Tú* no lidiarás con este hombre; sólo quiero que lo identifiques si se presenta. Pero escucha: si pasa lo peor, no quiero que mi gente se tenga que enfrentar al rayo con flechas y arco. Y cualquier cosa menos potente que una bala expansiva vale como usar cartón mojado como chaleco antibalas. No sabemos casi nada sobre él. No hay certificado de nacimiento, ni tampoco una edad fiable, y ni siquiera sabemos quiénes eran los padres. Apareció en escena en el 54 como un pequeño criminal con matices literarios y ha ido subiendo con calma hasta convertirse en el número tres en la lista de los más buscados del planeta.

—¿Quiénes son uno y dos?

—No lo sé y me han informado en toda confianza que es mejor *no* saberlo.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Yo te llamaré. Mantente alerta y lleva el busca siempre contigo. Desde ahora estás de permiso de OE-27, así que disfruta del tiempo libre. ¡Te veré!

Desapareció en un instante, dejándome con la identificación de OE-5 y un corazón desbocado. Boswell volvió, seguido de una Paige curiosa. Les mostré la placa.

—¡Así se hace! —dijo Paige, dándome un abrazo, pero Boswell parecía menos feliz. Después de todo, tenía que pensar en su propio departamento.

—Las cosas se pueden poner muy difíciles en OE-5, Next —dijo Boswell con tonos paternos—. Quiero que vuelvas a tu mesa y lo medites con mucha tranquilidad. Tómate una taza de café y un bollo. No, *dos* bollos. No tomes ninguna decisión precipitada, y repasa los puntos a favor y en contra. Cuando hayas terminado, estaré encantado de aceptar. ¿Comprendes?

Comprendía. En las prisas por salir de la oficina casi olvidé la foto de Landen.

4

Acheron Hades

«... La mejor razón para cometer actos odiosos y detestables —y admitámoslo, se me considera un experto en ese campo— es puramente por sí mismos. La ganancia monetaria está muy bien, pero diluye el sabor de la maldad a un nivel inferior que puede alcanzar cualquiera con un sentido excesivamente desarrollado de la avaricia. El mal verdadero y sin fundamento es tan raro como el bien puro, y todos sabemos lo raro que es...»

ACHERON HADES

Depravación por placer y beneficio

Tamworth no llamó esa semana, ni tampoco la semana siguiente. Intenté llamarle al comienzo de la tercera semana, pero me topé con una denegadora bien entrenada que se negó por completo a admitir la *existencia* de Tamworth u OE-5. Aproveché el tiempo para ponerme al día de algunas lecturas, archivando, arreglando el coche y también —debido a la nueva legislación— registrando a Pickwick como animal de compañía y no como dodo salvaje. Le llevé al ayuntamiento, donde un inspector veterinario examinó con mucho cuidado al que había sido un ave extinta. *Pickwick* devolvió la mirada triste, ya que a él, en común con muchos animales de compañía, no le gustaban excesivamente los veterinarios.

—Ploc-ploc —dijo *Pickwick* nervioso mientras el inspector expertamente cerraba el enorme anillo de metal alrededor de su pequeña pata.

—¿No tiene alas? —preguntó el funcionario con curiosidad, mirando la forma ligeramente extraña de *Pickwick*.

—Es versión 1.2 —le expliqué—. Uno de los primeros. No completaron la secuencia hasta la 1.7.

—Debe de ser muy mayor.

—Doce años este octubre.

—Tengo uno de los primeros tilacinos —dijo abatido el funcionario—. Versión 2.1. Cuando lo combinamos no tenía orejas. Sordo como una piedra. Sin garantía ni nada. Maldita libertad, digo yo. ¿Lee *Nuevo Clonador*?

Tuve que admitir que no.

—La semana pasada secuenciaron una vaca marina de Steller. ¿Cómo voy a meter uno de éstos por la puerta?

—¿Engrasando los costados? —propuse—. ¿Y ofreciéndole un plato de quelpo?

Pero el funcionario no me escuchaba; había dedicado su atención al siguiente dodo, una criatura rosada de cuello largo. El dueño me miró y sonrió con timidez.

—Cadenas redundantes completadas con flamenco —explicó—. Debería haber usado paloma.

—¿Versión 2.9?

—2.9.1 en realidad. Un poco mezclanza pero para nosotros es simplemente *Chester*. No lo cambiaríamos por nada.

El inspector comenzó a examinar los documentos de registro de *Chester*.

—Lo lamento —dijo al fin—. Los 2.9.1 caen bajo la nueva categoría de quimera.

—¿Qué quiere decir?

—No hay dodo suficiente para ser un dodo. Sala siete, pasillo abajo. Siga al dueño del pukey, pero tenga cuidado; esta mañana mandé a una quarkbestia.

Dejé al dueño de *Chester* y al funcionario discutiendo y me llevé a *Pickwick* a pasear por el parque. Le solté la correa y persiguió algunas palomas antes de fraternizar con algunos dodos salvajes que enfriaban las patas en un estanque. Agitaron el agua con emoción y se dijeron *ploc-ploc* unos a otros hasta la hora de irse a casa.

Dos días después, cuando ya se me habían acabado las formas de reorganizar el mobiliario, tuve la suerte de que llamase Tamworth. Me dijo que estaba en una vigilancia y que necesitaba que fuese con él. Garabateé con rapidez la dirección y me encontré en el East End en menos de cuarenta minutos. La vigilancia se realizaba en una calle de mala pinta de almacenes reconvertidos que llevaban dos décadas esperando la demolición. Apagué los faros y salí, oculté cualquier objeto de valor y cerré el coche meticulosamente. El Pontiac hecho polvo estaba lo suficientemente viejo y asqueroso como para no levantar sospechas en un entorno tan mugriento. Miré a mí alrededor. El enladrillado se desmoronaba y grandes manchas de algas verdes marcaban las paredes allí donde antes habían estado los desagües. Las ventanas estaban rotas y sucias, y la pared de ladrillos de la planta baja estaba manchada alternativamente con grafiti y las cenizas de fuegos recientes. Una salida de incendios oxidada trepaba en zigzag por el edificio oscuro y proyectaba una sombra en *staccato* sobre la carretera adornada con baches y varios coches quemados. Me abrí paso hasta una puerta lateral siguiendo las instrucciones de Tamworth. En su interior, se habían abierto enormes grietas en las paredes y la humedad y la podredumbre se mezclaba con el olor a fluido limpiador y el puesto de curry de la planta baja. Una luz de neón destellaba regularmente, y vi a varias mujeres con faldas ajustadas arremolinadas en el portal oscuro. Los ciudadanos que vivían en la zona eran una mezcla curiosa; la falta de casas baratas en Londres y alrededores atraía a un segmento de población, desde personas de la zona hasta profesionales e indigentes.

No era genial desde el punto de vista de la ley y el orden, pero permitía a los agentes de OpEspec moverse sin levantar sospechas.

Llegué al séptimo piso, donde una pareja de jóvenes fanáticos de Henry Fielding se atareaba intercambiando cromos de chicles.

—Te cambio una Sophia por una Amelia.

—¡Que te den! —respondió indignado su amigo—. Si quieres a Sophia, tendrás que darme un Allworthy además de un Tom Jones, *¡así como* la Amelia!

Su amigo, al comprender la rareza de una Sophia, aceptó renuientemente. Se completó el acuerdo y corrieron escaleras abajo para buscar tapacubos. Comparé un número con la dirección que me había dado Tamworth y llamé a una puerta cubierta con pintura color melocotón y descascarillada. La abrió cautelosamente un hombre de unos ochenta años. Se medió ocultaba la cara con una mano arrugada y yo le mostré mi placa.

—Usted debe de ser Next —dijo con voz bastante vivaz para su edad.

Pase del chiste viejo[1] y entré. Tamworth miraba a través de unos binoculares a una habitación en el edificio opuesto y me saludó con la mano sin apartar la vista. Volví a mirar al anciano y sonreí.

—Llámeme Thursday.

Pareció contento de oírlo y me dio la mano.

—Me llamo Snood; puede llamarme en junio[2].

—¿Snood? —repetí—. ¿Algún parentesco con Filbert?

El anciano asintió.

—Filbert, ah, sí —murmuró—. ¡Un buen chico y un buen hijo para su padre!

Filbert Snood era el único hombre que me había interesado incluso remotamente desde que había abandonado a Landen diez años antes. Snood había sido miembro de la CronoGuardia; se fue a una misión a Tewkesbury y no regresó nunca. Recibí una llamada de su oficial al mando explicándome que había quedado retenido ineludiblemente. Supuse que eso significaba que había otra chica. Me dolió en su momento, pero no había estado enamorada de Filbert. Estaba segura porque sí *había* estado enamorada de Landen. Cuando ya has estado allí ya sabes cómo es, como ver un Turner o ir de paseo por la costa oeste de Irlanda.

—¿Es usted su padre?

Snood se fue a la cocina, pero no iba a permitir que escapase.

—Bien, ¿cómo está? ¿Dónde vive hoy en día?

El anciano jugueteó con la tetera.

—Me resulta difícil hablar de Filbert —anunció tras un rato, limpiándose la comisura de la boca con un pañuelo—. ¡Fue hace *tanto* tiempo!

—¿Está muerto? —pregunté.

—Oh, no —murmuró el anciano—. No está muerto; creo que le dijeron que

estaba retenido ineludiblemente, ¿no?

—Sí. Pensé que había encontrado a otra persona o a otra cosa.

—Creímos que lo comprendería; su padre pertenecía o pertenece, supongo, a la CronoGuardia y nosotros empleamos ciertos... veamos... *eufemismos*.

Me miró atentamente con límpidos ojos azules tras párpados pesados. El corazón me latió con fuerza.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

El anciano consideró decir algo más pero luego guardó silencio, se detuvo un momento y luego volvió al salón a marcar cintas de vídeo. Evidentemente la cosa era más complicada que una chica en Tewkesbury, pero tenía al tiempo de mi parte. Dejé la cuestión.

La pausa me ofreció una oportunidad de dar un vistazo a la sala. Una mesa sostenida por caballetes contra una pared húmeda estaba cubierta de equipo de vigilancia. Una grabadora Revox de bobina a bobina giraba junto a una caja de mezclas que colocaba los siete micrófonos de la habitación opuesta y la línea de teléfono en ocho pistas diferentes de la cinta. Frente a la ventana había dos binoculares, una cámara con un potente teleobjetivo y junto a ésta una cámara de vídeo grabando a cámara lenta en una cinta de diez horas.

Tamworth apartó la vista de los binoculares.

—Bienvenida, Thursday. ¡Ven y echa un vistazo!

Miré por los binoculares. En el piso opuesto, ni a treinta metros de distancia, podía ver a un hombre bien vestido de unos cincuenta años con rostro ojeroso y expresión de preocupación. Parecía hablar por teléfono.

—No es él.

Tamworth sonrió.

—Lo sé. Es su hermano, Styx. Supimos de él esta mañana. OE-14 iba a pillarle, pero el *nuestro* es un pez mucho más gordo; llamé a OE-1, que intervino a nuestro favor; Styx es por el momento responsabilidad nuestra. Escucha.

Me pasó los auriculares y volví a mirar por los binoculares. El hermano de Hades estaba sentado ante una enorme mesa de nogal repasando un ejemplar de *Compraventa de coches de Londres y distrito*. Mientras yo miraba, se detuvo, tomó el teléfono y marcó un número.

—¿Hola? —dijo Styx al teléfono.

—¿Hola? —respondió una mujer de mediana edad, la receptora de la llamada.

—¿Tiene a la venta un Chevrolet de 1976?

—¿Compra un coche? —le pregunté a Tamworth.

—Sigue escuchando. Aparentemente a la misma hora todas las semanas. Regular como un reloj.

—Sólo tiene ciento treinta y dos mil kilómetros —siguió diciendo la dama—, y

corre bastante bien. Pasó la revisión y los impuestos están pagados hasta fin de año.

—Suenas *perfecto* —respondió Styx—. Estoy dispuesto a pagar en efectivo. ¿Lo reservará para mí? Me llevará una hora. Está en Clapham, ¿no?

La mujer aceptó, y le dio una dirección que Styx no se molestó en apuntar. Reafirmó su interés y luego colgó, sólo para llamar a un número diferente por otro coche en Hounslow. Me quité los auriculares y retiré el conector para poder oír la voz nasal de Styx por los altavoces.

—¿Cuánto tiempo lo hace?

—Según los registros de OE-14, hasta que se aburre. Seis horas, en ocasiones ocho. Tampoco es el único. Cualquiera que alguna vez haya vendido un coche recibe al menos una llamada de alguien como Styx. Toma, para ti.

Me pasó una caja de munición con balas expansivas desarrolladas para provocar el máximo daño interno.

—¿Qué es el tipo? ¿Un búfalo?

Pero a Tamworth no le hizo gracia.

—Aquí nos enfrentamos a algo *muy* diferente, Thursday. Rézale al DEG no tener que usarlas nunca, pero si tienes que hacerlo, no vaciles. Nuestro hombre no concede segundas oportunidades.

Saqué el cargador de mi automática y lo recargué, y también el de repuesto que llevaba conmigo, dejando una bala normal la primera en caso de una comprobación de OE-1. En el piso, Styx había marcado otro número en Ruislip.

—¿Hola? —respondió el desafortunado propietario de un coche al otro extremo de la línea.

—Sí, vi su anuncio de un Ford Granda en el *Compraventa* de hoy dijo Styx—. ¿Está a la venta?

Styx recibió la dirección del propietario, prometió llegar en diez minutos, colgó el teléfono y luego se frotó encantado las manos, riendo como un niño. Cruzó el anuncio con una línea y pasó al siguiente.

—Ni siquiera tiene carné de conducir —dijo Tamworth desde el otro extremo de la sala—. Pasa el resto de su tiempo robando bolígrafos, haciendo que los dispositivos eléctricos fallen *después* de que expire la garantía y rayando discos en las tiendas.

—Un poco infantil, ¿no?

—Diría yo —respondió Tamworth—. Le posee cierta cantidad de maldad, pero nada comparado con su hermano.

—Bien, ¿cuál es la conexión entre Styx y el manuscrito *Chuzzlewit*?

—Sospechamos que podría tenerlo en su poder. Según los registros de vigilancia de OE-14, vino con un paquete la noche del robo en Gad's Hill. Soy el primero en admitir que las posibilidades son remotas, pero es la mejor prueba de *su* paradero en

estos últimos tres años. Es hora de que se deje ver.

—¿Ha pedido rescate por el manuscrito? —pregunté.

—No, pero todavía es pronto. Puede que no sea tan simple como creemos. Nuestro hombre posee un CI estimado de 180, así que la simple extorsión puede que le resulte demasiado fácil.

Snood vino y se sentó ligeramente nervioso frente a los binoculares, se puso los auriculares y los conectó. Tamworth tomó sus llaves y me entregó un libro.

—Tengo que reunirme con mi equivalente en OE-4. Será como una hora. Si pasa algo, llámame al busca. Mi número está en el uno de marcación rápida. Échale un vistazo a esto si te aburres.

Miré el pequeño libro que me había dado. Era *Jane Eyre* de Charlotte Brontë, encuadernado en cuero rojo.

—¿Quién te lo dijo? —pregunté con brusquedad.

—¿Quién me dijo qué? —respondió Tamworth, sinceramente sorprendido.

—Es solo que... he leído mucho este libro. Cuando era más joven. Lo conozco muy bien.

—¿Y te gusta el final?

Pensé durante un momento. El clímax bastante fallido del libro era causa de muchas amarguras en los círculos de Brontë. El acuerdo general era que si Jane hubiese regresado a Thornfield Hall y se hubiese casado con Rochester, el libro podría haber sido mucho mejor de lo que era.

—A nadie le gusta el final, Tamworth. Pero hay mucho dentro a pesar de eso.

—Entonces releerlo será especialmente instructivo, ¿no es así?

Llamaron a la puerta. Tamworth abrió y entró un hombre que era todo hombros sin cuello.

—¡Justo a tiempo! —dijo Tamworth, mirando el reloj—. Thursday Next, este es Buckett. Es temporal hasta que consiga un reemplazo.

Sonrió y se fue.

Buckett y yo nos dimos la mano. Sonrió con tristeza, como si no le gustasen este tipo de trabajos. Me dijo que estaba encantado de conocerme, y luego se fue a donde Snood para hablar de los resultados de las carreras de caballos.

Golpeé con los dedos el ejemplar de *Jane Eyre* que me había dado Tamworth y me lo metí en el bolsillo del pecho. Recogí las tazas de café y las llevé a la habitación hasta el fregadero de esmalte agrietado. Buckett apareció a la puerta.

—Tamworth dice que eras de detectives literarios.

—Tamworth tiene razón.

—Yo quería pertenecer a detectives literarios.

—¿Sí? —respondí, comprobando que en el frigorífico no había nada que no hubiese caducado hacía un año.

—Sí. Pero dijeron que había que leer un libro o dos.

—Eso ayuda.

Llamaron a la puerta y Buckett instintivamente fue a coger la pistola. Estaba más nervioso de lo que parecía.

—Calma, Buckett. Me ocupo yo.

Se unió a mí en la puerta y soltó el seguro de la pistola. Le miré y él asintió como respuesta.

—¿Quién es? —dije sin abrir la puerta.

—¡Hola! —respondió la voz—. Mi nombre es Edmund Capillary. ¿Se ha parado a preguntarse alguna vez si fue *realmente* William Shakespeare el que escribió esas obras maravillosas?

Los dos respiramos aliviados y Buckett volvió a poner el seguro de su automática, murmurando:

—¡Malditos baconianos!

—Calma —respondí—, no es ilegal.

—Peor me lo pones.

—Calla.

Abrí la puerta con la cadena secundaria puesta y me encontré a un hombre pequeño con un traje arrugado de pana. Sostenía una identificación desgastada para que la viese y amablemente levantó el sombrero con sonrisa nerviosa. Los baconianos estaban bastante locos, pero en general eran muy inofensivos. Su propósito en la vida era demostrar que Francis Bacon, y no Will Shakespeare, había escrito las grandes obras de la lengua inglesa. Bacon, creían, no había recibido el crédito que merecía por derecho y hacían campaña interminable por corregir esa supuesta injusticia.

—¡Hola! —dijo el baconiano con alegría—. ¿Puedo ocupar un momento de su tiempo?

Respondí lentamente:

—Si espera que crea que un abogado escribió *El sueño de una noche de verano*, entonces debo de ser más estúpida de lo que parezco.

El baconiano no se mostró desanimado. Evidentemente le gustaba pelear un mal argumento; en la vida real lo más probable es que fuese un abogado de accidentes.

—No tan estúpido como suponer que un colegial de Warwickshire casi sin educación pudiese escribir obras que no sólo pertenecían a su época sino a la eternidad.

—No hay pruebas de que careciese de educación formal —respondí tranquilamente, de pronto disfrutando. Buckett quería que me deshiciese de él, pero pasé de sus gestos.

—Cierto —siguió diciendo el baconiano—, pero yo argumentaría que el Shakespeare de Stratford *no* era el mismo hombre que el Shakespeare de Londres.

Era una aproximación interesante. Hice una pausa y Edmund Capillary aprovechó la oportunidad de atacar. Se lanzó casi automáticamente a un discurso bien ensayado.

—El Shakespeare de Stratford era un comerciante de grano con dinero y compraba casas mientras al Shakespeare de Londres lo perseguían los recaudadores de impuestos por sumas pequeñas. Los recaudadores lo localizaron en una ocasión en Sussex, en 1600; entonces, ¿por qué no actuar contra él en Stratford?

—Dígame.

Ahora estaba en marcha.

—No hay registros de que nadie en Stratford tuviese alguna idea de su éxito literario. No se sabe que comprase libros, escribiese cartas o hiciese cualquier otra cosa excepto ser traficante de productos en saco: grano, malta y demás.

El pequeño hombre parecía triunfante.

—Bien, ¿dónde encaja Bacon en todo esto? —le pregunté.

—Francis Bacon era un escritor isabelino al que su familia obligó a convertirse en abogado y político. Como el hecho de asociarse con algo como el teatro hubiese sido mal visto, Bacon tuvo que conseguir la ayuda de un actor pobre llamado Shakespeare para que actuase como su testaferro... La historia erróneamente ha conectado a los dos Shakespeare para añadir validez a una fábula que por demás carece de sustancia.

—¿Y la prueba?

—Hall y Marston, ambos escritores satíricos isabelinos, creían firmemente que Bacon era el verdadero autor de «Venus y Adonis» y «La violación de Lucrecia». Tengo aquí un panfleto que amplía la cuestión. Hay más detalles disponibles en nuestras reuniones mensuales; nos solíamos reunir en el ayuntamiento, pero el ala radical de los «Nuevos Marlovianos» nos puso una bomba la semana pasada. No sé dónde nos reuniremos la próxima semana. Pero si me da su nombre y su número, estaremos en contacto.

Su rostro era serio y estaba cargado de suficiencia; creía haberme pillado. Decidí sacar mi as de la manga.

—¿Qué hay del testamento?

—¿El testamento? —repitió, ligeramente nervioso. Era evidente que había esperado que no lo mencionase.

—Sí —seguí diciendo—. Si Shakespeare era *realmente* dos personas, entonces, ¿por qué iba el Shakespeare de Stratford a mencionar en su testamento a los colegas de teatro del Shakespeare de Londres: Condell, Heming y Burbage?

El rostro del baconiano se desmoronó.

—Esperaba que no lo preguntase —suspiró—. Estoy perdiendo el tiempo, ¿no es así?

—Me temo que así es.

Murmuró algo por lo bajo y avanzó. Mientras echaba el cerrojo pude oír al

baconiano llamando a la puerta de al lado. Quizás a lo largo del pasillo tuviese más suerte.

—En todo caso, ¿qué hace aquí alguien de detectives literarios, Next? —preguntó Buckett mientras regresábamos a la cocina.

—Estoy aquí —respondí lentamente—, porque sé qué aspecto tiene él. Estoy lejos de ser permanente. En cuanto se lo señale, Tamworth me transferirá de vuelta.

Vertí por el fregadero algo de leche convertida en yogur y enjuagué el contenedor.

—Podría ser una bendición.

—No lo veo así. ¿Qué hay de ti? ¿Cómo te relacionaste con Tamworth?

—Normalmente soy de antiterrorismo. OE-9. Pero Tamworth tiene problemas con el reclutamiento. Recibió un sable de caballería en mi lugar. Le debo una.

Bajó los ojos y jugó un momento con la corbata. Busqué cautelosamente un trapo en el armario, descubrí algo desagradable y luego lo cerré con rapidez.

Buckett sacó la cartera y me mostró una fotografía de un bebé babeante que se parecía a todos los demás bebés babeantes que había visto en mi vida.

—Ahora estoy casado, por lo que Tamworth sabe que no puedo quedarme; uno tiene que cambiar, ya sabes.

—Un chico guapo.

—Gracias —guardó la foto—. ¿Estás casada?

—No por no haberlo intentado —respondí mientras llenaba la tetera.

Buckett asintió y sacó un ejemplar de *Caballo Rápido*.

—¿Alguna vez apuestas a los jamelgos? He recibido un soplo interesante sobre *Malabar*.

—No. Lo siento.

Buckett asintió. La conversación básicamente había terminado.

Unos minutos después llevé algo de café. Snood y Buckett discutían el resultado de la carrera por apuestas de Cheltenham Gold.

—¿Así que sabe que aspecto tiene, señorita Next? —preguntó el anciano Snood sin dejar de mirar por los binoculares.

—Me dio clase cuando estuve en la universidad. Pero describirle es complicado, la verdad.

—¿Constitución media?

—Cuando le vi por última vez.

—¿Alto?

—Al menos casi dos metros.

—¿Pelo negro peinado hacia atrás y gris en las sienes? Buckett y yo nos miramos.

—¿Sí...?

—Creo que está ahí, Thursday. Arranqué el conector de los auriculares.

—¡¡¡... Acheron!!! —dijo la voz de Styx por los altavoces—. ¡Querido hermano,

qué agradable sorpresa!

Mire por los binoculares y pude ver a Acheron en el piso con Styx. Estaba vestido con un largo guardapolvo gris y tenía exactamente el aspecto que recordaba a pesar de los años. No parecía haber envejecido ni un día. Me estremecí involuntariamente.

—Mierda —murmuré.

Snood ya había marcado el número del busca para avisar a Tamworth.

—Los mosquitos han picado a la cabra azul —murmuró al teléfono. Gracias. ¿Puede repetirlo y enviarlo dos veces?

El corazón me latía a mayor velocidad. Puede que Acheron no se quedase demasiado tiempo y yo estaba en situación de avanzar para siempre más allá de detective literaria. Atrapar a Hades sería algo que nadie podría olvidar.

—Voy a ir —dije de modo casi informal.

—¡¿Qué?!

—Me habéis oído. Quedaos aquí y pedid refuerzos armados de OE-14, aproximación silenciosa. Decidles que hemos entrado y que rodeen el edificio. El sospechoso está armado y es extremadamente peligroso. ¿Entendéis?

Snood sonrió de la forma que tanto me había gustado en su hijo y cogió el teléfono. Me volví hacia Buckett.

—¿Estás conmigo?

Buckett se había puesto un poco pálido.

—Yo... ah... estoy contigo —respondió temblando un poco. Salí corriendo por la puerta, bajé los escalones y llegué al vestíbulo.

—¡Next...!

Era Buckett. Se había detenido y temblaba visiblemente.

—¿Qué pasa?

—Yo... yo... no puedo hacerlo —anunció, aflojándose la corbata y frotándose la nuca—. ¡Tengo al bebe...! No sabes lo que *él* puede hacer. Me gusta apostar, Next. *Adoro* las buenas posibilidades. Pero si intentamos capturarlo, los dos acabaremos muertos. ¡Te lo ruego, espera a OE-14!

—Para entonces ya podría estar lejos. No tenemos más que *retenerle*.

Buckett se mordió el labio, pero el tipo estaba aterrorizado. Agitó la cabeza y se retiró apresuradamente sin decir nada más. Como mínimo fue desconcertante. Pensé en gritarle pero recordé la foto del bebé babeante. Saqué la automática, abrí la puerta de la calle y atravesé lentamente la carretera hasta el edificio al otro lado. Mientras lo hacía, Tamworth apareció en su coche. No parecía muy feliz.

—¿Qué demonios haces?

—Persigo a un sospechoso.

—No, no lo haces. ¿Dónde está Buckett?

—De camino a casa.

—No se lo echo en cara. ¿OE-14 viene de camino?

Asentí. Hizo una pausa, miró al edificio oscuro y luego a mí.

—*Mierda*. Vale, quédate detrás y estate atenta. Dispara primero, pregunta después. Por debajo de ocho...

—... por encima de la ley. Lo recuerdo.

—Bien.

Tamworth sacó la pistola y entramos cautelosamente en el vestíbulo del almacén reconvertido. El apartamento de Styx estaba en el séptimo piso. La sorpresa, con suerte, estaría de nuestro lado.

Busca al culpable, castiga al inocente

«... Quizás estuviese bien que permaneciese inconsciente durante cuatro semanas. Se perdió la resaca posterior, el informe de OE-1, las recriminaciones, los funerales de Snood y Tamworth. Se lo perdió todo... excepto la culpa. La culpa le esperaba al despertar...»

MILLON DE FLOSS

Thursday Next, Una biografía

Intenté concentrarme en el banco de luces del techo. Sabía que había pasado *algo* pero la noche en que Tamworth y yo nos enfrentamos Acheron Hades se me había borrado, al menos por el momento, de la mente. Fruncí el ceño, pero por mi consciencia sólo se pasearon algunas imágenes inconexas. Recordaba haberle disparado tres veces a una ancianita y bajar por una salida de incendios. Tenía vagos recuerdos de dispararle a mi propio coche y que me disparasen en el brazo. Me miré el brazo, y efectivamente estaba vendado de blanco. Luego recordé que me disparaban de nuevo —en el pecho—. Aspiré y espiré un par de veces y me sentí aliviada al comprobar que respiraba sin problemas. Había una enfermera en la habitación que dijo un par de palabras que no pude descifrar y sonrió. Lo consideré curioso y luego caí de nuevo en un agradecido ensueño.

Cuando volví a despertar era de noche y la habitación parecía más fría. Estaba sola en una única sala de hospital con siete camas vacías. Al otro lado de la puerta podía ver a un agente de policía armado de guardia, mientras que en el interior una vasta cantidad de flores y tarjetas luchaban por el espacio. Mientras yacía en la cama los recuerdos de la noche en cuestión regresaron y escaparon del subconsciente. Los resistí todo lo que pude, pero fue como intentar resistirse a una inundación. Todo lo sucedido esa noche regresó en un instante. Y mientras recordaba, lloré.

Una semana después tenía fuerzas suficientes para salir de la cama. Paige y Boswell se habían pasado, e incluso mi madre había hecho el viaje desde Swindon para verme. Me contó que había pintado el dormitorio de malva, para gran decepción de papá —y era culpa mía por proponerlo—. No pensé que valiese la pena molestarse en explicarlo. Me alegraba cualquier muestra de simpatía, claro, pero tenía la mente en otra parte: se había producido un fiasco monumental y harían responsable a alguien; y como única superviviente de esa desastrosa noche, era la candidata mejor situada y la única. Se montó una pequeña oficina en el hospital y con ella llegó el

viejo comandante de división de Tamworth, un hombre al que no había visto nunca llamado Flanker, que parecía carecer por completo de humor y calor humano. Se trajo con él una grabadora doble de casete y varios operativos de alto nivel de OE-1, que no ofrecieron nombres. Ofrecí mi testimonio lentamente y con sinceridad, sin emoción y con toda la precisión posible. Ya se disponía de antes de indicaciones de los extraños poderes de Acheron, pero incluso así Flanker tuvo problemas para creerlos.

—He leído el expediente de Tamworth sobre Hades y la lectura es bastante extraña, señorita Next —dijo—. Tamworth era un poco imprevisible. OE-5 era cosa suya y sólo de él; Hades era más una obsesión que un trabajo. A partir de nuestras investigaciones preliminares, parece que estaba saltándose reglas básicas de OpEspec. Al contrario de lo que se cree comúnmente, *respondemos* ante el parlamento, aunque de forma muy discreta.

Se detuvo un momento y consultó sus notas. Me miró y encendió la grabadora. Identificó la cinta con fecha, su nombre y el mío, pero sólo se refirió a los otros operativos con números. Completada esa tarea, acercó una silla y se sentó.

—Bien, ¿qué sucedió?

Me detuve un momento y luego empecé, ofreciendo la historia de mi encuentro inicial con Tamworth hasta la apresurada partida de Buckett.

—Me alegra comprobar que alguien parecía tener sentido común —murmuró uno de los agentes de OE-1. Hice caso omiso.

—Tamworth y yo entramos en el vestíbulo de la propiedad de Styx —les dije—. Subimos las escaleras y en el sexto piso oímos el disparo. Nos detuvimos y prestamos atención, pero el silencio era total. Tamworth creyó que habíamos sido descubiertos.

—*Habían* sido descubiertos —anunció Flanker—. Por las transcripciones de la cinta sabemos que Snood pronunció en voz alta el nombre de Hades. Hades lo recibió y reaccionó muy mal; acusó a Styx de haberle traicionado, recogió el paquete y luego mató a su hermano. Su ataque sorpresa no fue nada sorprendente. Él *sabía* que los dos estaban allí.

Tomé un sorbo de agua. De haberlo sabido, ¿habríamos retrocedido? Lo dudo.

—¿Quién iba delante?

—Tamworth. Giramos lentamente desde la escalera y miramos al descansillo del séptimo piso. Estaba vacío excepto por una ancianita que miraba las puertas del ascensor y murmuraba para sí con furia. Tamworth y yo nos acercamos con cuidado a la puerta abierta de Styx y miramos al interior. Styx estaba tendido en el suelo y registramos con rapidez el pequeño apartamento.

—Les vimos en el vídeo de vigilancia, Next —dijo uno de los operativos innominados—. La búsqueda se ejecutó bien.

—¿Vieron a Hades en el vídeo?

El mismo hombre tosió. Había tenido problemas para aceptar el expediente de Tamworth, pero el vídeo era claro. La imagen de Hades no se había registrado, sólo su voz.

—No —dijo al fin—. No, no le vimos.

—Tamworth maldijo y regresamos a la puerta —seguí—. Y fue entonces cuando oí otro disparo.

Me detuve un momento, recordando con cuidado lo sucedido, pero sin comprender del todo lo que había visto y sentido. Recordaba que la velocidad de mi corazón se había reducido; de pronto todo se había vuelto cristalino. No había sentido pánico, sino simplemente un sobrecogedor deseo de ver el trabajo terminado. Había visto morir a Tamworth pero no sentía ninguna emoción; eso llegaría más tarde.

—¿Señorita Next? —preguntó Flanker, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Qué? Lo lamento. Alcanzó a Tamworth. Fui hasta él, pero una mirada rápida confirmó que la herida era incompatible con la supervivencia. Debía asumir que Hades estaba en el descansillo, así que tomé aliento y miré fuera.

—¿Qué vio?

—Vi a la ancianita, de pie junto al ascensor. No había oído que nadie bajase las escaleras, así que di por supuesto que Hades estaba en el tejado. Volví a mirar fuera. La ancianita había renunciado a esperar y pasó junto a mí de camino a las escaleras, atravesando de camino un charco de agua. Se puso de puntillas al pasar junto al cuerpo de Tamworth. Volví a prestar atención al descansillo y a la escalera que llevaba hasta el tejado. Mientras me acercaba lentamente hacia el acceso al tejado, una duda penetró en mi mente. Me volví a mirar a la ancianita, que había empezado a bajar las escaleras y rezongaba por la poca frecuencia de los tranvías. Las pisadas de agua llamaron mi atención. A pesar de sus pies pequeños, las pisadas húmedas las habían dejado zapatos de hombre. No me hicieron falta más pruebas. Era la Regla Número Dos: Acheron podía mentir de pensamiento, obra, acción y *apariencia*. Por primera vez en mi vida, disparé un arma con furia.

Silencio, así que seguí.

—Vi que al menos tres de los cuatro disparos daban a la figura anciana de la escalera. La anciana, o, al menos, su imagen, cayó perdiéndose a mi vista y yo caminé con cautela hasta el comienzo de la escalera. Sus posesiones estaban tiradas por los escalones de cemento con su carrito de la compra en el descansillo de abajo. Se le habían salido los alimentos y varias latas de comida para gato rodaban lentamente escalones abajo.

—Por tanto, ¿le acertó?

—Con toda seguridad.

Flanker se sacó una pequeña bolsa de pruebas del bolsillo y me la mostró. Contenía tres de mis balas, aplastadas como si las hubiesen disparado al lateral de un

tanque.

Cuando Flanker volvió a hablar, su voz contenía tonos de incredulidad.

—¿Dice que Acheron se disfrazó de ancianita?

—Sí, señor —respondí, mirando al frente.

—¿Cómo lo hizo?

—No lo sé, señor.

—¿Cómo podría un hombre de dos metros vestirse con las ropas de una mujer pequeña?

—No creo que lo hiciese *físicamente*; creo que se limitó a proyectar lo que *quería* que yo viese.

—Suenas a locura.

—Hay muchas cosas que no sabemos sobre Hades.

—Con *eso* estoy de acuerdo. El nombre de la anciana era señora Grimswold; la encontramos encajada en la chimenea del apartamento de Styx. Hicieron falta tres hombres para sacarla.

Flanker pensó durante un momento y permitió que uno de los otros hombres plantease una pregunta.

—Me interesa saber por qué los dos iban armados con munición expansiva —dijo uno de los otros agentes, sin mirarme a mí, sino a la pared. Era bajo, de tez oscura y tenía un tic molesto en el ojo izquierdo—. Estriadas de puntas huecas y cargas de alta potencia. ¿A qué planeaban disparar? ¿Búfalos?

Respiré hondo.

—Hades recibió seis disparos sin sufrir daño en el año 77, señor. Tamworth nos entregó munición expansiva para que la usásemos contra él. Dijo tener permiso de OE-1.

—Bien, no lo tenía. Si los periódicos se enteran, habrá que dar demasiadas explicaciones y rodarán cabezas. OpEspec no tiene buenas relaciones con la prensa, señorita Next. *The Mole* insiste en obtener acceso para uno de sus periodistas. En este clima de petición de responsabilidades, los políticos se nos echan cada vez más encima. ¡Munición expansiva...! Mierda, ni siquiera la caballería especial la usa contra los rusos.

—Eso dije yo —repliqué, pero al ver el estado de estas balas —agitó la bolsita de casquillos aplastados— veo que Tamworth demostró considerable autocontrol. Deberíamos haber llevado revienta blindajes.

—Ni lo sueñe.

En ese punto hicimos un descanso. Flanker y los otros se perdieron en la habitación contigua para discutir mientras una enfermera me cambiaba el vendaje del brazo. Había tenido suerte; no había habido infección. Estaba pensando en Snood cuando volvieron para retomar la entrevista.

—Mientras descendía cuidadosamente la escalera era aparente que ahora Acheron estaba desarmado —seguí—. Había una Beretta de nueve milímetros en los escalones de cemento junto a una lata de polvo para natillas. No había ni rastro de Acheron ni de la ancianita. En el descansillo encontré una puerta de apartamento que habían abierto con gran fuerza, arrancando ambas bisagras y rompiendo el cierre de seguridad de la puerta. Interrogué con rapidez a los ocupantes del piso, pero los dos reían sin parar; parece que Acheron les había contado un chiste sobre tres osos hormigueros en un pub y no conseguí sacarles nada útil.

Uno de los operativos negaba lentamente con la cabeza.

—¿Ahora qué? —pregunté indignada.

—Ninguna de las dos personas que describe recuerda que usted o Hades pasasen por el piso. Sólo recuerdan que la puerta saltó sin razón aparente. ¿Cómo lo explica?

Pensé durante un momento.

—Evidentemente, no puedo. Quizá posea control sobre las mentes débiles. Sólo tenemos una pequeña idea de los poderes de ese hombre.

—Hummm —respondió pensativo el operativo—. Para ser sinceros, la pareja *intentó* contarnos el chiste de los osos hormigueros. Nos pareció curioso.

—No tenía gracia, ¿verdad?

—En absoluto. Pero ellos parecían creer que era hilarante.

Empezaba a sentirme furiosa y no me gustaba la dirección que estaba tomando la entrevista. Reuní mis ideas y seguí, argumentando ante mí misma que cuanto antes acabase, mejor.

—Busqué lentamente por el piso y encontré una ventana abierta en el dormitorio. Llevaba hasta la salida de incendios, y al mirar al exterior pude apreciar la forma de Acheron bajando los tramos oxidados cuatro pisos más abajo. Sabía que no podía darle alcance, y fue entonces cuando vi a Snood. Salió tambaleándose de detrás de un coche aparcado y apuntó con el revólver a Hades cuando éste se dejó caer al suelo. En ese momento no comprendí qué hacía allí.

—¿Pero ahora sí?

El corazón se me vino abajo.

—Estaba allí por *mí*.

Sentí que me anegaban las lágrimas y luché por controlarlas. Antes muerta que llorar como un bebé delante de esta gente, así que con habilidad convertí el sollozo en un estornudo.

—Estaba allí porque sabía lo que había hecho —dijo Flanker—. Al pronunciar en voz alta el nombre de Hades había comprometido su situación y la de Tamworth. Creía estar enmendándose. A los ochenta y nueve años intentaba atrapar a un hombre más fuerte, más decidido y más inteligente. Era valiente. Era estúpido. ¿Oyó algo de lo que se dijeron?

—Al principio no. Bajé por la salida de incendios y oí a Snood gritar ¡Policía armada! y ¡Al suelo!. Para cuando llegué al segundo piso, Hades había convencido a Snood para que le entregase el arma y había disparado. Yo disparé dos veces desde mi posición; Hades se tambaleó ligeramente, pero se recuperó pronto y corrió hacia el coche más cercano. *Mi coche.*

—¿Qué sucedió entonces?

—Gateé para bajar de la escalera y me lancé al suelo, aterrizando mal sobre algo de basura y lesionándome el tobillo. Alcé la vista y vi a Acheron golpear la ventanilla de mi coche y abrir la portezuela. No le llevó más de un par de segundos forzar el seguro del volante y arrancar el motor. La calle era, como ya sabía, un callejón sin salida. Si Acheron quería escapar, sería a través de mí. Cojeando me situé en medio de la calle y esperé. Empecé a disparar tan pronto como se alejó de la acera. Todos mis disparos dieron en el blanco. Dos en el parabrisas y uno en la rejilla del radiador. El coche siguió acelerando y yo seguí disparando. Saltaron un retrovisor y el otro faro. El coche me daría si seguía moviéndose, pero ya no me importaba en realidad. La operación era un desastre. Acheron había matado a Tamworth y a Snood. Mataría a muchos otros si yo no daba todo lo que tenía. Con mi último disparo le di a la rueda delantera del conductor y finalmente Acheron perdió el control. El coche golpeó un Studebaker aparcado y volcó, se desplazó sobre el techo y finalmente se detuvo a apenas un metro de mi posición. Se agitó inestable durante un momento y luego se quedó quieto, el agua del radiador mezclándose con la gasolina que fluía a la calle.

Bebí otro sorbo de agua y miré a los rostros reunidos. Prestaban atención a todas mis palabras, pero lo más duro estaba por llegar.

—Recargué, luego abrí la portezuela del conductor del coche volcado. Había esperado que Acheron cayese convertido en un guiñapo, pero Hades, no por primera vez esa noche, no cumplió las expectativas. El coche estaba vacío.

—¿Le vio escapar?

—No. Yo misma reflexionaba sobre la situación cuando oí una voz familiar a mi espalda. Era Buckett. Había vuelto.

»“¿Dónde está?”, gritó Buckett.

»“No lo sé”, respondí tartamudeando, comprobando la parte de atrás del coche.

»“¡Quédate aquí! —gritó Buckett—. ¡Voy a comprobar el otro lado!”

»Me alegraba de que me diesen órdenes y poder descargar la carga de la iniciativa. Pero mientras Buckett se giraba para irse, rieló un poco y supe que algo iba mal. Sin vacilar, le disparé tres veces en la espalda. Cayó en un montón...

—¿Disparó a *otro* operativo? —dijo una del grupo de OE-1 con tono de incredulidad—. ¿Por la *espalda*? —Pasé de ella.

—... y evidentemente no era Buckett. La figura que se alzó de la calle para mirarme era Acheron. Se frotó la espalda donde le había acertado y sonrió

benignamente.

»“¡No ha sido muy deportivo!”, dijo sonriendo.

»“No estoy aquí para hacer deporte”, le aseguré.

Uno de los agentes de OE-1 me interrumpió.

—Parece que usted le dispara a mucha gente por la espalda, Next. ¿A quemarropa con balas estriadas y *sobrevivió*? Lo lamento, ¡es totalmente imposible!

—Es lo que pasó.

—¡Está mintiendo...! —dijo indignado—. ¡Ya he tenido bastante de...!

Pero Flanker le puso una mano en el brazo y lo tranquilizó.

—Siga, señorita Next.

Lo hice.

—«Hola, Thursday», dijo Hades.

»“Acheron”, —respondí.

»Sonrió.

»“La sangre de Tamworth se enfría en los escalones de arriba y es todo culpa tuya. Venga, dame tu pistola y podremos acabar con esto y volver a casa.”

»Hades alargó la mano y sentí un impulso enorme de entregarle el arma. Pero ya le había rechazado antes, cuando empleaba métodos más persuasivos... cuando yo era alumna y él profesor. Quizá Tamworth supiese que yo era capaz de resistirme a él; quizá fuese ésa otra razón para querer tenerme en el equipo. No lo sé. Hades se dio cuenta y en su lugar dijo de forma cordial:

»“Ha pasado mucho tiempo. ¿Quince años, ¿no?”

»“Verano del 69”, respondí con gravedad. No tenía ganas de juegos.

»“¿69?” —preguntó él, después de pensarlo un momento—. Entonces hace *dieciséis* años. Me parece recordar que éramos muy amigos.

»“Eras un profesor genial, Acheron. No he conocido a un intelecto con el que pueda compararte. ¿Por qué todo esto?”

»“Podría decir lo mismo de ti —respondió Acheron con una sonrisa. Tú fuiste el único alumno que he tenido nunca al que podría describir como *genial*, sin embargo, aquí estás, trabajando como poli con pretensiones; una detective literaria; un peón para la Red. ¿Qué te trajo a OE-5?”

»“El destino.”

»Hubo una pausa. Acheron sonrió.

»“Siempre me caíste bien, Thursday. Me rechazaste y, como todos sabemos, no hay nada más seductor que la resistencia. Siempre me he preguntado qué haría si nos volviésemos a encontrar. Mi alumna estrella, mi protegida. Casi fuimos amantes.”

»“*Nunca* fui tu protegida, Hades.”

»Volvió a sonreír.

»“¿Alguna vez has querido un coche nuevo?”, me preguntó de improviso.

»Claro que sí, y se lo dije.

»“¿Qué hay de una casa grande? ¿Qué hay de *dos* casas grandes? En el campo. Con terrenos. Y un Rembrandt.”

»Vi lo que pretendía.

»“Si quieres comprar mi buena voluntad, Acheron, tienes que escoger la moneda adecuada.”

»Dejó de sonreír.

»“Eres fuerte, Thursday. La avaricia funciona con la mayoría de la gente.”

»Yo ya estaba furiosa.

»“¿Para qué quieres el manuscrito *Chuzzlewit*, Acheron? ¿Para venderlo?”

»“¿Robar y vender? Qué *vulgar* —dijo con desprecio—. Lamento lo de tus dos amigos. Las balas de punta hueca lo dejan todo hecho un lío, ¿no crees?”

»Nos quedamos allí de pie mirándonos. Pronto llegaría OE-14.

»“Al suelo —le ordené— o juro que disparo.”

»De pronto Hades se convirtió en un borrón móvil. Hubo un restallido y sentí que algo me golpeaba el brazo. Hubo cierta sensación de calor y comprendí con cierto distanciamiento que me habían disparado.

»“Buen intento, Thursday. ¿Qué tal con el otro brazo?”

»Sin saberlo, yo había lanzado un disparo en su dirección. Me felicitaba por ello. Sabía que me quedaban como mucho treinta segundos antes de que la pérdida de sangre me empezase a marear. Pasé la automática a la mano izquierda y empecé a elevarla.

»Acheron sonrió con admiración. Había seguido con ese juego brutal todo lo posible, pero el rugido lejano de las sirenas de policía le hizo apresurarse. Me disparó una vez en el pecho y me dejó por muerta.

Los agentes de OE-1 se movieron ligeramente al concluir mi historia. Intercambiaron miradas, pero no me interesaba si me creían o no. Hades me había dado por muerta pero todavía no se me había acabado el tiempo. El ejemplar de *Jane Eyre* que Tamworth me había dado me había salvado la vida. Me lo había metido en el bolsillo del pecho; la bala de Hades había penetrado hasta la tapa de atrás pero no la había atravesado. Costillas rotas, un pulmón colapsado y un moratón de muerte... pero había sobrevivido. Fue suerte, el destino o lo que uno quiera creer.

—¿Eso es todo? —preguntó Flanker.

Asentí.

—Eso es todo.

No lo era, claro, había mucho más, pero nada de eso era importante para ellos. No les había contado cómo Hades había usado la muerte de Filbert Snood para triturarme emocionalmente; fue así como consiguió acertar con el primer disparo.

—Eso es todo lo que precisamos saber, señorita Next. Puede volver a OE-27 tan

pronto como se recupere. Debo recordarle que está sujeta al acuerdo de confidencialidad que firmó. Una palabra en el momento equivocado podría tener graves consecuencias. ¿Hay algo que le gustaría añadir?

Respiré profundamente.

—Sé que lo que he contado parece imposible, pero es la verdad. Soy el primer testigo que ha visto lo que Hades está dispuesto a hacer para sobrevivir. Quien le persiga en el futuro debe ser plenamente consciente de lo que es capaz de hacer.

Flanker se recostó en la silla. Miró al hombre del tic, quien asintió.

—Abstracto, Señorita Next.

—¿Qué quiere decir?

—Hades está muerto. A pesar de tener el gatillo fácil, los de OE-14 no son unos perdedores completos. Esa noche le persiguieron por la M4 hasta que estrelló el coche en el cruce doce. Rodó por un embarcadero y estalló en llamas. No queríamos contárselo hasta oír su declaración.

La noticia me dio directamente y con fuerza. La venganza había sido la emoción principal que me había mantenido cuerda durante las últimas semanas. Sin el ardiente deseo de ver a Hades castigado, puede que no lo superase. Sin Acheron mi testimonio quedaría sin probar. No había esperado que lo creyesen todo, pero al menos podría esperar ser vindicada cuando otros se enfrentasen a él.

—¿Disculpe? —pregunté de pronto.

—Dije que Hades está muerto.

—No, no lo está —dije sin pensar.

Flanker supuso que mi reacción era un efecto de mi estado traumático.

—Puede que sea difícil aceptarlo, pero lo está. Ardió hasta quedar casi irreconocible. Tuvimos que identificarle usando sus registros dentales. Todavía llevaba la pistola de Snood.

—¿El manuscrito *Chuzzlewit*?

—Ni rastro... Creemos que también quedó destruido.

Bajé la vista. Toda la operación había sido un fiasco.

—Señorita Next —dijo Flanker, poniéndose en pie y colocándome una mano sobre el hombro—, le alegrará saber que nada de esto será público por debajo de OE-8. Puede volver a su unidad sin mácula en su expediente. Se produjeron errores, pero ninguno de nosotros sabe cómo podrían haber acabado las cosas dadas otras circunstancias. En cuanto a nosotros, no volverá a vernos.

Apagó la grabadora, me deseó buena salud y salió de la sala. Los otros agentes fueron con él, excepto el hombre del tic. Esperó hasta que sus colegas no pudiesen oírle y me susurró:

—Creo que su testimonio es basura, señorita Next. El servicio no se puede permitir perder a hombres como Phillip Tamworth.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por decirme su nombre de pila.

El hombre se movió para decir algo, se lo pensó mejor y se fue.

Me levanté de la mesa en la sala de interrogatorios improvisada y miré por la ventana. Fuera hacía calor y sol y los árboles se agitaban suavemente bajo la brisa; el mundo parecía no tener espacio para gente como Hades. Permití que los recuerdos de esa noche regresasen. La parte que no les había contado se refería a Snood. Acheron había dicho más cosas esa noche. Había señalado el cuerpo cansado y gastado de Snood y había dicho:

—Filbert me pidió que te dijese que lo sentía.

—¡Ése es el padre de Filbert...! —le corregí.

—No —rió—. Ese era Filbert.

Volví a mirar a Snood. Estaba tendido de espaldas con los ojos abiertos y el parecido era innegable, a pesar de sesenta años de diferencia.

—¡Oh, Dios mío, no! ¿Filbert? ¿Ese era él?

Acheron parecía estar pasándoselo en grande.

—«Retenido ineludiblemente» es un eufemismo de la CronoGuardia para la agregación temporal, Thursday. Me sorprende que no lo supieses. Atrapado fuera del aquí-ahora. En menos de un minuto se le acumularon sesenta años. No me sorprende que no quisiese que le vieses.

Después de todo, no había habido ninguna chica en Tewkesbury. De mi padre lo había oído todo sobre dilataciones del tiempo e inestabilidades temporales. En el mundo del Suceso, el Cono y el Horizonte, Filbert Snood había quedado retenido ineludiblemente. Lo verdaderamente trágico fue que jamás creyó que pudiese contármelo. Fue entonces, cuando alcancé el punto más bajo, que Acheron se volvió para dispararme. Era lo que había planeado.

Regresé caminando lentamente a mi habitación y me senté en la cama totalmente desalentada. Cuando no hay nadie cerca, las lágrimas me llegan con facilidad. Lloré copiosamente durante unos cinco minutos y me sentí muchísimo mejor, me soné y luego encendí la tele para distraerme. Recorrí los canales hasta dar por casualidad con Toad News Network. Más cosas sobre Crimea, claro.

—Todavía hablando de Crimea —anunció la presentadora—, la división de armas especiales de la Corporación Goliath ha presentado su última arma en la lucha contra los agresores rusos. Se espera que el nuevo Rifle balístico de energía de plasma, de nombre en código «Stonk», se convierta en un arma decisiva para cambiar el curso de la guerra. Nuestro corresponsal de defensa James Backbiter nos lo amplía.

La escena cambió a un primer plano de un arma de aspecto exótico manipulada por un soldado con uniforme de OpEspec Militares.

—Este es el nuevo rifle de plasma Stonk presentado hoy por la división de armas especiales de Goliath —anunció Backbiter, de pie junto un soldado en lo que era evidentemente un campo de tiro—. Por razones evidentes, no podemos darles muchos detalles, pero podemos mostrarles su efectividad y decirles que emplea un rayo de energía concentrada para destruir vehículos y personal hasta kilómetro y medio de distancia.

Miré horrorizada cómo el soldado demostraba la nueva arma. Rayos invisibles de energía destrozaron el tanque que hacía de blanco con la potencia de diez de nuestros howitzers. Era como llevar una pieza de artillería en la palma de la mano. La andanada terminó y Backbiter le planteó a un coronel un par de preguntas evidentemente ensayadas mientras de fondo desfilaban los soldados con la nueva arma.

—¿Cuándo creen que llegarán los Stonk al frente?

—Ahora ya se están enviando los primeros. El resto se enviará en cuanto se monten las fábricas necesarias.

—Y finalmente, ¿su efecto en el conflicto?

Algo de emoción aleteó en el rostro del coronel.

—Predigo que el Stonk hará que en un mes los rusos quieran la paz.

—Oh, *mierda* —murmuré. Durante mi época en el ejército había oído esa frase en muchas ocasiones. Había suplantado en fatuidad la promesa de antaño «para Navidad». Sin excepción, había sido precedida siempre por una pérdida horrible de vidas.

Incluso antes del primer envío de las primeras armas, su mera existencia ya había afectado al equilibrio de poder en Crimea. Abandonada la idea de la retirada, el gobierno inglés intentaba negociar la rendición de todas las tropas rusas. Los rusos se negaban. La ONU exigía que ambos bandos volviesen a las conversaciones de Budapest, pero todo se había parado; el ejército imperial ruso se había enterrado para protegerse de la masacre que esperaba. En un momento anterior del mismo día, el representante de armas especiales de Goliath había recibido instrucciones de presentarse ante el parlamento para explicar el retraso de las nuevas armas, que ya iban un mes por detrás.

El gemido de ruedas me sacó de mi ensueño. Alcé la vista. En medio de la habitación del hospital había un coche deportivo pintado de colores brillantes. Parpadeé dos veces, pero no desapareció. No había ninguna razón terrenal para que estuviese en la habitación ni siquiera pruebas de cómo había llegado hasta allí, ya que la puerta tenía el tamaño justo para una cama, pero allí estaba. Podía oler los vapores del tubo de escape y oír el ronroneo del motor, pero por alguna razón no me pareció raro. Los ocupantes me miraban fijamente. La conductora era una mujer de treinta y pocos años con un aspecto que me resultaba familiar.

—¡Thursday...! —gritó la conductora con una voz cargada de urgencia.

Fruncí el ceño. Todo *parecía* real y estaba completamente segura de haber visto a la conductora en alguna otra parte. El pasajero, un joven vestido con traje a quien no conocía, me saludó con alegría.

—¡No murió! —dijo la mujer, como si no tuviese mucho tiempo para hablar—. ¡El coche estrellado fue una distracción! ¡Los hombres como Acheron no mueren con tanta facilidad! ¡Pide el trabajo de detective literario en Swindon!

—¿Swindon...? —repetí. Creía haber escapado de esa ciudad... Me había provisto de más de un recuerdo doloroso.

Abrí la boca para hablar, pero se produjo otro gemido de goma y el coche se fue, plegándose más que desvanecerse hasta no quedar nada excepto el eco de las ruedas y el ligero olor a los gases de escape. Pronto éstos también desaparecieron, sin dejar ninguna pista sobre esa extraña aparición. La conductora me había resultado *muy* familiar. Había sido yo.

Tenía el brazo casi completamente curado para cuando investigación interna comenzó a hacer circular sus resultados. No se me permitió leer el informe, pero no me molestó. De haber sabido lo que contenía, probablemente sólo hubiese logrado sentirme más insatisfecha y molesta de lo que ya me sentía. Boswell me había vuelto a visitar para decirme que me habían concedido seis meses de baja médica antes de volver, pero no me sirvió de nada. No quería regresar al despacho de detectives literarios; al menos, no en Londres.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Paige. Se había presentado para ayudarme a empacar antes de que me diesen el alta—. Seis meses de baja puede ser mucho tiempo si no tienes hobbies, familia o amigos —añadió. En ocasiones podía ser muy directa.

—Tengo un montón de hobbies.

—Dime *uno*.

—La pintura.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Ahora mismo estoy pintando una marina.

—¿Cuánto te ha llevado hasta ahora?

—Casi siete años.

—Debe de ser muy buena.

—Es una mierda.

—Pero en serio —dijo Turner, con quien había intimado más durante las últimas semanas que durante todo el tiempo que nos habíamos tratado—, ¿qué vas a hacer?

Le entregué la revista de OpSpec 27; mostraba puestos libres por todo el país. Paige miró lo que había marcado con un círculo de tinta roja.

—¿Swindon?

—¿Por qué no? Es mi casa.

—Puede que sea tu casa —respondió Turner—, pero *definitivamente* es raro —indicó la descripción del trabajo—. Sólo piden un operativo... ¡Tú has sido inspectora en funciones durante más de tres años!

—Tres y medio. No importa. Voy a ir.

No le conté a Paige la verdadera razón. Bien podría haber sido una coincidencia, pero el consejo de la conductora del coche había sido muy específico: *¡Pide el trabajo de detective literario en Swindon!* Quizás después de todo la visión hubiese sido real; la revista con la oferta de trabajo había llegado *después* de la visita del coche. Si había acertado en lo del trabajo en Swindon, era razonable que quizá la noticia sobre Hades también fuese correcta. Sin pensarlo más, lo había solicitado. No podía contarle a Paige lo del coche; de haberlo sabido, a pesar de la amistad se lo hubiese dicho a Boswell. Boswell hubiese hablado con Flanker y hubiesen acaecido todo tipo de hechos desagradables. Empezaba a tener maña para ocultar la verdad, y ahora me sentía más feliz que en muchos meses.

—Te echaremos de menos en el departamento, Thursday.

—Pasará.

—Yo te echaré de menos.

—Gracias, Paige. Te lo agradezco. Yo también te echaré de menos.

Nos abrazamos, ella me dijo que mantuviese el contacto y salió de la habitación, con el busca sonando.

Terminé de empacar y le di las gracias al equipo de enfermeras, que me entregó una bolsa de papel marrón antes de irme.

—¿Qué es? —pregunté.

—Pertenece a quien fuese que le salvó la vida esa noche.

—¿A qué se refiere?

—Un transeúnte la asistió antes de que llegasen los médicos; cerró la herida de su brazo y le puso su abrigo para mantenerla caliente. Sin su intervención, usted bien podría haberse desangrado hasta morir.

Intrigada, abrí la bolsa. Primero, había un pañuelo que a pesar de varios lavados todavía estaba manchado con mi sangre. Un monograma cosido en una esquina decía «EFR». Segundo, el paquete contenía una chaqueta, una especie de abrigo informal de noche que podría haber sido muy popular a mediados del siglo pasado. Busqué en los bolsillos y encontré la factura de un sombrerero. Estaba a nombre de Edward Fairfax Rochester, caballero, y llevaba fecha de 1833. Me senté en la cama dejándome caer y miré fijamente las dos prendas y la factura. Normalmente, no hubiese creído que esa noche Rochester se había despegado de las páginas de *Jane Eyre* para ayudarme; una cosa así es, por supuesto, totalmente imposible. Podría haber rechazado la misma idea como una broma ridículamente compleja de no haber

sido por un detalle: Edward Rochester y yo nos habíamos encontrado en una ocasión...

6

Jane Eyre: una breve excursión al interior de una novela

«En el exterior del apartamento de Styx no fue la primera vez que Rochester y yo nos encontramos, tampoco sería la última. Nos encontramos por primera vez en la mansión Haworth en Yorkshire cuando mi mente era joven y la barrera entre realidad e imaginación no se había endurecido para formar la concha que nos encierra en la vida adulta. La barrera era blanda, flexible y, durante un momento, gracias a la amabilidad de una extraña y al poder de una buena voz narradora, realicé el corto viaje... y regresé.»

THURSDAY NEXT

Una vida en OpEspec

Fue en 1958. Mi tío y mi tía —que incluso entonces parecían viejos— me habían llevado a la mansión Haworth, la vieja residencia Brontë, para realizar una visita. En el colegio habíamos estado dando William Thackeray, y como las Brontë habían sido sus contemporáneas, parecía una buena oportunidad de ampliar mis intereses en esas cuestiones. Mi tío Mycroft daba una conferencia en la universidad de Bradford sobre su asombroso trabajo en teoría de juegos, uno de cuyos aspectos más prácticos le permitía a uno ganar siempre a Serpientes y Escaleras. Bradford estaba cerca de Haworth, así que una visita combinada parecía una buena idea.

Una guía nos llevó, una mujer superficial de unos sesenta años con gafas metálicas y rebeca de Angora que dirigía a los turistas por entre las habitaciones con gestos abruptos, como si creyese imposible que ninguno de ellos pudiese saber tanto como ella, pero estando renuientemente dispuesta a ayudarles a emerger de las profundidades de su ignorancia. Cerca del final del *tour*, cuando las mentes pensaban ya en las tarjetas postales y el helado, lo mejor de la exposición recibió a los cansados visitantes en forma de manuscrito original de *Jane Eyre*.

Aunque las páginas estaban marrones por el tiempo y la tinta negra se había tornado de un marrón claro, el ojo entrenado todavía podía leerlo, la delicada letra fluyendo por la página en un torrente continuo de prosa inventiva. Cada dos días se pasaba una página, lo que permitía a los seguidores más regulares y fanáticos de Brontë leer la novela, tal y como se escribió originalmente.

El día de mi visita al museo Brontë, el manuscrito estaba abierto en el punto donde Jane y Rochester se encuentran por primera vez; un encuentro al azar junto a los escalones de una cerca.

—... lo que la convierte en una de las grandes novelas románticas jamás escritas —siguió diciendo la superficial pero altiva guía en su monólogo tantas veces repetido, pasando de las varias manos que se habían alzado para plantear alguna pregunta pertinente.

»El personaje de Jane Eyre, una heroína dura y fuerte, la distanció de las heroínas habituales de la época, y Rochester, un hombre severo pero básicamente bueno, también rompió moldes con el humor adusto de su personaje imperfecto. Charlotte Brontë escribió *Jane Eyre* en 1847 bajo el seudónimo de Currer Bell. Thackeray describió la novela como "la obra maestra de un gran genio". Ahora seguiremos hasta la tienda donde podrán comprar postales, platos conmemorativos, pequeñas imitaciones en plástico de Heathcliffs y otros recuerdos de su visita. Gracias por su...

Un miembro del grupo tenía la mano en alto y estaba decidido a hablar.

—Discúlpeme —empezó a decir un joven con acento americano. Un músculo de la mejilla de la guía se agitó momentáneamente al obligarse a prestar atención a las opiniones de otra persona.

—¿Sí? —preguntó con amabilidad fría.

—Bien —siguió diciendo el joven—. Soy nuevo en todo esto de Brontë, pero tengo problemas con el final de *Jane Eyre*.

—¿Problemas?

—Sí. Como el hecho de que Jane abandona Thornfield Hall y se va con sus primos, los Rivers.

—Sé quiénes son sus primos, joven.

—Sí, bien, acepta irse con el ñoño St. John Rivers pero no casarse con él, parten para la India y ¿ése es el final del libro? ¿Ya está? ¿Qué hay de un final feliz? ¿Qué pasa con Rochester y su esposa loca?

La guía le miró con furia.

—¿Y qué hubiese preferido usted? ¿Las fuerzas del bien y del mal en lucha mortal por los pasillos de Thornfield Hall?

—No me refiero a eso —siguió diciendo el joven, empezando a sentirse algo molesto—. Es sólo que el libro está pidiendo a gritos una solución potente, para completar la narrativa y concluir el relato. Tengo la impresión de que se limitó a escribir más o menos lo primero que se le ocurrió.

La guía le observó durante un momento a través de sus gafas metálicas y se preguntó por qué los visitantes no podían comportarse un poco más como ovejas. Tristemente, el joven tenía razón; ella misma había reflexionado a menudo sobre el final aguado, deseando, como otros millones, que las circunstancias hubiesen permitido después de todo el matrimonio entre Jane y Rochester.

—Algunas cosas nunca se sabrán —respondió sin comprometerse—. Charlotte ya no está con nosotros, por lo que la pregunta es puramente abstracta. Lo que tenemos

para estudiar y disfrutar es lo que nos dejó. La total exuberancia de la prosa compensa con creces cualquiera de sus pequeñas limitaciones.

El joven americano asintió y el pequeño grupo se movió, con mi tía y mi tío entre ellos. Me rezagué hasta que sólo yo y una turista japonesa nos quedamos en la sala; luego intenté ponerme de puntillas para mirar el manuscrito. Tenía su complicación, porque yo era bajita para mi edad.

—¿Te gustaría que te lo leyese? —dijo una amable voz cercana. Era la turista japonesa. Me sonrió y yo le agradecí las molestias.

Comprobó que no había nadie por los alrededores, abrió sus gafas para leer y empezó a hablar. Hablaba un inglés excelente y poseía una bonita voz lectora; las palabras se despegaban de la página y se iban a mi imaginación mientras ella leía.

... En aquella época yo era joven y atesoraba en la cabeza todo tipo de fantasías luminosas y oscuras; allí se anidaban los recuerdos de las historias de infancia junto con más tonterías; y cuando regresaban, la joven madurez les añadía un vigor y una viveza más allá de la que era posible en la niñez...

Cerré los ojos y de pronto un estremecimiento frío ocupó el aire que me rodeaba. Ahora la voz de la turista era clara, como si hablase a la intemperie, y cuando abrí los ojos el museo había desaparecido. En su lugar había un camino de campo perteneciente a otro lugar completamente diferente. Era una agradable tarde de invierno y el sol comenzaba a ocultarse tras el horizonte. El aire estaba completamente inmóvil, y la escena iba perdiendo color. Aparte de algunos pájaros que se agitaban ocasionalmente en el seto, ningún movimiento puntuaba el paisaje absolutamente hermoso. Me estremecí al ver mi propio aliento en el aire vivificante, cerré la cremallera de la chaqueta y lamenté haber dejado el gorro y los guantes de lana en la percha del museo, escaleras abajo. Al mirar a mi alrededor, pude comprobar que no estaba sola. A apenas tres metros, una joven, vestida con manto y gorro, permanecía sentada sobre unos escalones, de los que sirven para pasar una cerca, observando la luna que acababa de elevarse detrás. Al volverse, comprobé que su rostro era normal y completamente corriente, pero poseía una expresión que manifiesta decisión y fuerza interior. La miré intensamente con emociones mezcladas. No hacía mucho había comprendido que yo no era ninguna belleza, e incluso a los nueve años ya había aprendido que los niños más atractivos ganaban favores con más facilidad. Pero en esa joven comprendí que esos principios podían invertirse. Me sentí alzarme más recta y cerrar la mandíbula en una imitación inconsciente de su pose.

Estaba considerando preguntarle adónde había ido el museo cuando un sonido en el camino hizo que las dos nos volviésemos. Era un caballo que se acercaba, y la joven pareció sorprendida durante un momento. El camino era estrecho, y me eché atrás para dejar espacio al caballo. Mientras yo esperaba, un enorme perro blanco y

negro corrió siguiendo el seto, pegando la nariz al suelo en busca de cualquier cosa de interés. El perro hizo caso omiso de la figura en los escalones pero se detuvo de inmediato al verme a mí. Agitó la cola entusiasmado y saltó hacia mí, olisqueándome inquisitivamente, su aliento cálido cubriéndome con una capa tibia y sus pelos haciéndome cosquillas en las mejillas. Reí y el perro agitó la cola todavía con más fuerza. Había olisqueado siguiendo el seto durante todas las lecturas durante más de ciento treinta años, pero jamás se había encontrado con nada que oliese tan... bien... *real*. Me lamió varias veces con gran afecto. Volví a reír y lo aparté, así que corrió a buscar un palo.

Por lecturas subsecuentes del libro, comprendí más tarde que el perro *Pilot* no había tenido jamás la oportunidad de encontrar un palo, ya que aparecía muy pocas veces en el libro, así que evidentemente estaba más que dispuesto a aprovechar la oportunidad cuando se la encontraba. Debía haber sabido, casi instintivamente, que esa niña pequeña que había aparecido momentáneamente al pie de la página 81 estaba libre de la rigidez narrativa. Él sabía que podía estirar un poco los límites de la historia, olisqueando a un lado del camino o al otro, ya que no se especificaba; pero si el texto afirmaba que tenía que ladrar, corretear o saltar, entonces estaba obligado a cumplir. Se trataba de una existencia larga y repetitiva, lo que hacía que las escasas apariciones de personas como yo fuesen todavía más deliciosas.

Alcé la vista y comprobé que el caballo y el jinete habían dejado atrás a la joven. El jinete era un hombre alto con rasgos distinguidos y el rostro agobiado, con el ceño fruncido por algunas reflexiones que parecían envolverle en un distanciamiento pensativo. No había visto mi pequeña forma y la ruta segura por el camino pasaba justo por donde yo estaba; al lado opuesto había una lámina traicionera de hielo. En unos momentos el caballo estaba junto a mí, los cascos pesados golpeando el suelo duro, el aliento caliente saliendo de su nariz aterciopelada y dándome en la cara. De pronto, el jinete, viendo por primera vez a la niña en su camino, dijo:

—¿Qué repámpanos...?

Y lanzó rápidamente al caballo a la izquierda, alejándolo de mí pero en dirección al hielo resbaladizo. El caballo perdió pie y se estrelló contra el suelo. Yo di un paso atrás, mortificada por el accidente que había causado. El caballo luchó por ponerse en pie, y el perro, al oír la conmoción, regresó a la escena, me ofreció un palo y luego ladró excitado al grupo caído, sus ladridos profundos provocando un eco en la tarde en calma. La joven, con gran preocupación en el rostro, se acercó al hombre caído. Estaba deseosa de ayudar, y habló por primera vez.

—¿Está herido, señor?

El jinete murmuró algo incomprensible y pasó completamente de ella.

—¿Puedo hacer algo? —volvió a preguntar ella.

—Debe simplemente hacerse a un lado —respondió el jinete con tono brusco, y

se puso temblorosamente en pie.

La joven se echó atrás mientras el jinete ayudaba al caballo a recuperarse con estruendo y golpes de cascos. Silenció al perro con un grito y luego se detuvo para palparse la pierna; era evidente que se había hecho mucho daño. Yo estaba segura de que un hombre de un porte tan severo debía con toda seguridad estar enfadado conmigo. Pero cuando volvió a mirarme me sonrió con amabilidad y me dedicó un guiño, colocándose un dedo en los labios para garantizar mi silencio. Yo le devolví la sonrisa, y el jinete se volvió para mirar a la joven, con el rostro convirtiéndose de nuevo en una mueca al adoptar el personaje. En lo alto del cielo de la noche podía oír una voz lejana que me llamaba. La voz se hizo más intensa y el cielo se oscureció. El aire frío se calentó en mi cara al evaporarse el camino, el caballo, el jinete, la joven y el perro para regresar a las páginas del libro de donde habían surgido. La sala del museo fue apareciendo a mí alrededor y las imágenes y olores volvieron a transformarse en palabras habladas a medida que la mujer terminaba la frase.

... se acercó inseguro hasta los escalones de los que acababa de levantarme y se sentó...

—¡Thursday! —gritó malhumorada mi tía Polly—. *Intenta mantenerte con el grupo. ¡Más tarde haré preguntas!*

Me agarró de la mano y me sacó de allí. Me giré y di las gracias con un gesto a la turista japonesa, quien me sonrió afable.

Después de eso regresé al museo en algunas ocasiones, pero la magia no volvió a manifestarse. Mi mente se había cerrado demasiado para cuando cumplí los doce años, convertida ya en una joven mujer. Sólo se lo conté a mi tío, quien asintió sabiamente y se creyó hasta la última palabra. Jamás se lo conté a nadie más. A los adultos normales no les gusta que los niños les hablen de cosas que sus propias mentes grises les niegan.

Al crecer, comencé a tener dudas sobre la validez de mis recuerdos, hasta que en mi dieciocho cumpleaños lo había atribuido todo al resultado de una imaginación hiperactiva. La reaparición esa noche de Rochester en el exterior del apartamento de Styx sólo servía para confundir. La realidad, eso estaba claro, empezaba a ceder.

La Corporación Goliath

«... Nadie podría discutir que tenemos una deuda de gratitud con la Corporación Goliath. Nos ayudaron a recuperarnos tras la Segunda Guerra y no deberíamos olvidarlo. Sin embargo, recientemente, da la impresión de que la Corporación Goliath se va rezagando con respecto a sus promesas de justicia y altruismo. Ahora nos vamos encontrando en la desafortunada posición de seguir pagando una deuda que se saldó hace tiempo; con intereses...»

SAMUEL PRING

Discurso ante el parlamento del Goliathescéptico inglés

Me encontraba en el Cementerio Conmemorativo de OpEspec en Highgate mirando la lápida de Snood. Decía:

FILBERT R. SNOOD

Un buen agente que entregó sus
años a la llamada del deber
—El tiempo no espera por nadie—
OE-12 y OE-5
1953-1985

Dicen que el trabajo te envejece —y a Filbert le había envejecido mucho—. Quizá fuese para mejor que no me hubiese llamado tras el accidente. No habría funcionado y la separación, al producirse —separación que llegaría con seguridad—, podría haber sido excesivamente dolorosa. Coloqué una pequeña piedra sobre su lápida y le dije adiós.

—Tuvo usted suerte —dijo una voz.

Me volví para ver a un hombre bajo vestido con un traje oscuro y caro sentado en el banco opuesto.

—¿Disculpe? —pregunté, desconcertada por la intrusión en mis pensamientos.

El hombre bajo sonrió y me miró con intensidad.

—Me gustaría hablar con usted sobre Acheron, señorita Next.

—Es uno de los ríos que fluye en el mundo subterráneo[3] —le dije—. Busque en la biblioteca local en la sección de mitología griega.

—Me refería a la persona.

Le miré durante un momento, intentando deducir quién era. Llevaba un pequeño sombrero sobre una cabeza redonda a la que habían cortado el pelo para dejarla como una pelota de tenis. Tenía rasgos marcados, labios finos y no era lo que llamarías un ser humano de aspecto atractivo. Exhibía pesada joyería de oro y un alfiler de corbata con un diamante que relucía como una estrella. Sus zapatos de piel estaban cubiertos de manchas blancas y del bolsillo del chaleco le colgaba una cadena de reloj de oro. No estaba solo. De pie junto a él había un joven también vestido con traje oscuro con un bulto donde debía haber una pistola. Había estado tan perdida en mis reflexiones que no me había dado cuenta de que se habían acercado. Supuse que pertenecían a asuntos internos de OpEspec o similar; asumí que Flanker y compañía todavía no habían terminado conmigo.

—Hades ha muerto —me limité a responder, al no estar dispuesta a enredarme.

—Usted no parece creerlo.

—Sí, bien. Me han dado seis meses de permiso debido a estrés causado por el trabajo. El psiquiatra considera que sufro de síndrome de memoria falsa y de alucinaciones. Yo no creería nada de lo que digo, si fuese usted... y eso incluye lo que acabo de decir.

El hombre bajo volvió a sonreír, mostrando un enorme diente de oro.

—No creo que sufra de estrés, señorita Next. Creo que está usted tan cuerda como yo. Si alguien que ha sobrevivido a Crimea, a la policía y a ocho años de complejo trabajo como detective literario viniese y me dijese que Hades seguía con vida, prestaría bastante atención.

—¿Y quién sería usted?

Me entregó una tarjeta bordeada en oro con el logotipo azul oscuro de la Corporación Goliath estampado en relieve.

—Me llamo Schitt —respondió—. Jack Schitt.

Me encogí de hombros. La tarjeta me decía que pertenecía al servicio de seguridad interna de Goliath, una organización en la sombra que se encontraba bien lejos del control del gobierno; por decreto constitucional no respondían ante nadie. La Corporación Goliath disponía de miembros honorarios en ambas cámaras y consejeros financieros en el tesoro. El sistema judicial tenía una buena representación de gente de Goliath en el panel de selección de los jueces del tribunal supremo, y la mayoría de las universidades importantes tenían a un inspector de Goliath en residencia. Nadie se daba cuenta de lo mucho que influían en los asuntos del país, lo que quizá demostrase lo bien que se les daba. Sin embargo, a pesar de toda la benevolencia externa de Goliath, había murmullos de disidencia con respecto a los privilegios permanentes de la Corporación. Sus funcionarios no eran elegidos por el pueblo o el gobierno y sus actividades estaban reconocidas por ley. Sólo un político

muy valiente se atrevería a dar voz a su inquietud.

Me senté junto a él en el banco. Hizo que su secuaz se fuese.

—Bien, ¿a qué se debe su interés en Hades, señor Schitt?

—Quiero saber si está vivo o muerto.

—Ha leído el informe del forense, ¿no es así?

—Sólo dice que un hombre de la altura, corpulencia y dentición de Hades se incineró en un coche. Hades ha escapado de cosas peores. Leí *su* informe; *mucho* más interesante. No tengo ni idea de por qué esos payasos de OE-1 lo desestimaron con tanta rapidez. Tras la muerte de Tamworth, usted es el único operativo que sabe algo sobre él. Realmente no me preocupa de quién fue la culpa de lo sucedido esa noche. Sólo quiero saber: ¿qué iba a hacer Acheron con el manuscrito de *Martin Chuzzlewit*?

—¿Quizás extorsión? —aventuré.

—Es posible. ¿Dónde está ahora?

—¿No estaba con él?

—No —respondió Schitt sin alterarse—. En su testimonio dijo que se lo llevó consigo en un maletín de cuero. No se encontró ni rastro en el coche quemado. Si *sobrevivió*, también lo hizo el manuscrito.

Le miré neutral, preguntándome adónde conducía todo esto.

—Entonces, debió de pasárselo a un cómplice.

—Es posible. El manuscrito podría valer hasta cinco millones en el mercado negro, señorita Next. Mucho dinero, ¿no cree?

—¿Qué está sugiriendo? —pregunté con brusquedad, perdiendo los nervios.

—Nada en absoluto; pero su testimonio y el cadáver de Acheron no acaban de encajar, ¿no es así? Usted dijo que le disparó después de que matase al joven agente.

—Se llamaba Snood —dije enfáticamente.

—Como sea. Pero el cadáver quemado no tenía heridas de disparos a pesar de las muchas veces que usted le disparó mientras estaba disfrazado como Buckett o la vieja.

—Se llamaba señora Grimswold.

Le miré fijamente. Schitt siguió hablando.

—Vi las balas aplastadas. Hubiese obtenido el mismo resultado disparándolas contra un muro.

—Si todo esto tiene algún sentido, ¿por qué no va al grano?

Schitt desenroscó la tapa de un termo y me lo ofreció. Lo rechacé; se sirvió una copa y siguió hablando:

—Creo que usted sabe más de lo que afirma saber. Sólo tenemos su palabra para los acontecimientos de esa noche. Dígame, señorita Next, ¿para qué planeaba usar Hades el manuscrito?

—Ya le dije: no tengo ni idea.

—Entonces, ¿por qué va a trabajar como detective literaria en Swindon?

—Es todo lo que pude conseguir.

—Eso no es cierto. Consistentemente han valorado su trabajo por encima de la media y sus registros indican que no ha vuelto a Swindon en diez años a pesar de que su familia vive allí. Una nota añadida a su expediente habla de «tensiones románticas». ¿Problemas con un hombre en Swindon?

—No es asunto suyo.

—En mi trabajo, me encuentro con muy pocas cosas que *no son* asunto mío. Hay muchísimas otras cosas que una mujer de su talento podría hacer, ¿pero volver a Swindon? Algo me dice que tiene otro motivo.

—¿Realmente todo eso aparece en mi expediente?

—Así es.

—¿De qué color tengo los ojos?

Schitt pasó de mí y tomó un sorbo de café.

—Colombiano. El mejor. Usted cree que Hades está vivo, Next. Creo que tiene alguna idea de dónde está y estoy dispuesto a suponer que se encuentra en Swindon y que por eso va usted allí. ¿Tengo razón?

Le miré directamente a los ojos.

—No. Simplemente vuelvo a casa para aclarar mi vida.

Jack Schitt siguió sin convencerse.

—No creo que exista el estrés, Next. Sólo gente débil y gente fuerte. Sólo la gente fuerte sobrevive frente a hombres como Hades. Usted es una persona fuerte.

Hizo una pausa.

—Si cambia de opinión, puede llamarme. Pero se lo advierto, la estaré vigilando de cerca.

—Haga lo que quiera, señor Schitt, pero tengo una pregunta para usted.

—¿Sí?

—¿Por qué le *interesa* Hades?

Jack Schitt volvió a sonreír.

—Me temo que esa información está clasificada, señorita Next. Buenos días.

Se tocó el sombrero, se levantó y se fue. Un Ford negro con lunas tintadas apareció en el exterior del cementerio y se lo llevó con rapidez.

Me quedé sentada y pensé. Le había mentado al psiquiatra de la policía afirmando que estaba bien para trabajar y le había mentado a Jack Schitt afirmando que no lo estaba. Si Goliath se interesaba por Hades y por el manuscrito de *Chuzzlewit*, sólo podía ser por motivos financieros. La Corporación Goliath era al altruismo lo que Gengis Kan al mobiliario de salón. El dinero llegaba primero a Goliath y nadie confiaba en ellos más allá de lo imprescindible. Puede que reconstruyesen Inglaterra tras la Segunda Guerra, puede que restableciesen la economía. Pero tarde o temprano

la nación renovada tendría que sostenerse por sí sola y Goliath era considerada ahora no tanto como un tío benevolente sino como un padrastro tiránico.

Nave aérea a Swindon

«... No tiene mayor sentido gastar dinero en buscar un motor que pueda impulsar una nave aérea sin hélice. ¿Qué tienen de malo las naves aéreas? Han elevado la humanidad a lo alto durante cien años relativamente libres de accidentes, y no veo ninguna razón para impugnar su popularidad...»

Congresista Kelly, argumentando contra los fondos parlamentarios para el desarrollo de una nueva forma de propulsión, agosto de 1972

Cogí una pequeña nave aérea de veinte asientos con destino a Swindon. Sólo iba medio llena, y un viento de cola enérgico nos permitió realizar el vuelo en poco tiempo. El tren habría sido más económico, pero como a mucha otra gente, me encanta volar en una bolsa de gas.

Cuando era niña, mis padres me habían llevado a África en una inmensa nave aérea tipo clíper. Habíamos volado lentamente sobre Francia, sobre la Torre Eiffel, más allá de Lyon, nos detuvimos en Niza, luego atravesamos el centelleante Mediterráneo, saludando a los pescadores y a los pasajeros de los trasatlánticos que nos devolvían el saludo. Nos habíamos detenido en El Cairo después de dar una vuelta a las pirámides con gracia infinita, el capitán maniobrando expertamente el leviatán con el hábil uso de sus doce hélices totalmente orientables. Tres días más tarde seguimos Nilo arriba hasta Luxor, donde nos unimos a un crucero para regresar a la costa. Allí subimos al *Ruritania* para el viaje de regreso a Inglaterra, por el estrecho de Gibraltar y la bahía de Vizcaya. No es de extrañar que siempre que tenía la oportunidad intentase regresar a esos queridos recuerdos de la infancia.

—¿Revista, señora? —preguntó un auxiliar de vuelo.

La rechacé. Las revistas de las naves aéreas son siempre aburridas, y yo me sentía satisfecha de limitarme a observar cómo el paisaje inglés se deslizaba por debajo.

Hacía un glorioso día soleado, y la nave aérea iba dejando atrás nubéculas esponjosas que puntuaban el cielo como un rebaño de ovejas aéreas. Las Chilterns se habían alzado para encontrarse con nosotros y luego habían desaparecido cuando pasamos sobre Wallingford, Didcot y Wantage. El caballo blanco de Uffington se deslizó por debajo, trayéndome recuerdos de picnics y cortejos. Landen y yo habíamos ido allí a menudo.

—¿Cabo Next...? —preguntó una voz familiar.

Me volví para encontrarme en el pasillo a un hombre de mediana edad con una

media sonrisa en el rostro. Lo reconocí al instante, a pesar de que no nos habíamos visto en doce años.

—¡Comandante...! —respondí, envarándome ligeramente en presencia de alguien que en su época había sido mi oficial superior. Se llamaba Phelps, y yo había estado a su mando el día en que la Brigada Ligera Blindada había avanzado por equivocación contra los cañones rusos cuando éstos pretendían repeler un ataque sobre Balaclava. Yo había sido la conductora del transporte blindado de personal bajo el mando de Phelps; no había sido una buena situación.

La nave aérea comenzó su lento descenso hacia Swindon.

—¿Cómo le va, Next? —preguntó, con nuestra asociación pasada dictando la forma en que nos hablábamos.

—He estado bien, señor. ¿Usted?

—No puedo quejarme —rió—. Bien, podría, pero no serviría de nada. Los muy idiotas me convirtieron en coronel, ¿lo sabía?

—Felicidades —dije, algo incómoda.

El auxiliar de vuelo nos pidió que nos abrochásemos los cinturones y Phelps se sentó a mi lado y cerró la hebilla. Siguió hablando con una voz ligeramente más baja.

—Me preocupa un poco lo de Crimea.

—¿A quién no? —respondí, preguntándome si Phelps habría cambiado de posición política desde la última vez que le había visto.

—Cierto. Son esos tipejos de la UN metiendo las narices donde no son bien recibidos. Si la devolviésemos ahora haría que todas esas vidas se hubiesen desperdiciado.

Suspiré. Su visión política *no había* cambiado y yo no quería discutir. Yo había deseado el fin de la guerra casi tan pronto como salí de allí. No encajaba en mi idea de cómo debía ser una guerra *justa*. Expulsar a los nazis de Europa había sido *justo*. La lucha por la península de Crimea no era más que orgullo xenófobo y patriotismo mal dirigido.

—¿Cómo va la mano? —pregunté.

Phelps me mostró una mano izquierda que parecía de verdad. Giró la muñeca y luego agitó los dedos. Me sentí impresionada.

—Asombroso, ¿no es cierto? —dijo—. Toman los impulsos a partir de curiosos sensores fijados a los músculos del brazo. Si hubiese perdido la pieza por encima del codo, hubiese tenido aspecto de un tullido de verdad.

Hizo una pausa y regresó al tema original.

—Me preocupa un poco que la presión popular consiga que el gobierno se retire antes de la ofensiva.

—¿Ofensiva?

El coronel Phelps sonrió.

—Claro. Tengo amigos en lo más alto que me cuentan que sólo es cuestión de días antes de que lleguen los primeros envíos de los nuevos rifles de plasma. ¿Cree que los rusos lograrán defenderse del Stonk?

—Sinceramente, no; a menos que tengan su propia versión.

—Imposible. Goliath es la compañía armamentística más avanzada del mundo. Créame, espero tanto como cualquiera que no tengamos que usarlo, pero el Stonk es la superioridad que este conflicto ha estado esperando.

Buscó en su cartera y sacó un folleto.

—Estoy de gira por Inglaterra dando conferencias a favor de Crimea. Me gustaría que viniese.

—Realmente no creo... —empecé a decir, aun así tomando el folleto.

—¡Tonterías! —respondió el coronel Phelps—. Como veterana de la campaña con buena salud y éxito es su deber dar voz a los que realizaron el sacrificio definitivo. Si devolvemos la península, hasta la última de esas vidas se habría perdido en vano.

—Creo, señor, que esas vidas ya se han perdido y ninguna decisión que podamos tomar en cualquier sentido va a cambiarlo.

Él fingió no oírme y yo guardé silencio. El apoyo furioso del coronel Phelps al conflicto había sido su forma de lidiar con el desastre. Se había dado orden de cargar contra lo que nos dijeron sería una «resistencia simbólica», pero resultó ser una acumulación de artillería rusa. Phelps había ido en el exterior del vehículo de transporte hasta que los rusos abrieron fuego con todo lo que tenían; una explosión le había arrancado el antebrazo y le había salpicado la espalda con metralla. Lo habíamos cargado con todos los otros soldados que pudimos recuperar, conduciendo de regreso hasta las líneas inglesas con el transporte convertido en una montaña de humanidad gimiente. Yo desobedecí las órdenes y regresé a la carnicería, conduciendo entre blindajes destrozados buscando a los supervivientes. De los setenta y seis vehículos de transporte y tanques ligeros que habían avanzado contra los cañones rusos, sólo regresaron dos vehículos. De los quinientos treinta y cuatro soldados implicados, sobrevivieron cincuenta y uno, sólo ocho sin sufrir ningún daño. Uno de los muertos había sido Anton Next, mi hermano. Desastre es una palabra que ni siquiera sirve para *comenzar* a describirlo.

Por suerte para mí, la nave aérea atracó poco después y pude evitar al coronel Phelps en la sala del campo de aviación. Recogí la maleta en la zona de equipaje y me quedé encerrada en el baño de señoras hasta que me pareció que ya tendría que haberse ido. Rompí el panfleto en trocitos muy pequeños y lo tiré por el inodoro. Cuando salí, la terminal del campo de aviación estaba vacía. Era mayor de lo necesario para el volumen de tráfico que llegaba a la ciudad; un elefante blancuzco que reflejaba las esperanzas exageradas de los planificadores urbanos de Swindon. La

explanada del exterior estaba igualmente desierta, excepto por dos estudiantes que sostenían una pancarta contra Crimea. Habían sabido de la llegada de Phelps y habían tenido la esperanza de que podrían desviarle de su campaña a favor de la guerra. Tenían dos posibilidades: pocas y ninguna.

Me miraron y yo me aparté con rapidez. Si sabían quién era Phelps, era concebible que supiesen también quién era yo. Miré alrededor del punto de encuentro vacío. Por teléfono había hablado con Victor Analogy —el jefe de los detectives literarios en Swindon— y se había ofrecido a enviar un coche a recogerme. No había llegado. Hacía calor, así que me quité la chaqueta. Se activó una grabación por el sistema de megafonía advirtiendo a los conductores inexistentes que no estaba permitido aparcar en la desierta zona blanca, y un empleado con cara de aburrirse pasó por allí para devolver algunos carritos. Yo me senté junto a una máquina Will-Speak al fondo de la explanada. La última vez que había estado en Swindon, el campo aéreo había sido simplemente un campo de hierba con una torre oxidada. Supuse que otras cosas también habrían cambiado.

Esperé cinco minutos y luego me puse en pie para caminar impacientemente de un lado a otro. La máquina Will-Speak —conocida oficialmente como Autómata Soliloquio Vendedor de Shakespeare— era de *Ricardo III*. Se trataba de una caja simple, con la mitad superior cubierta por un vidrio en cuyo interior era visible un maniquí realista de cintura para arriba ataviado con la ropa adecuada. Por diez peniques, la máquina ofrecería un breve fragmento de Shakespeare. No se fabricaban desde los años treinta y ahora eran más bien una curiosidad de anticuario; el vandalismo baconiano y la falta de mantenimiento adecuado se habían aliado para acelerar su desaparición.

Pesqué una pieza de diez peniques y la inserté. El interior de la máquina emitió zumbidos y chasquidos bajos a medida que se iba poniendo en marcha. Cuando era pequeña, en la esquina de Commercial Road había habido una versión de *Hamlet*. Mi hermano y yo habíamos insistido a mi madre para que nos diese suelto y escuchábamos al maniquí referirse a cosas que realmente no podíamos comprender. Nos hablaba de «el país desconocido». Mi hermano, en su ingenuidad infantil, había dicho que deseaba visitar ese lugar, y así lo hizo, diecisiete años más tarde, en una loca carrera a dos mil quinientos kilómetros de casa, acompañado del rugir de los motores y el *bum-bum-bum* de los cañones rusos.

¿Alguna vez se cortejó a una mujer de esta forma? preguntó el maniquí, moviendo los ojos como un loco mientras lanzaba un dedo al aire y se agitaba de un lado al otro.

¿Alguna vez se conquistó a una mujer de esta forma?

Hizo una pausa dramática.

La poseeré, pero no la conservaré mucho tiempo...

—¿Disculpe...?

Alcé la vista. Uno de los estudiantes se había acercado y me había tocado el brazo. Llevaba un botón a favor de la paz en la solapa y unos quevedos colgados precariamente de una larga nariz.

—Usted es Next, ¿no es así?

—¿Siguiendo para qué?[4]

—Cabo Next, Brigada Ligera Blindada.

Me froté la frente.

—No vine con el coronel. Fue una coincidencia.

—No creo en coincidencias.

—Yo tampoco. Eso es una coincidencia, ¿no es así?

El estudiante me miró extrañado mientras su amiga se nos unía. Él le dijo quién era yo.

—Usted fue la que *regresó* —dijo maravillada, como si yo fuese un objeto tan curioso como un periquito disecado—. Desobedeció una orden directa. Iban a someterla a un consejo de guerra.

—Bien, no lo hicieron, ¿no es así?

—No cuando *The Owl on Sunday* se enteró de la historia. He leído su testimonio durante la investigación. Usted se opone a la guerra.

Los estudiantes se miraron como si no pudiesen creerse su buena suerte.

—Necesitamos alguien que hable en el acto del coronel Phelps —dijo el joven de la enorme nariz—. Alguien del otro bando. Alguien que estuviese allí. Alguien con fuerza moral. ¿Lo haría por nosotros?

—No.

—¿Por qué no?

Miré a mi alrededor, para comprobar si por algún milagro el coche había llegado a recogerme. No.

¿...a quien yo, siguió diciendo el maniquí, hará ya tres meses, apuñalé con furia en Tewkesbury?

—Escuchad, chicos, me encantaría ayudaros, pero no puedo. He pasado doce años intentando olvidar. Hablad con algún otro veterano. Somos miles.

—Ninguno como usted, señorita Next. *Usted* sobrevivió al asalto. Usted regresó para recoger a sus camaradas caídos. Uno de los cincuenta y uno. Es su *deber* hablar en nombre de los que no sobrevivieron.

—Tonterías. Mi deber es para conmigo misma. Sobreviví a la carga, y he tenido que vivir con ese peso todos mis días desde entonces. Todas las noches me pregunto: ¿por qué yo? ¿Por qué yo viví y otros, incluyendo a mi hermano, no? No hay respuesta para esa pregunta, y es entonces cuando se *inicia* el dolor. No puedo ayudaros.

—No tiene que hablar —dijo la chica persistente—, pero mejor abrir una vieja herida que permitir que se abran miles de heridas nuevas, ¿no?

—No me des clases de moral, pequeño montón de mierda —dije, alzando la voz.

Esto logró el efecto deseado. Me entregó un panfleto, agarró al novio del brazo y se fueron.

Cerré los ojos. Mi corazón martilleaba como el *bum-bum-bum* de la artillería de campo rusa. No oí cómo el coche patrulla se situaba a mi lado.

—¿Agente Next...? —preguntó una voz alegre.

Me volví y asentí agradecida, agarré la maleta y me acerqué. El agente del coche me sonrió. Tenía un pelo largo rizado y unas gafas oscuras demasiado grandes. Tenía el uniforme abierto por el cuello con una informalidad muy poco habitual para un agente de OpEspec y cargaba con un buen montón de joyas, lo que también iba estrictamente contra las regulaciones de OpEspec.

—¡Bienvenida a Swindon, agente! ¡La ciudad donde puede pasar cualquier cosa, y probablemente pase!

Me mostró una amplia sonrisa y con el pulgar indicó la parte de atrás del coche.

—El maletero está abierto.

El maletero contenía un montón de estacas de hierro, varios martillos, un crucifijo grande y pico y pala. Tenía un olor mustio, el olor del moho y de lo que llevaba mucho tiempo muerto; me di prisa en meter mi bolsa y cerré el maletero. Fui hasta la puerta del pasajero y entré.

—¡Mierda...! —grité, al darme cuenta de pronto que en la parte de atrás, recorriendo el asiento trasero tras una tela metálica resistente, había un enorme lobo siberiano. El agente rió con ganas.

—¡No preste atención al cachorrito, señora! Agente Next, me gustaría presentarle al señor Meakle. Señor Meakle, ésta es la agente Next.

Se refería al lobo. Miré fijamente al lobo, que a su vez me miró a mí fijamente con una intensidad que me resultó desconcertante. El agente rió como un desagüe y se alejó con un buen giro y el gemido de los neumáticos. Había olvidado lo rara que podía ser Swindon.

Al irnos, la máquina Will-Speak terminó, recitando para sí la última parte del soliloquio:

... brilla, sol glorioso, hasta que compré un cristal para poder ver mi propia sombra al caminar.

Se oyeron chasquidos y zumbidos, y luego el maniquí se detuvo de golpe, otra vez sin vida hasta la próxima moneda.

—Bonito día —comenté una vez que nos encontramos en camino.

—Todos los días son hermosos, señorita Next. Me llamo Stoker...

Salió por la variante de Stratton.

—...OpEspec 17: operaciones de eliminación de vampiros y hombres lobos. Chupópteros y mordedores, nos llaman. Mis amigos me llaman Spike. Usted —añadió con una amplia sonrisa— puede llamarme Spike.

Como explicación, tocó un martillo y una estaca que colgaban de la división de tela metálica.

—¿Cómo la llaman a usted, señorita Next?

—Thursday.

—Encantado de conocerte, Thursday.

Me ofreció una mano enorme que acepté agradecida. Me cayó bien de inmediato. Se apoyaba contra la barra de la portezuela, para recibir mejor la brisa fresca e iba golpeando rítmicamente sobre el volante. Un rasguño reciente en el cuello iba soltando una pequeña cantidad de sangre.

—Estás sangrando —comenté.

Spike se lo limpió con la mano.

—No es nada. ¡Se me resistió un poco...!

Volví a mirar al asiento trasero. El lobo iba sentado, rascándose una oreja con una pata trasera.

—... pero estoy inmunizado contra la licantropía. El señor Meakle simplemente no se toma la medicina. ¿Verdad, señor Meakle?

El lobo alzó las orejas cuando el último vestigio de humano que había en su interior recordó su nombre. Empezó a jadear por el calor. Spike siguió hablando:

—Nos llamaron sus vecinos. Habían desaparecido todos los gatos del vecindario; le encontré rebuscando entre los contenedores tras SmileyBurger. Entrará para el tratamiento, volverá a transformarse y estará en la calle para el viernes. Tiene derechos, me han dicho. ¿Cuál es tu puesto?

—Yo... ah... voy a unirme a OpEspec 27.

Spike volvió a reír con fuerza.

—¿¡Una detective literaria!? Siempre es agradable encontrarse con alguien que dispone de tan poco presupuesto como yo. Hay buenas caras en esa oficina. Tu jefe es Victor Analogy. No te dejes engañar por el pelo gris..., es tan afilado como un cuchillo. Los otros son todos operativos A1. Un poco estirados y un pelín demasiado listos para mí, pero ahí están. ¿Adónde te llevo?

—Al hotel Finis.

—¿Primera vez en Swindon?

—Por desgracia, no —respondí—. Nací aquí. Estuve en el servicio aquí hasta el 75. ¿Tú?

—Guardia fronteriza con Gales durante diez años. Me impliqué en asuntos oscuros en Oswestry en el 79 y descubrí que tenía talento para esta mierda. Recalé aquí desde Oxford cuando los dos grupos se unieron. Estás mirando al único

estacador al sur de Leeds. Dirijo mi propia sección, pero es tremendamente solitario. ¿Conoces a alguien a quien se le dé bien manejar un mazo?

—Me temo que no —respondí, preguntándome por qué alguien iba a desear conscientemente enfrentarse a las fuerzas supremas de la oscuridad a cambio del salario básico de OpEspec—, pero si doy con alguien, te lo haré saber. ¿Qué le pasó a Chesney? Él dirigía el departamento la última vez que estuve por aquí.

Una nube atravesó los rasgos habitualmente alegres de Spike y lanzó un gran suspiro.

—Era un buen amigo, pero cayó en las sombras. Se convirtió en servidor del oscuro. Tuve que cazarle personalmente. La parte de la estaca y la decapitación fue la más fácil. Lo difícil fue contárselo a su esposa... No le hizo precisamente gracia.

—Supongo que yo también me lo tomaría a mal.

—En cualquier caso —siguió diciendo Spike, alegrándose casi de inmediato—, no tienes que contarme nada, pero ¿qué hace una atractiva OpEspec uniéndose al departamento de detectives literarios en Swindon?

—Tuve algunos problemas en Londres.

—Ah —respondió Spike con complicidad.

—También busco a alguien.

—¿A quién?

Le miré y evalué su personalidad al instante. Si podía confiar en alguien, podía confiar en Spike.

—Hades.

—¿Acheron? Finiquitado, hermana. El tipo está cadáver. Se estrelló y ardió en la J-12 el cuatro.

—Eso se supone que debemos creer. ¿Si oyes algo...?

—Sin duda, Thursday.

—¿Y puede quedar entre nosotros?

Me sonrió.

—Después de clavar estacas, guardar secretos es lo mejor que se me da.

—Un momento...

Había entrevistado un coche deportivo de brillantes colores en un vendedor de segunda mano al otro lado de la carretera. Spike redujo la marcha.

—¿Qué pasa?

—Yo... Bien... Necesito un coche. ¿Puedes dejarme ahí?

Spike ejecutó un giro en U ilegal, obligando al siguiente coche a frenar violentamente y a deslizarse por la carretera. El conductor empezó a lanzar insultos hasta que se dio cuenta de que era un vehículo blanco y negro de OpEspec, y luego sabiamente guardó silencio y se alejó. Recogí mi bolsa.

—Gracias por el paseo. Te veré por ahí.

—¡No si yo te veo primero! —dijo Spike—. Vere lo que puedo descubrir sobre tu amigo perdido.

—Te lo agradecería. Gracias.

—Adiós.

—Hasta otra.

—Holita —dijo una voz tímida desde la parte de atrás.

Los dos nos volvimos a mirar al fondo del coche. El señor Meakle se había transformado. Un hombre delgado y de aspecto bastante patético estaba sentado en el asiento de atrás, completamente desnudo y muy sucio. Tenía las manos modestamente situadas sobre los genitales.

—¡Señor Meakle! ¡Bienvenido! —dijo Spike, sonriendo abiertamente mientras añadía con tonos de recriminación—: No se tomó sus pastillas, ¿verdad?

El señor Meakle asintió avergonzado.

Volví a dar las gracias a Spike. Al moverse, pude ver al señor Meakle despidiéndose algo estúpidamente a través de la luna trasera. Spike realizó otro giro en U, obligando a un segundo coche a frenar en seco, y desapareció.

Miré al coche deportivo de la primera fila del lote bajo la pancarta que decía «Oportunidad». No había error posible. El coche era definitivamente el que había aparecido frente a mí en mi habitación de hospital. *Y yo había sido la conductora.* Había sido yo la que me había dicho que viniese a Swindon. Había sido yo la que me había dicho que Acheron no había muerto. Si no hubiese venido a Swindon, no habría visto el coche y no habría podido comprarlo. No tenía precisamente mucho sentido, pero lo poco que sabía era que debía comprarlo.

—¿Puedo ayudarle, señora? —preguntó un empalagoso vendedor que había aparecido casi de la nada, frotándose las manos nervioso y sudando profusamente por el calor.

—Este coche. ¿Cuánto hace que lo tienen?

—¿El 356 Speedster? Como unos seis meses.

—¿Durante ese tiempo ha estado en Londres?

—¿Londres? —repitió el vendedor, algo desconcertado—. En absoluto. ¿Por qué?

—Por nada. Me lo llevo.

El vendedor pareció ligeramente conmocionado.

—¿Está segura? ¿No le gustaría algo un poco más práctico? Tengo una buena selección de Buicks que acaban de llegar. Ex Goliath, pero con poco kilometraje, ya sabe...

—Éste —dije con firmeza.

El vendedor sonrió incómodo. El coche evidentemente estaba marcado a precio de oferta y no iban a ganar nada vendiéndolo. Murmuró algo insustancial y corrió a recuperar las llaves.

Me senté en su interior. Era espartano hasta el extremo. Nunca me había considerado muy interesada en coches, pero éste era diferente. Era escandalosamente conspicuo, pintado llamativamente en rojo, azul y verde, pero me gustó de inmediato. El vendedor regresó con las llaves y arrancó al segundo intento. Él preparó los papeles y media hora más tarde salí de la tienda y a la carretera. El coche aceleró rápidamente con una nota áspera del tubo de escape. Tras un par de cientos de metros los dos nos volvimos inseparables.

La familia Next

«... nací un jueves, y de ahí mi nombre. Mi hermano nació un lunes y le pusieron Anton —para que vean—. Mi madre se llamaba Wednesday pero nació un domingo —no sé por qué— y mi padre no tenía nombre —la CronoGuardia había borrado su identidad y existencia después de que desertase—. A todos los efectos, no existía en absoluto. No importaba. Para mí siempre fue papá...»

THURSDAY NEXT

Una vida en OpEspec

Me llevé mi coche nuevo a dar un paseo por el campo con el techo bajado; el aire en movimiento se sentía frío a pesar del calor del verano. El paisaje familiar no había cambiado mucho; seguía siendo tan hermoso como lo recordaba. Swindon, sin embargo, había cambiado bastante. La ciudad se había extendido a lo largo y a lo alto. Hacia el exterior iba la industria ligera, las vidriadas torres financieras del centro crecían hacia arriba. Por tanto, la zona residencial también había crecido; el campo estaba ahora bastante más lejos del centro de la ciudad.

Ya era de noche cuando aparqué delante de una sencilla casa pareada en una calle que contenía otras cuarenta o cincuenta iguales. Levanté la capota y cerré el coche. Allí había crecido; mi dormitorio era la ventana situada encima de la puerta principal. La casa había envejecido. Los marcos pintados de las ventanas habían perdido el color y el recubrimiento de enguijarrado parecía estar desprendiéndose de la pared en varios puntos. Conseguí abrir la cancela empujando con mucha dificultad, porque había una gran resistencia al otro lado, y luego la volví a cerrar con una cantidad similar de esfuerzo y sudor, una tarea dificultada aún más si cabe por el surtido de dodos que se habían reunido ansiosos a mi alrededor para ver quién era y que luego cantaron emocionados al comprender que se trataba de alguien vagamente familiar.

—¡Hola, *Mordacai!* —le dije al mayor, quien se inclinó y se agitó para saludarme.

Después de eso, todos los demás también querían mimos, así que me quedé un rato y los acaricié bajo el pico mientras inquisitivos buscaban en mis bolsillos cualquier rastro de golosinas de merengue blando, que a los dodos les resultaba especialmente irresistible.

Mi madre abrió la puerta para ver a qué venía todo el alboroto y corrió por el

sendero para llegar hasta mí. Muy inteligentemente, los dodos se dispersaron, ya que mi madre puede ser peligrosa cuando se desplaza a una velocidad superior a la de un paseo rápido. Me abrazó durante un buen rato. Yo se lo devolví agradecida.

—¡Thursday...! —dijo, con los ojos relucíendole—. ¿Por qué no me dijiste que venías?

—Era una sorpresa, mamá. Tengo trabajo en la ciudad.

En varias ocasiones me había visitado en el hospital y me había aburrido de forma deliciosa y distraída con todos los pequeños detalles de la histerectomía de Margot Vishler y los chismes de la Federación de Mujeres.

—¿Cómo está el brazo?

—En ocasiones se queda un poco rígido, y si me duermo encima, pierde la sensibilidad. El jardín tiene buen aspecto. ¿Puedo pasar?

Mi madre se disculpó y me indicó la puerta, tomando mi chaqueta y colgándola. Miró incómoda a la automática en la funda del hombro, así que me la quité y la guardé en la maleta. La casa, me di cuenta de inmediato, era *exactamente* la misma: la misma confusión, el mismo mobiliario, el mismo olor. Me detuve para dar un vistazo a mi alrededor, para absorberlo todo y bañarme en la seguridad de los recuerdos agradables. La última vez que fui realmente feliz fue en Swindon, y esta casa había sido el centro de mi vida durante veinte años. Empezaron a entrarme dudas sobre la sabiduría de la decisión de abandonarla en su momento.

Llegamos al salón, todavía pobremente decorado con marrones y verdes y con el aspecto de un museo de Dralon. Sobre la chimenea se encontraba la foto de mi desfile de graduación en la academia de policía, junto con otra de Anton y yo vestidos de militares bajo el cruel sol del verano de Crimea. Una pareja anciana estaba sentada en el sofá, viendo la tele.

—¡Polly...! ¡Mycroft...! ¡Mirad quién ha venido!

Mi tía reaccionó favorablemente poniéndose en pie para saludarme, pero Mycroft estaba más interesado en ver *¡Nombra esa fruta!* en la tele. Se rió con su tonta risa bufa a causa de uno de los chistes malos y saludó en mi dirección sin apartar la vista.

—Hola, Thursday, *cariño* —dijo mi tía—. Con cuidado, estoy toda compuesta.

Nos apuntamos a las mejillas y lanzamos los *muas*. Mi tía emitía un fuerte olor a lavanda y llevaba tanto maquillaje encima que incluso la buena reina Bess habría quedado conmocionada.

—¿Estás bien, tía?

—No podría estar mejor. Le dio una buena patada en el tobillo a su marido—. Mycroft, es tu sobrina.

—Hola, cachorrito —dijo sin apartar la vista, frotándose el pie.

Polly bajó la voz.

—Lo siento mucho. No hace nada más que ver la tele y trabajar en su taller. A

veces tengo la impresión de que ahí dentro no hay nadie.

Le miró con furia la nuca antes de volver a concentrarse en mí.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo?

—Tiene trabajo aquí —interrumpió mi madre.

—¿Has perdido peso?

—Hago ejercicio.

—¿Tienes novio?

—No —respondí. Ahora me preguntarían por Landen.

—¿Has llamado a Landen?

—No, no lo he hecho. Y tampoco quiero hacerlo.

—Un chico *tan* agradable. *The Toad* publicó una reseña fantástica de su último libro: *Cuando fuimos sinvergüenzas*. ¿Lo has leído?

Pasé de ella.

—¿Hay noticias de papá...? —pregunté.

—No le gustó la pintura malva del dormitorio —dijo mi madre—. ¡No tengo ni idea de por qué lo sugeriste!

La tía Polly me indicó que me acercase y me susurró al oído sin sutileza y en voz muy alta:

—Tendrás que disculpar a tu madre; ¡cree que tu padre está enrollado con *otra* mujer!

Mamá se disculpó con algún pretexto tonto y salió a toda prisa de la sala.

Fruncí el ceño.

—¿Qué tipo de mujer?

—Alguien que conoció en el trabajo... Lady Emma esto o aquello.

Recordé mi última conversación con papá; el asunto de Nelson y los revisionistas franceses.

—¿Emma *Hamilton*?

Mi madre sacó la cabeza por la puerta de la cocina.

—¿La conoces? —preguntó con tono agraviado.

—No personalmente. Creo que murió a mediados del siglo diecinueve.

Mi madre entrecerró los ojos.

—Ese viejo ardid.

Se armó de valor y logró una esplendorosa sonrisa.

—¿Te quedarás para cenar?

Acepté y ella se fue a buscar un pollo al que pudiese hervir hasta quitarle todo el sabor, olvidando por el momento su furia contra papá. Mycroft, habiendo acabado el concurso, se metió en la cocina vestido con una rebeca gris con cremallera y sosteniendo un ejemplar de la revista *Nuevo Clonador*.

—¿Qué hay de cena? —preguntó, metiéndose en medio.

La tía Polly le miró como si fuese un niño malcriado.

—Mycroft, en lugar de vagar por ahí malgastando tu tiempo, ¿por qué no malgastas el de Thursday y le muestras tus trabajos en el taller?

Mycroft nos miró con ojos vacíos. Se encogió de hombros y me hizo un gesto hacia la puerta de atrás, cambiando las pantuflas por un par de botas de agua y su rebeca por una chaqueta a cuadros realmente horrible.

—Entonces ve, niña mía —murmuró, espantando a los dodos de la puerta de atrás, donde se habían congregado con la esperanza de obtener un tentempié, y caminamos hacia el taller.

—Podrías reparar la puerta del jardín, tío... ¡Está peor que nunca!

—En absoluto —respondió con un guiño—. Cada vez que alguien entra o sale, genera potencia suficiente para mantener la tele en funcionamiento durante una hora. No te he visto últimamente. ¿Has estado fuera?

—Bien, sí; diez años.

Me miró por encima de sus gafas con algo de sorpresa.

—¿En serio?

—Sí. ¿Owens sigue contigo?

Owens era el ayudante de Mycroft. Era un viejo muchacho que había ayudado a Rutherford cuando dividió el átomo; Mycroft y él habían ido juntos a la escuela.

—Una tragedia, Thursday. Estábamos desarrollando una máquina que empleaba clara de huevo, calor y azúcar para sintetizar metanol cuando un pico de energía provocó una implosión. Owens quedó merengado. Para cuando conseguimos sacarlo el pobre chico ya estaba muerto. Ahora me ayuda Polly.

Habíamos llegado al taller. Un tronco al que habían clavado un hacha era todo lo que impedía que la puerta se cerrase. Mycroft buscó el interruptor y un banco de luces se encendió, inundando el taller con una dura luz fluorescente. El laboratorio tenía un aspecto similar a la última vez que lo había visto, en lo que se refiere a desorden y sensación general de cajón de sastre, pero los cacharros eran diferentes. Por las muchas cartas de mi madre había sabido que Mycroft había inventado un método para enviar pizzas por fax y un lápiz 2B con corrector ortográfico incorporado, pero no tenía ni idea de en qué trabajaba ahora mismo.

—¿Funcionó el dispositivo de borrado de memoria, tío?

—¿El qué?

—El dispositivo de borrado de memoria. Lo estabas probando la última vez que te vi.

—No sé de qué me hablas, cariño. ¿Qué te parece esto?

En el centro de la sala había un enorme Rolls-Royce blanco. Yo me acerqué al vehículo mientras Mycroft daba un golpe a un tubo fluorescente para hacer que dejase de parpadear.

—¿Coche nuevo, tío?

—No, no —dijo Mycroft a toda prisa—. No sé conducir. Un amigo mío que los alquila se lamentaba del coste de tener que mantener dos, uno negro para los funerales y otro blanco para las bodas... Por tanto, se me ocurrió esto.

Metió la mano y giró un enorme botón del salpicadero. Se oyó un zumbido bajo y el coche fue cambiando lentamente de blanco sucio, a gris, a gris oscuro y luego finalmente a negro.

—Muy impresionante, tío.

—¿Te parece? Emplea tecnología de cristal líquido. Pero llevé la idea un paso más allá. Mira.

Le dio al botón un par de giros más a la derecha y el coche cambió a azul, luego a malva y finalmente a verde con topos amarillos.

—¡Los coches de un único color son cosa del pasado! Si giro *así* el Pigmentizador, el coche debería... Sí, sí, ¡mira eso!

Observé con creciente asombro cómo el coche comenzaba a desvanecerse frente a mis ojos; la cubierta de cristal líquido estaba imitando el fondo de grises y marrones del taller de Mycroft. En unos segundos el coche se había confundido perfectamente con el fondo. Pensé en cómo te podrías divertir con los agentes de tráfico.

—Lo llamo CamaleónCoche; muy divertido, ¿no te parece?

—Mucho.

Alargué la mano y toqué la superficie cálida del Rolls-Royce camuflado. Iba a preguntarle a Mycroft si podría instalarme el dispositivo de ocultación en mi Speedster pero llegué demasiado tarde; entusiasmado por mi interés había vagado hasta un enorme escritorio y me hacía señas todo emocionado.

—Papel carbón traductor —anunció sin aliento, señalando varios montones de láminas metálicas de brillantes colores—. Lo llamo Rosettopapel. Deja que te lo demuestre. Empezamos con una página en blanco, luego ponemos un carbón español, una segunda hoja de papel, ¡hay que orientarlas correctamente!, luego un carbón polaco, más papel, alemán, otra hoja y finalmente francés y la última hoja... *ya está*.

Cuadró el montón y lo colocó sobre una mesa mientras yo acercaba una silla.

—Escribe algo en la primera página. Lo que quieras.

—¿Lo que quiera?

Mycroft asintió, por lo que escribí: *Have you seen my dodo?*

—¿Ahora qué?

Mycroft tenía una expresión de triunfo.

—Da un vistazo, querida.

Levanté el primer carbón y allí, escrito con mi letra, se leía: *¿Has visto a mi dodo?*

—¡Pero esto es asombroso!

—Gracias —respondió mi tío—. ¡Mira la siguiente!

Lo hice. Debajo del carbón polaco decía: *Gdzie jest moje dodo?*

—Estoy trabajando en jeroglíficos y demótica —me explicó Mycroft mientras yo revelaba la traducción alemana que decía: *Haben Sie mein Dodo gesehen?*—. La versión Códices Maya fue complicada, pero no consigo nada en absoluto con el esperanto. No sé por qué.

—¡Esto tendrá docenas de aplicaciones! —exclamé mientras retiraba la última hoja para leer, ligeramente decepcionada: *Mon aardvark napas denez.*

—Espera un momento, tío. ¿*Mi oso hormiguero no tiene nariz?*

Mycroft miró por encima de mi hombro y gruñó.

—Probablemente no estuvieses presionando con suficiente fuerza. Eres policía, ¿no?

—En realidad, OpEspec.

—Entonces esto *podría* interesarte —anunció, haciéndome pasar junto a más dispositivos maravillosos, cuyos usos jamás podría adivinar—. El miércoles mostraré esta máquina en particular al comité de avance técnico de la policía.

Se detuvo junto a un dispositivo que tenía un enorme cuerno como si fuese un viejo gramófono. Se aclaró la garganta.

—Lo llamo «mi Olfatógrafo». Es muy simple. Como cualquier perro sabueso te diría, el olor de cada persona es tan único como una huella digital, de lo que se deduce que una máquina que pueda reconocer el olor individual de un criminal debe emplearse cuando fallan todas las otras formas de identificación.

Señaló el cuerno.

—Los olores se aspiran ahí y se dividen en sus componentes individuales por medio de un «olfatoscopio» de mi invención. A continuación se analizan los componentes para ofrecer una «tufohuella» del criminal. Puede separar los olores de diez personas en una misma habitación y puede aislar los más recientes o los más antiguos. Puede detectar una tostada quemada hasta seis meses después del hecho y diferenciar entre treinta marcas diferentes de cigarrillos.

—Podría ser de ayuda —dije, ligeramente dudosa—. ¿Qué es eso de ahí?

Señalaba lo que parecía un sombrero flexible fabricado con metal y cubierto de cables y luces.

—Oh, sí —dijo mi tío—, creo que *esto* te gustará.

Me colocó el sombrero de metal sobre la cabeza y le dio a un enorme interruptor. Hubo un zumbido.

—¿Se supone que debe pasar algo? —pregunté.

—Cierra los ojos y respira profundamente. Intenta eliminar cualquier pensamiento de tu mente.

Cerré los ojos y esperé pacientemente.

—¿Funciona? —preguntó Mycroft.

—No —respondí. Luego añadí—: ¡Espera! —un espinosillo pasó nadando—. Puedo ver un pez. Aquí, delante de mis ojos. Espera, ¡ahí hay otro!

Y así era. Muy pronto miraba a todo un montón de peces de hermosos colores nadando delante de mis ojos cerrados. Era como un bucle de unos cinco segundos; de vez en cuando todos ellos saltaban a la posición inicial y repetían su acción.

—¡Asombroso!

—Sigue relajada o desaparecerán —dijo Mycroft con tono tranquilizador—. Prueba con ésta.

Se produjo un borrón de movimiento y la escena cambió a un campo de estrellas negro como la tinta; era como estar viajando por el espacio.

—¿Y qué hay de ésta? —preguntó Mycroft, cambiando la escena a un desfile de tostadoras volantes. Abrí los ojos y la imagen se evaporó. Mycroft me miraba ansioso.

—¿Te gustó? —preguntó.

Asentí.

—Lo llamo Salvapantallas de Retina. Muy útil para trabajos aburridos; en lugar de mirar ausente por la ventana, puedes transformar tu entorno en una imagen relajante. Tan pronto como suena el teléfono o entra tu jefe, ¡parpadeas y *listo!*... estás de vuelta en el mundo real.

Le devolví el sombrero.

—Debería venderse bien en SmileyBurger. ¿Cuándo esperas ponerlo a la venta?

—En realidad no está listo; todavía quedan algunos problemas que no he conseguido arreglar.

—¿Como cuáles? —pregunté, algo suspicaz.

—Cierra los ojos y verás.

Hice lo que me dijo y un pez pasó nadando. Volví a parpadear y pude ver una tostadora. Estaba claro que le faltaba tiempo de desarrollo.

—No te preocupes —me aseguró—. Se habrán ido en unas horas.

—Prefería el Olfatoscopio.

—¡Todavía no has visto nada! —dijo Mycroft, saltando con agilidad a una enorme mesa de trabajo cubierta con herramientas y piezas de máquina—. Es posible que este dispositivo sea mi descubrimiento más asombroso. Es la culminación de treinta años de trabajo e incorpora tecnología en el límite más avanzado de la ciencia. Cuando descubras lo que es, ¡te prometo que fliparás!

Retiró una toallita de té de una pecera con un gesto florido y me mostró lo que parecía una gran cantidad de larvas de la mosca de la fruta.

—¿Gusanos?

Mycroft sonrió.

—No son gusanos, Thursday, ¡gusalibros!

Pronunció las palabras con un tono tan animado y orgulloso que pensé que me había perdido algo.

—¿Eso es bueno?

—Es *muy* bueno. Puede que estos gusanos *parezcan* un bocado tentador para el señor trucha, ¡pero cada uno de estos tipos tiene suficiente material genético nuevo para hacer que el código encajado en tu dodo de compañía parezca una nota del lechero!

—Alto un segundo, tío —dije—. ¿No te revocaron la Clonacencia después de aquel incidente con los langostinos?

—Una pequeña confusión —dijo con un gesto desdeñoso de la mano—. Esos idiotas de OpEspec 13 no tienen ni idea del valor de mi trabajo.

—¿Que es...? —pregunté, todo curiosidad.

—Métodos cada vez más pequeños de almacenar información. Recopilé los mejores diccionarios, tesauros y listas de vocabulario, así como estudios gramaticales, morfológicos y etimológicos, de la lengua inglesa, y lo codifiqué todo en el ADN del pequeño cuerpo del gusano. Los llamo HiperGusalibros. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que se trata de un logro asombroso.

—Estoy de acuerdo. Pero ¿cómo se accede a la información?

La cara de Mycroft cambió por completo.

—Como dije, es un logro asombroso con un pequeño inconveniente. Sin embargo, los acontecimientos se precipitaron; algunos de mis gusanos escaparon y se reprodujeron con otros codificados con un conjunto completo de referencias enciclopédicas, históricas y biográficas; el resultado fue una nueva variedad a la que llamé HiperGusalibrosDoblePlusMejor. Esos chicos son las *verdaderas* estrellas del espectáculo.

Sacó una hoja de papel de una gaveta, rompió una esquina y escribió la palabra «asombroso» en el trocito.

—Esto te dará una *pequeña idea* de lo que pueden hacer estas criaturas.

Diciéndolo, dejó caer el trozo de papel en la pecera. Los gusanos no perdieron el tiempo y rodearon con rapidez el trocito. Pero en lugar de comérselo, se limitaron a conglomerarse a su alrededor, retorciéndose animadamente y explorando al intruso aparentemente con gran interés.

—En Londres tuve un terrario de gusanos, tío, y tampoco les gustaba el papel...

—Calla —murmuró mi tío, y me indicó que me acercase más.

¡Pasmoso!

—¿Qué dices? —pregunté, algo perpleja; pero tan pronto como miré al rostro sonriente de Mycroft me di cuenta de que no era él quien hablaba.

¡Sorprendente!, dijo la voz en un murmullo bajo. ¡Increíble! ¡Portentoso!

¡Prodigioso!

Fruncí el ceño y miré a los gusanos, que se habían reunido formando una bola pequeña alrededor del trozo de papel que pulsaba ligeramente.

¡Maravilloso!, murmuraron los gusalibros. *¡Extraordinario!* *¡Fantástico!*

—¿Qué opinas? —preguntó Mycroft.

—Gusanos de sinónimos... Tío, ¡nunca dejas de asombrarme!

Pero de pronto Mycroft se puso mucho más serio.

—Es más que un bio-tesauro, Thursday. Estas criaturitas pueden hacer cosas que apenas creerías.

Abrió un armario y sacó un libro grande de cuero que llevaba «PP» grabado en oro en el lomo. La cubierta estaba extremadamente decorada y venía con una tremenda banda de metal para cerrarlo. En la parte delantera había varios indicadores y botones, válvulas e interruptores, ciertamente tenía un *aspecto* impresionante, pero no todos los dispositivos de Mycroft tenían una utilidad inmediatamente compatible con su aspecto. A principio de los setenta había desarrollado una máquina extraordinariamente hermosa que no hacía nada más interesante que predecir con pasmosa precisión el número de pepitas en una naranja sin abrirla.

—¿Qué es? —pregunté.

—Esto —empezó a decir Mycroft, sonriendo ampliamente e hinchando el pecho de orgullo— es un...

Pero no pudo terminar. En ese preciso instante Polly anunció desde la puerta:

—¡La cena!

Mycroft salió corriendo, murmurando algo sobre cómo esperaba que fuesen salchichas de lata y diciéndome que apagase las luces al salir. Me quedé sola en el taller vacío. Ciertamente, Mycroft se había superado.

¡Deslumbrante!, fue el acuerdo de los gusalibros.

La cena fue un asunto amigable. Teníamos mucho en lo que ponernos al día, y mi madre tenía muchas cosas que contarme sobre la Federación de Mujeres.

—El año pasado conseguimos recaudar siete mil libras para los huérfanos de la CronoGuardia —dijo.

—Está muy bien —respondí—. OpEspec siempre agradece las contribuciones, aunque para ser justos, hay otras divisiones en peor situación que la CronoGuardia.

—Bien, lo sé —respondió mi madre—, pero todo es *tan* secreto... ¿Qué hacen todas esas divisiones?

—Créeme, no tengo más idea que tú al respecto. ¿Puedes pasarme el pescado?

—No hay pescado —comentó mi tía—. No habrás estado usando a tu sobrina como conejillo de indias, ¿verdad, Crofty?

Mi tío fingió no oírla; yo parpadeé y el pescado desapareció.

—La única que conozco por debajo de OE-20 es OE-6 —añadió Polly—. Esa es

Seguridad Nacional. Y lo sabemos *sólo* porque cuidaron muy bien de Mycroft.

Ella le dio un codazo en las costillas, pero él no se dio cuenta; estaba ocupado calculando en la servilleta una receta de huevos no revueltos.

—Me da la impresión de que en los sesenta no pasaba una semana sin que esta o aquella potencia extranjera lo secuestrase —suspiró melancólica, pensando en los emocionantes días de antaño con una pizca de nostalgia.

—Algunas cosas deben permanecer en secreto por razones de operatividad —recité como un loro—. El secreto es nuestra mejor arma.

—Leí en *The Mole* que OpEspec está llena de sociedades secretas. Los Wombats en particular —murmuró Mycroft, colocando su ecuación terminada en el bolsillo de la chaqueta—. ¿Es cierto?

Me encogí de hombros.

—No más que en cualquier otro orden de la vida, supongo. Yo no me he dado cuenta, pero en cualquier caso, siendo mujer los Wombats no me querrían.

—Me parece un poco injusto —dijo Polly con voz de «eso no se hace»—. Apoyo completamente las sociedades secretas, cuantas más haya mejor, pero creo que cualquiera debería poder unirse, hombres y mujeres.

—Los hombres se las pueden quedar —respondí—. Así al menos la mitad de la población no tendrá que quedar como completamente estúpida. Me sorprende que no te hayan ofrecido unirme, tío.

Mycroft gruñó.

—Solía serlo en Oxford hace años. Una pérdida de tiempo. Se volvió un poco tonto; la bolsa abdominal me irritaba la piel de mala manera y todo ese roer constantemente se llevaba muy mal con mi sobremordida.

Hubo una pausa.

—El comandante Phelps está en la ciudad —dije, cambiando de tema—. Me lo encontré en la nave aérea. Ahora es coronel, pero sigue repitiendo lo mismo de siempre.

Según una regla no escrita, en la casa nadie hablaba de Crimea o de Anton. Se produjo un silencio helado.

—¿En serio? —replicó mi madre aparentemente sin emoción.

—Joffy tiene parroquia en Wanborough —anunció Polly, con la esperanza de cambiar de tema—. Abrió la primera iglesia DEG de Wessex. Hablé con él la semana pasada; dice que ha resultado ser muy popular.

Joffy era mi otro hermano. La fe le había llegado a una edad muy temprana y había probado con todo tipo de religiones antes de asentarse en la DEG.

—¿DEG? —murmuró Mycroft—. En el nombre del cielo, ¿qué es eso?

—Deidad Estándar Global —respondió Polly—. Es una mezcla de todas las religiones. Creo que tiene como propósito detener todas las guerras religiosas.

Mycroft volvió a gruñir.

—La religión no es la causa de las guerras, es la excusa. ¿Cuál es el punto de fusión del berilio?

—180,57 grados centígrados —murmuró Polly, sin ni siquiera pensar—. Creo que Joffy está haciendo una gran labor. Deberías visitarle, Thursday.

—Quizá.

Joffy y yo jamás habíamos sido íntimos. Él me llamó Bodoque y me dio un golpe en la cabeza todos los días durante quince años. Tuve que romperle la nariz para lograr que parase.

—Si vas a visitar a gente, ¿por qué no visitas a...?

—¡Madre!

—Por lo que sé, ahora tiene bastante éxito, Thursday. Podría irte bien que le volvieses a ver.

—Landen y yo hemos acabado, mamá. Además, tengo novio.

Eso, para mi madre, fue una noticia *extremadamente* buena. Le había angustiado mucho que yo no hubiese pasado tiempo suficiente con los tobillos hinchados, hemorroides y dolores de espalda, soltando nietos y dándoles nombres de parientes lejanos. Joffy no era del tipo de persona que fuese a tener hijos, lo que básicamente me dejaba la tarea a mí. Para ser sincera, no tenía nada en contra de los niños, simplemente no iba a poder tenerlos sola. Y Landen había sido el último hombre que me había interesado ni remotamente como posible compañero para toda la vida.

—¿Un novio? ¿Cómo se llama?

Dije el primer nombre que me vino a la cabeza.

—Snood. *Filbert* Snood.

—Bonito nombre. —Mi madre sonrió.

—Un nombre chiflado —se quejó Mycroft—. Como Landen Parke-Laine, ahora que lo pienso. ¿Puedo irme? Es hora de *Los casos de Jack Spratt*.

Polly y Mycroft se levantaron y se fueron. El nombre de Landen no volvió a salir, y tampoco el de Anton. Mamá me ofreció mi viejo cuarto pero lo rechacé con rapidez. Habíamos discutido con furia cuando vivía en la casa. Además, yo tenía casi treinta y seis años. Me acabé el café y fui con mi madre hasta la entrada principal.

—Hazme saber si cambias de idea, cariño —dijo—. Tu cuarto sigue igual que siempre.

Si eso era cierto, los pósters horripilantes de mis encaprichamientos de finales de la adolescencia seguirían en las paredes. Era una idea demasiado desagradable como para seguir considerándola.

Hotel Finis, Swindon

«Los de Milton eran, en general, los seguidores poéticos más entusiastas. Un repaso rápido a la guía telefónica de Londres ofrecería unos cuatro mil John Milton, dos mil William Blake, unos mil Samuel Coleridge, quinientos Percy Shelley, los mismos para Wordsworth y Keats, y un puñado de Dryden. Tales cambios masivos de nombres provocaron problemas a las fuerzas de la ley. Tras un incidente en un pub, en el cual el asaltante, la víctima, el testigo, el propietario, el agente de policía que realizó el arresto y el juez se llamaban todos Alfred Tennyson, se ha aprobado una ley que obligaba a todos los tocayos a llevar tatuado tras la oreja un número de registro. No ha sido bien recibida; muy pocas medidas policiales realmente prácticas son bien recibidas.»

MILLON DE FLOSS

Una breve historia de la Red de Operaciones Especiales

Paré en el aparcamiento frente a un enorme edificio muy iluminado y cerré el coche. El hotel parecía estar muy ajetreado, y tan pronto como entré en el vestíbulo comprobé la razón. Al menos dos docenas de hombres y mujeres se movían por allí ataviados con enormes camisas y calzones holgados. Se me hundió el corazón. Un cartel grande cerca de la recepción daba a todos la bienvenida a la 112ª Convención Anual de John Milton. Respiré hondo y me abrí paso hasta el mostrador de recepción. Una recepcionista de mediana edad con pendientes demasiado grandes me dedicó su mejor sonrisa de bienvenida.

—Buenas noches, señora, bienvenida al Finis, para disfrutar de lo último en confort y estilo. Somos un hotel de cuatro estrellas con muchos servicios y características modernos. ¡Nuestro deseo más sincero es hacer que *su* estancia sea de lo más feliz!

Lo recitó como un mantra. Podía imaginármela trabajando igual de bien en un SmileyBurger.

—Me llamo Next. Tengo una reserva.

La recepcionista asintió y repasó las tarjetas de reserva.

—Veamos. Milton, Milton, Milton, Milton, Milton, Next, Milton, Milton, Milton, Milton, Milton, Milton. No, lo lamento. Parece que no tenemos su reserva.

—¿Podría comprobarlo de nuevo?

Volvió a mirar y la encontró.

—Aquí está. Alguien accidentalmente la puso entre los Milton. Necesitaré el número de una tarjeta de crédito importante. Aceptamos: Babbage, Goliath, Newton, Pascal, Breakfast Club y Jam Roly-Poly.

—¿Jam Roly-Poly?

—Lo lamento —dijo tímidamente—, lista equivocada. Ésa es la selección de pudines para esta noche. Me volvió a sonreír y le pasé mi tarjeta de débito Babbage.

—Tiene la habitación 8128 —me dijo, pasándome una llave colgando de un llavero tan grande que yo apenas podía levantarlo—. Todas nuestras habitaciones disponen de aire acondicionado y están equipadas con minibar y material para preparar el té. ¿Aparcó su coche en nuestro espacioso aparcamiento, con desagüe, de trescientas plazas?

Oculté una sonrisa.

—Gracias, lo hice. ¿Tienen instalaciones para animales de compañía?

—Por supuesto. Todos los hoteles Finis disponen de completas instalaciones para animales. ¿Qué tipo de animal?

—Un dodo.

—¡Qué dulce! Mi primo Arnold tuvo una vez un alce imperial llamado *Beany*... Era versión 1.4, así que no vivió mucho. Tengo entendido que hoy en día son mucho mejores. Le reservaré un sitio a su amiguito. Disfrute de su estancia. Espero que le interesen los poetas líricos del siglo diecisiete.

—Sólo profesionalmente.

—¿Profesora?

—Detective literario.

—Ah.

La recepcionista se me acercó y bajó la voz.

—Para decirle la verdad, señorita Next, *odio* a Milton. Sus primeras obras están bien, pero se perdió en su propio culo cuando le cercenaron el tarro a Charlie. Lo que demuestra el daño que te puede hacer un exceso de republicanismo.

—Mucho.

—Casi lo olvido. Son para usted.

Sacó un ramo de flores de debajo del mostrador, como si se tratase de un truco de magia.

—De un tal señor Landen Parke-Laine...

Explosión. Estruendo.

—... y hay dos caballeros esperándola en el Gato de Cheshire.

—¿El Gato de Cheshire?

—Nuestro bar completamente aprovisionado y animado. Atendido por un equipo profesional y servicial, es una agradable zona de bienvenida para relajarse.

—¿Quiénes son?

—¿El equipo del bar?

—No, los dos caballeros.

—No dejaron nombre.

—Gracias, ¿señorita...?

—Barrett-Browning —dijo la recepcionista—. Liz Barrett-Browning.

—Bien, Liz, quédate con las flores. Que tu novio se ponga celoso. Si el señor Parke-Laine vuelve a llamar, dile que me he muerto de fiebres hemorrágicas o algo así.

Me abrí paso como pude por la multitud de Miltons y entré en el Gato de Cheshire. Fue fácil dar con él. Sobre la puerta había un enorme gato de neón rojo subido a un árbol de neón verde. Cada par de minutos, el neón rojo parpadeaba y se apagaba, dejando sólo la sonrisa del gato sobre el árbol. Mientras atravesaba el vestíbulo me llegó a los oídos el sonido de una banda de jazz que tocaba en el bar, y sonreí al escuchar el piano inconfundible de Holroyd Wilson. Era un hombre de Swindon, de pura cepa. Con una llamada de teléfono podría haber tocado en Europa, pero había decidido quedarse en Swindon. El bar estaba lleno pero no atestado, con una clientela en su mayoría de Miltons, sentados por ahí bebiendo y bromeando, lamentando la Restauración y llamándose unos a otros John.

Me dirigí a la barra. Era la hora feliz en el Gato de Cheshire, y las bebidas valían 52,5p.

—Buenas noches —dijo el barman—. ¿En qué se parece un cuervo a un escritorio?

—¿En qué Poe escribió sobre ambos?

—Muy bien —rió—. ¿Qué va a ser?

—Una mitad de especial de Vorpal. Me llamo Next. ¿Alguien me espera?

El barman, que iba vestido de sombrero, indicó un apartado al otro lado de la sala donde había dos hombres sentados, parcialmente oscurecidos por las sombras. Cogí la bebida y me acerqué. El local estaba demasiado lleno para que nadie se pusiese a dar problemas. Al acercarme, pude ver más claramente a los dos hombres.

El mayor de los dos era un caballero de pelo gris de unos setenta y cinco años. Tenía grandes patillas y estaba vestido con un traje de tweed bien cortado y una pajarita de seda. Sus manos sostenían un par de guantes marrones sobre un bastón y podía ver un sombrero *deerstalker* en el asiento a su lado. Su rostro tenía una apariencia colorada, y al aproximarme echó la cabeza atrás y rió como una foca por algo que había dicho el joven.

El hombre en el asiento opuesto tenía unos treinta años. Estaba sentado en el borde del asiento de una forma ligeramente nerviosa. Bebía una tónica y vestía un traje de rayas finas que era caro pero que había visto mejores épocas. Sabía que le

había visto antes, pero no lograba situarle.

—¿Me buscan, caballeros?

Los dos se pusieron en pie a la vez. El mayor habló primero.

—¿Señorita Next? Encantado de conocerla. Me llamo Analogy. Victor Analogy. Jefe de los detectives literarios de Swindon. Hablamos por teléfono.

Me ofreció la mano y la acepté.

—Encantada de conocerle, señor.

—Este es el operativo Bowden Cable. Los dos trabajarán juntos.

—Encantado de conocerla, señorita —dijo Bowden con grandiosidad, algo incómodo y muy rígido.

—¿Nos hemos visto antes? —le pregunté, mientras le daba la mano.

—No —dijo Bowden con firmeza—. Me acordaría.

Victor me ofreció un asiento junto a Bowden, quien se movió emitiendo ruiditos de amabilidad. Tomé un sorbo de mi bebida. Sabía a vieja manta de caballo empapada de orina. Tosí explosivamente. Bowden me ofreció un pañuelo.

—¿Especial de Vorpál? —dijo Victor, alzando una ceja—. Chica valiente.

—Gr... gracias, señor.

—Bienvenida a Swindon —siguió diciendo Victor—. Primero de todo, me gustaría decir que lamentamos mucho saber de su pequeño incidente. Según lo que cuentan, Hades era un monstruo. No lamento que muriese. Espero que se haya recuperado.

—Lo he hecho, pero otros no tuvieron tanta suerte.

—Lamento oírlo, pero aquí le damos la bienvenida. Nunca antes nadie de su calibre se había molestado en unírseles en este lugar apartado.

Miré a Analogy y me quedé ligeramente confusa.

—No estoy segura de comprender lo que quiere decir.

—Lo que quiero decir, hablando rápido, es que todos nosotros en esta oficina somos más académicos que agentes típicos de OpEspec. Su puesto lo tenía Jim Crometty. Le mataron de un tiro en la ciudad vieja durante una compra de libro que salió mal. Era el compañero de Bowden. Jim era un amigo muy especial para todos nosotros; tenía esposa, tres hijos. Quiero... no, *ansío tremendamente* capturar a la persona que nos quitó a Crometty.

Miré fijamente sus rostros sinceros con algo de confusión hasta que las piezas encajaron. Creían que yo era un operativo total y miembro de pleno derecho de OE-5 en una misión de descanso y recuperación. No era nada raro. En OE-27 solíamos recibir continuamente a personajes quemados de OE-9 y OE-7.

—¿Ha leído mi expediente? —pregunté lentamente.

—Se negaron a enviarlo —replicó Analogy—. No sucede a menudo que un operativo llegue a nuestras filas desde las altas cumbres de OpEspec 5.

Necesitábamos un reemplazo con buena experiencia de campo pero también alguien que pueda... bien, ¿cómo debo expresarlo...?

Analogy se detuvo, aparentemente sin encontrar las palabras. Bowden respondió por él.

—Necesitamos a alguien que no tema emplear *fuerza extrema* si resulta ser necesario.

Miré a los dos, preguntándome si sería mejor confesar; después de todo, lo único a lo que le había disparado recientemente había sido a mi propio coche y a un genio criminal aparentemente a prueba de balas. Yo oficialmente pertenecía a OE-27, no a OE-5. Pero dadas las grandes posibilidades de que Acheron siguiese vivo, y con la venganza todavía en lo alto de mi lista, quizá fuese mejor seguir con el juego.

Analogy se agitó nervioso.

—Homicidio investiga el asesinato de Crometty, por supuesto. Extraoficialmente, no podemos hacer mucho, pero OpEspec siempre se ha enorgullecido de cierta *independencia*. Si descubriésemos cualquier prueba mientras realizásemos cualquier otra investigación, nadie diría nada. ¿Comprende?

—Claro. ¿Tienen alguna idea de quién mató a Crometty?

—Dijeron que tenían algo que debía ver, para comprar. Un manuscrito de Dickens poco común. Fue a verlo y... bien, no iba armado.

—Pocos detectives literarios de Swindon saben usar armas de fuego —añadió Bowden—, y para muchos de ellos el entrenamiento está fuera de la cuestión. El trabajo de detective literario y las armas de fuego no acaban de encajar; la pluma es más fuerte que la espada y todo eso.

—Las palabras están muy bien —reliqué fríamente, disfrutando de pronto de mi papel de mujer misteriosa de OE-5—, pero una bala de nueve milímetros llega a la raíz del problema.

Me miraron en silencio durante uno o dos segundos. Victor sacó una foto de un sobre grueso y la colocó sobre la mesa delante de mí.

—Nos gustaría que nos diese su opinión. La tomaron ayer.

Miré la foto. Conocía muy bien el rostro.

—Jack Schitt.

—¿Y qué sabe de él?

—No mucho. Es el jefe del servicio de seguridad interna de Goliath. Quería saber qué había planeado Hades para el manuscrito *Chuzzlewit*.

—Le contaré un secreto. Tiene razón en que Schitt pertenece a Goliath pero *no* es de seguridad interna.

—Entonces, ¿qué?

—División de armamento avanzado. Ocho mil millones de presupuesto anual. Y todo ese dinero pasa por sus manos.

—¿Ocho mil millones?

—Y algo de calderilla. Los rumores dicen que incluso se pasaron de ese presupuesto para desarrollar el rifle de plasma. Schitt es inteligente, ambicioso y bastante inflexible. Vino aquí hace dos semanas. No estaría en Swindon a menos que aquí hubiese algo que a Goliath le resultase muy interesante; creemos que Crometty fue a ver el manuscrito original de *Chuzzlewit* y que si eso es así...

—... Schitt está aquí porque lo estoy yo —anuncié de pronto—. Le pareció sospechoso que de entre todos los posibles destinos, yo quisiese un trabajo de OE-27 en Swindon... sin ofender.

—No nos ofendemos —replicó Analogy—. Pero el que Schitt esté por aquí me hace creer que Hades sigue suelto... o al menos, que Goliath lo cree.

—Lo sé —respondí—. Preocupante, ¿no?

Analogy y Cable se miraron. Habían dicho lo que querían decir: me daban la bienvenida, estaban deseosos de vengar la muerte de Crometty y no les gustaba Jack Schitt. Me desearon una agradable velada, se pusieron los sombreros y abrigos, y se fueron.

El número de jazz acabó. Me uní a los aplausos mientras Holroyd se ponía en pie con dificultad y saludaba a la multitud antes de irse. Una vez que acabó la música, el bar se despejó con rapidez, dejándome casi sola. Miré a mi derecha, donde dos Milton estaban muy ocupados mirándose, y luego a la barra, donde varios representantes con traje bebían todo lo que podían con cargo a sus dietas. Fui hasta el piano y me senté. Toqué un par de acordes, probando primero el brazo, sintiéndome luego más aventurera al tocar la mitad baja de un dueto que recordaba. Miré al barman para pedir otra copa, pero estaba muy ocupado secando un vaso. Mientras la introducción de la parte alta del dueto llegaba por tercera vez, una mano de hombre entró en escena y tocó la primera nota de la parte superior exactamente en el momento justo. Cerré los ojos; supe instantáneamente de quién se trataba, pero no iba a mirar. Podía oler su loción para después del afeitado y apreciar la cicatriz de la mano izquierda. El pelo de la nuca se me erizó ligeramente y sentí que un rubor crecía en mi interior. Instintivamente me desplacé a la izquierda y le dejé sentarse. Sus dedos se deslizaron por el teclado junto a los míos, los dos tocando al unísono casi sin cometer errores. El barman nos dedicó una mirada aprobadora, e incluso los tipos con traje dejaron de hablar y miraron a ver quién tocaba. Yo seguía sin mirar. A medida que mis manos se acostumbraban a esa pieza largo tiempo sin tocar, fui ganando confianza y tocando más rápido. Mi compañero no observado incrementó el tempo para mantenerse a mi altura.

Así tocamos durante unos diez minutos, pero yo no podía mirarle. Sabía que si lo hacía le sonreiría y no quería hacerlo. Quería que él supiese que seguía cabreada. *Luego* él podría engatusarme. Cuando la pieza acabó al fin, seguí mirando al frente.

El hombre a mi lado no se movió.

—Hola, Landen —dije al fin.

—Hola, Thursday.

Toqué un par de notas distraídamente, pero seguí sin mirarle.

—Ha pasado mucho tiempo —dije.

—*Mucha* agua bajo el puente —respondió—. Diez años de agua.

Su voz sonaba igual. La calidez y la sensibilidad que una vez había apreciado seguían allí. Le miré, le di un vistazo y aparté la vista rápidamente. Sentí que se me humedecían los ojos. Me avergonzaban mis sentimientos y nerviosamente me rasqué la nariz. Tenía el pelo ligeramente gris, pero lo llevaba de la misma forma. Tenía pequeñas arrugas alrededor de los ojos, pero bien podrían ser por la edad o por reír. Él tenía treinta años cuando me fui; yo veintiséis. Me pregunté si yo habría envejecido tan bien como él. ¿Era ya demasiado mayor para seguir sintiendo rencor? Después de todo, pelearme con Landen no me iba a devolver a Anton. Sentí la tentación de preguntarle si era demasiado tarde para intentarlo de nuevo, pero al abrir la boca las palabras se detuvieron. El re sostenido que yo acababa de pulsar seguía sonando y Landen me miraba fijamente, con los ojos congelados en medio de un parpadeo. El sentido de la oportunidad de papá no podría haber sido peor.

—¡Hola, garbancito! —dijo, llegando hasta mí de entre las sombras—. ¿Molesto?

—Definitivamente... sí.

—Entonces, no te ocuparé mucho tiempo. ¿Qué te parece esto?

Me pasó un objeto curvo y amarillo, como del tamaño de una zanahoria grande.

—¿Qué es? —pregunté, olisqueándolo cautelosamente.

—Es la fruta de una planta nueva diseñada por completo desde cero dentro de setenta años. Mira...

Le retiró la piel y me dejó probarla.

—Buena, ¿no? Lo puedes recoger bastante antes de que madure, transportarla si es necesario a miles de kilómetros de distancia y se mantendrá fresca en su propio contenedor herméticamente sellado y biodegradable. También es nutritiva y sabrosa. La secuenció una ingeniera brillante llamada Anna Bannon. No tenemos muy claro cómo llamarla. ¿Alguna idea?

—Estoy segura de que se te ocurrirá algo. ¿Qué vas a hacer con ella?

—Creo que la voy a introducir en algún lugar del décimo milenio antes del presente y ver qué pasa... Alimento para la humanidad y esas cosas. Bien, el tiempo no espera por nadie, como dicen. Te dejaré volver con Landen.

El mundo parpadeó y arrancó de nuevo. Landen abrió los ojos y me miró.

—Banana —dije, al comprender de pronto que eso era lo que me había mostrado mi padre.

—¿Disculpa?

—Banana. Le pusieron el nombre de su diseñadora.

—Thursday, no entiendo nada de lo que dices —dijo Landen con una sonrisa perpleja.

—Mi padre acaba de venir.

—Ah. ¿Todavía pertenece a todos los tiempos?

—Sigue siendo el mismo. Escucha, lamento lo sucedido.

—Yo también —respondió Landen, luego guardó silencio.

Yo quería tocarle la cara, pero en su lugar dije:

—Te he echado de menos.

Era lo que no debía decir, y me maldije por ello; demasiado, demasiado pronto. Landen se agitó incómodo.

—Deberías apuntar con más cuidado[5]. Yo también te eché de menos. El primer año fue el peor.

Landen hizo una pausa. Tocó algunas notas en el piano y dijo:

—Tengo una vida y me gusta vivir aquí. A veces pienso que Thursday Next no fue más que un personaje de una de mis novelas, alguien que inventé a imagen y semejanza de la mujer que quería amar. Ahora... bien, lo he superado.

No era *realmente* lo que yo deseaba oír, pero después de todo lo sucedido, no podía echárselo en cara.

—Pero viniste a buscarme.

Landen me sonrió.

—Estás en mi ciudad, Thurs. Cuando vienen amigos de fuera, vas a visitarles. ¿No se supone que así son las cosas?

—¿Y les compras flores? ¿El coronel Phelps también recibió rosas?

—No, él recibe lirios. Las viejas costumbres tardan en morir.

—Comprendo. Te ha ido bien solo.

—Gracias —respondió—. Nunca respondiste a mis cartas.

—Nunca *leí* tus cartas.

—¿Estás casada?

—No veo que eso sea de tu incumbencia.

—Lo voy a considerar un no.

La conversación había tomado un mal derrotero. Era hora de escapar.

—Escucha, estoy agotada, Landen. Tengo un día muy duro por delante.

Me levanté. Landen cojeó siguiéndome. Había perdido la pierna en Crimea, pero a estas alturas ya se había acostumbrado. Me pilló en la barra.

—¿Cenamos una de estas noches?

Me volví para mirarle.

—Claro.

—¿El martes?

—¿Por qué no?

—Bien —dijo Landen, frotándose las manos—. Podríamos reunir a la vieja unidad...

No era lo que yo había tenido en mente.

—Alto. Después de todo, el martes no me viene bien.

—¿Por qué no? Valía hace tres segundos. ¿Tu padre ha vuelto por aquí?

—No, simplemente tengo que hacer muchas cosas, atender a *Pickwick* y tengo que recogerle en la estación de tren porque las naves aéreas le ponen nervioso. ¿Recuerdas aquella vez que lo llevamos a Mull y vomitó encima de la azafata?

Me contuve. Estaba empezando a parlotear como una idiota.

—Y no me digas —añadió Landen—, tienes que lavarte el pelo.

—Muy gracioso.

—De todas formas, ¿en qué trabajas en Swindon? —preguntó Landen.

—Limpio en SmileyBurger.

—Claro que sí. ¿OpEspec?

Asentí.

—Me he unido a la unidad de detectives literarios de Swindon.

—¿Permanentemente? —preguntó—. Es decir, ¿has vuelto a Swindon para siempre?

—No lo sé.

Le cogí la mano. Quería abrazarle, llorar y decirle que le amaba y *siempre* le amaría como una niña tonta del todo, pero el momento no era del todo apropiado, como diría mi padre. Así que en su lugar decidí pasar al interrogatorio ofensivo. Pregunté:

—¿Tú estás casado?

—No.

—¿Nunca te lo has planteado?

—Me lo he planteado muchas veces.

Los dos nos quedamos en silencio. Había tantas cosas que decir que a ninguno de los dos se le ocurría la mejor forma de empezar. Landen abrió un segundo frente:

—¿Quieres ver *Ricardo III*?

—¿Todavía la representan?

—Claro que sí.

—Estoy tentada, pero sigue siendo cierto que no sé cuándo estaré libre. En estos momentos las cosas están... volátiles.

Me di cuenta de que no me creía. No podía decir que en realidad perseguía a un genio criminal que podía robar pensamientos y proyectar imágenes a voluntad; que era invisible en las grabaciones y que podía asesinar y reír mientras lo hacía. Landen suspiró, pescó una tarjeta de visita y la colocó sobre la barra.

—Llámame. Cuando estés libre. ¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Me besó en la mejilla, se acabó la copa, me volvió a mirar y salió cojeando del bar. Me quedé mirando su tarjeta de visita. No la cogí. No me hacía falta. El número era el que recordaba.

La habitación era exactamente igual que todas las otras habitaciones del hotel. Los cuadros estaban atornillados a las paredes y en el minibar, representantes demasiado tacaños para pagar por las bebidas habían abierto las botellas, se las habían bebido y luego las habían vuelto a cerrar llenas de agua o té frío. La habitación miraba al norte; podía ver el campo aéreo. Una nave enorme de cuarenta pasajeros estaba anclada al mástil, con sus flancos plateados iluminados en la noche oscura. El pequeño dirigible que me había traído a mí había seguido hasta Salisbury; consideré brevemente volver a subir cuando pasase de regreso pasado mañana. Encendí la tele justo a tiempo para pillar *Hoy en el Parlamento*. El debate sobre Crimea había llevado todo el día y todavía no había terminado. Me vacié el cambio de los bolsillos, saqué la automática de la funda y abrí el cajón junto a la cama. Estaba lleno. Además de la Biblia, estaban las enseñanzas de Buda y una copia en inglés del Corán. También había un volumen de oraciones DEG y un panfleto wesleyano, dos amuletos de la Sociedad de Consciencia Cristiana, los pensamientos de San Zvlkx y las ahora obligatorias *Obras completas de William Shakespeare*. Saqué todos los libros, los guardé en el armario y metí la automática en el cajón. Abrí la bolsa y empecé a organizar la habitación. No había alquilado mi apartamento en Londres; no sabía si me quedaría aquí o no. Curiosamente, la ciudad me había empezado a resultar agradable, y no sabía si esa sensación me gustaba o no. Lo coloqué todo sobre la cama y luego lo guardé cuidadosamente. Coloqué algunos libros sobre la mesa y el ejemplar de *Jane Eyre* que me había salvado la vida en la mesita de noche. Cogí la foto de Landen y fui hasta el escritorio, pensé un momento y luego la coloqué boca abajo en el cajón de mi ropa interior. Ahora que el verdadero andaba cerca, la foto no me hacía falta. La televisión seguía con lo suyo:

—...a pesar de la intervención de los franceses y las garantías rusas de ocupación segura para los colonos ingleses, parece que el gobierno inglés no volverá a ocupar su puesto en la mesa de Budapest. Con Inglaterra todavía decidida a una ofensiva empleando el nuevo rifle de plasma llamado Stonk, la paz *no* descenderá en la península del mar Negro...

El presentador movió algunos papeles.

—Ahora las noticias nacionales. La violencia volvió a desatarse en Chichester cuando un grupo de neo-surrealistas se reunió para celebrar el cuarto aniversario de la legalización del surrealismo. En el lugar de los hechos para Toad News Network se encuentra Henry Grubb. Henry, ¿cómo están las cosas por ahí?

Una imagen en directo algo temblorosa apareció en pantalla, y me detuve un momento para mirar. Detrás de Grubb se veía un coche volcado e incendiado, y había varios agentes vestidos con equipo antidisturbios. Henry Grubb, quien se preparaba para el trabajo de corresponsal en Crimea y secretamente esperaba que la guerra no terminase hasta que él tuviese la oportunidad de ir allí, vestía un chaleco antibalas azul marino y hablaba con la voz apresurada y entrecortada de un corresponsal en zona de guerra.

—Las cosas están un poco calientes por aquí, Brian. Me encuentro a cien metros de la zona de disturbios y puedo ver varios coches volcados e incendiados. La policía lleva todo el día intentando mantener separadas a las facciones, pero se ha enfrentado al peso de los números. Esta noche varios cientos de rafaelistas rodearon el bar N'est pas une pipe donde se habían atrincherado un centenar de neo-surrealistas. Los manifestantes del exterior corearon eslóganes italianos del renacimiento y luego lanzaron piedras y otros proyectiles. Los neo-surrealistas respondieron atacando esas líneas de batalla protegidos por enormes relojes flácidos y parecían ir ganando hasta la intervención de la policía. Espera, puedo ver a un hombre arrestado por la policía. Intentaré entrevistarle.

Agité la cabeza con tristeza y guardé algunos zapatos en el fondo del armario. Había violencia cuando el surrealismo estaba prohibido y había violencia cuando se retiraba esa misma prohibición. Grubb siguió con la emisión mientras interceptaba a un policía que se alejaba con un joven vestido con ropas del siglo XVI y una reproducción perfecta de la Mano de Dios de la Capilla Sixtina tatuada en la cara.

—Discúlpeme, señor, ¿cómo respondería a las críticas de que son ustedes un grupo intolerante que no respeta el valor del cambio y la experimentación en todos los aspectos del arte?

El renacentista miró a la cámara con un gesto de furia.

—La gente dice que sólo los renacentistas causamos problemas, pero aquí, esta noche, he visto chicos barrocos, rafaelistas, románticos y manieristas. Es una demostración clásica de unidad artística contra esos cabrones frívolos que se refugian bajo la seguridad de la palabra progreso. No es justo...

El agente de policía intervino y se lo llevó. Grubb esquivó un ladrillo volador y luego concluyó su informe.

—Les ha hablado Henry Grubb, informando para la Toad News Network, en directo desde Chichester.

Apagué la tele usando un mando a distancia encadenado a la mesita de noche. Me senté en la cama y me tiré con fuerza del pelo, dejé que cayese y me di un masaje en la cabeza. Olisqueé dubitativamente el pelo y me decidí en contra de una ducha. Con Landen había sido más dura de lo que había pretendido. Incluso con nuestras diferencias, teníamos lo suficiente en común para ser buenos amigos.

Polly cae en el ojo interior

«Creo que Wordsworth se sorprendió tanto de verme como yo de verle a él. No debe de ser normal ir a tu recuerdo favorito y encontrar a alguien allí, admirando la vista antes que tú.»

POLLY NEXT

En una entrevista en exclusiva para *The Owl on Sunday*

Mientras yo lidiaba de forma tan torpe con Landen, mi tío y mi tía trabajaban duramente en el taller de Mycroft. Como descubriría más tarde, las cosas parecían ir bastante bien. Al menos, para empezar.

Mycroft daba de comer a los gusalibros en el taller cuando entró Polly; ella acababa de completar algunos cálculos matemáticos de una complejidad que para él resultaba casi incomprensible.

—Tengo la respuesta que querías, Crofty, amor —dijo ella, chupando el extremo de un lápiz muy gastado.

—¿Y es? —preguntó Mycroft, atareado vertiendo preposiciones encima de los gusalibros, que devoraban con fruición el alimento abstracto.

—Nueve.

Mycroft murmuró algo y apuntó la cifra en un libro de notas. Abrió el enorme libro reforzado con metal al que no me habían acabado de presentar la noche antes para dejar al descubierto una cavidad en la que colocó una copia en letra grande del poema de Wordsworth «Vagué solitario como una nube». Luego añadió los gusalibros que se pusieron a trabajar atareados. Se deslizaron sobre el texto, sus pequeños cuerpecitos y su insondable personalidad colectiva examinando inconscientemente cada frase, cada palabra, cada vocal y sílaba. Examinaron en profundidad sus alusiones históricas, biográficas y geográficas, para luego explorar los sentidos internos ocultos en el metro y el ritmo, y jugar ingeniosamente con subtexto, contenido e inflexión. Tras lo cual, crearon algunos versos propios y convirtieron el resultado en binario.

¡Lagos! ¡Narcisos! ¡Soledad! ¡Memoria!, susurraron emocionados los gusanos mientras Mycroft cerraba cuidadosamente el libro y lo atrancaba. Conectó la corriente principal a la parte posterior del libro y le dio al botón de encendido; a continuación comenzó a ocuparse de la miríada de botones y diales que cubrían la parte frontal del pesado volumen. A pesar de que el Portal de Prosa era esencialmente

un bio-mecanismo, seguía habiendo muchos procedimientos delicados a completar antes de que el dispositivo pudiese operar; y dado que el portal tenía una complejidad absurda, Mycroft se había visto obligado a apuntar la secuencia exacta de procedimientos y combinaciones de arranque en una libreta de ejercicios para niños de la que —siempre temiendo a los espías extranjeros— él tenía la única copia. Examinó la libreta durante varios momentos antes de girar diales, dar a interruptores e incrementar lentamente la corriente, todo eso mientras murmuraba para sí y para Polly:

—Binamétricas, esféricas, numéricas. Estoy...

—¿Activado?

—¡Desactivado! —respondió Mycroft con tristeza—. No, espera... ¡Ahí está!

Sonrió feliz cuando se apagaron las últimas luces de advertencia. Tomó la mano de su esposa y la apretó con afecto.

—¿Te gustaría tener el honor? —preguntó—. ¿El primer ser humano en entrar en un poema de Wordsworth?

Polly le miró inquieta.

—¿Estás seguro de que no es peligroso?

—Tan seguro como las casas —le aseguró él—. Hace una hora entré en «El naufragio del Héspero».

—¿En serio? ¿Cómo era?

—Húmedo... Y creo que me olvidé la chaqueta.

—¿La que te regalé por Navidad?

—No; la otra. La azul de grandes cuadros.

—Ésa es la que te *regalé* por Navidad —le reprendió—. Me gustaría que tuvieses más cuidado. ¿Qué querías que hiciese?

—Simplemente quédate ahí de pie. Si todo va bien, tan pronto como presione este gran botón verde los gusanos abrirán una puerta a los narcisos que William Wordsworth conocía y amaba.

—¿Y si *no* va bien? —preguntó Polly algo nerviosa. La muerte de Owens en el interior de un merengue gigante siempre le venía a la mente cuando hacía de conejillo de indias para una de las máquinas de su marido, pero aparte de algún ligero chamuscado cuando probaba un disfraz unipersonal de caballo a butano, ninguno de los dispositivos de Mycroft le había hecho daño.

—Sí... —dijo Mycroft pensativo—, es *posible*, aunque muy improbable, que yo pudiese dar lugar a una reacción en cadena que fusionase la materia y aniquilase el universo conocido.

—¿En serio?

—No, la verdad es que no. No es más que una broma. ¿Estás lista?

Polly sonrió.

—Lista.

Mycroft presionó el gran botón verde y el libro emitió un zumbido bajo. Las farolas de la calle parpadearon y perdieron intensidad a medida que la máquina consumía grandes cantidades de energía para convertir la información binamétrica de los gusalibros. Mientras miraban, una delgada columna de luz apareció en el taller, como si se estuviese abriendo una puerta al verano desde un día de invierno. El polvo relucía en el rayo de luz, que gradualmente se fue ensanchando hasta que tuvo tamaño suficiente para poder pasar.

—¡No tienes más que entrar! —le gritó Mycroft por encima del ruido de la máquina—. Abrir la puerta exige mucha potencia; ¡tienes que darte prisa!

El alto voltaje estaba cargando el aire; los objetos metálicos cercanos empezaban a bailar y a crepitar por la estática.

Polly se acercó a la puerta y sonrió nerviosa en dirección a su marido. La rielante extensión de luz blanca se agitó cuando alargó la mano y la tocó. Respiró profundamente y atravesó el portal. Se produjo un destello brillante y una pesada descarga eléctrica; dos pequeñas bolas de plasma muy cargado se formaron espontáneamente cerca de la máquina y salieron disparadas en direcciones opuestas; Mycroft tuvo que agacharse cuando una pasó junto a él y chocó sin causar daño contra el Rolls-Royce; la otra explotó en el Olfatógrafo e inició un pequeño fuego. Con igual rapidez, la luz y el ruido desaparecieron, la puerta se cerró y las farolas parpadearon para recuperar su brillo normal.

¡Nubes! ¡Compañía jocunda! ¡Baile vivaz!, parlotearon los gusanos satisfechos mientras las agujas se agitaban y movían sobre la portada del libro, avanzando ya la cuenta atrás de dos minutos para la reapertura del portal. Mycroft sonrió feliz y buscó en los bolsillos en busca de la pipa hasta comprender con consternación que también estaba dentro del *Héspero*, así que en su lugar se sentó en el prototipo de un dispositivo de advertencia temprana de sarcasmos y esperó. Todo, hasta ahora, iba *extremadamente* bien.

Al otro lado del Portal de Prosa, Polly se encontraba sobre la orilla cubierta de hierba de un enorme lago cuyas aguas daban suavemente contra la orilla. El sol brillaba con fuerza y nubes esponjosas flotaban ociosas sobre el cielo azul celeste. Siguiendo los bordes de la bahía podía ver miles y miles de narcisos de un amarillo intenso, todos creciendo bajo la sombra moteada de un bosquecillo de abedules. Una brisa, que traía el dulce aroma de la primavera, hacía que las flores aleteasen y bailasen. Alrededor de Polly todo era paz y tranquilidad. El mundo en el que se encontraba no estaba manchado por la maldad o la malicia del hombre. Era, efectivamente, el paraíso.

—¡Es hermoso! —dijo al fin, sus ideas dando finalmente nacimiento a sus palabras—. Las flores, los colores, los olores... ¡Es como respirar champaña!

—¿Le gusta, señora?

La miraba un hombre de unos ochenta años. Estaba vestido de negro y sobre sus rasgos gastados había una media sonrisa. Miró las flores.

—A menudo vengo aquí —dijo él—. Cuando las fases de la depresión caen pesadamente sobre mi semblante.

—Tiene mucha suerte —dijo Polly—. ¡Nosotros tenemos que recurrir a *¡Nombra esa fruta!*

—¿*Nombra esa fruta?*

—Es un programa concurso. Ya sabe. En la tele.

—¿Tele?

—Sí, es como las películas pero con anuncios.

Él frunció el ceño en su dirección sin comprender y luego volvió a mirar al lago.

—A menudo vengo aquí —dijo de nuevo—. Cuando las fases de la depresión caen pesadamente sobre mi semblante.

—Eso ya lo ha dicho.

El anciano la miró como si se estuviese despertando de un sueño profundo.

—¿Qué hace usted aquí?

—Me envió mi marido. Me llamo Polly Next.

—Vengo aquí cuando me siento de un humor vacío o pensativo, ¿sabe? —Hizo un gesto con la mano en dirección a las flores—. Los narcisos, ¿comprende?

Polly miró al otro lado, hacia las brillantes flores amarillas, que la saludaron bajo la brisa cálida.

—Desearía que mi memoria fuese así de buena —murmuró ella.

La figura de negro le sonrió.

—El ojo interior es todo lo que me queda —dijo melancólico, la sonrisa abandonando sus rasgos severos—. Todo lo que tuve alguna vez ahora está aquí; mi vida está contenida en mi obra. Una vida en volúmenes de palabras; es poético.

Suspiró con fuerza y añadió:

—Pero la soledad no es siempre dichosa, ya sabe.

Miró a una distancia media, el sol centelleando sobre las aguas del lago.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde mi muerte? —preguntó de pronto.

—Más de ciento cincuenta años.

—¿En serio? Dígame, ¿cómo acabó la revolución en Francia?

—Todavía es pronto para saberlo.

Wordsworth frunció el ceño al desaparecer el sol.

—Hola —murmuró—. No recuerdo haber escrito eso...

Polly miró. Una enorme nube de lluvia muy oscura había bloqueado el sol.

—¿Qué hace...? —empezó a decir, pero luego miró a su alrededor y Wordsworth había desaparecido.

El cielo se oscureció y los truenos resonaban ominosos en la distancia. Un viento fuerte se levantó y el lago pareció congelarse y perder profundidad a medida que los narcisos dejaban de moverse y se convertían en una masa sólida de amarillo y verde. Gritó de miedo cuando el cielo y el lago se unieron; los narcisos, árboles y nubes regresando a su sitio en el poema, palabras individuales, sonidos, garabatos sobre el papel sin más significado que aquel del que puede dotarles la imaginación. Dejó escapar un último grito de terror a medida que la oscuridad crecía y el poema se le cerraba encima.

OpEspec 27: Los detectives literarios

«... Esta mañana, Thursday Next se ha unido a la oficina de detectives literarios en sustitución de Crometty. No puedo evitar pensar que no está especialmente dotada para este tipo de trabajos y tengo mis dudas de que esté tan cuerda como cree. Tiene muchos demonios, viejos y nuevos, y me pregunto si Swindon es el lugar adecuado para intentar exorcizarlos...»

Del diario de BOWDEN CABLE

El cuartel general de OpEspec en Swindon se compartía con la policía local; el diseño germánico típicamente brusco y severo se había construido durante la Ocupación para servir como tribunal. También era grande, lo que venía bien. La entrada al edificio estaba protegida por detectores de metales, y una vez que mostré mi identificación pude llegar al enorme vestíbulo de entrada. Agentes y civiles con distintivos de identificación se movían rápidamente de un lado a otro en el estruendoso ajetreo de la comisaría. Me empujaron una o dos veces en la multitud y saludé a algunas viejas caras antes de llegar al mostrador principal. Cuando llegué allí, me encontré con un hombre vestido con una amplia camisa blanca y calzones protestando ante el sargento. El agente se limitaba a mirarle fijamente. Todo lo que le contaba ya lo había oído antes.

—¿Nombre? —preguntó cansado el sargento.

—John Milton.

—¿Qué John Milton?

John Milton suspiró.

—Cuatrocientos noventa y seis.

El sargento lo anotó en el bloc.

—¿Cuánto se llevaron?

—Doscientos en efectivo y todas mis tarjetas de crédito.

—¿Ha informado a su banco?

—Por supuesto.

—¿Y cree que su asaltante era un Percy Shelley?

—Sí —replicó el Milton—. Antes de salir corriendo me entregó un panfleto sobre el rechazo al dogma religioso actual.

—Hola, Ross —dije.

El sargento me miró, hizo una pausa y luego mostró una amplia sonrisa.

—¡Thursday! ¡Me habían contado que volverías! También me contaron que llegaste hasta OE-5.

Le devolví la sonrisa. Ross había sido el sargento de guardia cuando me uní a la policía de Swindon.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. ¿Vas a abrir una oficina regional? ¿OE-9 o algo así? ¿Para añadir un toque de especias a la vieja Swindon?

—No es eso. He pedido el traslado a la oficina de detectives literarios.

Una expresión de duda atravesó el rostro de Ross, pero la ocultó con rapidez.

—¡Genial! —animado y ligeramente incómodo—. ¿Tomamos algo más tarde?

Acepté con alegría, y después de conseguir indicaciones para la oficina de detectives literarios, dejé a Ross discutiendo con Milton 496.

Tomé las escaleras sinuosas hasta el piso superior y luego seguí las indicaciones hasta el extremo del edificio. Toda el ala oeste estaba repleta de OpEspec o sus departamentos regionales. Aquí tenía sus oficinas la OpEspec ambiental, así como Robo de Arte y la CronoGuardia. Incluso Spike tenía una oficina allá arriba, aunque rara vez se le veía por allí; prefería un cuchitril oscuro y bastante fétido en el aparcamiento del sótano. El pasillo estaba atestado de estanterías y archivos; la vieja moqueta estaba casi completamente gastada en el centro. Era completamente diferente a la oficina de detectives literarios en Londres, donde habíamos disfrutado de los sistemas más avanzados de recuperación de información. Con el tiempo, llegué hasta la puerta correcta y llamé. No recibí respuesta, así que entré directamente.

La sala era como la biblioteca de una casa de campo. Tenía dos pisos de alto, con estantes atestados de libros cubriendo hasta el último centímetro cuadrado de pared. La escalera en espiral llevaba hasta una pasarela que recorría las paredes, permitiendo el acceso a los estantes superiores. La zona de en medio de la sala era una planta abierta con mesas dispuestas como en una sala de lectura. Todas las superficies disponibles y el suelo estaban cubiertos con más libros y papeles, y me pregunté cómo se las arreglaban para conseguir hacer algo. Había unos cinco agentes trabajando, pero no parecieron darse cuenta de mi entrada. Sonó un teléfono y un joven respondió.

—Oficina de detectives literarios —dijo con voz amable. Hizo una mueca ante la tirada que le llegaba por el cable telefónico—. Lamento mucho que no le gustase *Tito Adrónico*, señora —dijo al fin—, pero me temo que no tiene nada que ver con nosotros... Quizás en el futuro debería limitarse a las comedias.

Pude ver a Victor Analogy repasando un informe con otro agente. Caminé hasta donde pudiese verme, y esperé a que terminase.

—¡Ah, Next! Bienvenida a la oficina. Deme un momento, ¿vale?

Asentí y Victor siguió con lo suyo.

—... creo que Keats hubiese empleando una prosa menos florida que ésta y el

tercer verso tiene una construcción ligeramente torpe. Tengo la sensación de que se trata de una ingeniosa falsificación, pero pásalo por el Analizador de Metro Poético.

El agente asintió y se fue. Victor me sonrió y me dio la mano.

—Ése era Finisterre. Se encarga de las falsificaciones de poesía del siglo diecinueve. Deje que le muestre esto. —Hizo un gesto en dirección a los estantes—. Las palabras son como hojas, Thursday. En realidad, como las personas: les gusta la compañía de sus iguales. —Sonrió—. Tenemos aquí como mil millones de palabras. En general referencias. Una buena colección de obras importantes y algunas menores que ni siquiera se encontrarían en la biblioteca Bodleian. Tenemos una instalación de almacenamiento en el sótano. También está llena. Necesitamos nuevas instalaciones, pero los detectives literarios no tienen muchos fondos, por decir poco.

Me llevó hasta una de las mesas donde Bowden estaba sentado muy recto, con la chaqueta cuidadosamente plegada en el respaldo de la silla y la mesa tan ordenada que probablemente fuese obsceno.

—A Bowden ya lo conoce. Buen tipo. Lleva doce años con nosotros y se concentra en la prosa del siglo diecinueve. Le mostraré los entresijos. Ahí tiene su mesa.

Hizo una pausa, mirando la mesa vacía. Yo no era supernumeraria. Uno de los suyos había muerto recientemente y yo iba a reemplazarle. Ocupando los zapatos de un muerto, sentándome a la mesa de un muerto. Más allá de la mesa había otro agente, que me miraba con curiosidad.

—Ese es Fisher. La ayudará con todo lo que quiera saber sobre copyright legal y ficción contemporánea.

Fisher era un hombre fornido con un estrabismo extraño que parecía ser más ancho que alto. Me miró y sonrió, dejando al descubierto algo del desayuno que se había quedado atrapado entre sus dientes.

Victor siguió andando hasta la siguiente mesa.

—Helmut Bight se ocupa de la prosa y la poesía de los siglos diecisiete y dieciocho, cedido amablemente por nuestros colegas del otro lado de las aguas. Vino aquí a resolver un problema con un Goethe mal traducido y acabó entreteniéndose con un movimiento neo-Nazi que intentaba convertir a Friedrich Nietzsche en un santo fascista.

Herr Bight tenía unos cincuenta años y me miró con suspicacia. Vestía un traje, pero se había quitado la corbata por el calor.

—OE-5, ¿eh? —preguntó herr Bight, como si estuviese hablando de una enfermedad venérea.

—Soy OE-27, igual que tú —respondí sinceramente—. Ocho años en la oficina de Londres a las órdenes de Boswell.

Bight tomó un volumen de aspecto antiguo encuadernado con piel de cerdo

envejecida y me lo pasó.

—¿Qué opinas de esto?

Cogí el tomo polvoriento y le miré el lomo.

—*La vanidad de los deseos humanos* —leí—. Escrito por Samuel Johnson y publicado en 1749, la primera obra que apareció con su nombre.

Abrí el libro y hojeé las páginas amarillentas.

—Primera edición. Sería muy valiosa, si...

—¿Si...? —repitió Bight.

Olisqueé el papel, pasé los dedos por la página y finalmente lo probé con la lengua. Miré a lo largo del lomo y golpeé la portada, para finalmente dejar caer el pesado volumen sobre la mesa con un buen golpe.

—... Si fuese de verdad.

—Estoy impresionado, señorita Next —admitió herr Bight—. Usted y yo debemos hablar de Johnson en alguna ocasión.

—No era tan difícil como parecía —tuve que admitir—. En Londres tenemos dos palés cargados de Johnson falsos como éste con un precio en la calle de trescientas mil libras.

—¿También en Londres? —exclamó Bight con sorpresa—. Llevo seis meses tras esta banda; pensábamos que eran locales.

—Llame a Boswell de la oficina de Londres; ayudará en todo lo posible. Simplemente mencione mi nombre.

Herr Bight descolgó el teléfono y pidió un número a la operadora. Victor me guió hasta una de las muchas puertas de cristal esmerilado que salían de la cámara principal y daban a los despachos laterales. Abrió un poco la puerta para mostrar a dos agentes en mangas de camisa que interrogaban a un hombre vestido con pantalones ajustados y jubón bordado.

—Malin y Sole se encargan de todos los crímenes relacionados con Shakespeare.

Cerró la puerta.

—Se cuidan de falsificaciones, tratos ilegales e interpretaciones dramáticas demasiado libres. El actor que está con ellos es Graham Huxtable. Representaba una versión felona de una sola persona de *Noche de reyes*. Infractor persistente. Le pondrán una multa y saldrá. Su Malvolio es *realmente* horrible.

Abrió la puerta de otro despacho lateral. Un par de gemelos idénticos operaban un enorme dispositivo computacional. La sala estaba incómodamente caliente debido a las miles de válvulas, y el chasquido de los relés era casi ensordecedor. Era el único elemento de tecnología moderna que había visto hasta ahora en la oficina.

—Son los hermanos Forty, Jeff y Geoff. Los Forty operan el Analizador de Metro Poético. Descompone cualquier prosa o poema en sus componentes: palabras, puntuación, gramática y demás. Luego compara la firma literaria con una muestra del

escritor que ya tiene en memoria. Tiene una precisión del ochenta y nueve por ciento. Muy útil para detectar falsificaciones. Tuvimos lo que afirmaban ser una página de una versión preliminar de *Antonio y Cleopatra*. Fue rechazada porque contenía demasiados verbos por párrafo.

Cerró la puerta.

—Eso es todo. El hombre encargado en general de OpEspec en Swindon es el comandante Braxton Hicks. Responde ante el comandante regional en Salisbury. La mayor parte del tiempo nos deja en paz, que es como nos gusta. También le gusta ver a cualquier operativo nuevo durante su primera mañana, por lo que le sugiero que vaya y charle un rato con él. Está en la sala veintiocho, pasillo abajo.

Retrocedimos sobre nuestros pasos para regresar a mi mesa. Victor me deseó una vez más lo mejor y luego desapareció para consultar con Helmut sobre algunos ejemplares piratas de *Doctor Fausto* que habían aparecido en el mercado con el final reescrito para que fuese feliz.

Me senté en mi silla y abrí la gaveta. No había nada; ni un lápiz. Bowden me miraba.

—Victor la vació la mañana del asesinato de Crometty.

—James Crometty —murmuré—. ¿Podrías hablarme de él?

Bowden cogió un lápiz e intentó mantenerlo en equilibrio sobre la punta.

—Crometty trabajaba principalmente en prosa y poesía del siglo diecinueve. Era un agente excelente, pero excitable. No tenía paciencia para el procedimiento. Desapareció una tarde, cuando dijo tener un soplo sobre un manuscrito muy raro. Lo encontramos una semana más tarde en una taberna abandonada en Morgue Road. Le habían disparado seis veces a la cara.

—Lamento oírlo.

—Ya antes he perdido amigos —dijo Bowden; su voz nunca dejaba el ritmo normal de habla que empleaba—, pero él era un colega y amigo íntimo, y con alegría hubiese dado mi vida por la suya.

Se frotó ligeramente la nariz; era el único signo externo de emoción que había manifestado.

—Me considero un hombre espiritual, señorita Next, aunque no soy religioso. Por espiritual me refiero a que siento que tengo el bien en mi alma y me inclino por seguir el curso de acción correcto dado un conjunto prescrito de circunstancias. ¿Comprende?

Asentí.

—Dicho lo cual, sigo teniendo *muchos* deseos de acabar con la vida de la persona que cometió ese acto atroz. Últimamente he estado practicando en el campo de tiro y ahora llevo siempre una pistola conmigo; mire...

—Muéstremela más tarde, señor Cable. ¿Tienen alguna pista?

—Ninguna. Nada en absoluto. No sabemos a quién veía o por qué. Tengo contactos en Homicidios; tampoco saben nada.

—Disparar seis veces a la cara indica una persona con una pasión jubilosa por el cumplimiento de sus obligaciones —le dije—. Incluso si Crometty hubiese llevado una pistola no creo que hubiese cambiado nada.

—Podría tener razón —suspiró Bowden—. No se me ocurre ni una sola vez que se haya tenido que sacar una pistola durante una investigación literaria.

Estuve de acuerdo. Diez años atrás, en Londres, también había sido así. Pero el gran negocio y las inmensas cantidades de dinero por la venta y distribución de obras literarias habían atraído a grandes elementos criminales. Conocía al menos a cuatro detectives literarios de Londres que habían muerto cumpliendo con su deber.

—Las cosas se están poniendo violentas. No es como en las películas. ¿Oyó lo del disturbio surrealista ocurrido en Chichester la pasada noche?

—Vaya que sí —respondió—. Antes de que pase mucho tiempo Swindon tendrá problemas similares. La facultad de arte casi se encuentra con un disturbio entre manos el año pasado cuando el decano despidió a un profesor que en secreto había animado a los estudiantes a abrazar el expresionismo abstracto. Querían acusarlo bajo la ley de Interpretación del Medio Visual. Huyó a Rusia, creo.

Miré la hora.

—Tengo que ir a ver al comandante de OpEspec.

Bowden permitió que una extraña sonrisa recorriese sus rasgos serios.

—Le deseo buena suerte. Si me permite que le ofrezca un consejo, mantenga oculta su automática. A pesar de la muerte de James, el comandante Hicks no quiere ver a los detectives literarios permanentemente armados. Cree que nuestro sitio está detrás de una mesa.

Le di las gracias, dejé la automática en la gaveta y recorrí el pasillo. Llamé dos veces y un joven secretario me invitó a pasar. Le di mi nombre y me pidió que esperase.

—El comandante no tardará mucho. ¿Le apetece una taza de café?

—No, gracias.

El secretario me miró con curiosidad.

—Dicen que ha venido desde Londres para vengar la muerte de Jim Crometty. Dicen que ha matado a dos hombres. Dicen que la cara de su padre puede parar el tiempo. ¿Es cierto?

—Depende del punto de vista. Los rumores de oficina empiezan rápido, ¿verdad?

Braxton Hicks abrió la puerta de su despacho y me indicó que pasase. Era un hombre alto y delgado, con un enorme bigote y piel gris. Tenía ojeras; no parecía que durmiese mucho. La estancia era mucho más austera de la de cualquier comandante que hubiese visto nunca. Varias bolsas de golf se apoyaban contra la pared, y podía

ver que una alfombra de práctica de golf había sido apartada a toda prisa.

Me sonrió afable y me ofreció asiento antes de sentarse él mismo.

—¿Cigarrillos?

—No fumo, gracias.

—Yo tampoco.

Me miró durante un momento y tamborileó con sus largos dedos sobre la mesa inmaculadamente limpia. Abrió un expediente que tenía delante y leyó en silencio durante un momento. Estaba leyendo mi expediente de OE-5; evidentemente, él y Analogy no se llevaban lo bastante bien como para compartir información entre departamentos.

—Operativo Thursday Next, ¿eh? —Sus ojos recorrieron los puntos pertinentes de mi carrera—. Vaya carrera. Policía, Crimea, se vuelve a unir a la policía, y luego se traslada a Londres en el 75. ¿Por qué?

—Avanzar profesionalmente, señor.

Braxton Hicks gruñó y siguió leyendo.

—OpEspec durante ocho años, dos veces elogiada. En préstamo reciente a OE-5. Su estancia con esa división ha sido muy censurada, sin embargo, aquí dice que fue herida en acción.

Me miró por encima de las gafas.

—¿Devolvió el fuego?

—No.

—Bien.

—Disparé primero.

—No tan bien.

Braxton se acarició el bigote, pensativo.

—Era usted Operativo de Grado I en la oficina de Londres trabajando en Shakespeare, nada menos. Muy prestigioso. Sin embargo, cambia todo eso por un puesto de operativo de grado III en un lugar apartado como éste. ¿Por qué?

—Los tiempos cambian, y nosotros cambiamos con ellos, señor.

Braxton refunfuñó y cerró el expediente.

—Aquí en OpEspec mi responsabilidad no es sólo para los detectives literarios, sino también para Robo de Arte, Vampirismo y Licantropía, CronoGuardia, Antiterrorismo, Orden Civil y la perrera. ¿Juega al golf?

—No, señor.

—Una pena, una pena. ¿Por dónde iba? Oh, sí. De todos esos departamentos, ¿sabe a cuál temo más?

—No tengo ni idea, señor.

—Se lo diré. A ninguno. Lo que más temo son las reuniones regionales de presupuesto de OpEspec. ¿Comprende lo que eso significa, Next?

—No, señor.

—Significa que cuando uno de ustedes trabaja horas extras o realiza una petición especial, yo me salgo del presupuesto y la cabeza me empieza a doler justo *aquí*. — Se señaló la sien izquierda—. Y no me gusta. ¿Comprende?

—Sí, señor.

Volvió a coger mi expediente y lo agitó en mi dirección.

—Oí que tuvo un problema en la gran ciudad. Otros operativos murieron. Aquí estamos hablando de una pecera totalmente diferente, sabe. Nos ganamos la vida procesando datos. Si quiere arrestar a alguien, que lo haga un policía de uniforme. Nada de correr por ahí disparándole a los malos, nada de horas extras y definitivamente nada de operaciones de vigilancia de veinticuatro horas. ¿Comprende?

—Sí, señor.

—Ahora, sobre Hades.

El corazón me dio un salto; había pensado que de todas las cosas, *eso* lo habrían censurado.

—¿Debo entender que cree que sigue con vida?

Pensé durante un momento. Mis ojos miraron el informe que sostenía Hicks. Adivinó mis pensamientos.

—Oh, eso no está aquí, cariño. Puede que yo sea un comandante paleta de provincias, pero tengo mis fuentes. ¿Cree que sigue con vida?

Sabía que podía confiar en Victor y Bowden, pero en cuanto a Hicks no estaba segura. No creía que debiese arriesgarme.

—Un síntoma de estrés, señor. Hades está muerto.

Tiró mi expediente en la bandeja de salida, se recostó en la silla y se frotó el bigote, gesto del que evidentemente disfrutaba.

—Entonces, ¿no ha venido para intentar encontrarle?

—¿Por qué iba a estar Hades en Swindon si siguiese con vida, señor?

Braxton pareció inquieto durante un momento.

—Exacto, exacto.

Sonrió y se puso en pie, indicando que la entrevista había terminado.

—Bien, adelante. Un consejo. Aprenda a jugar al golf; descubrirá que es un juego gratificante y relajante. Aquí tiene una copia del presupuesto del departamento y aquí tiene una lista de todos los campos de golf de la zona. Estúdielos. Buena suerte.

Salí y cerré la puerta.

El secretario levantó la vista.

—¿Mencionó el presupuesto?

—No creo que mencionase nada más. ¿Tienes una papelería?

El secretario sonrió y la empujó con el pie. Sin mayor ceremonia, arrojé el pesado

documento.

—Bravo —dijo el secretario.

Estaba a punto de abrir la puerta para irme cuando un hombre bajo vestido con un traje azul la atravesó sin mirar. Leía un fax y chocó conmigo antes de pasar directamente a la oficina de Braxton sin decir ni una palabra. El secretario me observaba para comprobar mi reacción.

—Bien, bien —murmuré—. Jack Schitt.

—¿Le conoce?

—No socialmente.

—Tiene tanto encanto como una tumba abierta —dijo el secretario, a quien evidentemente le caía bien desde que tiré el presupuesto—. Mantente alejada de él. Goliath, ya sabes.

Miré la puerta cerrada del despacho de Braxton.

—¿Qué hace aquí?

El secretario se encogió de hombros, me dedicó un guiño conspirativo y dijo muy significativa y lentamente:

—Traeré los cafés y eran *dos* de azúcar para ti, ¿no?

—No gracias, para mí no.

—No, no —respondió—. *Dos* de azúcar, *DOS* de azúcar.

Señalaba el intercomunicador sobre su mesa.

—¡Por amor del cielo! —explotó—. ¿Tengo que deletrearlo?

Por fin caí. El secretario me dedicó una cálida sonrisa y salió corriendo por la puerta. Me senté con rapidez, moví la palabra marcada como *Dos* en el intercomunicador y me acerqué para escuchar.

—No me gusta que no llame, señor Schitt.

—Estoy devastado, Braxton. ¿Sabe ella algo sobre Hades?

—Dice que no.

—Miente. Está aquí por algún propósito. Si yo doy primero con Hades, podremos librarnos de ella.

—Deja el *plural*, Jack —dijo Braxton irritado—. Por favor, recuerda que he ofrecido mi total cooperación a Goliath, pero trabajas bajo mi jurisdicción y sólo tienes los poderes que yo te concedo. Poderes que puedo revocar en cualquier momento. Lo hacemos a mi modo o no lo hacemos. ¿Comprendes?

Schitt ni se inmutó. Respondió de forma condescendiente.

—Claro que sí, Braxton, siempre que tú comprendas que si esto sale mal, la Corporación Goliath te considerará personalmente responsable.

Volví a sentarme ante mi mesa vacía. Parecía que en esa oficina pasaban muchas cosas que se me escapaban. Bowden me colocó la mano sobre el hombro y yo di un

salto.

—Lo siento, no pretendía pillarla por sorpresa. ¿Recibió el discurso sobre el presupuesto del comandante?

—Y más. Jack Schitt entró en su despacho como si fuese el dueño de todo esto.

Bowden se encogió de hombros.

—Considerando que pertenece a Goliath, es posible que lo sea.

Bowden recogió la chaqueta del respaldo de la silla y se la dobló cuidadosamente sobre el brazo.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A almorzar, luego a comprobar una pista sobre el robo *Chuzzlewit*. Lo explicaré por el camino. ¿Tiene coche?

Bowden no se mostró muy impresionado al ver el Porsche multicolor.

—No es lo que uno usaría para pasar desapercibido.

—Al contrario —respondí—, ¿quién podría pensar que un detective literario conduciría un coche así? Además, *tenía* que conducirlo.

Se subió al asiento del pasajero y miró a su alrededor ligeramente desdeñoso por el interior espartano.

—¿Algún problema, señorita Next? Se me ha quedado mirando.

Ahora que Bowden ocupaba el asiento del pasajero, comprendí de pronto dónde le había visto antes. Había sido el pasajero cuando el coche había aparecido frente a mí en el hospital. Efectivamente, los acontecimientos empezaban a alinearse.

Almuerzo con Bowden

«Bowden Cable es el tipo de operativo honrado y fiable que forma la columna vertebral de OpEspec. Nunca ganan distinciones o medallas, y el público no los conoce en absoluto. Cada uno de ellos vale por diez como yo.»

THURSDAY NEXT

Una vida en OpEspec

Bowden me guió a un restaurante de carretera en la vieja calle Oxford. Me pareció una elección curiosa para almorzar; los asientos eran de un plástico duro de color naranja, y las mesas amarillentas cubiertas de melanina empezaban a levantarse por los bordes. Las ventanías estaban casi opacas por la suciedad y las cortinas de nailon colgaban pesadamente a causa de los depósitos de grasa. Del techo colgaban varios papeles cazamoscas, habiendo perdido hacía mucho tiempo la capacidad de atrapar nada, y las moscas que tenían pegadas hacía tiempo que se habían convertido en polvos. Alguien se había esforzado porque el interior fuese ligeramente más alegre pegando algunas fotografías apresuradamente recortadas de antiguos calendarios; sobre la chimenea colgaba una foto firmada del equipo de fútbol inglés de 1978, acompañada de muchas otras cosas y un jarrón lleno de flores de plástico.

—¿Estás seguro? —pregunté, sentándome con cuidado frente a una mesa cerca de la ventana.

—La comida es buena —respondió Bowden, como si eso fuese lo único importante.

Una camarera masticando chicle se acercó a la mesa y nos colocó los cubiertos. Tenía unos cincuenta años y vestía un uniforme que bien podría haber sido de su madre.

—Hola, señor Cable —dijo con un tono plano que sólo manifestaba una ligera indicación de interés en la voz—, ¿todo bien?

—Muy bien, gracias. Lottie, me gustaría presentarte a mi nueva compañera, Thursday Next.

Lottie me miró de forma curiosa.

—¿Algún parentesco con el capitán Next?

—Era mi hermano —dije en voz alta, como si quisiese que Lottie tuviese claro que no me avergonzaba la relación—, y no hizo lo que dicen que hizo.

La camarera me miró durante un momento, como si quisiese decir algo pero no se atreviese.

—Entonces, ¿qué van a tomar? —preguntó en su lugar, con alegría forzada. Presentía que la camarera había perdido a alguien en la Carga.

—¿Cuál es el especial? —preguntó Bowden.

—Soupe d’Auverge au Fromage —respondió Lottie—, seguido de Rojoes Cominho.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Es cerdo frito y luego cocido a fuego lento con comino, cilantro y limón —respondió Bowden.

—Suenan genial.

—Dos especiales y una jarra de agua mineral.

Asintió, garabateó una nota y me dedicó una sonrisa triste antes de irse.

Bowden me miró con interés. Con el tiempo habría acabado dándose cuenta de que había estado en el ejército. Se me notaba por todas partes.

—Veterana de Crimea, ¿eh? ¿Sabes que el coronel Phelps está en la ciudad?

—Ayer me lo encontré en la nave aérea. Quiere que vaya a uno de sus mítines.

—¿Lo harás?

—¿Estás de coña? Su idea de un final perfecto para el conflicto de Crimea es que sigamos luchando y luchando hasta que no quede nadie con vida y la península esté tan envenenada y cubierta de minas que no sirva para nada. Tengo la esperanza de que las Naciones Unidas puedan meter sentido común en ambos gobiernos.

—Me llamaron en el 78 —dijo Bowden—. Incluso superé el entrenamiento básico. Por suerte, ese mismo año murió el zar y el príncipe tomó el poder. Había exigencias más importantes para el tiempo del joven emperador, por lo que los rusos se retiraron. Nunca me necesitaron.

—Leí en alguna parte que desde el comienzo de la guerra sólo siete de los ciento treinta y un años se han pasado luchando.

—Pero cuando pelean —añadió Bowden—, ciertamente compensan el tiempo perdido.

Le miré. Bowden había tomado un sorbo de agua después de ofrecirme primero la jarra.

—¿Casado? ¿Niños?

—No —respondió Bowden—. La verdad es que no he tenido tiempo de encontrarme una esposa, aunque en principio no me opongo a la idea. Simplemente OpEspec no es un gran lugar para conocer a gente y no soy, lo confieso, un gran animal social. Me han preseleccionado para un puesto en el equivalente de detectives literarios de Ohio; se me antoja la oportunidad perfecta para encontrar esposa.

—Allí pagan bien y las instalaciones son excelentes. Yo misma lo consideraría si

tuviese la oportunidad —respondí. Era sincera.

—¿Lo harías? ¿Lo harías de verdad? —preguntó Bowden con un rubor de emoción que chocaba curiosamente con sus modales ligeramente fríos.

—Claro. Cambio de ambiente —dije tartamudeando, deseando cambiar de tema no fuese a ser que Bowden se hiciese una idea equivocada—. ¿Llevas... ah... mucho tiempo como detective literario?

Bowden pensó un momento.

—Diez años. Vine desde Cambridge con una titulación en literatura del siglo diecinueve y me uní de inmediato a detectives literarios. Jim Crometty cuidó de mí desde que empecé.

Miró pensativo por la ventana.

—Quizá si hubiese estado allí...

—... entonces los dos estaríais muertos. Cualquiera que dispara a un hombre seis veces en la cara no va a la iglesia los domingos. Te habría matado y ni siquiera se lo hubiese pensado. No se gana nada con los «podría haber sido»; créeme, lo sé. Perdí dos compañeros frente a Hades. Lo he repasado cien veces, pero probablemente de tener otra oportunidad todo pasaría exactamente de la misma forma.

Lottie nos colocó la sopa delante con una cesta de pan recién horneado.

—Que lo disfruten —dijo Lottie—, es a cuenta de la casa.

—¡Pero...! —empecé a decir. Lottie me hizo callar.

—Ahórrese el aliento —dijo imperturbable—. Después de la carga. Después de que la mierda empezase a volar. Después de la primera oleada de muerte... usted regresó para hacer todo lo posible. *Usted regresó*. Aprecio ese gesto. —Se volvió y se fue.

La sopa era buena; los Rojoes Cominho eran todavía mejores.

—Victor me dijo que en Londres trabajabas en Shakespeare —dijo Bowden.

Era el área de trabajo más prestigiosa de la oficina de detectives literarios. Los poetas del lago iban ligeramente por detrás en segundo puesto y la comedia de la Restauración en tercer lugar. Incluso en las oficinas más igualitarias, siempre se establecía un orden jerárquico.

—No había muchas oportunidades de promoción en la oficina de Londres, así que después de un par de años me dieron las labores de Shakespeare —respondí, partiendo un trozo de pan—. En Londres los baconianos dan muchos problemas.

Bowden alzó la vista.

—¿Cómo valoras la teoría baconiana?

—No muy bien. Como la mayoría de la gente, estoy casi segura de que en Shakespeare hay más que sólo Shakespeare. Pero ¿sir Francis Bacon empleando a un actor poco conocido como fachada? No me lo trago.

—Era abogado —afirmó Bowden—. Muchas de las obras contienen jerga legal.

—No significa nada —respondí—. Greene, Nashe y sobre todo Ben Jonson emplean fraseología legal; ninguno de ellos tenía educación legal. Y no me hagas hablar de los llamados códigos.

—No hay que preocuparse de eso —respondió Bowden—. No lo haré. Yo tampoco soy baconiano. Él no las escribió.

—¿Y qué te hace estar tan seguro?

—Si uno lee su *De Augmentis Scientiarum*, descubre a Bacon criticando el drama popular. Más aún, cuando la compañía a la que pertenecía Shakespeare pidió al rey formar un teatro, se les envió a la comisión de pleitos. ¿Adivinas quién pertenecía a ese comité y que más vehementemente se opuso a la petición?

—¿Francis Bacon? —pregunté.

—Exacto. Quien fuese que escribió las obras, no fue Bacon. A lo largo de los años he formulado algunas teorías propias. ¿Has oído hablar de Edward De Vere, el decimoséptimo conde de Oxford?

—Vagamente.

—Hay algunas pruebas de que, al contrario que Bacon, sabía escribir y escribía bastante bien... Un momento.

Lottie había traído un teléfono a la mesa. Era para Bowden. Se limpió la boca con una servilleta.

—¿Sí?

Me miró.

—Sí, aquí está. Iremos de inmediato. Gracias.

—¿Problemas?

—Tu tío y tu tía. No sé cómo decírtelo pero... ¡los han secuestrado!

Cuando llegamos, había varios coches de policía y OpEspec acumulados alrededor de la entrada de la casa de mi madre. Se había reunido también una pequeña multitud que miraba por encima de la valla. Los dodos se habían reunido al otro extremo y miraban a la multitud, preguntándose a qué venía ese alboroto. Le mostré la identificación al oficial al mando.

—¿Detective literaria? —dijo desdeñoso—. No puedo dejarla pasar, señora. Sólo policía y OpEspec 9.

—¡Es mi tío...! —dije con furia, y el agente renuente me dejó pasar.

Swindon era igual que Londres: una placa de detective literario poseía tanta autoridad como un bonobús. Encontré a mi madre en el salón rodeada de pañuelos mojados. Me senté a su lado y le pregunté qué había pasado.

Se sonó la nariz con fuerza.

—Los llamé para comer a la una. Eran salchichas de lata, el plato favorito de Mycroft. No respondieron, así que fui al taller. Habían desaparecido los dos y la puerta doble estaba totalmente abierta. Mycroft jamás hubiese salido sin avisar.

Era cierto. Mycroft jamás abandonaba la casa a menos que fuese estrictamente necesario; desde que Owens había sido merengado, Polly se encargaba de todos los recados.

—¿Han robado algo? —le pregunté a un operativo de OpEspec 9 que me miró con frialdad. No le gustaba que una detective literaria le hiciese preguntas.

—¿Quién sabe? —respondió con poca emoción—. ¿Usted ha estado hace poco en el taller?

—Ayer por la noche.

—Entonces, ¿podría dar un vistazo y *decirnos* si falta algo?

Me escoltaron al taller de Mycroft. Habían forzado la puerta de atrás y di un vistazo cuidadoso. Habían limpiado la mesa donde Mycroft conservaba sus gusalibros; sólo podía ver el pesado conector de potencia de dos patillas que hubiese encajado en la parte posterior del Portal de Prosa.

—Había algo aquí mismo. Varias peceras llenas de pequeños gusanos y un enorme libro parecido a una Biblia medieval de iglesia...

—¿Puede dibujarlo? —preguntó una voz familiar.

Me volví para ver a Jack Schitt oculto entre las sombras, fumando un pequeño cigarrillo y supervisando a un técnico de Goliath que pasaba un sensor zumbante por el suelo.

—Bien, bien —dije—. Aquí está Jack Schitt. ¿Qué interés tiene Goliath en mi tío?

—¿Puede dibujarlo? —repitió.

Asentí y uno de los hombres de Goliath me dio papel y lápiz. Esboqué lo que había visto, la combinación intrincada de diales y botones en la parte delantera del libro y las pesadas tiras de metal. Jack Schitt me lo cogió y lo examinó con gran interés mientras otro técnico de Goliath entraba desde el exterior.

—¿Bien? —preguntó Schitt.

El agente saludó con precisión y le mostró a Schitt un par de abrazaderas grandes y ligeramente fundidas.

—El profesor Next había improvisado una conexión de sus propios cables a la subestación eléctrica de al lado. Hablé con la junta eléctrica. Dicen que tienen tres pérdidas de potencia inexplicadas, de como unos 1,8 megavatios cada una, muy tarde la pasada noche.

Jack Schitt se volvió hacia mí.

—Será mejor que nos deje la situación a nosotros, Next —dijo—. Secuestro y robo no forman parte de las responsabilidades de detectives literarios.

—¿Quién fue? —exigí, pero Schitt no respondía ante nadie... al menos no ante mí. Agitó un dedo en mi dirección.

—La investigación no tiene nada que ver con usted; la mantendremos informada

de cualquier avance. O no. Como me parezca mejor.

Se volvió y se alejó.

—Fue Acheron, ¿no? —dije, lenta y deliberadamente.

Schitt se detuvo a medio paso y se volvió para mirarme.

—Acheron ha muerto, Next. Ardió por completo en el cruce doce. No extiendas tus teorías por la ciudad, niña. Podrían hacerte parecer más inestable de lo que estás.

Sonrió sin el menor vestigio de amabilidad y salió del taller para llegar hasta el coche que le esperaba.

Hola y adiós, señor Quaverley

«Ya poca gente recuerda al señor Quaverley. Si hubieses leído *Martin Chuzzlewit* antes de 1985, te hubieses encontrado con un personaje menor que vivía en la pensión de la señora Todger. Hablaba con los Pecksniff sobre mariposas, tema del que casi nada sabía. Por desgracia, ya no está ahí. Su sombrero cuelga del perchero al pie de la página 235, pero eso es todo lo que queda...»

MILLON DE FLOSS

Libro de casos de Thursday Next, volumen 6

—Asombroso —dijo Acheron tranquilamente mientras examinaba el Portal de Prosa de Mycroft—. ¡*Realmente* asombroso!

Mycroft no dijo nada. Había estado demasiado ocupado preguntándose si Polly estaría viva y bien desde que el poema se le cerró encima. A pesar de sus protestas, habían arrancado el cable de corriente antes de que el portal volviese a abrirse; no sabía si un humano podía sobrevivir en ese ambiente. Durante el viaje le habían vendado los ojos y ahora se encontraba de pie en la sala de fumadores de lo que había sido un enorme y lujoso hotel. Aunque todavía era grandioso, la decoración estaba gastada y raída. El piano de cola taraceado con perlas no parecía haberse afinado en años, y el bar con fondo de espejos carecía tristemente de cualquier refrigerio. Mycroft miró por la ventana en busca de alguna pista sobre su ubicación. No era difícil adivinarlo. La gran cantidad de coches Griffin de colores tristes y la ausencia de cualquier forma de publicidad le indicaron a Mycroft todo lo que precisaba saber; se encontraba en la República Popular de Gales, en algún lugar más allá del alcance de las fuerzas policiales convencionales. Las posibilidades de huir eran muy reducidas, y en el caso de escapar, ¿luego qué? Incluso de tener alguna posibilidad de atravesar la frontera, nunca podría irse sin Polly —seguía prisionera en el poema, en sí mismo ahora no más que palabras impresas en una hoja de papel que Hades se había guardado en el bolsillo—. Parecía haber pocas posibilidades de recuperar el poema sin una tremenda pelea, y además, sin los gusalibros y el Portal de Prosa, Polly se quedaría para siempre en su prisión wordsworthiana. Mycroft se mordió nervioso el labio y dedicó su atención al resto de personas en la sala. Aparte de él y Hades, había otros cuatro, y dos de ellos sostenían pistolas.

—Bienvenido, profesor Next —dijo Hades con una amplia sonrisa—, ¡de un

genio a otro!

Miró con cariño la máquina. Pasó el dedo por el borde de una de las peceras. Los gusanos estaban muy ocupados leyendo un ejemplar de *Mansfield Park* y discutían de dónde sacaba el dinero sir Thomas.

—No puedo hacerlo solo, sabe —dijo Hades sin alzar la vista. Uno de los otros hombres se agitó para situarse más cómodo en uno de los pocos sillones tapizados que quedaban. El próximo paso es ganar su total apoyo. —Miró a Mycroft con expresión seria—. Usted me *ayudará*, ¿no?

—¡Antes preferiría morir! —respondió Mycroft con frialdad.

Acheron le miró y luego pasó a otra amplia sonrisa.

—No lo dudo ni un momento, ¡pero he sido un grosero! Le he secuestrado y he robado el trabajo de su vida, ¡y ni siquiera me he presentado! —Fue hasta Mycroft y le dio un caluroso apretón de manos, un gesto al que Mycroft no respondió.

—Me llamo Hades, Acheron Hades. ¿Es posible que haya oído hablar de mí?

—¿Acheron el extorsionista? —preguntó Mycroft lentamente—. ¿Acheron el secuestrador y chantajista?

La sonrisa de Acheron no abandonó los labios.

—Sí, sí y sí. Pero ha olvidado asesino. Asesino cuarenta y dos veces, amigo mío. La primera vez es siempre la más difícil. Después, ya poco importa, porque sólo pueden colgarte una vez. Es un poco como comerse un paquete de galletas; es imposible tomar sólo una —volvió a reír—. Me encontré con su sobrina, sabe. Pero sobrevivió —añadió, en caso de que Mycroft creyese erróneamente que había algún vestigio de bondad en su alma oscura—. No era lo que yo había planeado.

—¿Por qué hace esto? —preguntó Mycroft.

—¿Por qué? —repitió Acheron—. ¿Por qué? ¡Por la *fama*, por supuesto! —gritó—. ¿Comprenden, caballeros...? —Los otros asintieron obedientemente—. ¡Fama! —repitió—. ¡Y usted puede compartir esa fama...!

Llevó a Mycroft hasta su mesa y sacó un montón de recortes de prensa.

—¡Mire lo que dicen de mí los periódicos!

Sostuvo un recorte con orgullo.

HADES, 74 SEMANAS EN LO ALTO DE LA
LISTA DE LOS «MÁS BUSCADOS»

—Impresionante, ¿eh? —dijo con orgullo—. ¿Y qué hay de éste?

LOS LECTORES DE *TOAD* VOTAN A HADES
«PERSONA MENOS QUERIDA»

—*The Owl* dijo que la ejecución era un castigo demasiado bueno para mí y *The Mole* quería que el Parlamento reinstaurase la tortura sobre la rueda.

Le mostró el fragmento a Mycroft.

—¿Qué opina?

—Creo —empezó a decir Mycroft— que podría usted haber usado su enorme intelecto de forma mucho más útil sirviendo a la humanidad en lugar de robarle.

Acheron pareció dolorido.

—¿Qué gracia tiene eso? La bondad es debilidad, la amabilidad es venenosa, la serenidad es mediocridad, y la afabilidad es para los perdedores. La mejor razón para cometer actos odiosos y detestables, y admitámoslo, se me considera un experto en ese campo, es puramente por sí mismos. La ganancia monetaria está muy bien, pero diluye el sabor de la maldad a un nivel inferior que puede alcanzar cualquiera con un sentido excesivamente desarrollado de la avaricia. El mal verdadero y sin fundamento es tan raro como el bien puro...

—Me gustaría volver a casa.

—¡Claro que sí! —dijo Acheron, sonriendo—. Hobbes, abre la puerta.

El hombre más cercano a la puerta la abrió y se apartó. La enorme puerta conducía al vestíbulo del viejo hotel.

—No hablo galés —murmuró Mycroft.

Hobbes cerró la puerta y la atrancó.

—Ciertamente es un pequeño problema en Merthyr, amigo —dijo Acheron, sonriendo—. No llegará muy lejos sin galés.

Mycroft miró a Hades con incomodidad.

—¡Pero Polly!

—¡Ah, sí! —respondió Hades—. Su encantadora esposa. —Sacó la copia de «Vagué solitario como una nube» e hizo aparecer un enorme encendedor de oro, que encendió con una floritura.

—¡No...! —gritó Mycroft, dando varios pasos hacia delante. Acheron arqueó una ceja, con la llama casi tocando el papel—. Me quedaré y le ayudaré —añadió Mycroft con cansancio.

Una amplia sonrisa rompió los rasgos de Hades. Se volvió a guardar el poema en el bolsillo.

—¡Un hombre tenaz! No lo lamentaré.

Pensó un momento.

—En realidad, probablemente lo lamente.

Mycroft se sentó inseguro sobre una silla a mano.

—Por cierto —siguió diciendo Hades—, ¿le he presentado a todos mis compañeros de fechorías?

Mycroft negó tristemente con la cabeza.

—¿No? Muy negligente por mi parte. El tipo con la pistola de ahí es el señor Delamere. Su obediencia sólo es igualada por su estupidez. Hace todo lo que le digo y moriría por mí si fuese necesario. Una especie de red setter humano, para

entendernos. Tiene un cociente intelectual inferior al de un neandertal y sólo cree lo que lee en *The Gad-fly*. Señor Delamere, amigo mío, ¿ha cometido su acto malvado de hoy?

—Sí, señor Hades. Conduje a ciento veinte kilómetros por hora.

Hades frunció el ceño.

—No suena muy malvado.

Delamere rió.

—¿A través del centro de Arndale?

Hades agitó un dedo aprobatorio y esbozó una sonrisa malvada.

—Muy bien.

—Gracias, señor Hades.

—Allí se encuentra el señor Hobbes. Es un actor de cierta distinción cuyo talento la Compañía Inglesa de Shakespeare decidió ignorar tontamente. Intentaremos rectificar ese error, ¿no es así, señor Hobbes?

—Así es, señor —respondió el señor Hobbes, inclinándose con una floritura.

Vestía mallas, un jubón de piel y una coquilla. Durante diez años lo habían dejado atrás en todos los papeles importantes de la compañía, relegándolo a figurante y suplente. Se había vuelto tan peligrosamente inestable que incluso los otros actores se dieron cuenta. Se había unido a Acheron poco después de fugarse de una larga sentencia de prisión; llevando al límite la interpretación dramática, había matado de verdad a Laertes mientras interpretaba a Hamlet.

—El tercer hombre por ahí es Müller, un doctor del que me hice amigo después de que le inhabilitasen. Los detalles son un poco sórdidos. Lo comentaremos en alguna ocasión durante la cena, siempre que no comamos bistec tártaro. El cuarto hombre es Felix7, que resulta ser uno de mis compañeros de mayor confianza. No puede recordar más de una semana en el pasado, y no tiene aspiraciones de cara al futuro. Sólo piensa en el trabajo que se le ha asignado ejecutar. Carece de consciencia, misericordia o piedad. Un buen hombre. Deberíamos tener más como él.

Hades entrechocó las manos con alegría.

—¿Volvemos al trabajo? Hace casi una hora que no cometo ningún acto singularmente perverso.

Mycroft renuentemente fue hasta el Portal de Prosa y empezó a prepararlo. Había alimentado, dado agua y limpiado a los gusalibros, había suministro de energía, y se habían seguido con exactitud todos los detalles de su libreta infantil de ejercicios. Mientras Mycroft trabajaba, Acheron se sentó y hojeó un viejo manuscrito lleno de una letra florida, repleto de correcciones garabateadas y unido por una cinta roja que perdía el color. Se saltó varias secciones hasta encontrar lo que buscaba.

—¡Perfecto! —rió con ganas.

Mycroft terminó con el procedimiento de comprobación y se echó atrás.

—Listo —dijo con un suspiro.

—¡Excelente! —Acheron sonreía al entregar el antiguo manuscrito—. Abra el portal justo aquí.

Señaló la página y sonrió. Mycroft lentamente tomó el manuscrito y miró el título.

—¡*Martin Chuzzlewit!* ¡Monstruo!

—Los halagos no le llevarán a ningún sitio, mi querido profesor.

—Pero —siguió diciendo Mycroft—, ¡si altera cualquier cosa en el manuscrito original...!

—Pero para eso estamos aquí, ¿no es así, mi querido Mycroft? —dijo Hades, agarrando una de las mejillas de Mycroft, agitándola suavemente—. Para... eso... estamos... aquí. ¿De qué vale la extorsión si no puedes demostrar a todos los grandes daños que puedes causar si quieres? Y en cualquier caso, ¿qué gracia tiene robar bancos? ¿Bang, bang, dame todo el dinero? Además, matar civiles nunca es *verdaderamente* divertido. Es un poco como dispararle a conejos atados al suelo. Prefiero lidiar con un pelotón del cuerpo de intervenciones especiales.

—¡Pero el daño...! —siguió diciendo Mycroft—. ¿¡Está loco!?

Los ojos de Acheron manifestaron una furia súbita mientras agarraba a Mycroft con fuerza por el cuello.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho? Loco, ¿ha dicho? ¿Sí? ¿Eh? ¿Qué?

Apretó los dedos sobre la laringe de Mycroft; el profesor pudo sentir cómo empezaba a sudar debido al miedo frío de la asfixia. Acheron esperaba una respuesta que Mycroft no podía dar.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho?

Las pupilas de Acheron empezaron a dilatarse mientras Mycroft sentía que sobre su mente caía un velo oscuro.

—¿Cree que es *divertido* tener un nombre como el mío? ¿Tener que vivir con lo que esperan de ti? ¿Nacer con un intelecto tan vasto que los demás humanos son cretinos en comparación?

Mycroft se las arregló para emitir un gemido y Acheron le soltó. Mycroft cayó al suelo, intentando respirar. Acheron se alzó sobre él y agitó un dedo de reproche.

—*Jamás* vuelvas a llamarme loco, Mycroft. No estoy loco, simplemente... bien, soy *moralmente diferente*, eso es todo.

Hades volvió a entregarle el *Chuzzlewit* y a Mycroft no le hizo falta una segunda orden. Colocó los gusanos con el manuscrito en el interior del viejo libro pesado; tras media hora de febril actividad, el dispositivo estaba dispuesto y preparado.

—Estoy listo —anunció Mycroft con tristeza—. No tengo más que apretar este botón y la puerta se abrirá. Como mucho permanecerá abierta diez segundos.

Suspiró con toda el alma y agitó la cabeza.

—¡Que dios me perdone...!

—Yo te perdono —respondió Acheron—. ¡Es lo más cerca que vas a estar!

Hades se acercó a Hobbes, que ahora iba vestido con un uniforme negro de combate. Llevaba una redecilla alrededor de la cintura de la que colgaban todo tipo de artilugios que podrían venir bien en un robo armado no planificado: una linterna grande, un corta cerrojos, cuerda, esposas y una automática.

—¿Sabes a quién buscamos?

—Señor Quaverley, señor.

—Espléndido. Siento que me viene un discurso.

Se subió a una mesa tallada de roble.

—¡Amigos míos! —empezó—. Éste es un *gran* día para la ciencia y un *pésimo* día para la literatura de Dickens.

Hizo una pausa dramática.

—Camaradas, nos encontramos en la antesala de un acto de barbarismo artístico tan monstruoso que casi me avergüenzo de mí mismo. Todos vosotros habéis sido fieles servidores a lo largo de muchos años, y a pesar de que ninguno de vosotros posee un alma tan miserable como la mía, y los rostros que veo frente a mí son simultáneamente estúpidos y desagradables, os profeso a todos un razonable cariño.

Sus cuatro camaradas le dieron las gracias.

—¡Silencio! Creo que es justo decir que yo soy el individuo más abyecto sobre este planeta y sin duda la mente criminal más brillante de este siglo. El plan en el que nos embarcamos ahora es fácilmente el más diabólico jamás concebido por un hombre, y no sólo os llevará a lo más alto de la lista de los más buscados, sino que además os hará ricos por encima de vuestros mayores sueños de avaricia. —Entrechocó las manos—. Por tanto, que comience la aventura, ¡y brindo por el éxito de esta estupenda empresa criminal!

—¿Señor?

—¿Qué pasa, doctor Müller?

—Todo ese dinero. No lo tengo claro. Yo me conformaría con un Gainsborough. Ya sabe... el del niño con el traje azul.

Acheron le miró fijamente durante un momento, con una sonrisa abriéndose lentamente en su cara.

—¿Por qué no? ¡Detestable amante del arte! ¡Qué dicotomía tan divina! ¡Tendrá su Gainsborough! Y ahora, nosotros... ¿Qué pasa, Hobbes?

—¿No olvidará obligar a la compañía a representar mi versión mejorada de la obra escocesa... *Macbeth: se acabó el «señor Simpatía»*?

—Claro que no.

—¿Durante ocho semanas completas?

—Sí, sí, y *El sueño de una noche de verano* con sierras mecánicas. Señor

Delamere, ¿quiere *usted* algo?

—Bien —dijo el hombre con el cerebro de un perro, frotándose pensativamente la parte posterior de la cabeza—, ¿podría tener un área de servicio de la autopista con el nombre de mi mamá?

—Insufriblemente obtuso —comentó Acheron—. No creo que resulte muy difícil. ¿Felix7?

—No me hace falta ningún pago —dijo estoicamente Felix7—. No soy más que su dedicado servidor. Ningún ser consciente puede desear más que servir a un amo bueno y sabio.

—¡Me *encanta* ese hombre! —le dijo Hades a los otros. Rió para sí y luego se volvió hacia Hobbes, quien esperaba para dar el salto—. ¿Comprende lo que tiene que hacer?

—Perfectamente.

—Entonces, Mycroft, abre el portal y mi querido Hobbes: ¡vaya con Dios!

Mycroft pulsó el botón verde de Apertura y se produjo un destello brillante y un pulso electromagnético fuerte que hizo girar como locas todas las brújulas en dos kilómetros a la redonda. El portal se abrió con rapidez y Hobbes respiró profundamente y entró; al hacerlo, Mycroft pulsó el botón rojo de Cerrado, el portal se selló y sobre la sala descendió el silencio. Acheron miró a Mycroft, quien miraba al temporizador en el libro grande. El doctor Müller leía un ejemplar de bolsillo de *Martin Chuzzlewit* para comprobar los progresos de Hobbes, Felix7 vigilaba a Mycroft y Delamere miraba algo pegajoso que se había encontrado dentro de la oreja.

Dos minutos más tarde Mycroft pulsó una vez más el botón verde de Apertura y Hobbes regresó, arrastrando a un hombre de mediana edad vestido con un traje mal cortado con cuello alto y corbata gruesa. Hobbes estaba sin aliento y se sentó para jadear en una silla cercana. El hombre de mediana edad miró a su alrededor con confusión.

—Amigo —empezó a decir, mirando sus rostros curiosos—, me encuentro en desventaja. Por favor, explíquenme el sentido de lo que sólo puedo describir como un apuro desconcertante...

Acheron se le acercó y le colocó un brazo amistoso sobre los hombros.

—Ah, el dulce, dulce olor del éxito. Bienvenido al siglo veinte y a la realidad. Me llamo Hades.

Acheron extendió la mano. El hombre se inclinó y la aceptó agradecido, creyendo erróneamente que se encontraba entre amigos.

—A su servicio, señor Hades. Me llamo señor Quaverley, residente en el establecimiento de la señora Todger y supervisor de profesión. Debo confesar que no tengo demasiada idea de la gran maravilla a la que se me ha sometido, pero por favor, ya que es usted el amo de esta paradoja, ¿qué ha sucedido y cómo puedo ayudar?

Acheron sonrió y palmeó con afecto el hombro del señor Quaverley.

—¡Mi querido señor Quaverley! Podría pasar muchas horas de feliz discusión con usted sobre la esencia de la narrativa de Dickens, pero realmente sería malgastar mi precioso tiempo. Felix7, regresa a Swindon y abandona el cuerpo del señor Quaverley allí donde lo encuentren por la mañana.

Felix7 agarró al señor Quaverley por el brazo.

—Sí, señor.

—Oh, y Felix7...

—¿Sí, señor?

—Ya que sales, ¿por qué no silencias a ese tipo Sturmev Archer? Ya no nos sirve de nada.

Felix7 arrastró al señor Quaverley de puertas afuera. —Mycroft lloraba.

Sturmey Archer y Felix7

«... la mejor mente criminal requiere el acompañamiento de los mejores cómplices. En caso contrario, ¿qué sentido tiene? Siempre descubro que no puedo aplicar mis planes más desquiciados sin alguien que los comparta y los aprecie. Así soy yo. Muy *generoso*...»

ACHERON HADES

Depravación por placer y beneficio

—Bien, ¿a quién vamos a ver?

—A un tipo llamado Sturmey Archer —respondió Bowden mientras yo acercaba el coche al bordillo. Nos encontramos frente a una pequeña fábrica que emitía una suave luz brillante a través de las ventanas.

—Hace unos años, Crometty y yo tuvimos la gran fortuna de arrestar a varios miembros de una banda que había estado intentando colar una continuación bastante mal falsificada de «La rima del viejo marinero» de Coleridge. Se titulaba «Rima II el retorno del marinero», pero nadie se había dejado engañar. Sturmey evitó la prisión testificando contra los demás. Tengo algunos trapos sucios sobre él relativos a una estafa de *Cardenio*. No quiero usarlos, pero lo haré si no me queda más remedio.

—¿Qué te hace pensar que tiene algo que ver con la muerte de Crometty?

—Nada —dijo Bowden simplemente—, no es más que el siguiente en la lista.

Atravesamos la noche que caía. Las farolas se iban encendiendo y las estrellas comenzaban a aparecer en el cielo crepuscular. Dentro de media hora ya sería de noche.

Bowden pensó en llamar pero no se molestó en hacerlo. Abrió la puerta sin hacer ruido y entramos.

Sturmey Archer era un personaje de aspecto frágil que había pasado demasiado tiempo en instituciones penales como para saber cuidar adecuadamente de sí mismo. Sin una hora de baño asignada, no se lavaba, y sin comidas fijadas, pasaba hambre. Llevaba gafas gruesas, prendas que no hacían juego y un rostro que era un paisaje lunar de acné curado. Se ganaba la vida moldeando bustos de escritores famosos en yeso de París, pero llevaba a las espaldas demasiada historia mala como para mantenerse en el buen camino. Otros criminales le extorsionaban para que les ayudase, y Sturmey, un hombre débil para empezar, no podía resistir demasiado. No era sorprendente por tanto que de sus cuarenta y seis años, sólo veinte los hubiese

pasado en libertad.

En el interior del taller nos encontramos con un banco de trabajo grande sobre el que había colocado como quinientos bustos de treinta centímetros de alto de Will Shakespeare, todos ellos en diversos estados de compleción. Una enorme cuba de yeso de París se encontraba vacía junto a un estante que contenía veinte moldes de goma; parecía que Sturme y había recibido un gran pedido.

Archer en sí se encontraba al fondo del taller disfrutando de su segunda profesión, reparar máquinas Will-Speak. Nos acercamos mientras tenía metida la mano en la espalda de un Otelo.

La tosca laringe del maniquí chasqueó mientras Sturme y realizaba algunos ajustes menores.

Es la razón, es la razón, (clic) pero no derramaré ni una gota de su sangre, (clic) ni marcaré esa piel suya más blanca que la nieve...

—Hola, Sturme y —dijo Bowden.

Sturme y dio un salto y cortocircuitó los controles de Otelo. El muñeco abrió los ojos como platos y lanzó un grito aterrorizado de ¡ALABASTRO SEPULCRAL! antes de quedar flácido. Sturme y miró a Bowden con furia.

—¿Arrastrándose en la noche, señor Cable? No es muy propio de un detective literario, ¿no?

Bowden sonrió.

—Digamos que estoy redescubriendo las alegrías del trabajo de campo. Ésta es mi nueva compañera, Thursday Next.

Archer me dedicó un gesto de suspicacia. Bowden siguió hablando:

—¿Oíste lo de Jim Crometty, Sturme y?

—Lo oí —respondió Archer fingiendo tristeza.

—Me preguntaba si no tendrías algo de información que quisieses comunicarnos.

—¿Yo?

Señaló los bustos de yeso de Will Shakespeare.

—Mírelos. Cinco por cada uno para una compañía japonesa que quiere diez mil. Los japoneses han levantado una réplica a siete octavos de Stratford-upon-Avon cerca de Yokohama y se mueren por esta mierda. Cincuenta mil, Cable, ésa es la literatura que me gusta.

—¿Y el manuscrito *Chuzzlewit*? —pregunté yo—. ¿Qué opinas de él?

Dio un salto visible mientras yo hablaba.

—No me interesa —dijo de forma muy poco convincente.

—Escucha, Sturme y —dijo Bowden, que había percibido el nerviosismo de Archer—, lamentaría mucho, pero mucho, tener que llevarte para interrogarte por esa estafa de *Cardenio*.

El labio inferior de Archer se puso a temblar; sus ojos se movían entre nosotros

con ansiedad.

—No sé *nada*, señor Cable —gimió—. Además, no sabe usted lo que él haría.

—¿Quién haría *qué*, Sturmey?

Luego lo oí. Un *clic* leve detrás de nosotros. Empujé a Bowden frente a mí; tropezó y cayó encima de Sturmey, quien emitió un grito ahogado por la detonación de una escopeta disparándose en un espacio cerrado. Tuvimos suerte; el disparo alcanzó la pared donde habíamos estado. Le dije a Bowden que permaneciese en el suelo y me agaché detrás del banco, intentando quedar a distancia del asaltante. Cuando llegué al otro lado del taller, alcé la vista y vi a un hombre vestido con un sobretodo negro sosteniendo una escopeta de doble cañón. Me vio y me agaché mientras un disparo hacía que me lloviesen fragmentos de Shakespeare. La conmoción del disparo había puesto en marcha un maniquí de Romeo, que entonces suplicaba: *Se ríe de las heridas aquel que jamás las ha recibido. ¡Pero alto! ¿Qué luz ahí ilumina?...* hasta que un segundo disparo de la escopeta lo silenció. Miré a Bowden, quien se limpió el yeso del pelo y sacó el revólver. Atravesé corriendo el taller hasta la pared de enfrente, agachándome justo cuando el asaltante disparaba de nuevo, una vez más destrozando las estatuas que Archer había pintado cuidadosamente. Oí que el revólver de Bowden disparaba dos veces. Me puse en pie y disparé al atacante, quien se había refugiado en la oficina; mis disparos sólo lograron astillar la madera del marco de la puerta. Bowden volvió a disparar y su bala rebotó en una escalera en espiral de hierro forjado y dio a una máquina Will-Speak de Lord y Lady Macbeth; empezaron a susurrarse mutuamente sobre la conveniencia de asesinar al rey. Entreví a un hombre atravesando la estancia para atraparnos por detrás. Le vi claramente cuando se detuvo, pero justo en ese momento Sturmey Archer se puso en pie entre nosotros, bloqueándome el tiro. No podía creerlo.

—¡Felix7! —gritó Archer desesperadamente—. ¡Debes ayudarme! El doctor Müller dijo...

Archer, por desgracia, había comprendido mal las intenciones de Felix7, pero tuvo poco tiempo para lamentarlo porque el asaltante lo despachó rápidamente a corta distancia, volviéndose luego para escapar. Bowden y yo debimos de disparar simultáneamente; Felix7 consiguió dar tres pasos antes de trastabillar por los disparos y caer pesadamente contra algunas cajas.

—¡Bowden! —grité—. ¿Estás bien?

Respondió ligeramente inseguro pero afirmativamente. Avancé lentamente hacia la figura caída, que respiraba a ráfagas cortas, mirándome en todo momento con una cara desconcertantemente tranquila. Le di una patada a la escopeta y luego pasé una mano por su abrigo mientras sostenía mi pistola a unos centímetros de su cabeza. Encontré una automática en una funda bajo el hombro y una Walther PPK en un bolsillo interior. Había un cuchillo de treinta centímetros y una Derringer pequeña en

los otros bolsillos. Bowden llegó a mi lado.

—¿Archer? —pregunté.

—Finito.

—Conocía a este payaso. Le llamó Felix7. También mencionó algo sobre un doctor Müller.

Felix7 me sonrió mientras le sacaba la cartera.

—¡James Crometty! —exigió Bowden—. ¿Le mataste?

—Mato a mucha gente —susurró Felix7—. No recuerdo nombres.

—Le disparaste seis veces en la cara.

El moribundo sonrió.

—Eso sí lo recuerdo.

—¡Seis veces! ¿Por qué?

—Sólo me quedaban seis balas —fue la simple respuesta.

Bowden le dio al gatillo de su revólver a cinco centímetros de la cara de Felix7. Por suerte para Bowden, el gatillo cayó sin causar daño en la parte posterior de una bala ya disparada. Lanzó la pistola a un lado, agarró al moribundo por las solapas y lo agitó.

—¿QUIÉN ERES? —exigió.

—Ni siquiera me conozco a mí mismo —dijo Felix7 plácidamente—. Creo que una vez estuve casado; y tenía un coche azul. Había un manzano en la casa donde crecí y creo que tenía un hermano llamado Tom. Los recuerdos son vagos y poco definidos. No temo nada porque no concedo valor a nada. Mi trabajo se ha ejecutado. He servido a mi amo; nada más tiene mayor consecuencia.

Logró una sonrisa apagada.

—Hades tenía razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre *usted*, señorita Next. Es usted una adversaria digna.

—Muere tranquilo —le dije—. ¿Dónde está Hades?

Sonrió por última vez y negó lentamente con la cabeza. Yo había intentado cerrar sus heridas mientras él agonizaba, pero sin éxito. Respiró con más trabajo y finalmente dejó de hacerlo.

—¡Mierda!

—¡Es señor Schitt[6] para usted, Next! —dijo una voz a nuestra espalda.

Nos volvimos para ver a mi segunda persona menos favorita y a dos de sus gorilas. No parecía estar de muy buen humor. Con el pie, empujé subrepticamente la cartera de Felix7 bajo un banco de trabajo y me puse en pie.

—Háganse a un lado.

Hicimos lo que nos dijo. Uno de los hombres de Schitt se agachó y buscó el pulso de Felix7. Miró a Schitt y negó con la cabeza.

—¿Alguna identificación?

El gorila empezó a cachearlo.

—Esta vez la ha jodido de verdad, Next —dijo Schitt con una furia apenas oculta—. Mi única pista está muerta. Cuando acabe con usted, tendrá suerte si le dan trabajo colocando conos en la M4.

Sumé dos y dos.

—Usted *sabía* que estábamos aquí, ¿no?

Me miró con furia.

—El tipo podría habernos llevado hasta el jefe y *él* tiene algo que queremos —afirmó Schitt.

—¿Hades?

—Hades ha muerto, señorita Next.

—Y una mierda, Schitt. Usted sabe tan bien como yo que Hades está vivo y en perfecto estado. Lo que tiene Hades pertenece a mi tío. Y si conozco a mi tío, antes preferiría destruirlo para siempre que vendérselo a Goliath.

—Goliath no compra, Next. Goliath *apropia*. Si su tío ha desarrollado una máquina que puede ayudar en la defensa de su país, entonces tiene el deber de compartirla.

—¿Vale la vida de dos agentes?

—Eso seguro. Todos los días mueren agentes de OpEspec por nada. Si podemos, debemos hacer lo posible por que sus muertes valgan la pena.

—¡Si Mycroft muere por culpa de su negligencia, juro por Dios...!

Jack Schitt no se mostró impresionado.

—Realmente no tiene ni idea de con quién está hablando, ¿verdad, Next?

—Hablo con alguien cuya ambición ha superado a su moral.

—Incorrecto. Habla con Goliath, una empresa que en su corazón tiene sobre todo lo mejor para Inglaterra; todo lo que ve a su alrededor lo ha recibido este país por la benevolencia de Goliath. ¿Es de extrañar que la Corporación espere algo de gratitud a cambio?

—Si Goliath es tan egoísta como sugiere, señor Schitt, entonces no debería esperar *nada* a cambio.

—Bonitas palabras, señorita Next, pero el dinero es siempre el factor decisivo en todas las cuestiones de política moral; nunca se hace nada que no esté motivado por el comercio o la avaricia.

Podía oír las sirenas que se acercaban. Schitt y sus dos gorilas se fueron con rapidez, dejándonos a nosotros con los cuerpos de Felix7 y Archer. Bowden se volvió hacia mí.

—Me alegra que esté muerto y me alegra que fuese yo el que disparase el gatillo. Creía que sería difícil pero no sentí ni la más mínima vacilación.

Lo dijo como si fuese una experiencia interesante, no otra cosa; como si acabase de bajar de la montaña rusa de un parque de atracciones y le describiese la experiencia a un amigo.

—¿Suena mal? —añadió.

—No —le aseguré—. En absoluto. Hubiese seguido matando hasta que alguien le detuviese. No hay ni que pensarlo más.

Me agaché y recogí la cartera de Felix7. Examinamos el contenido. Había lo que esperarías encontrar, como billetes, sellos, recibos y tarjetas de crédito; pero era todo papel blanco; las tarjetas de crédito no eran más que trozos de plástico blanco con ceros donde habitualmente van los números.

—Hades tiene sentido del humor.

—Mira esto —dijo Bowden, señalando las huellas digitales de Felix7. Borradas con ácido. Y esto, esta cicatriz que baja por el borde del cuero cabelludo.

—Sí —admití—, puede que ni siquiera sea su cara.

Hubo un chirrido de ruedas en el exterior. Dejamos las armas y alzamos las placas para evitar cualquier malentendido. El agente al mando era un hombre seco llamado Franklin que en la cafetería de la comisaría había oído historias ligeramente distorsionadas sobre la nueva detective literaria.

—Usted debe de ser Thursday Next. He oído cosas. Detective literaria, ¿eh? Un buen bajón desde OE-5, ¿no?

—Al menos, llegué hasta allá arriba.

Franklin rezongó y miró los dos cuerpos.

—¿Muerto?

—Mucho.

—Los detectives literarios se están volviendo personas de acción. No puedo recordar la última vez que un detective literario disparase un arma con ganas. Que no se convierta en costumbre, ¿vale? No queremos que Swindon se convierta en un campo de muerte. Y si quiere un consejo, tómese con tranquilidad con Jack Schitt. Hemos oído que el tipo es un psicópata.

—Gracias por el consejo —dije—. No me había dado ni cuenta.

Eran más de las nueve cuando al fin nos permitieron irnos. Victor se había presentado para hacernos algunas preguntas lejos de los oídos de la policía.

—¿Qué repámpanos pasa? —preguntó—. Braxton me ha estado gritando por el teléfono durante media hora; se necesita algo muy importante para apartarle del club de golf AGM. Quiere un informe completo del incidente sobre su mesa a primera hora de la mañana.

—Fue Hades —dije—. Jack Schitt estaba aquí con la intención de seguir a uno de los asesinos de Acheron después de que se encargase de nosotros.

Victor me miró durante un momento y estaba a punto de hacer un comentario

cuando llegó una llamada por la radio de un agente que precisaba ayuda. Era la inconfundible voz de Spike. Fui a coger el micrófono, pero Victor me agarró por la muñeca con una velocidad asombrosa. Me miró con gravedad.

—No, Thursday. Con Spike no.

—¡Pero es un agente que precisa ayuda...!

—No se implique. Spike va por su cuenta y es mejor así.

Miré a Bowden, quien asintió para dar su acuerdo y dijo:

—Los poderes de la oscuridad no son para cualquiera, señorita Next. Creo que Spike lo comprende. Oímos su llamada de vez en cuando, pero a la mañana siguiente le vemos en la cafetería, tan regular como un reloj. Sabe lo que hace.

La radio calló; el canal era abierto y quizás entre sesenta y setenta agentes habían oído la llamada. Nadie había respondido.

La voz de Spike volvió a aparecer en las ondas.

—¡Por amor de Dios, chicos...!

Bowden hizo un movimiento para apagar la radio pero yo le detuve. Me metí en el coche y activé el micro.

—Spike, habla Thursday. ¿Dónde estás?

Victor agitó la cabeza.

—Fue agradable conocerla, señorita Next.

Los miré a los dos con furia y conduje a la noche.

Bowden fue hasta donde estaba Victor.

—Toda una mujer —murmuró Victor.

—Nos vamos a casar —respondió Bowden con seriedad.

Victor frunció el ceño y le miró.

—El amor es como el oxígeno, Bowden. ¿Cuándo es el día feliz?

—Oh, ella todavía no lo sabe —respondió Bowden, suspirando—. Es todo lo que debería ser una mujer. Fuerte y llena de recursos, leal e inteligente.

Victor alzó una ceja.

—¿Cuándo crees que se lo pedirás?

Bowden miraba directamente a las luces traseras del coche.

—No lo sé. Si Spike está metido en los problemas en los que creo que está metido, quizá nunca.

OpEspec 17: Chupópteros y mordedores

«... Realicé la llamada de ayuda por rutina; lo había hecho desde que Chesney se entregó a las sombras. Nunca esperé que nadie respondiese; no era más que mi forma de decir “¡Eh, chicos! ¡Todavía sigo aquí!”. No, jamás lo esperé. Jamás lo esperé para nada...»

AGENTE «SPIKE» STOKER
entrevista en *La Gaceta de Van Helsing*

—¿Dónde estás, Spike?

Hubo una pausa y luego:

—Thursday, piénsatelo bien antes de hacerlo...

—Lo he hecho, Spike. Dame tu posición.

Me la dio y después de un cuarto de hora llegué al instituto en Haydon.

—Aquí estoy, Spike. ¿Qué necesitas?

Su voz llegó por la radio, pero en esta ocasión ligeramente forzada.

—Aula cuatro, y date prisa; encontrarás un equipo de urgencia en la guantera de mi blanco y negro...

Hubo un chillido y dejó de transmitir.

Corrí hasta el coche patrulla de Spike, en la entrada oscura del viejo colegio. La luna pasó tras una nube y la oscuridad descendió; sentí una mano opresiva sobre el corazón. Abrí la portezuela del coche y rebusqué en la guantera. Encontré lo que buscaba: una pequeña caja de cuero cerrada con cremallera que llevaba «Stoker» grabado en la parte superior usando letras doradas. La agarré y subí corriendo los escalones delanteros de la vieja escuela. El interior estaba tenebrosamente iluminado por las luces de emergencia; le di a un panel de interruptores, pero no había corriente. Bajo la escasa luz encontré un cartel informativo y seguí las flechas hacia el aula cuatro. Mientras recorría el pasillo, percibía un olor penetrante; era igual al triste olor a muerte que había detectado en el maletero del coche de Spike cuando nos vimos por primera vez. Me detuve de pronto, estremeciéndome el codo mientras una ráfaga de viento frío me daba de lleno. Me volví abruptamente y me quedé inmóvil al ver la figura de un hombre en silueta contra el brillo tenue de una luz de salida.

—¿Spike? —murmuré, con la garganta seca y la voz quebrada.

—Me temo que no —dijo la figura, caminando hacia mí sin hacer, ruido y jugando con una linterna sobre mi cara—. Soy Frampton; el conserje. ¿Qué hace

aquí?

—Thursday Next, OpEspec. Hay un agente que precisa ayuda en el aula cuatro.

—¿En serio? —dijo el conserje—. Probablemente siguió a algunos chicos. Bien, será mejor que venga conmigo.

Le miré con atención; un destello de una de las luces de salida se reflejó en el crucifijo de oro que llevaba alrededor del cuello. Suspiré aliviada.

Caminó con rapidez por el pasillo; yo le seguí de cerca.

—Este lugar es tan antiguo que da vergüenza —murmuró Frampton—. ¿A quién dijo que buscaba?

—A un agente llamado Stoker.

—¿Qué hace?

—Caza vampiros.

—¿En serio? Nuestra última infestación fue en el 78. Un estudiante llamado Parkes. Fue de acampada al bosque de Dean y regresó un hombre cambiado.

—¿De acampada al bosque de Dean? —repetí incrédula—. ¿Qué le poseyó a hacer tal cosa?

El conserje rió.

—La palabra justa. En aquel entonces, Symonds Yat tampoco era tan seguro como ahora; también hemos tomado precauciones. Todo el colegio está consagrado como iglesia.

Con la linterna iluminó un enorme crucifijo en la pared.

—Aquí no volveremos a tener *ese* tipo de problemas. Aquí está, aula cuatro.

Empujó la puerta y entramos en la enorme sala. La linterna de Frampton repasó las paredes recubiertas de roble pero una búsqueda rápida no mostró ninguna señal de Spike.

—¿Está seguro de que ésta es la número cuatro?

—Seguro —respondió—. El...

Se oyó cómo se rompía un vidrio y una maldición apagada a poca distancia.

—¿Qué fue eso?

—Ratas, probablemente.

—¿Y la maldición?

—Ratas *sin educación*. Venga, vamos.

Pero yo me había desplazado hasta una puerta más allá del aula, llevándome conmigo la linterna de Frampton. Abrí completamente la puerta y me recibió un terrible olor a formaldehído. Se trataba de un laboratorio de anatomía, oscuro excepto por la luz de luna que atravesaba la ventana. Contra la pared había estantes y más estantes de muestras envasadas: en su mayoría partes de animales, pero también algunas piezas humanas, para que los chicos pudiesen asustar a las chicas durante las clases de biología. Se oyó el sonido de un frasco rompiéndose, y yo llevé el rayo de la

linterna hasta el otro extremo de la estancia. Se me congeló el corazón. Spike, habiendo perdido aparentemente el autocontrol, había arrojado un frasco de muestra al suelo y ahora rebuscaba en su contenido. Alrededor de los pies tenía los restos rotos de muchos frascos; evidentemente había sido todo un festín.

—¿Qué haces? —pregunté, con la repulsión subiéndome por la garganta.

Spike se volvió hacia mí, con los ojos muy abiertos, la boca cortada por el vidrio, y una mirada de horror y miedo en los ojos.

—¡Tenía hambre! —aulló—. ¡Y no pude encontrar ningún ratón...!

Cerró los ojos un momento, recuperó la compostura con un esfuerzo hercúleo y luego soltó farfullando:

—¡Mi medicación...!

Me resistí a la sensación de asco y abrí el equipo médico para revelar un inyector con la forma de un bolígrafo. Lo solté y me moví hacia Spike, quien cayó desplomado y sollozaba en silencio. Una mano cayó sobre mi hombro, y me di la vuelta. Era Frampton, y tenía una sonrisa desagradable en los labios.

—Déjele así. Así es más feliz, créame.

Aparté la mano del hombro y durante un instante le toqué la piel con la mano. Era fría como el hielo y sentí un estremecimiento por todo el cuerpo. Retrocedí con rapidez y tropecé con una banqueta, cayendo con fuerza y soltando el inyector de Spike. Desenfundé y apunté a Frampton, quien parecía deslizarse hacia mí sin tener que andar. No grité una advertencia; me limité a apretar el gatillo y un destello brillante iluminó el laboratorio. Frampton fue catapultado al otro lado de la sala, hacia la pizarra, y cayó desmadejado. Busqué a tientas el inyector, lo encontré y corrí hacia Spike, quien había cogido un frasco especialmente grande con un espécimen muy reconocido y atrocamente desagradable en su interior. Le iluminé los ojos con la linterna y él farfulló:

—¡Ayúdame!

Retiré la tapa del inyector y se lo clavé en la pierna, dándole dos dosis. Le quité el frasco de entre las manos y él se sentó con aspecto confundido.

—¿Spike? Di algo.

—Eso *realmente* me dolió.

Pero no hablaba Spike. Era Frampton. Se había puesto en pie y se ataba al cuello lo que parecía una langosta.

—Hora de cenar, señorita Next. No la molestaré con el menú porque... bien, ¡es usted!

La puerta del laboratorio de biología se cerró de golpe y miré el arma; ahora me resultaba tan útil como una pistola de agua.

Me levanté y me alejé de Frampton, quien una vez más pareció deslizarse hacia mí. Volví a disparar, pero Frampton estaba preparado; se limitó a hacer una mueca y a

continuar.

—¡Pero el crucifijo...! —grité, retrocediendo hacia la pared—. Y este colegio... ¡es una iglesia!

—¡Tontita! —respondió Frampton—. ¿Realmente cree que el cristianismo tiene algún monopolio sobre la gente como yo?

Busqué desesperadamente un arma a mi alrededor, pero aparte de una silla —que se alejó de mí cuando intenté agarrarla— no había nada.

—*Prroonto* acabará todo. —Frampton sonrió. Le creció un único diente frontal desmesuradamente largo que le pasó por encima del labio inferior y le hizo hablar raro.

—Pronto ce unirá uzted a Zpike para cervirle de tentempié. ¡*Dezpuez* de que yo acabe!

Sonrió y abrió mucho la boca; hasta lo imposible —casi parecía ocupar toda la sala—. Súbitamente, Frampton se detuvo, puso gesto de confusión y giró los ojos en sus cuencas. Se fue poniendo gris, luego negro, y luego pareció deshacerse como las páginas quemadas de un libro. Hubo un olor mohoso a podredumbre que casi eliminaba el pestazo a formaldehído y pronto no quedó nada en absoluto excepto Spike, quien todavía sostenía la estaca afilada que había destruido a la abominación que había sido Frampton.

—¿Estás bien? —preguntó con un gesto de triunfo en la cara.

—Estoy bien —respondí temblorosa—. Sí, me siento bien. Bien, al menos ahora me siento bien.

Bajó la estaca y me ofreció una silla mientras las luces regresaban.

—Gracias —murmuré—. Mi sangre es mía y aspiro a que siga así. Supongo que te debo una.

—Ni se te ocurra, Thursday. *Yo te debo una*. Nadie antes había respondido a una de mis llamadas de ayuda. Los síntomas llegaron cuando olisqueaba a este Colmillo. No pude llegar al inyector a tiempo...

Dejó de hablar mientras miraba triste al vidrio roto y el formaldehído vertido.

—Jamás creerán este informe —murmuré yo.

—Nunca *leen* mis informes, Thursday. La última persona que lo hizo ahora va a terapia. Así que simplemente los archivan y los olvidan. Como a mí, supongo. Es una vida solitaria.

Guiándome por un impulso, le abracé. Parecía lo correcto. Me devolvió el abrazo agradecido; supongo que llevaba mucho tiempo sin tocar a otro ser humano. Olía un poco a moho —pero no era desagradable; era un poco como la tierra húmeda tras una lluvia de primavera—. Era musculoso y al menos treinta centímetros más alto que yo, y mientras nos tuvimos en brazos de pronto sentí que realmente no me importaría que intentase un acercamiento. Quizá fuese la intimidad de la experiencia que

acabábamos de compartir; no sé —normalmente no actuo así—. Le pasé la mano por la parte posterior del cuello, pero había juzgado mal al hombre y la situación. Lentamente me soltó y sonrió, negando lentamente con la cabeza. Había pasado el momento.

Me detuve un segundo y luego volví a guardar cuidadosamente la automática.

—¿Qué hay de Frampton?

—Era bueno —admitió Spike—, *realmente* bueno. No se alimentaba en su propio territorio y nunca se excedía; sólo lo justo para saciar la sed.

Salimos del laboratorio y recorrimos el pasillo.

—Entonces, ¿cómo diste con él? —pregunté.

—Suerte. Estaba detrás de mí en un semáforo. Miré al retrovisor: coche vacío. Le seguí y *diana*; supe que era un chupóptero tan pronto como habló. Le hubiese dado con la estaca antes, si no fuese por mi problema.

Nos detuvimos en su coche patrulla.

—¿Y qué hay de ti? ¿Alguna posibilidad de cura?

—Los mejores virólogos hacen todo lo que pueden, pero por el momento yo llevo el inyector a mano y evito la luz solar.

Se detuvo, sacó la automática y deslizó la corredera, expulsando una única bala brillante.

—Plata —me explicó al ofrecérmela—. Nunca uso otra cosa —miró a las nubes. Las farolas las coloreaban de naranja y se movían con rapidez por el cielo—. Hay cosas muy raras por ahí; acéptala como amuleto de buena suerte.

—Empiezo a pensar que no existe la suerte.

—Exactamente lo que quiero decir. Que Dios te guarde, Thursday, y gracias una vez más.

Cogí la bala reluciente y empecé a decir algo, pero él ya se había ido, rebuscando en el maletero de su coche patrulla para dar con una aspiradora y una bolsa de basura. Para él, la noche estaba lejos de haber terminado.

Landen otra vez

«Cuando supe por primera vez que Thursday había regresado a Swindon, me sentí feliz. Nunca acabé de creer que se hubiera ido para siempre. Había oído lo de sus problemas en Londres y también sabía cómo reaccionaba al estrés. Todos los que volvimos de la Península nos convertimos en expertos en ese tema, nos gustase o no...»

LANDEN PARKE-LAINE

Recuerdos de un veterano de Crimea

—Le dije al señor Parke-Laine que había sufrido de una fiebre hemorrágica pero no me creyó —me dijo Liz desde la recepción del Finis.

—La gripe hubiese sido más creíble.

Liz no se mostró arrepentida.

—Le ha mandado esto.

Me pasó un sobre. Me sentí tentada de tirarlo a la basura, pero me sentía ligeramente culpable por habérselo puesto tan difícil la noche anterior. El sobre contenía entradas numeradas para *Ricardo III* que se representaba todos los viernes noche en el teatro Ritz. Cuando salíamos juntos solíamos asistir casi todas las semanas. Era un buen espectáculo; el público hacía que fuese todavía mejor.

—¿Cuándo salió con él por última vez? —preguntó Liz, sintiendo mi indecisión.

Alcé la vista.

—Hace diez años.

—¿Diez años? Ve, querida. La mayoría de mis novios tendrían problemas incluso para acordarse de mí después de tanto tiempo.

Volví a mirar las entradas. El espectáculo empezaba en una hora.

—¿Fue por eso que abandonó Swindon? —preguntó, deseando ayudar.

Asentí.

—¿Y conservó una fotografía durante todos esos años?

Volví a asentir.

—Ya comprendo —respondió Liz pensativa—. Pediré un taxi mientras sube a cambiarse.

Era un buen consejo, y corrí a mi habitación, me duché rápido y me probé casi todo lo que tenía en el armario. Me peiné hacia arriba, luego hacia abajo, luego arriba otra vez, murmuré «Demasiado de chico» a un par de pantalones y me puse un

vestido. Escogí unos pendientes que Landen me había regalado y encerré la automática en la caja fuerte de la habitación. Tuve el tiempo justo de ponerme un poco de línea de ojos antes de que me llevase a toda prisa por las calles de Swindon un taxista, un ex marine implicado en la recuperación de Balaclava en el 61. Charlamos sobre Crimea. Él tampoco sabía dónde iba a hablar el coronel Phelps, pero cuando lo descubriese, dijo, iría a interrumpir todo lo que pudiese.

El Ritz tenía un aspecto mucho más desvencijado. Dudaba incluso de que lo hubiesen vuelto a pintar desde la última vez que estuve allí. Las molduras de yeso pintadas de dorado que rodeaban el escenario estaban polvorientas y sucias, el telón manchado con la lluvia que se había colado. En quince años no se había representado ninguna otra obra excepto *Ricardo III*, y el teatro en sí no disponía de compañía, simplemente personal entre bastidores y un apuntador. Todos los actores se escogían de entre el público, que había visto la obra tantas veces que se la sabía del revés y del derecho. La elección de actores normalmente se realizaba media hora antes de empezar.

Ocasionalmente algunos actores y actrices experimentados realizaban apariciones especiales, aunque nunca anunciándolo de antemano. Si estaban libres un viernes por la noche, quizá después de una representación en uno de los otros tres teatros de Swindon, bien podrían venir y ser seleccionados por el director como una dádiva del momento para el público y el elenco. Justo la semana pasada, un Ricardo III del pueblo se encontró interpretando frente a Lola Vavoom, que ahora mismo aparecía en una versión musical de *Sin compromiso en Ludlow* en el Crucible de Swindon. Para él había sido todo un regalo; durante un mes no tuvo que pagar la cena.

Landen me esperaba en el exterior del teatro. Quedaban cinco minutos para que se levantase el telón y el director ya había escogido a los actores, más uno en la reserva por si alguien tenía un tremendo ataque de nervios y empezaba a vomitar en el inodoro.

—Gracias por venir —dijo Landen.

—Sí —respondí, besándole en la mejilla y respirando con fuerza su loción para después del afeitado. Era Bodmin; reconocí los olores terrosos.

—¿Cómo te fue en el primer día? —preguntó.

—Secuestro, vampiros, maté a un sospechoso, perdí un testigo frente a un pistolero, Goliath intentó asesinarme, y se me pinchó una rueda. La mierda habitual.

—¿Una rueda pinchada? ¿En serio?

—La verdad es que no. Esa parte me la inventé. Escucha, lamento lo de ayer. Creo que me estoy tomando el trabajo un poco excesivamente en serio.

—Si no fuese así —admitió Landen con sonrisa de comprensión—, la verdad es que empezaría a preocuparme. Vamos, es casi la hora de empezar.

Me tomó el brazo con un gesto familiar que me gustaba y me llevó dentro. Los

asistentes charlaban haciendo ruido, los trajes de vivos colores de los actores que no habían sido escogidos daban al público un aire de gala para la ocasión. Sentí la electricidad en el aire y me di cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. Encontramos los asientos.

—¿Cuándo fue la última vez que viniste? —pregunté una vez que nos pusimos cómodos.

—Contigo —me respondió Landen, poniéndose en pie y aplaudiendo como un loco al abrirse el telón tras una alarma chillona. Yo hice lo mismo.

Un presentador con una capa negra ribeteada de rojo se deslizó para salir al escenario.

—Bienvenidos todos vosotros, amantes de Will fans de R3, al Ritz de Swindon, donde esta noche (redoble de tambor), para su DELECTACIÓN, para su GRATIFICACIÓN, para su EDIFICACIÓN, para su ANIMACIÓN, para su SHAKESPEARIFICACIÓN, representaremos la obra de Will, *Ricardo III*, para el público, al público, ¡POR EL PÚBLICO!

La multitud vitoreó y él alargó los brazos para calmarles.

—¡Pero antes de empezar...! ¡¡¡Demos un gran aplauso a Ralph y Thea Swanavon que asisten por ducentésima vez!!!

La multitud aplaudió mientras Ralph y Thea subían al escenario. Iban vestidos como Ricardo y lady Ana, e hicieron reverencias y saludos al público, que lanzó flores al escenario.

—¡Ralph ha interpretado a Ricardito el mierda en veintisiete ocasiones y a Clearance el escalofriante en doce; Thea ha sido lady Ana en treinta y una ocasiones y Margaret en ocho!

El público golpeó con los pies y silbó.

—Por tanto, para conmemorar este bicentenario, ¡actuarán uno frente al otro por primera vez!

Los dos se inclinaron e hicieron una reverencia una vez más mientras el público aplaudía y el telón se cerraba, se atascaba, se abría ligeramente y volvía cerrarse.

Hubo una pequeña pausa y luego el telón volvió a abrirse, para mostrar a Ricardo a un lado del escenario. Cojeó de un lado a otro de las tablas, mirando al público con malevolencia por encima de una nariz postiza especialmente desagradable.

—¡Histriónico! —gritó alguien al fondo.

Ricardo abrió la boca para hablar y todo el público soltó al unísono:

—¿*Cuándo* es el invierno de nuestro descontento?

—*Ahora* —respondió Ricardo con una sonrisa cruel— *es el invierno de nuestro descontento...*

Los vítores llegaron hasta las arañas de luces del techo. La obra había empezado. Landen y yo vitoreamos también. *Ricardo III* era una de esas obras que podía derogar

la ley de reducción del beneficio; se podía disfrutar una y otra vez.

—... *convertido en glorioso verano por este hijo de York* —siguió diciendo Ricardo, cojeando hasta un extremo del escenario.

Al oír la palabra «verano», seiscientas personas se pusieron gafas de sol y miraron al astro imaginario.

—... *y todas las nubes que habían descendido sobre nuestra casa yacen enterradas en el profundo seno del océano...*

—¿Cuándo se ciñeron nuestras frentes? —aulló el público.

—*Ahora están nuestras frentes ceñidas por coronas victoriosas* —añadió Ricardo, pasando completamente del público.

Debíamos de haber asistido como treinta veces a este espectáculo e incluso ahora podía verme formando con la boca las palabras de los actores.

—... *con el lascivo deleite de un laúd...* —siguió diciendo Ricardo, pronunciando «laúd» con voz muy alta mientras varios miembros del público ofrecían sugerencias alternativas.

—¡Piano! —gritó alguien cerca de nosotros.

—¡Gaita! —dijo otro.

Alguien del fondo, que había perdido por completo la oportunidad gritó en voz alta «¡Eufonio!» en mitad de la siguiente línea, que quedó ahogada cuando el público aulló: «¡Elige una carta!» mientras Ricardo decía que él «*no estaba formado para las trucos atléticos...*».

Landen me miró y sonrió. Yo le devolví la sonrisa instintivamente. Me lo estaba pasando bien.

—*Yo que estoy toscamente estampado...* —murmuró Ricardo, mientras el público se dedicaba a patear el suelo con un estruendo que reverberó por todo el auditorio.

Landen y yo jamás habíamos querido subir a las tablas y nunca nos habíamos molestado en disfrazarnos. La producción era el único espectáculo del Ritz; el resto de la semana estaba vacío. Entusiastas actores aficionados y fans de Shakespeare venían desde todo el país para participar, y el lleno siempre era completo. Unos años antes, una compañía francesa representó la obra en francés para recibir unos aplausos extáticos; una compañía fue a Sauvignon unos meses después para devolver el gesto.

—...*y tan contrahecho y tan poco popular, que los perros me ladran...*

El público ladró con fuerza, provocando un alboroto como si fuese la hora de comer en la perrera. En el exterior, varios gatos callejeros recién llegados al vecindario se asustaron, mientras que los más veteranos se dedicaban miradas de suficiencia.

La obra continuó, con los actores realizando un gran trabajo y el público respondiendo con ocurrencias que iban desde lo inteligente, pasando por lo esotérico hasta lo definitivamente vulgar. Cuando Clarence explicó que el rey estaba

convencido de que:

—...*por la letra «G» los suyos serán desposeídos...*

El público aulló:

—¡Gloucester empieza por G, tonto!

Y cuando la dama Ana tenía a Ricardo de rodillas frente a ella con la espada en su propia garganta, el público la animó a matarle; y justo antes de que uno de los sobrinos de Ricardo, el joven duque de York, aludiese a la joroba de Ricardo:

—*Tío, mi hermano se burla de ti y de mí; porque yo soy pequeño como un mono, ¡¡¡él cree que tú deberías cargarme a hombros...!!!*

El público aulló:

—¡No menciones la joroba, niño!

Y después de que lo hiciese:

—¡La Torre! ¡La Torre!

La obra era la versión abreviada de Garrick y duró sólo unas dos horas y media; en el campo de Bosworth, la mayor parte del público acabó en el escenario, ayudando a recrear la batalla. Ricardo, Catesby y Richmond tuvieron que terminar la obra en el pasillo mientras la batalla continuaba allá arriba. Un caballo rosa (dos hombres disfrazados), apareció justo en su momento cuando Ricardo se ofreció a cambiar su reino por tal bestia, y la batalla acabó al fin en el vestíbulo. A continuación, Richmond tomó como su Isabel a una de las chicas del puesto de helados y siguió con el discurso final en el balcón con el público abajo recibéndole como nuevo rey de Inglaterra, los soldados que habían luchado del bando de Ricardo proclamando su nueva lealtad. La obra terminó con Richmond diciendo:

—*¡Dios diga Amén!*

—¡Amén! —repitió la multitud entre aplausos.

Había sido un buen espectáculo. El elenco había realizado muy buen trabajo y por suerte en esta ocasión no había habido ningún herido de importancia durante Bosworth. Landen y yo nos fuimos rápido y encontramos mesa en un café al otro lado de la calle. Landen pidió dos cafés y nos miramos.

—Tienes buen aspecto, Thursday. Has envejecido bastante mejor que yo.

—Tonterías —respondí—. ¡Mira estas arrugas...!

—Arrugas por la risa —afirmó Landen.

—No hay nada *tan* divertido.

—¿Vas a quedarte definitivamente? —me preguntó de pronto.

—No lo sé —respondí. Bajé la vista. Me había prometido a mí misma que no me sentiría culpable por irme, pero...—. Depende.

—¿De...?

Le miré y alcé una ceja.

—... de OpEspec.

El café llegó justo en ese momento y sonreí con alegría.

—Bien, ¿cómo te ha ido a ti?

—Me ha ido bien —dijo, y luego añadió en tono más bajo—. También me he sentido solo. Muy solo. Tampoco es que esté haciéndome más joven. ¿Cómo *has* estado tú?

Quería decirle que yo también me había sentido sola, pero algunas cosas no se pueden decir con facilidad. Quería decirle que lo que él había hecho seguía sin parecerme bien. Perdonar y olvidar está muy bien, pero nadie iba a perdonar y olvidar a mi hermano. El nombre de Anton era puro lodo y el único responsable era Landen.

—He estado bien. —Me lo pensé—. En realidad, no.

—Te escucho.

—Ahora mismo lo estoy pasando mal. En Londres perdí a dos colegas. Persigo un lunático que el mundo cree muerto, Mycroft y Polly han sido secuestrados, siento el aliento de Goliath en el cuello y puede que el comandante regional de OpEspec se quede con mi placa. Como puedes ver, las cosas van geniales.

—Comparado con Crimea, esto no es nada, Thursday. Eres más fuerte que toda esa mierda.

Landen vertió tres de azúcar en el café y yo volví a mirarle.

—¿Tienes la esperanza de que volvamos a estar juntos?

Le tomó por sorpresa una pregunta tan directa. Se encogió de hombros.

—No creo que realmente nos separásemos del todo.

Sabía exactamente a qué se refería. Espiritualmente, nunca lo estuvimos.

—No puedo disculparme más, Thursday. Perdiste un hermano, yo perdí a algunos buenos amigos, a todo mi pelotón y una pierna. Sé lo que Anton significa para ti, pero le vi indicar el valle equivocado al coronel Brobisher justo antes de que avanzase la columna blindada. Fue un día de locos con circunstancias dementes, pero sucedió, ¡y tuve que decir lo que vi...!

Le miré directamente a los ojos.

—Antes de ir a Crimea, creía que la muerte era lo peor que podía pasarle a alguien. Pronto comprendí que eso no era más que el principio. Anton murió; eso puedo aceptarlo. La gente muere en la guerra; es inevitable. Vale, también fue una debacle militar de proporciones increíbles. Eso también pasa de vez en cuando. En Crimea ya había pasado varias veces antes.

—¡Thursday! —me imploró Landen—. ¡Lo que dije era cierto!

Me volví contra él con furia.

—¿Quién sabe lo que es la verdad? La verdad es aquello que nos resulta más cómodo. ¡El polvo, el calor, el ruido! Independientemente de lo que sucediese ese día, la verdad es lo que la gente lee ahora en los libros de historia. ¡Lo que tú le contaste a la comisión militar! Podría ser que Anton cometiese un error, pero no fue

el único ese día.

—Le vi señalar el valle equivocado, Thursday.

—¡Él nunca hubiese cometido ese error!

Sentí una furia que no había sentido en diez años. A Anton le habían echado la culpa de todo, así de simple. Los líderes militares habían logrado una vez más escapar a sus responsabilidades y el nombre de mi hermano había entrado en la memoria nacional y en los libros de historia como el del hombre que perdió la Brigada Ligera Blindada. El oficial al mando y Anton habían muerto los dos en la carga. Sólo había quedado Landen para contar la historia.

Me levanté.

—¿Vuelves a irte, Thursday? —dijo Landen sardónico—. ¿Va a ser siempre así? Tenía la esperanza de que te hubieses tranquilizado, que hubiésemos ganado algo de todo este desastre, que todavía quedase amor suficiente como para que pudiese funcionar.

Le miré con furia.

—¿Qué hay de la lealtad, Landen? ¡Era tu mejor amigo!

—Y aun *así* dije lo que dije. —Landen suspiró—. Algún día tendrás que aceptar que Anton la cagó. Eso pasa, Thursday. Eso pasa.

Le miré fijamente y él me miró fijamente.

—¿Podremos *superarlo* alguna vez, Thursday? Me gustaría saberlo con cierta prisa.

—¿Prisa? ¿Qué prisa? No —respondí—, no, no, no podremos. ¡Lamento que hayas malgastado tu precioso tiempo de mierda!

Salí corriendo del café, con los ojos llorosos, y furiosa conmigo misma, furiosa con Landen y furiosa con Anton. Pensé en Snood y Tamworth. Tendríamos que haber esperado a los refuerzos; Tamworth y yo la jodimos entrando y Snood la jodió enfrentándose a un enemigo que sabía le superaba física y mentalmente. A todos nos había podido la emoción de la caza; era el tipo de decisión impetuosa que Anton habría tomado. Yo misma lo había sentido en una ocasión en Crimea y también entonces me había odiado por ello.

Regresé al Finis como a la una de la madrugada. El fin de semana de John Milton concluía con una discoteca. Tomé el ascensor a mi habitación, el ritmo distorsionado de la música suavizándose en un sonido sordo a medida que subía. Me apoyé en el espejo del ascensor y disfruté del frío del vidrio. No debería haber vuelto a Swindon, eso era evidente. Por la mañana hablaría con Victor y obtendría un traslado lo antes posible.

Abrí la puerta de la habitación, me quité los zapatos, me tendí en la cama y miré al techo de losetas de poliestireno, intentando aceptar lo que siempre había sospechado y jamás había querido creer. Mi hermano la había cagado. Nadie se había

molestado antes en expresarlo de forma tan simple; el tribunal militar habló de «errores tácticos en el calor de la batalla» y de «incompetencia grave». De alguna forma, «cagarla» hacía que sonase más creíble; todos cometemos errores en algún momento de nuestra vida, alguno más que otro. La gente sólo presta atención cuando el coste se cuenta en vidas humanas. Si Anton hubiese sido panadero y se hubiese olvidado de la levadura, a nadie le habría importado, pero la hubiese cagado igualmente.

Mientras estaba tendida pensando fui quedándome dormida lentamente y llegaron los sueños inquietos. Estaba de vuelta en el bloque de apartamentos de Styx, sólo que en esta ocasión yo estaba de pie junto a la entrada trasera con el coche volcado, el comandante Flanker y el resto del panel de investigación de OE-1. Snood también estaba allí. Tenía un desagradable agujero en su frente arrugada y estaba de pie, con los brazos cruzados y mirándome como si yo le hubiese robado la pelota y hubiese recurrido a Flanker para rectificar la situación.

—¿Está *segura* de que no le dijo a Snood que fuese y cubriese la parte de atrás? —preguntó Flanker.

—Totalmente segura —dije, mirándoles a los dos por turnos.

—Lo hizo, sabe —dijo Acheron al pasar—. Yo la oí.

Flanker le detuvo.

—¿La oyó? ¿Qué dijo *exactamente*?

Acheron sonrió y luego asintió en dirección a Snood, quien le devolvió el saludo.

—¡*Un momento!* —interrumpí—. ¿Cómo pueden creer lo que dice? ¡El tipo es un mentiroso!

Acheron puso gesto de ofendido y Flanker se volvió para mirarme con ojos de acero.

—De eso sólo tenemos su palabra, Next.

Podía sentirme hervir por dentro de furia ante la injusticia de la situación. Estaba a punto de llorar y despertarme cuando sentí un toque en el hombro. Era un hombre vestido con un abrigo oscuro. Tenía una gran masa de pelo negro que caía sobre sus rasgos austeros y marcados. Supe de inmediato quién era.

—¿Señor Rochester?

Asintió como respuesta. Pero ahora ya no nos encontrábamos en el exterior de los almacenes del East End; nos encontrábamos en un salón bien decorado, iluminado por el resplandor apagado de las lámparas de aceite y la luz inquieta de un fuego en la gran chimenea.

—¿Tiene bien el brazo, señorita Next? —preguntó.

—Muy bien, gracias —dije, moviendo mano y muñeca para demostrarlo.

—Yo no me preocuparía de ellos —añadió, señalando a Flanker, Acheron y Snood, que habían empezado a discutir en una esquina, cerca de la librería—.

Simplemente están en su sueño, y por tanto, al ser ilusorios, no tienen mayor importancia.

—¿Y qué hay de usted?

Rochester sonrió, una sonrisa forzada y brusca. Se apoyaba en la repisa de la chimenea y miraba a la copa, haciendo girar el Madeira con delicadeza.

—Yo jamás fui real.

Colocó la copa sobre el mármol y sacó un enorme reloj de plata, lo abrió, leyó la hora y lo devolvió al bolsillo del chaleco con un único movimiento fluido y simple.

—Las cosas se están volviendo más imperiosas, puedo sentirlo. ¿Puedo confiar en su fortaleza cuando llegue el momento?

—¿A qué se refiere?

—No puedo explicarlo. No sé cómo he logrado llegar aquí o incluso cómo usted logró llegar hasta mí. ¿Recuerda cuando era niña? ¿Cuando dio con nosotros dos en aquella fresca tarde de invierno?

Pensé en el incidente de Haworth tantos años atrás, cuando entré en el libro *Jane Eyre* e hice que el caballo de Rochester resbalase.

—Fue hace mucho tiempo.

—No para mí. ¿Lo recuerda?

—Lo recuerdo.

—Su intervención *mejoró* la narrativa.

—No comprendo.

—Antes, yo simplemente daba con Jane y hablábamos un poco. Si hubiese leído el libro antes de su visita se habría dado cuenta. Cuando el caballo resbaló para evitarla, el encuentro se volvió más dramático, ¿no cree?

—¿Pero eso no había sucedido ya?

Rochester sonrió.

—En absoluto. Pero no fue usted nuestro primer visitante. Y no será la última, si tengo razón.

—¿Qué quiere decir?

Volvió a tomar la copa.

—Está usted a punto de despertar de su sueño, señorita Next, así que mejor me despido. Una vez más: ¿puedo confiar en su fortaleza cuando llegue el momento?

No tuve tiempo de responder o hacer más preguntas. Me despertó la llamada de despertador. Seguía con las ropas de la noche anterior, con las luces y la televisión todavía encendidas.

El muy Irrev. Joffy Next

«Querida mamá:

»La vida aquí en el campamento *Borrado por los censores* es muy divertida. El tiempo es bueno, la comida pasable, la compañía genial. El coronel *Borrado por los censores* es nuestro oficial al mando; es un tipo risueño. Veo a Thurs muy a menudo y aunque me pediste que cuidase de ella, creo que se puede cuidar solita. Ganó el campeonato de boxeo para damas del batallón. La próxima semana nos trasladamos a *Borrado por los censores*. Volveré a escribir cuando tenga más noticias.»

Tu hijo, ANTON

Carta de Anton Next dos semanas antes de morir

Aparte de otra persona, tenía el salón de desayuno para mí sola. El destino quiso que la otra persona fuese el coronel Phelps.

—¡Buenos días, cabo! —dijo con alegría al localizarme mientras intentaba ocultarme tras un ejemplar de *The Owl*.

—Coronel.

Se sentó frente a mí sin preguntar.

—Hasta ahora ha habido una buena respuesta a mi presencia aquí, sabe —dijo afable, tomando una tostada y agitando una cuchara en dirección al camarero—. Usted, señor, más café. Tendremos la charla el próximo domingo; va a *venir*, confío.

—*Puede* que me pase —respondí, con bastante sinceridad.

—¡Espléndido! —dijo efusivo—. Debo confesar que creí que se había salido del camino cuando hablamos en la bolsa de gas.

—¿Dónde va a ser?

—Es como un secreto, vieja amiga. Las paredes tienen oídos, la charla ociosa, todo eso. Enviaré un coche. ¿Ha visto esto?

Me mostró la primera página de *The Mole*. Como la de todos los periódicos, estaba dedicada casi exclusivamente a una próxima ofensiva que todos consideraban tan probable que no parecía haber ni la más mínima esperanza de que no llegara a producirse. La última batalla importante había tenido lugar en el 75 y los recuerdos y lecciones de ese error en particular no parecían haber calado en nadie.

—¡He pedido más *café*, señor! —le rugió Phelps al camarero, que le había dado té por error—. Este nuevo rifle de plasma va a terminar con ella definitivamente,

sabe. Incluso he considerado modificar mi charla para incluir la petición de que todo el que quiera comenzar una nueva vida en la península que vaya presentando ya su solicitud. Tengo entendido por la oficina del secretario de exteriores que será necesario enviar colonos tan pronto como echemos definitivamente a los rusos.

—¿No lo comprende? —le pregunté con tono exasperado—. No acabará nunca. No mientras tengamos tropas en suelo ruso.

—¿Qué ha sido eso? —murmuró Phelps—. ¿Mmm? ¿Eh?

Jugueteó con su audífono e inclinó la cabeza a un lado como un periquito. Emití un sonido que no me comprometía y me fui tan pronto como pude.

Era temprano; el sol había salido pero seguía haciendo frío. Había llovido durante la noche y el aire estaba cargado de agua. Bajé el techo del coche en un intento de hacer volar los recuerdos de la noche anterior, la furia que había surgido de mi interior al comprender que no podría perdonar a Landen. Lo que más me molestaba era la consternación de saber que siempre me sentiría igual, no la consternación por el desagradable final de la velada. Tenía treinta y seis años, y aparte de diez meses con Filbert, había pasado sola la última década, más una o dos agarradas producto de la borrachera. Cinco años más así y sabría que estaría destinada a no compartir mi vida con nadie.

El viento me tiró del pelo mientras conducía rápidamente siguiendo las amplias carreteras. Casi no había tráfico y el coche ronroneaba con dulzura. Al salir el sol, se habían formado pequeños reductos de niebla, y conduje a través de ellos como una nave aérea por entre las nubes. Mi pie se separaba del acelerador al entrar en las pequeñas zonas sin visibilidad, para luego bajar suavemente cuando volvía a recobrar la libertad bajo el sol de la mañana.

El pueblecito de Wanborough no estaba a más de diez minutos en coche desde el hotel Finis. Aparqué en el exterior del templo DEG —en su tiempo un templo de la iglesia de Inglaterra— y apagué el motor, dejando que el silencio del campo fuese un cambio bienvenido.

En la distancia podía oír una máquina de granja, pero era apenas un zumbido rítmico; nunca había apreciado la tranquilidad del campo hasta que me mudé a la gran ciudad. Abrí la verja y entré en el cementerio bien atendido. Me detuve un momento, luego recorrí lenta y respetuosamente la fila de tumbas en buen estado. No había visitado la lápida de Anton desde el día que me fui a Londres, pero sabía que a él no le habría importado. No nos habíamos podido decir lo mucho que nos apreciábamos el uno del otro. En el humor, en la vida y en el amor, nos comprendíamos. Cuando llegué a Sebastopol para unirme a la 3ª Brigada Ligera Blindada de tanques de Wessex, Landen y Anton ya eran buenos amigos. Anton tenía el cargo de capitán de señales; Landen era teniente. Anton nos había presentado; en

contra de órdenes estrictas, nos habíamos enamorado. Me había sentido como una colegiala, correteando a escondidas por el campamento para llegar a las citas prohibidas. Al comienzo, Crimea parecía muy divertida.

Ninguno de los cuerpos volvió a casa. Fue una decisión política. Pero había muchas tumbas de homenaje privadas. La de Anton estaba cerca del final de la fila, bajo el arco protector de un viejo tejo y encajada entre otras dos tumbas de Crimea. Estaba bien conservada, evidentemente segaban la hierba con regularidad, y había flores frescas. Permanecí de pie junto a la losa sencilla de caliza gris y leí la inscripción. Simple y elegante. Su nombre, graduación y la fecha de la carga. Había otra piedra no muy diferente a ésta a dos mil quinientos kilómetros, marcando su tumba en la península. A otros no les había ido tan bien. Catorce de mis colegas en la carga seguían hasta hoy «en paradero desconocido». Era jerga militar para «no hay trozos suficientes para identificarlo».

De pronto sentí que alguien me daba un golpe en la parte posterior de la cabeza. No muy fuerte, pero sí lo suficiente para obligarme a dar un salto. Me volví para encontrar al sacerdote DEG mirándome con una sonrisa estúpida en el rostro.

—¡Cuidado, Bodoque! —rugió.

—Hola, Joffy —respondí, sólo ligeramente perpleja—. ¿Quieres que vuelva a romperte la nariz?

—¡Ahora soy un hombre del clero, hermanita! —exclamó—. ¡No puedes dedicarte a golpear al clero!

Le miré durante un momento.

—Bien, si no puedo golpearte —le dije—, ¿qué puedo hacer?

—En la DEG nos encantan los abrazos, hermanita.

Así que nos abrazamos frente a la lápida de Anton, yo y mi hermano loco Joffy, a quien no había abrazado en mi vida.

—¿Alguna noticia de Cerebrín y Culogordo? —preguntó.

—Si te refieres a Mycroft y Polly, no.

—Suéltate un poco, hermanita, Mycroft es un cerebrín y Polly, bien, *tiene* el culo gordo.

—La respuesta sigue siendo no. Es decir, mamá y ella han ganado un poco de peso, ¿no?

—¿Un *poco*? Vamos, deberían abrir un supermercado sólo para ellas dos.

—¿La DEG anima los ataques personales tan directos? —pregunté.

Joffy se encogió de hombros.

—En ocasiones sí y en ocasiones no —respondió—. Es la belleza de la Deidad Estándar Global... es lo que tú quieras que sea. Además, eres de la familia, así que no cuenta.

Miré el edificio y el cementerio tan bien conservados.

—¿Cómo va todo?

—Muy bien, gracias. Una buena representación de religiones e incluso algunos neandertales, lo que es todo un triunfo. Es decir, la asistencia casi se ha triplicado desde que convertí la sacristía en un casino e introduje los martes la noche de las chicas desnudas bailando alrededor de una barra.

—¡Estás de broma!

—Sí, claro que sí, *Bodoque*.

—¡Montón de mierda! —reí—. ¡Voy a romperte la nariz otra vez!

—Antes de que lo hagas, ¿quieres una taza de té?

Le di las gracias y caminamos hacia la vicaría.

—¿Cómo tienes el brazo? —preguntó.

—Está bien —respondí. Luego, dado que estaba deseosa de mantenerme a la altura de sus irreverencias, añadí—: Le gasté esta broma al médico de Londres. Cuando me reconstruyó los músculos del brazo le dije, « ¿Cree que podré tocar el violín?», y él respondió: « ¡Claro que sí!», y yo dije: « ¡Qué suerte, antes no sabía!».

Joffy me miró inexpresivo.

—Las fiestas de Navidad de OpEspec deben de ser todo un jolgorio. Deberías salir más. Probablemente ése sea el peor chiste que he oído en mi vida.

En ocasiones Joffy podía ser exasperante, pero probablemente tuviese razón — aunque no iba a dejar que lo supiese—. Así que dije:

—Entonces, que te den.

Eso le *hizo* reír.

—Siempre fuiste *tan* seria, hermanita. Desde que eras una niña pequeña te recuerdo sentada en el salón mirando las noticias, absorbiendo todos los hechos y haciendo un millón de preguntas a papá y a Cerebral... ¡Hola, señora Higgins!

Nos acabábamos de encontrar con una ancianita que atravesaba la entrada del cementerio portando un ramo de flores.

—¡Hola, irreverendo! —respondió jovialmente, para luego mirarme y decir con un susurro ronco—: ¿Ésta es su novia?

—No, Gladys... Es mi hermana, Thursday. Pertenece a OpEspec, y por tanto no tiene sentido del humor, novio o vida propia.

—Eso está bien, cariño —dijo la señora Higgins, quien estaba claro era totalmente sorda, a pesar de tener orejas enormes.

—Hola, Gladys —dije, dándole la mano—. Joffy solía darle tanto al obispo cuando era joven que pensamos que se iba a quedar ciego.

—Bien, bien —murmuró ella.

Joffy, para no quedarse atrás, dijo:

—Y la pequeña Thursday aquí presente hacía tanto ruido durante el sexo que teníamos que instalarla en el cobertizo del jardín cuando se traía un novio a pasar la

noche.

Le di un codazo en las costillas, pero la señora Higgins no se dio cuenta; sonrió beatíficamente, nos deseó un buen día a los dos, y se fue pasito a pasito al camposanto. La vimos irse.

—Ciento cuatro el próximo marzo —murmuró Joffy—. Asombroso, ¿no? Cuando se vaya, estoy pensando en disecarla y colocarla en el porche para colgar el sombrero.

—Ahora sí que bromeas.

Sonrió.

—No tengo ni un gramo de seriedad en mi cuerpo, hermanita. Entra, te serviré ese té.

La vicaría era inmensa. La leyenda contaba que la aguja de la iglesia habría sido tres metros más alta si el párroco beneficiario no hubiese sentido tanto aprecio por la piedra y no la hubiese desviado para su propia residencia. Se produjo una pelea muy poco sagrada con el obispo y al párroco lo relevaron de sus obligaciones. Sin embargo, la vicaría más grande de lo habitual se quedó en su sitio.

Joffy sirvió un té fuerte de una tetera Clarice Cliff vertiéndolo a un juego igual de taza y plato. No intentaba impresionarme; la DEG no tenía casi nada de dinero y Joffy no podía permitirse más que lo que venía con la vicaría.

—Bien —dijo Joffy, colocándose delante la taza de té y sentándose en el sofá—, ¿crees que papá se está tirando a Emma Hamilton?

—Nunca lo mencionó. Es decir, si estuvieses teniendo una aventura con alguien que murió hace más de cien años, ¿se lo contarías a tu mujer?

—¿Qué hay de mí?

—¿Qué hay de ti?

—¿Me nombra alguna vez?

Negué con la cabeza y Joffy mantuvo el silencio durante un momento, lo que en él resultaba raro.

—Creo que él quería que yo estuviese en esa carga en lugar de Ant, hermanita. Ant fue siempre su hijo preferido.

—Eso es una estupidez, Joffy. E incluso de ser cierto, que no lo es, no hay nada que nadie pueda hacer al respecto. Ant se ha ido, está acabado, muerto. Incluso si tú hubieses estado ahí fuera, admitámoslo, el capellán del regimiento no dicta precisamente la política militar.

—Entonces, ¿por qué papá nunca viene a verme?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Quizá sea algo de la CronoGuardia. Apenas me visita a mí a menos que sea por negocios... y nunca durante más de un par de minutos.

Joffy asintió y luego preguntó:

—¿Has estado yendo a la iglesia en Londres, hermanita?

—No tengo tiempo, la verdad, Joff.

—*Encontramos* el tiempo, hermanita.

Suspiré. Tenía razón.

—Después de la carga como que perdí la fe. OpEspec tiene capellanes propios, pero nunca volví a sentir lo mismo por nada.

—Crimea nos quitó mucho a todos —dijo Joffy con tranquilidad—. Es quizá por eso que tengamos que emplear el doble de esfuerzo para conservar lo que nos queda. Ni siquiera yo soy inmune a la pasión de la batalla. Cuando fui a la península por primera vez, me emocionaba la guerra... Podía sentir la insidiosa mano del nacionalismo sosteniéndome recto y asfixiando mi raciocinio. Cuando estaba allá fuera, quería que ganásemos, que matásemos al enemigo. Me regocijaba en la gloria de la batalla y la camaradería que sólo el conflicto puede crear. No hay unión más fuerte que la forjada en un conflicto; no hay mayores amigos que aquellos que se encontraban a tu lado mientras luchabas.

Joffy de pronto pareció mucho más humano; asumí que ésa era la cara que veían los feligreses.

—Sólo después comprendí el horror de lo que hacíamos. Pronto fui incapaz de distinguir entre rusos, ingleses, franceses o turcos. Manifesté mi opinión y me prohibieron ir al frente para evitar que sembrase tensión. Mi obispo me dijo que no era cosa mía juzgar los errores del conflicto, sino cuidar de la salud espiritual de los hombres y mujeres.

—Entonces, ¿por eso regresaste a Inglaterra?

—Es por eso que regresé a Inglaterra.

—Te equivocas, ya lo sabes —le dije.

—¿Sobre qué?

—Sobre no tener seriedad en el cuerpo. ¿Sabías que el coronel Phelps está en la ciudad?

—Sí. Qué imbécil. Alguien debería envenenarle. Voy a hablar frente a él como «la voz de la moderación». ¿Te unirás a mí en el podio?

—No lo sé, Joff, en serio, no lo sé.

Miré fijamente el té y rechacé el trago que me ofreció.

—Mamá conserva bien la tumba, ¿no? —dije, desesperada por cambiar de tema.

—Oh, no es ella, Bodoque. No soportaría ni siquiera pasar junto a la lápida... incluso si adelgazase lo suficiente como para atravesar la entrada del cementerio.

—Entonces, ¿quién?

—Pues vaya, *Landen*, claro. ¿No te lo contó?

Me puse recta.

—No. No lo hizo.

—Puede que escriba una basura de libros y que sea un poco inútil, pero era buen

amigo de Anton.

—¡Pero su testimonio lo condenó para siempre...!

Joffy dejó el té y se inclinó hacia delante, convirtió la voz en un susurro y puso la mano sobre la mía.

—Querida hermana, sé que es un viejo cliché pero es cierto: *La primera víctima de la guerra es la verdad*. Landen intentaba corregir esa situación. No creas que no agonizó durante mucho tiempo, reflexionando profundamente... Hubiese sido más fácil mentir y limpiar el nombre de Ant. Pero una mentira pequeña acaba dando lugar a una mayor. Los militares mal pueden permitirse más de las que ya tienen. Landen también lo sabía y también, creo, Anton.

Le miré pensativamente. No estaba segura de qué le diría a Landen, pero esperaba que se me ocurriese algo. Diez años atrás me había pedido que me casase con él, justo antes de su declaración ante el tribunal. Le acusé de haber intentado ganar mi mano con engaños, al saber cuál sería mi reacción tras la vista. Una semana después me había ido a Londres.

—Creo que será mejor que le llame.

Joffy sonrió.

—Sí, quizá sea lo mejor... *Bodoque*.

Doctor Runcible Spoon

«Querida mamá:

«... Varias personas me han preguntado dónde encuentro la gran cantidad de preposiciones que necesito para mantener a los gusalibros en perfecto estado de salud. La respuesta es, por supuesto, que uso las preposiciones omitidas, las cuales, cuando se las mezcla con artículos definidos omitidos, resultan ser una comida muy nutritiva. En la lengua inglesa hay una gran abundancia. *Final de viaje* carece de dos artículos definidos: *el final de el viaje*. También hay otros muchos ejemplos, como *matasuegras* (*mata a las suegras*) y *fueraborda* (*fuera de la borda*), y demás. Si ando escaso, me dirijo al periódico local, donde es fácil encontrar a diario preposiciones y artículos eliminados en los titulares de *The Toad*. Y en cuanto a los productos de desecho de los gusanos, están compuestos en su mayoría de apóstrofos —lo que empieza a ser un problema—. Ayer vi un anuncio que decía: *Coliflore's, a tr'es chelin'es cada una...*»

MYCROFT NEXT

para la sección «¿Alguna pregunta?»
de la revista Nuevo Clonador

Bowden y Victor no estaban cuando llegué a la oficina; me serví una taza de café y me senté ante mi mesa. Llamé al número de Landen pero estaba ocupado; lo intenté unos minutos después, pero sin suerte. El sargento Ross me llamó desde recepción diciendo que mandaba a alguien que necesitaba ver a un detective literario. Jugueté con los nudillos durante un rato y luego no conseguí hablar con Landen por tercera vez cuando un hombre pequeñito y de aspecto académico con un aura sobrecogedora de desaliño penetró en la oficina. Llevaba un pequeño bombín y una chaqueta de caza de espiga que se había puesto a toda prisa por encima de lo que parecía la parte superior de un pijama. La cartera tenía papeles que sobresalían por el borde allí donde habían quedado atrapados tras cerrarla y tenía los cordones de ambos zapatos atados con nudos de rizo. Me miró. Llevaba dos minutos llegar desde la puerta principal y todavía jugaba con el pase de visitantes.

—Permítame —dije.

El académico permaneció impassible mientras yo le colgaba el pase y luego me dio las gracias distraído, mirando a su alrededor como si intentase determinar dónde

estaba.

—Estaba buscándome a mí y se encuentra en el piso correcto, —dije, agradeciendo haber tenido en el pasado tanta experiencia con los profesores universitarios.

—¿Sí? —dijo con enorme sorpresa, como si mucho tiempo atrás ya hubiese aceptado que siempre acabaría en el lugar incorrecto.

—Operativo especial Thursday Next —dije, ofreciéndole una mano. El apretón fue débil e intentó levantarse el sombrero usando la mano que sostenía la cartera. Se rindió y en su lugar inclinó la cabeza.

—Eh... Gracias, señorita Next. Me llamo Runcible Spoon, profesor de literatura inglesa en la Universidad de Swindon. Seguro que ha oído hablar de mí.

—Estoy segura de que sólo es cuestión de tiempo, doctor Spoon. ¿Le apetecería sentarse?

El doctor Spoon me dio las gracias y me siguió hasta mi mesa, deteniéndose ocasionalmente cuando un libro curioso le llamaba la atención. Tuve que detenerme y esperar varias veces antes de tenerle a salvo ocupando la silla de Bowden. Le llevé una taza de café.

—Bien, ¿cómo puedo ayudarle, doctor Spoon?

—Quizá mejor se lo muestro, señorita Next.

Spoon buscó en el maletín durante un minuto, sacando algunos trabajos de estudiante todavía sin nota y un calcetín de cachemira con dibujo antes de encontrar y pasarme al fin un pesado volumen encuadernado en azul.

—*Martin Chuzzlewit* —me explicó el doctor Spoon, volviendo a meter todos los papeles de vuelta en la cartera y preguntándose por qué habían aumentando de volumen desde que los había sacado—. Capítulo nueve, página 187. Está marcada.

Fui a donde Spoon había dejado el bonobús y examiné la página.

—¿Ve a lo que me refiero?

—Lo lamento, doctor Spoon. No he leído *Chuzzlewit* desde la adolescencia. Va a tener que iluminarme.

Spoon me miró suspicaz, preguntándose si no sería una impostora.

—Un estudiante me lo comentó a primera hora de la mañana. Vine todo lo rápido que pude. Al final de la página 187 había un breve párrafo describiendo a uno de los curiosos personajes que frecuentan la pensión de la señora Todger. Un tal señor Quaverley, de nombre. Es un personaje gracioso que sólo habla de temas de los que no sabe nada. Si examina las líneas, creo que estará de acuerdo conmigo en que ha desaparecido.

Leí la página con creciente consternación. El nombre de Quaverley me sonaba, pero no parecía haber rastro del breve párrafo.

—¿No aparece más tarde?

—No, agente. Mi estudiante y yo lo hemos repasado varias veces. No hay ninguna duda. El señor Quaverley ha sido inexplicablemente expurgado del libro. Es como si el personaje jamás hubiese sido escrito.

—¿Podría ser un error de imprenta? —le pregunté sintiéndome cada vez más inquieta.

—Al contrario. He comprobado siete versiones diferentes y todas dicen exactamente lo mismo. *El señor Quaverley ya no está con nosotros.*

—No parece posible —murmuré.

—Estoy de acuerdo.

Me sentía inquieta por todo el asunto, y en mi mente comenzaron a formarse, de forma desagradable, varias conexiones entre Hades, Jack Schitt y el manuscrito *Chuzzlewit*.

Sonó el teléfono. Era Victor. Estaba en el depósito y me pedía que fuese de inmediato; habían encontrado un cuerpo.

—¿Qué tiene que ver conmigo? —le pregunté.

Mientras Victor hablaba yo miraba al doctor Spoon, quien se miraba una mancha de comida que había encontrado en la corbata.

—No, al contrario —respondí lentamente—, considerando lo que acaba de pasar aquí, creo que eso no suena para nada raro.

El depósito de cadáveres era un viejo edificio Victoriano que necesitaba desesperadamente una renovación. El interior estaba mohoso y olía a formaldehído y a humedad. Los empleados parecían tener mala salud y se desplazaban por el interior del pequeño edificio como si estuviesen en un funeral. El chiste habitual decía que en el depósito de Swindon los cadáveres eran los que tenían todo el carisma. Esa regla era especialmente acertada en lo referido al señor Rumplunkett, el patólogo jefe. Era un hombre de aspecto lúgubre con carrillos pesados y cejas como tejados de paja. A él y a Victor me los encontré en el laboratorio de patología.

El señor Rumplunkett no pareció darse cuenta de mi entrada, sino que siguió hablándole a un micrófono que colgaba del techo, con una voz monótona que sonaba como un zumbido apagado en la sala de azulejos. Se sabía que en más de una ocasión los encargados de las transcripciones se habían quedado dormidos; incluso él mismo tenía problemas para mantenerse despierto cuando ensayaba los discursos para la cena-baile anual de los patólogos forenses.

—Tengo frente a mí a un europeo de unos cuarenta años con pelo gris y mala dentición. Mide aproximadamente metro setenta y está vestido de una forma que describiría como victoriana.

Además de Bowden y Victor, había presentes dos detectives de homicidios, los que nos habían interrogado la noche antes. Parecían malhumorados y aburridos y miraban con suspicacia al contingente de detectives literarios.

—Buenos días, Thursday —dijo Victor con alegría—. ¿Recuerdas el Studebaker que pertenecía al asesino de Archer?

Asentí.

—Bien, nuestros amigos de homicidios encontraron este cuerpo en el maletero.

—¿Lo han identificado?

—No por el momento. Mira esto.

Señaló una bandeja de acero inoxidable que contenía las posesiones del cadáver. Repasé la pequeña colección. Había medio lápiz, una factura impagada por almidonar unos cuellos y una carta de su madre con fecha del 5 de junio de 1843.

—¿Podemos hablar en privado? —dije.

Victor me llevó al pasillo.

—Es el señor Quaverley —le expliqué.

—¿Quién?

Repetí lo que el doctor Spoon me había contado. Victor no pareció nada sorprendido.

—Me parecía que tenía aspecto de personaje de libro —dijo al final.

—¿Quiere decir que esto ya ha sucedido antes?

—¿Leíste alguna vez *La fierecilla domada*?

—Claro.

—Bien, ¿sabes el calderero borracho de la introducción al que hacen creer que es un lord y para el que luego representan la obra?

—Claro —respondí—. Se llama Christopher Sly. Tiene algunas frases al final del primer acto y eso es lo último que sabemos de él...

Dejé de hablar.

—Exacto —dijo Victor—. Hace seis años encontraron vagando en las afueras de Warwick a un borracho sin educación muy confundido que sólo hablaba inglés isabelino. Dijo llamarse Christopher Sly, exigió una copa y estaba deseoso por saber cómo acababa la obra. Conseguí interrogarle durante media hora, y en ese tiempo me convenció de que era el de verdad... Sin embargo, él nunca consiguió comprender que ya no estaba en su propia obra.

—¿Dónde está ahora?

—Nadie lo sabe. Se lo llevaron para interrogarlo dos agentes de OpEspec sin especificar poco después de que yo hablase con él. Intenté descubrir qué le había pasado, pero ya sabes lo hermética que puede llegar a ser OpEspec.

Pensé en mi experiencia en Haworth, cuando era una niña.

—¿Qué hay del otro sentido?

Victor me miró fijamente.

—¿A qué te refieres?

—¿Ha oído hablar alguna vez de alguien dando el salto en dirección contraria?

Victor miró al suelo y se frotó la nariz.

—Eso es bastante radical, Thursday.

—¿Pero usted lo cree posible?

—No lo cuentes por ahí, Thursday, pero empiezo a pensar que es posible. Las barreras entre la realidad y la ficción son más porosas de lo que creemos; un poco como un lago congelado. Cientos de personas pueden caminar por encima, pero una tarde aparece una zona más delgada y alguien cae a través; el agujero vuelve a congelarse a la mañana siguiente. ¿Has leído *Dombey e hijo* de Dickens?

—Claro.

—¿Recuerdas al señor Glubb?

—¿El pescador de Brighton?

—Correcto. *Dombey* se terminó en 1848 y en 1851 tuvo una reseña extensa con una lista de personajes. En esa reseña no se mencionaba al señor Glubb.

—¿Un fallo?

—Quizás. En 1926, un coleccionista de libros antiguos llamado Redmond Bulge desapareció mientras leía *Dombey e hijo*. El incidente fue muy mencionado en la prensa debido al hecho de que su ayudante había estado convencido de que vio a Bulge «disolverse en humo».

—¿Y Bulge se ajusta a la descripción de Glubb?

—Casi con toda exactitud. Bulge se especializaba en coleccionar historias sobre el mar y Glubb se especializa en contar historias precisamente de ese tema. Incluso el nombre de Bulge al revés se lee «Eglub», una aproximación lo suficientemente cercana a Glubb como para hacernos creer que él mismo lo inventó —suspiró—. Supongo que crees que es increíble.

—En absoluto —respondí, pensando en mi propia experiencia con Rochester—, pero ¿está completamente seguro de que él *cayó* en *Dombey e hijo*?

—¿Qué quieres decir?

—Puede que diese el salto por decisión propia. Puede que lo hubiese preferido... y se quedase.

Victor me miró de forma curiosa. No se había atrevido a contar sus teorías a nadie por miedo al ostracismo, pero aquí tenía a una respetada detective literaria de Londres con la mitad de sus años que iba todavía más lejos de lo que él había imaginado. Una idea se le pasó por la cabeza.

—Tú lo has hecho, ¿no?

Le miré directamente a los ojos. Por esto nos podían jubilar a los dos.

—Una vez —susurré—. Cuando era muy niña. No creo que pudiese volver a hacerlo. Durante muchos años incluso creí que esa vez había sido una alucinación.

Iba a ir a más y contarle lo de Rochester saltando en sentido contrario después del tiroteo en el apartamento de Styx, pero en ese momento Bowden sacó la cabeza al

pasillo y nos pidió que entrásemos.

El señor Rumlunkett había terminado el examen inicial.

—Un disparo al corazón, muy limpio, muy profesional. Todos los demás detalles del cuerpo son por lo demás normales, excepto muestras de raquitismo en la infancia. Hoy en día es muy poco común, por lo que no debería ser difícil localizarle, a menos, claro, que pasase la niñez en otro país. Un estado dental muy malo, y además tenía piojos. Probablemente no se haya bañado en un mes. No puedo decirles mucho más, excepto que su última comida fue sebo, cordero y cerveza. Habrá más cuando las muestras de tejidos vuelvan del laboratorio.

Victor y yo nos miramos. Yo tenía razón. El cadáver tenía que ser el señor Quaverley. Nos fuimos a toda prisa; le expliqué a Bowden quién era Quaverley y de dónde había salido.

—No lo entiendo —dijo Bowden mientras caminábamos hacia el coche—. ¿Cómo sacó Hades al señor Quaverley de *todos* los ejemplares de *Chuzzlewit*.

—Porque fue por el manuscrito original —respondí—, para causar la máxima alteración. Todos los ejemplares por todo el planeta, en cualquier forma, se originan en ese primer acto de creación. Cuando cambia el original, todos los demás también tienen que cambiar. Si pudieses retroceder cien millones de años y cambiar el código genético del primer mamífero, cada uno de nosotros sería totalmente diferente. Es lo mismo.

—Vale —dijo Bowden lentamente—, ¿pero por qué lo hace Hades? Si es extorsión, ¿por qué matar a Quaverley?

Me encogí de hombros.

—Quizá sea un aviso. Quizá tenga otros planes. Hay peces mucho más importantes en *Martin Chuzzlewit* que el señor Quaverley.

—Entonces, ¿por qué no nos dice nada?

Hades y Goliath

«Durante toda mi vida he sentido al destino tirándome de la manga. Muy pocos de nosotros tenemos alguna idea concreta de qué debemos hacer aquí y cuándo debemos hacerlo. Todo pequeño acto produce un efecto dominó que acaba afectando de formas invisibles a todos los que nos rodean. Yo tuve la suerte de tener un propósito claro.»

THURSDAY NEXT

Una vida en OpEspec

Pero sí lo había hecho. Cuando volvimos, había una carta aguardándonos en la comisaría. Había esperado que fuese de Landen, pero no lo era. No llevaba sello y la habían dejado sobre la mesa esa mañana. Nadie había visto quién la había entregado.

Llamé a Victor tan pronto como la leí, dejando la hoja de papel sobre la mesa para evitar tocarla más de lo que ya lo había hecho. Victor se puso las gafas y leyó la nota en voz alta.

Estimada Thursday,

Cuando supe que te habías unido al personal de detectives literarios de Swindon casi creí en la intervención divina. Parece que al final podremos resolver nuestras diferencias. El señor Quaverley no fue más que el comienzo. Al propio Martin Chuzzlewit le caerá el hacha a continuación a menos que reciba lo siguiente: 10 millones de libras en billetes usados, un Gainsborough, preferiblemente el que tiene el niño de azul, ocho semanas de representación de *Macbeth* para mi amigo Thomas Hobbes en el teatro Old Vic, y quiero que cambiéis el nombre a un área de servicio de autopista llamándola «Leigh Delamere» en honor a la madre de un colega. Hay que indicar la aceptación colocando un pequeño anuncio en la edición del miércoles del *Swindon Globe* anunciando la venta de conejos de Angora y te daré más instrucciones.

Victor se sentó.

—Está firmada Acheron. ¡Imagina un *Martin Chuzzlewit* sin Chuzzlewit! exclamó seriamente, repasando todas las posibilidades—. El libro se acabaría, con el primer capítulo. ¿Pueden imaginar a los otros personajes esperando a un personaje principal que no aparecerá nunca? Sería como intentar representar *Hamlet* sin el príncipe.

—Bien, ¿qué hacemos? —preguntó Bowden.

—A menos que tengamos un Gainsborough que no queramos y diez millones en calderilla, recurriremos a Braxton.

Cuando entramos, Jack Schitt estaba en el despacho de Braxton Hicks. No se

ofreció a salir cuando le dijimos a Hicks que era importante y Hicks no se lo pidió.

—Bien, ¿qué pasa? —preguntó Braxton, mirando a Schitt de reojo, quien practicaba golf en la moqueta.

—Hades está vivo —le dije, mirando fijamente a Jack Schitt, quien alzó una ceja.

—¡Dios santo! —murmuró Schitt con un tono poco convincente—. Eso es una sorpresa.

Pasamos de él.

—Lea esto —dijo Victor, entregándole la nota de Acheron cubierta de celofán.

Braxton la leyó antes de pasársela a Schitt.

—Ponga el anuncio, agente Next —dijo Braxton altivo—. Parece haber impresionado a Acheron lo suficiente para que confíe en usted. Hablaré con mis superiores sobre sus exigencias y puede informarme cuando vuelva a ponerse en contacto con usted.

Se puso en pie para hacernos saber que la entrevista había terminado pero yo seguí sentada.

—¿Qué está pasando, señor?

—Eso es clasificado, Next. Nos gustaría que realizase la entrega para nosotros, pero ésa será su única implicación en la operación. El señor Schitt dispone de un pelotón extremadamente bien entrenado que se ocupará de la captura de Hades. Buenos días.

Aun así no me puse en pie.

—Va a tener que decirme más, señor. Mi tío está implicado, y si quiere que colabore, entonces tendré que saber qué está pasando.

Braxton Hicks me miró y entrecerró los ojos.

—Me temo...

—Qué demonios —intervino Schitt—. Díselo.

Braxton miró a Schitt, quien seguía practicando golf.

—Tendrá *usted* el honor, Schitt —dijo Braxton con furia—. Después de todo, es su espectáculo.

Schitt se encogió de hombros y acabó el tiro al hoyo. La bola dio en la marca y sonrió.

—Durante los últimos cien años se ha producido una inexplicable fertilización cruzada entre las obras de ficción y la realidad. Sabemos que el señor Analogy lleva un tiempo investigando el fenómeno, y sabemos del señor Glubb y otros personajes que han entrado en libros. No sabíamos de nadie que hubiese regresado, por lo que lo considerábamos un viaje de ida. Christopher Sly lo cambió todo.

—¿Ustedes le tienen? —preguntó Victor.

—No; regresó. Por voluntad propia, la verdad, aunque por desgracia al estar tan borracho no regresó a la versión de Will de *La fierecilla domada*, sino a una

interpretación desigual en uno de los Bad Quartos. Se evaporó en el aire un día mientras le observábamos.

Hizo una pausa dramática y limpió el *putter* con un enorme pañuelo rojo con topos.

—Desde hace un tiempo, la división de armamento avanzado de Goliath ha estado trabajando en un dispositivo para permitir abrir una puerta hacia una obra de ficción. Después de treinta años de investigación y un gasto fabuloso, todo lo que hemos logrado ha sido sintetizar un Cheddar de muy mala calidad a partir de los volúmenes uno a ocho de *El mundo del queso*. Sabíamos que Hades estaba interesado, y había rumores de experimentos clandestinos en Inglaterra. Cuando robaron el manuscrito *Chuzzlewit* y descubrimos que lo tenía Hades, supe que íbamos por buen camino. El secuestro de su tío sugería que había perfeccionado una máquina y la extracción de Quaverley lo demostró. Cazaremos a Hades, aunque realmente lo que queremos es la máquina.

—Olvida —dije lentamente—, que la máquina no les pertenece; conociendo a mi tío, destruirá la idea para siempre antes que entregársela a los militares.

—Lo sabemos todo sobre Mycroft, señorita Next. Descubrirá que semejante salto cuántico en el conocimiento científico no debe ser propiedad de un hombre incapaz de comprender el verdadero potencial de su dispositivo. La tecnología pertenece a la nación.

—Se equivoca —dije obstinadamente, poniéndome en pie para salir—. Se equivoca todo lo que es posible equivocarse. Mycroft destruye toda máquina que cree que puede tener un potencial militar devastador; si todos los científicos se parasen a pensar en los posibles efectos de sus descubrimientos, ahora el mundo sería un lugar mucho más seguro para todos.

Schitt aplaudió lentamente.

—Un discurso valiente, pero ahórreme la moralina, Next. Si quiere refrigeradores, su coche, una casa bonita, asfalto en las carreteras y un servicio de salud, entonces dé las gracias al negocio del armamento. Gracias a la economía de guerra que nos impulsa y gracias a Goliath. Crimea es buena, Thursday... Buena para Inglaterra y especialmente buena para la economía. Usted ridiculiza el negocio del armamento pero sin él seríamos un país de décima categoría luchando por mantener estándares de vida cercanos a los de nuestros vecinos europeos. ¿Eso le gustaría más?

—Al menos tendríamos la conciencia tranquila.

—Ingenuo, Next, muy ingenuo.

Schitt volvió a su golf y Braxton siguió con la explicación.

—Agente Next, estamos dando todo el apoyo posible a la Corporación Goliath en este asunto. Queremos que nos ayude usted a atrapar a Hades. Usted le conoce de su época de universidad y la carta va dirigida a usted. Aceptaremos sus exigencias y

acordaremos un punto de entrega. Luego le seguiremos y le arrestaremos. Simple. Goliath obtiene el Portal de Prosa, nosotros obtenemos el manuscrito, su tío y su tía quedan libres y OpEspec 5 tiene a Hades. Todo el mundo saca algo y por tanto todo el mundo está contento. Así que por ahora, nos sentamos a esperar noticias de la entrega.

—Conozco tan bien como usted las reglas de ceder a la extorsión, señor. A Hades no se le engaña con facilidad.

—No llegará hasta ahí —respondió Hicks—. Le daremos el dinero y le pillaremos mucho antes de que pueda escapar. Tengo total confianza en los operativos de Schitt.

—Con todos los respetos, señor, Acheron es más listo y duro de lo que pueda imaginar. Deberíamos hacerlo nosotros. No necesitamos a los mercenarios de Schitt dando tiros en todas direcciones.

—Permiso denegado, Next. Hará lo que le digo, o no hará nada. Creo que eso es todo.

Debería haber sentido más furia, pero no la sentía. No había habido ninguna sorpresa —Goliath *nunca* aceptaba compromisos—. Y cuando no hay sorpresas, es difícil cabrearse. Tendríamos que trabajar con lo que teníamos.

Cuando regresamos a la oficina volví a llamar a Landen. En esta ocasión respondió una mujer; pedí hablar con él.

—Está dormido —respondió de inmediato.

—¿Puede despertarle? —pregunté—. Es importante.

—No, no puedo. ¿Quién es usted?

—Me llamo Thursday Next.

La mujer emitió una risita que no me gustó.

—Me lo contó todo sobre ti, Thursday.

Lo dijo con desdén; me cayó mal al instante.

—¿Con quién hablo?

—Soy Daisy Mutlar, querida, la *prometida* de Landen.

Me recliné lentamente en la silla y cerré los ojos. No me podía estar pasando esto. No era de extrañar que Landen me preguntase con cierta urgencia si iba a perdonarle.

—Has cambiado de opinión, ¿no es así, cariño? —preguntó Daisy con tono burlón—. Landen es un buen hombre. Esperé casi diez años por ti, pero me temo que ahora me quiere a mí. Quizá si tienes suerte te enviemos un trozo del pastel, y si quieres mandar un regalo, la lista de bodas está en Camp Hopson.

Me obligué a tragar el nudo de la garganta.

—¿Cuándo es el feliz día?

—¿Para ti o para mí? —Daisy rió—. Para ti, ¿quién sabe? En cuanto a mí, el querido Landy y yo nos convertiremos en el señor y la señora Parke-Laine en dos semanas a partir del sábado.

—Déjame hablar con él —exigí, subiendo el tono de voz.

—Cuando despierte, es *posible* que le diga que llamaste.

—¿Quieres que vaya allí a dar golpes en la puerta? —pregunté, alzando aún más la voz. Bowden me miró desde el otro lado de la mesa alzando una ceja.

—Escucha, zorra estúpida —dijo Daisy en voz muy baja por sí Landen la oía—, podías haberte casado con Landen y la jodiste. Se ha acabado. Ve y búscate un sabiondo de detectives literarios o algo... Por lo que he visto, todos los payasos de OpEspec sois un montón de bichos raros.

—Escúchame bien...

—No —me cortó Daisy—. *Tú* me escucharás. ¡Si intentas hacer algo que interfiera con mi felicidad te retorceré tu estúpido cuello!

Colgó. Devolví el auricular con rapidez a la base y agarré el abrigo del respaldo de la silla.

—¿Adónde va? —preguntó Bowden.

—Al campo de tiro —respondí—, y puede que me quede un buen rato.

El juego de la espera

«Para Hades, la pérdida de cualquier Felix le recordaba la tristeza de la muerte del primer Felix. En esa ocasión, había sido un golpe terrible; no sólo había sido la muerte de un amigo de confianza y un colega del crimen, sino también la terrible comprensión de que las emociones alienígenas de pérdida dejaban al descubierto su ascendencia medio humana, algo que aborrecía. No era de extrañar que el primer Felix y él se llevaran tan bien. Como Hades, Felix era verdaderamente degenerado y amoral. Por desgracia para Felix, no compartía ninguno de los atributos más demoníacos de Hades y había detenido una bala con el estómago el día en que él y Hades intentaron robar el banco Goliath de Hartlepool en 1975. Felix aceptó su muerte con estoicismo, animando a su amigo a “continuar con la buena obra” antes de que Hades tranquilamente le impidiese seguir sufriendo. Por respeto a la memoria de su amigo, retiró la cara de Felix y se la llevó con él lejos de la escena del crimen. Todo servidor *expropiado* desde entonces al público ha tenido el dudoso honor no sólo de compartir el nombre del único amigo verdadero de Acheron, sino también de llevar sus rasgos.»

MILLON DE FLOSS

Vida tras la muerte para Felix Tabularasa

Bowden puso el anuncio en el *Swindon Globe*. Pasaron dos días antes de que todos nos sentásemos en el despacho de Victor para comparar notas.

—Hemos tenido setenta y dos respuestas —anunció Victor—. Por desgracia, todas preguntaban por los conejos.

—Pusiste un precio así como bajo, Bowden —dije para hacer una gracia.

—No tengo muchos conocimientos sobre asuntos de conejos —afirmó Bowden altivo—. A mí me parecía un precio justo.

Victor dejó un expediente sobre la mesa.

—La policía consiguió al fin identificar al tipo al que disparasteis en donde Sturmev Archer. No tenía huellas digitales y tenías razón en lo de la cara, Thursday... No era la suya.

—Bien, ¿quién era?

Victor abrió el informe.

—Era un contable de Newbury llamado Adrian Smarts. Desapareció hace dos

años. No tiene pasado criminal; ni siquiera una multa de tráfico. Era una buena persona. Un hombre de familia, que iba a la iglesia y se entregaba con entusiasmo a obras benéficas.

—Hades robó su voluntad —murmuré—. Las almas más limpias son las más fáciles de ensuciar. No quedaba mucho de Smarts cuando le disparamos. ¿Qué hay de la cara?

—Siguen trabajando en ello. Puede que sea más difícil de identificar. Según el informe forense, Smarts no era la primera persona en llevar esa cara.

Arranqué.

—Entonces, ¿cómo sabemos que va a ser la última?

Victor supo a qué me refería, descolgó el teléfono y llamó a Hicks. En veinte minutos, un destacamento de OE-14 había rodeado la funeraria donde se hacía entrega de los restos de Smarts a la familia. Llegaron demasiado tarde. Habían robado la cara que Smarts había estado llevando durante los dos últimos años. Las cámaras de seguridad, evidentemente, no mostraron nada.

La noticia de la próxima boda de Landen me había afectado mucho. Descubrí más tarde que Daisy Mutlar era alguien a quien había conocido durante una firma de libros un año antes. Era, aparentemente, bonita y atractiva, pero un poco rellenita, pensaba yo. Tampoco tenía una gran cabeza, o al menos, eso es lo que me dije a mí misma. Landen había dicho que quería una familia y supongo que la merecía. Al ir aceptando la situación incluso empecé a reaccionar positivamente a los lamentables intentos de Bowden por invitarme a cenar. No teníamos mucho en común, excepto el interés por quién escribió *realmente* las obras de Shakespeare. Miré al otro lado de la mesa para ver cómo examinaba un trozo de papel con una firma dudosa garabateada encima. El papel era original y también lo era la tinta. La letra, por desgracia, no.

—Adelante —dije, recordando la conversación cuando almorzamos juntos—, háblame de Edward De Vere, el conde de Oxford.

Bowden pensó durante un momento.

—El conde de Oxford era escritor, de eso podemos estar seguros. Meres, un crítico de la época, en 1598 lo comenta en *Palladis Tamia*.

—¿Podría haber escrito las obras? —pregunté.

—*Podría* —respondió Bowden—. El problema es que Meres también detalla muchas obras de Shakespeare y se las atribuye a Shakespeare. Por desgracia, eso sitúa a Oxford, al igual que Derby y Bacon, en la teoría del testafarro, según la cual debemos creer que Will no era más que una barba postiza para genios mayores que él, ahora ocultos a la historia.

—¿Es tan difícil de creer?

—Quizá no. La Reina Blanca solía creer seis cosas imposibles antes del desayuno y no parecía causarle ningún daño. La teoría del testafarro es *posible*, pero hay

algunos detalles más a favor de Oxford como Shakespeare.

Hubo una pausa. La autoría de las obras era algo que mucha gente se tomaba muy en serio, y muchas grandes mentes habían dedicado vidas enteras al problema.

—La teoría dice que Oxford y un grupo de cortesanos eran empleados de la corte de la reina Isabel, encargados de producir obras en apoyo del gobierno. Parece tener algo de cierto.

Abrió un libro y me leyó un párrafo subrayado.

«Un grupo de hacedores cortesanos, nobles y caballeros, que han escrito excelentemente bien, como parecería si su obra pudiese encontrarse y hacerse pública con el resto, de entre los cuales destaca como primero ese noble caballero, el conde de Oxford.»

Cerró el libro de un golpe.

—Puttenham en 1598. Oxford recibió una concesión anual de mil libras para ese propósito, aunque es difícil saber si era para escribir las obras o para otro proyecto totalmente diferente. No hay prueba *positiva* de que fuese él quien escribiese las obras. Sobreviven algunas líneas de poesía similar a la de Shakespeare, pero no es concluyente; tampoco lo es el león blandiendo una lanza en el escudo de armas de Oxford.

—Y murió en 1604 —dije.

—Sí, eso también. Las teorías del testafierro no parecen encajar. Si crees que Shakespeare podría haber sido un noble que deseaba permanecer anónimo, yo me olvidaría. Si alguien más *escribió* las obras yo buscaría otro hombre común de la época isabelina, un hombre de un intelecto asombroso, arrojo y carisma.

—¿Kit Marlowe? —pregunté.

—El mismo.

Hubo una conmoción en el otro lado de la oficina. Victor colgó el teléfono con fuerza y nos llamó con un gesto.

—Era Schitt; Hades se ha puesto en contacto. Nos quiere en el despacho de Hicks dentro de media hora.

La entrega

«Yo debía realizar la entrega. Nunca antes había llevado un maletín con diez millones de libras. De hecho, tampoco lo llevé entonces y nunca lo haré. Jack Schitt, en su arrogancia, había dado por supuesto que capturaría a Hades mucho antes de que pudiese mirar el dinero. Vaya un bobo. La pintura del Gainsborough apenas estaba seca y la Compañía Inglesa de Shakespeare no colaboraba. La única parte del acuerdo con Acheron que se había cumplido había sido el cambio del nombre al área de servicio de la autopista. Kington St. Michael era ahora Leigh Delamere.»

THURSDAY NEXT

Una vida en OpEspec

Poco después Braxton Hicks nos detalló el plan —quedaba una hora para la entrega—. Era la forma que tenía Jack Schitt de asegurarse de que ninguno de nosotros intentábamos trazar planes propios. En todos los sentidos se trataba de una Operación de Goliath —Bowden, Victor y yo estábamos destinados simplemente a añadir credibilidad en caso de que Hades estuviese vigilando—. La entrega se realizaría en un puente redundante de ferrocarril; la única forma de llegar era por dos carreteras y la línea de ferrocarril en desuso, que sólo era transitable en un cuatro por cuatro. Los hombres de Goliath cubrirían ambas carreteras y la vía férrea. Tenían órdenes de dejarle pasar, pero no salir. Todo parecía perfectamente claro —sobre el papel.

El camino hasta la vía férrea en desuso fue normal, aunque el Gainsborough falso ocupaba más espacio en el Speedster del que yo había imaginado. Los hombres de Schitt estaban bien escondidos; Bowden y yo no vimos ni un alma mientras nos dirigíamos al punto desierto.

El puente seguía en buen estado, aunque hacía tiempo que había dejado de tener utilidad. Aparqué el coche a cierta distancia y caminé sola hasta el puente. Hacía buen día, y apenas se oía nada. Miré por encima del parapeto pero no pude ver nada fuera de lugar, sólo el enorme cauce de la vía, ligeramente ondulado allí donde años atrás habían retirado las traviesas de la vía férrea. Crecían pequeños arbustos siguiendo las piedras, y cerca de la vía había una caja de señales desierta en la que podía ver la parte superior de un periscopio vigilándome. Di por supuesto que era uno

de los hombres de Schitt y miré el reloj. Era la hora.

El sonido amortiguado de una radio llamó mi atención. Incliné la cabeza e intenté deducir de dónde venía.

—Puedo oír el zumbido de una radio —dije al walkie-talkie.

—No es de las nuestras —respondió Schitt desde la base de control en una granja desierta a quinientos metros de distancia—. Te sugiero que la encuentres.

La radio estaba envuelta en plástico y colocada en las ramas de un árbol al otro lado de la carretera. Era Hades y la comunicación era muy mala, sonaba como si Hades fuese en coche.

—¿Thursday?

—Aquí.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Cómo estás? Lamento haber tenido que hacer lo que hice pero ya sabes lo desesperados que nos ponemos los psicópatas.

—¿Mi tío está bien?

—De maravilla, querida amiga. Se lo está pasando en grande; semejante intelecto, sabes, pero tan *absolutamente* poco centrado. Con su mente y mi capacidad podríamos gobernar el mundo en lugar de tener que recurrir a estas extorsiones banales.

—Ya puedes acabar —le dije.

Hades pasó de mí y siguió hablando:

—No intentes ninguna heroicidad, Thursday. Como debes de haber supuesto, tengo el manuscrito *Chuzzlewit* y no tengo reparos en alterarlo.

—¿Dónde estás?

—¡Tut, tut, Thursday!, ¿con quién crees que hablas? Discutiremos los términos de la liberación de tu tío tan pronto como tenga mi dinero. En el parapeto verás un mosquetón unido a un cable. Coloca el dinero y el Gainsborough en el parapeto y fíjalos. Una vez que lo hayas hecho, iré a recogerlos. ¡Hasta que nos volvamos a ver, señorita Thursday Next!

Les repetí a los otros lo que me había dicho. Me dijeron que hiciese lo que me había indicado.

Coloqué el maletín Gladstone con el dinero sobre el parapeto y lo uní al Gainsborough. Regresé al coche, me senté en el capó y miré atentamente el botín de Hades. Pasaron diez minutos, luego media hora. Pedí consejo a Victor pero se limitó a decirme que siguiese donde estaba.

El sol calentaba cada vez más y las moscas volaban alegres alrededor de los setos. Podía oler el ligero olor del heno recién volteado y oír a lo lejos el suave zumbido del tráfico. Daba la impresión de que Hades nos estaba probando, lo que no era nada

inusual en la delicada tarea de pagar rescates. Cuando secuestraron al Escritor Poético Nacional cinco años atrás, habían hecho falta nueve intentos antes de poder entregar con éxito el rescate. Tras lo cual el EPN fue liberado en perfecto estado; resultó que él lo había preparado todo para incrementar las tristes ventas de su decididamente aburrida autobiografía.

Me aburrí y regresé al parapeto, pasando de las peticiones de Schitt para que me retirase. Jugueteeé con el mosquetón y distraídamente seguí el delgado cable de alta resistencia que había estado oculto en el enladrillado. Lo seguí hasta la tierra suelta en la base del parapeto, donde abandonaba el puente. Lo recogí lentamente y lo encontré unido a una correa elástica, enrollada como una serpiente bajo algo de hierba seca. Intrigada, seguí la correa hasta otro cable de alta resistencia. Éste estaba unido cuidadosamente a un poste telegráfico y luego se extendía tres metros sobre mi cabeza en un enorme lazo doble hasta otro poste al otro extremo del puente. Fruncí el ceño cuando el rugido bajo de un motor me hizo volverme. No podía ver nada, pero el motor se me acercaba claramente, y con mucha rapidez. Miré la base de gravilla del viejo ferrocarril, esperando ver un cuatro por cuatro, pero no había nada. El estruendo del motor que se aproximaba se incrementó dramáticamente a medida que un avión ligero apareció de detrás de un terraplén, hasta donde evidentemente había volado bajo para no ser detectado.

—¡Avión! —grité al walkie-talkie—. ¡Tienen un avión!

Entonces comenzaron los disparos. Era imposible saber quién había empezado, o incluso de dónde venían, pero en un instante el tranquilo campo se llenó de los estallidos intensos e informes de las pequeñas armas de fuego. Me agaché instintivamente cuando varios disparos alcanzaron el parapeto, lanzando una lluvia de polvo rojo de ladrillo. Saqué mi automática y solté el seguro justo cuando el avión me pasaba por encima. Lo reconocí como el tipo de avión de observación de ala alta que usaban en Crimea para encontrar a las unidades de artillería; había retirado la portezuela lateral y sentado medio fuera del avión con un pie en la estructura del ala se encontraba Acheron. Sostenía una ametralladora ligera y disparaba con satisfacción a todo lo que veía. Salpicó la desvencijada caja de señales y los hombres de Goliath devolvieron el fuego con igual entusiasmo; ya podía ver varios agujeros en la estructura del avión. Tras el avión, agitándose en su estela, iba un arpeo con un garfio. Al pasar, el garfio atrapó el cable tendido entre los postes telegráficos y se llevó la bolsa Gladstone y la pintura, con la correa elástica absorbiendo la tensión inicial de la recogida. Me puse en pie de un salto y empecé a disparar al avión ya en retirada, pero se inclinó mucho y se hundió tras el terraplén, con la bolsa y el Gainsborough agitándose peligrosamente al extremo de la cuerda. Retrasarse ahora sería perderlos definitivamente y quizá también perder cualquier posibilidad real de atrapar a Hades, así que corrí al coche y salí marcha atrás en medio de una lluvia de

tierra y piedrecillas. Bowden se subió con expresión grave y se puso el cinturón de seguridad.

Pero el aeroplano no había terminado con nosotros. La pequeña nave ejecutó un picado corto para ganar velocidad y luego remontó con una inclinación a la izquierda casi vertical, la punta del ala de babor rozando la copa de una gran haya cuando el piloto viró hacia nosotros. Un Studebaker lleno de hombres de Goliath se había puesto en marcha pero frenó violentamente cuando el aeroplano se les acercó rozando, el piloto dándole a fondo al timón izquierdo para dejar a Acheron una mejor visión del blanco. El coche negro fue pronto una masa de agujeros de bala y cayó a una zanja. Yo pisé el freno cuando otro Studebaker salió justo delante de mí. Acheron también lo condimentó con balas y corrió hacia un muro bajo que se aproximaba al puente. El avión pasó por encima de mí, con el Gainsborough tan bajo que le dio al capó del coche y el traqueteo de los disparos recibió ahora sólo una respuesta sin convicción por parte de los hombres de Schitt.

Pisé con fuerza el acelerador y salí en persecución del avión, dejando atrás a los dos coches destrozados y pasando por encima del puente. Por delante de nosotros había una carretera recta y el avión de Hades se esforzaba contra un ligero viento de frente; con un poco de suerte podríamos alcanzarles. Al final de la recta había un desvío y justo delante una entrada cerrada a un campo. El avión siguió de frente. Bowden me miró nervioso.

—¿Qué camino? —gritó.

En respuesta, saqué la automática, apunté a la puerta y disparé. Los dos primeros disparos fallaron, pero los otros tres acertaron; las bisagras saltaron y la puerta cayó mientras entrábamos a tumbos en el campo, que resultó estar poblado por un rebaño de vacas perplejas. El avión seguía volando, y aunque no estábamos acortando distancias, al menos nos manteníamos a su alcance.

—En persecución de sospechosos en aeroplano en dirección, eh, este, creo —gritó Bowden por la radio policial.

Un avión era lo único en lo que no habíamos pensado. Aunque había una nave aérea de la policía en la zona, sería demasiado lenta para poder impedir la huida del avión.

Avanzamos por una ligera pendiente, esquivando vaquillas y dirigiéndonos al otro extremo del campo, donde un granjero en su Land Rover estaba cerrando la puerta. Miró con perplejidad al ver el coche deportivo cubierto de barro que se le acercaba con rapidez pero aun así abrió la puerta. Le di un golpe total al volante, giré a la derecha y me deslicé de costado por la carretera con una rueda trasera en la zanja antes de recuperarme y acelerar con rapidez, ahora en ángulo recto a donde queríamos ir. El siguiente giro a la izquierda daba a una granja, así que ahí entramos, espantando en todas direcciones a los pollos asustados mientras buscábamos un

camino que diese a los campos que había más allá. El avión seguía siendo visible, pero desvíos como éstos no hacían más que incrementar la distancia.

—¡Granja Hollycroft! —gritó Bowden por la radio, intentando mantener informado de nuestros progresos a cualquiera que pudiese sentirse interesado. Encontré un camino de salida de la granja a través de un huerto por medio de una verja de alambre de espino que marcó cinco arañazos horizontales en la pintura del coche. A través de la hierba fuimos más rápido, traqueteando pesadamente sobre surcos endurecidos provocados el invierno anterior. En dos ocasiones el coche rebotó, pero al menos avanzábamos. Al colocarnos debajo del avión, éste abruptamente se inclinó a la izquierda. Yo hice lo mismo y entramos en un bosque siguiendo un camino para leñadores. Apenas podíamos ver el avión sobre nuestras cabezas a través del follaje que nos pasaba intermitentemente sobre nuestras cabezas.

—¡Thursday...! —gritó Bowden para hacerse oír por encima del estruendo del motor.

—¿Qué?

—Carretera.

—¿Carretera?

—Carretera.

Dimos con la carretera a toda velocidad y saltamos del suelo por el peralte. El coche voló por los aires, aterrizó ligeramente ladeado y derrapó hasta un matorral de zarzamoras. El motor se paró pero lo arranqué otra vez con rapidez y me dirigí en la dirección del aeroplano. Aceleré carretera arriba y abandoné el bosque; el avión iba por delante de nosotros, pero sólo cien metros. Volví a pisar el acelerador y el coche avanzó con fuerza. Giramos a la derecha para entrar en otro campo y atravesamos la hierba, ganando distancia al avión, que todavía volaba de cara al viento.

—¡Thursday!

—¿Ahora qué?

—¡Nos acercamos a un río!

Era cierto. A izquierda y a derecha y a no más de media milla de distancia, la ancha extensión del Severn bloqueaba la ruta. Acheron se dirigía a Gales y la frontera, y no parecía que hubiese nada que pudiésemos hacer.

—¡Agarra el volante!—grité al acercarnos por detrás del avión.

Bowden miró la ribera fluvial con nerviosismo. Íbamos a casi ciento diez kilómetros por hora sobre una zona de hierba, y pronto llegaríamos al punto de no retorno. Apunté cuidadosamente con ambas manos y disparé al aeroplano. Dio un bandazo y se inclinó violentamente. Durante un momento creí que le había acertado al piloto, pero el avión cambió rápidamente de dirección; simplemente había hecho un descenso en picado para ganar velocidad.

Lancé un juramento, pisé el freno y giré el volante. El coche saltó sobre la hierba

y se desplazó de lado atravesando otra valla antes de deslizarse por una ribera y acabar parado en el borde del agua con una rueda delantera metida en el río. Salté del coche y disparé al avión en la distancia en un gesto fútil hasta que no me quedaron balas en la pistola, medio esperando que Acheron diese la vuelta y realizase un pase bajo, pero no fue así. El avión, con Hades, un Gainsborough falso y diez millones de libras en billetes de pega, se perdió en la distancia.

Salimos y examinamos los daños del coche.

—Siniestro total —murmuró Bowden después de realizar un último informe de posición por la radio—. Pronto Hades se dará cuenta de que el dinero que le hemos dado *no* es de la mejor calidad.

Miré al avión, que ahora era un punto diminuto en el horizonte.

—¿En dirección a la República? —sugirió Bowden.

—Podría ser —respondí, preguntándome cómo íbamos a llegar hasta él si se refugiaba en Gales. Había acuerdos de extradición, pero las relaciones anglo-galesas no eran buenas y el Politburó tendía a considerar amigo a cualquier enemigo de los ingleses.

—¿Ahora qué? —preguntó Bowden.

—No estoy segura —respondí lentamente—, pero me parece que si no has leído *Martin Chuzzlewit*, deberías hacerlo lo antes posible. Tengo la sensación de que tan pronto como Acheron descubra que le han tomado el pelo, Martin será el siguiente en pasar por el cadalso.

El avión de Hades desapareció en la distancia. Todo estaba en silencio, sólo se oía el suave chapalear del río. Me tendí en la hierba y cerré los ojos, intentando obtener algunos momentos de paz antes de que volviésemos a caer en el torbellino de Goliath, Hades, *Chuzzlewit* y demás. Era un momento de calma —el ojo del huracán—. Pero no pensaba en nada de eso. Seguía pensando en Daisy Mutlar. La noticia sobre ella y Landen era simultáneamente inesperada y esperada; él podría haberlo mencionado, claro, pero vamos, después de diez años de ausencia, no tenía ninguna obligación de hacerlo. Me encontré preguntándome cómo sería tener hijos y luego preguntándome cómo sería no llegar a saberlo nunca.

Bowden se me unió en la hierba. Se quitó un zapato y vació la gravilla.

—Ese puesto en Ohio del que te hablaba, ¿recuerdas?

—¿Sí?

—Esta mañana confirmaron el nombramiento.

—¡Genial! ¿Cuándo empiezas?

Bowden bajó la vista.

—Todavía no he aceptado.

—¿Por qué no?

—¿Alguna vez... mmm... has estado en Ohio?—preguntó con tono de voz

inocente.

—No; pero he estado en Nueva York varias veces.

—Me han contado que es muy bonito.

—Gran parte de América lo es.

—Me ofrecen el doble de la paga de Victor.

—Buen trato.

—Y dicen que puedo llevar a alguien conmigo.

—¿En quién has pensado?

—En ti.

Le miré, y su expresión apremiante y esperanzada lo decía todo. No le había considerado un compañero o jefe permanente. Supuse que trabajar a sus órdenes sería como trabajar otra vez a órdenes de Boswell. Un adicto al trabajo que esperaba lo mismo de los demás.

—Es una oferta muy generosa, Bowden.

—Entonces, ¿lo pensarás?

Me encogí de hombros.

—No puedo pensar en nada excepto Hades. Después de vivir con él todo el día, tenía la esperanza de no tener que soportar su presencia por las noches, pero también está ahí, mirándome burlón en mis sueños.

Bowden no tenía esos sueños, pero tampoco había visto todo lo que Hades podía hacer. Los dos nos quedamos en silencio y permanecimos así una hora, observando al río fluir lánguidamente hasta que llegó la grúa.

Me estiré en la enorme bañera de hierro de mi madre y le di un trago al gin-tonic grande que me había traído a escondidas. En el garaje habían dicho que sería mejor convertir el Speedster en chatarra, pero yo les dije que lo volviesen a poner en la carretera *a cualquier precio* porque todavía le quedaban tareas importantes que cumplir. Mientras me iba quedando dormida en las cálidas aguas con olor a pino, llamaron a la puerta. Era Landen.

—¡Mierda, Landen! ¿Una chica no se puede dar un baño en paz?

—Lo siento, Thurs.

—¿Cómo has entrado en casa?

—Tu madre me dejó entrar.

—Por supuesto que lo hizo. ¿Qué quieres?

—¿Puedo pasar?

—No.

—Hablaste con Daisy.

—Sí, lo hice. ¿De verdad te vas a casar con esa vaca?

—Comprendo que estés furiosa, Thursday. No quería que lo supieses de esta forma. Iba a decírtelo yo mismo, pero como te fuiste apresuradamente la última vez

que estuvimos juntos...

Se produjo un silencio incómodo. Miré fijamente a los grifos.

—Sigo adelante —dijo Landen al fin—. El próximo junio cumpliré cuarenta y uno y quiero una familia.

—¿Y Daisy te la dará?

—Claro; es una gran chica, Thursday. No es tú, claro, pero es una gran chica; muy...

—¿De confianza?

—De fiar, quizá. No es emocionante, pero es *segura*.

—¿La amas?

—Claro.

—Entonces parece que hay poco de lo que hablar. ¿Qué quieres de mí? Landen vaciló.

—Simplemente quería asegurarme de estar tomando la mejor decisión.

—Dijiste que la amabas.

—La amo.

—Y ella te dará los hijos que quieres.

—Eso también.

—Entonces creo que debes casarte con ella.

Landen vaciló ligeramente.

—Por tanto, ¿te parece bien?

—No necesitas mi permiso.

—No es eso lo que quiero decir. Simplemente quería preguntarte si creías que todo esto podría haber tenido un final diferente.

Me coloqué una toallita sobre la cara y gemí en silencio. No era algo con lo que quisiese lidiar ahora mismo.

—No. Landen, *debes* casarte con ella. Se lo prometiste y además... —pensé con rapidez—... tengo un trabajo en Ohio.

—¿Ohio?

—Como detective literaria. Uno de mis colegas del trabajo me lo ofreció.

—¿Quién?

—Un tipo llamado Cable. También es una gran persona.

Landen se rindió, suspiró, me dio las gracias y prometió enviarme una invitación. Dejó la casa en silencio; cuando bajé, diez minutos más tarde, mi madre todavía llevaba la expresión tristonada de «desearía que él fuese mi yerno».

Martin Chuzzlewit se salva

«Mi principal preocupación en todos los trabajos que he realizado durante los últimos cuarenta o más años ha sido la *elasticidad* de los cuerpos. Uno tiende a pensar que a esa categoría pertenecen exclusivamente sustancias como la goma, pero casi todo lo que uno puede concebir se puede doblar o estirar. Incluyendo, por supuesto, el espacio, el tiempo, la distancia y la realidad...»

Profesor MYCROFT NEXT

—¡Crofty...!

—¡Polly...!

Se encontraron en la orilla del lago, cerca de la franja de narcisos que se agitaban tranquilamente bajo la brisa. El sol brillaba con fuerza, arrojando luz moteada sobre la orilla cubierta de hierba en la que se encontraban. A su alrededor, el olor de la primavera cubría la tierra, trayendo con él la sensación de calma y tranquilidad que adormecía los sentidos y relajaba el alma. Un poco más abajo había un anciano con capa negra sentado sobre una piedra, arrojando ociosamente guijarros al agua cristalina. De hecho, hubiese podido ser casi perfecto, de no ser por la presencia de Felix8, con la cara no del todo sanada todavía, de pie entre los narcisos, vigilando atentamente a sus prisioneros. Preocupado por el compromiso de Mycroft para con el plan, Acheron le había permitido entrar en «Vagué solitario como una nube» para ver a su esposa.

—¿Has estado bien, mi amor? —preguntó Mycroft.

Ella señaló subrepticamente en dirección a la figura de la capa.

—He estado bien, aunque el señor W de ahí parece creerse un regalo de Dios para las mujeres. Me invitó a ir con él a algunos trabajos no publicados. Algunas frases floridas y se cree que soy suya.

—¡El muy canalla! —exclamó Mycroft, poniéndose en pie—. ¡Creo que voy a darle un puñetazo en la nariz!

Polly le tiró de la manga y le obligó a sentarse. Estaba ruborizada y emocionada ante la idea de que su esposo septuagenario y Wordsworth se pelesen por ella; hubiese sido toda una historia de la que enorgullecerse en las reuniones de la Federación de Mujeres.

—¡Bien, vale...! —dijo Mycroft—. Esos poetas son unos mujeriegos

incorregibles. Hizo una pausa—. Dijiste que no, claro.

—Bien, sí, naturalmente.

Miró a Mycroft con la sonrisa más dulce, pero él ya estaba en otra cosa.

—No abandones «Narcisos», o no sabré dónde encontrarte.

Se dieron la mano y juntos miraron al otro lado del lago. No había orilla opuesta, y los guijarros que Wordsworth lanzaba al agua saltaban y unos momentos después aterrizaban en la playa. Aparte de eso, el paisaje era indistinguible de la realidad.

—Hice algo un poco tonto —anunció Mycroft de pronto, bajando la vista y alisando la hierba con la palma.

—¿Cómo de tonto? —preguntó Polly, consciente de lo precario de la situación.

—Quemé el manuscrito de *Chuzzlewit*.

—¿Hiciste *qué*?

—Dije...

—Lo oí. Un manuscrito original como ése está más allá de todo valor. ¿Qué te impulsó a hacer algo así?

Mycroft suspiró. No era una acción que hubiese realizado a la ligera.

—Sin el manuscrito original —explicó—, es imposible realizar alteraciones importantes en la obra. Te conté que ese maniaco eliminó al señor Quaverley y le hizo matar. No creo que se detuviese ahí. ¿Quién sería el siguiente? ¿La señora Gamp? ¿El señor Pecksniff? ¿El propio Martin Chuzzlewit? Quiero pensar que más bien le hice un favor al mundo.

—Y destruir el manuscrito lo impide, ¿no?

—Claro; si no hay manuscrito original, no hay alteraciones en masa.

Ella le sostuvo la mano con fuerza mientras una sombra caía sobre los dos.

—Se ha acabado el tiempo —dijo Felix8.

Yo había acertado y me había equivocado en mis predicciones sobre las acciones de Acheron. Como Mycroft me contó posteriormente, Hades se había puesto furioso al descubrir que nadie le había tomado en serio, pero la acción de Mycroft de destruir *Chuzzlewit* simplemente le había hecho reír. Para un hombre que no estaba acostumbrado a ser burlado, disfrutaba de la experiencia. En lugar de arrancarle a Mycroft los miembros uno a uno, como él había creído, se limitó a darle la mano.

—Felicidades, señor Next —sonrió—. Su acto fue valiente e ingenioso. Valiente, ingenioso, pero por desgracia, inútil. No escogí *Chuzzlewit* por casualidad, ¿sabe?

—¿No? —replicó Mycroft.

—No. En los cursos avanzados del instituto me hicieron estudiar el libro y acabé odiando ese montoncillo de estiércol. Toda esa moralina y los interminables sermones sobre el egoísmo. *Chuzzlewit* sólo me resulta marginalmente menos tedioso que *Nuestro amigo común*. Incluso si hubiesen pagado el rescate, le hubiese matado igualmente y hubiese disfrutado tremendamente de la experiencia.

Dejó de hablar, le sonrió a Mycroft y continuó:

—Su intervención ha permitido que Martin Chuzzlewit siga con sus aventuras. La pensión Todger no arderá y podrán continuar sin problemas con sus vidas patéticas.

—Me alegra saberlo —respondió Mycroft.

—Guárdese el sentimiento, señor Next, no he terminado. Dada su acción, tendré que encontrar una alternativa. Un libro que al contrario que *Chuzzlewit* tenga verdadero valor literario.

—*Grandes esperanzas* no.

Acheron le miró con tristeza.

—Ahora nos encontramos más allá del territorio Dickens, señor Next. Me hubiese gustado entrar en *Hamlet* y estrangular a ese insoportable danés depresivo, o incluso brincar al interior de *Romeo y Julieta* y acabar con ese imbécil de Romeo. —Suspiró antes de continuar—. Por desgracia, no sobrevive ninguno de los manuscritos originales del Bardo. —Pensó un momento—. Quizás a la familia Bennett le venga bien una poda...

—¿*Orgullo y prejuicio*? —gritó Mycroft—. ¡Monstruo sin corazón!

—Los halagos ya no te servirán de nada, Mycroft. *Orgullo y prejuicio* sin Elizabeth o Darcy sería una banalidad tonta, ¿no crees? Pero quizá nada de Austen. ¿Por qué no Trollope? Una bomba de metralla bien situada en Barchester podría ser una distracción entretenida. Estoy seguro de que la pérdida del señor Crawley haría volar algunas plumas. Por tanto, ya ve usted, mi querido Mycroft, que salvar al señor Chuzzlewit puede que haya sido una estupidez.

Volvió a sonreír y le habló a Felix8.

—Amigo mío, ¿por qué no haces algunas preguntas y descubres qué manuscritos originales están disponibles y dónde se encuentran?

Felix8 miró fríamente a Acheron.

—No soy secretario, señor. Creo que el señor Hobbes sería mucho más adecuado para la tarea.

Acheron frunció el ceño. De todos los Felix, sólo Felix3 había contradicho una orden directa. El desdichado Felix3 había sido liquidado tras una decepcionante actuación al vacilar durante un robo. Había sido culpa del propio Acheron, claro está; había intentado dotar a Felix3 de algo más de personalidad a cambio de concederle una pizca de moral. Desde entonces los Felix sólo habían sido servidores leales; hoy en día Hobbes y el doctor Müller tenían que ser su compañía.

—¡Hobbes! —gritó Hades con todas sus fuerzas.

El actor sin empleo llegó desde la cocina sosteniendo una larga cuchara de madera.

—¿Sí, amo?

Acheron le repitió la orden a Hobbes, quien se inclinó y se retiró.

—¡Felix8!

—¿Señor?

—Si no te es mucha molestia, encierra a Mycroft en su habitación. Me atrevo a afirmar que no nos hará falta en un par de semanas. No le des agua durante dos días y comida durante cinco. Eso debería ser castigo suficiente por haber eliminado el manuscrito.

Felix8 asintió y sacó a Mycroft del viejo salón del hotel. Lo llevó al vestíbulo y subieron la amplia escalera de mármol. Eran los únicos en el hotel mohoso; la enorme puerta principal estaba cerrada y atrancada.

Mycroft se detuvo junto a la ventana y miró al exterior. En una ocasión había visitado la capital galesa como invitado de la República para dar una charla sobre la síntesis de petróleo a partir del carbón. Le habían alojado en este mismo hotel, había conocido a todos los que eran alguien e incluso había disfrutado de una poco habitual audiencia con el reverenciado Brawd Ulyanov, el padre octogenario de la moderna República Galesa. Hacía casi treinta años, y la ciudad de edificios bajos no había cambiado mucho. Las señales de la industria pesada todavía dominaban el paisaje y el olor del hierro flotaba en el aire. Aunque en los años recientes muchas de las minas habían cerrado, no habían retirado las instalaciones, que puntuaban el paisaje como centinelas, alzándose oscuras sobre las casas bajas de techo de pizarra. Sobre la ciudad de Morlais se alzaba la masiva estatua de caliza de John Frost con la vista baja mirando a la República que había fundado; se había hablado mucho de trasladar la capital lejos del sur industrializado, pero Merthyr era también un centro espiritual.

Siguieron andando y llegaron a la celda de Mycroft, una habitación sin ventanas con el mínimo mobiliario. Después de que lo encerrasen y lo dejaran solo, los pensamientos de Mycroft se concentraron en lo que más le inquietaba: Polly. Él siempre había creído que a ella le gustaba flirtear un poco y nada más; y el interés continuado del señor Wordsworth le provocaba una cantidad nada despreciable de celos ansiosos.

Tiempo de sobra para la contemplación

«No creía que *Chuzzlewit* fuese un libro popular, pero me equivocaba. Ninguno de nosotros esperaba la protesta pública y la atención mediática que provocó el asesinato. La autopsia del señor Quaverley se convirtió en asunto público; a su entierro asistieron 150.000 fans de Dickens venidos de todo el globo. Braxton Hicks nos ordenó no decir nada de la implicación del departamento de detectives literarios, pero la noticia se filtró pronto.»

BOWDEN CABLE

hablando con el periódico *The Owl*

El comandante Braxton Hicks tiró el periódico sobre la mesa que teníamos delante. Se movió un poco antes de derrumbarse con fuerza sobre la silla.

—Quiero saber quién se lo contó a la prensa —anunció.

Jack Schitt se apoyaba en el marco de la ventana y nos observaba mientras fumaba un cigarrillo turco bastante pequeño y de olor repugnante. El titular era claro:

MUERTE EN *CHUZZLEWIT*: SE RESPONSABILIZA A OPESPEC

Seguía comentando cómo «fuentes anónimas» de OpEspecc en Swindon habían dado a entender que un fallido intento de pagar un rescate había sido la causa de la muerte de Quaverley. Todo estaba explicado al revés, pero los hechos básicos eran correctos. Había situado a Hicks bajo mucha presión y le había hecho excederse de su precioso presupuesto en una cantidad fenomenal para intentar descubrir el paradero de Hades. El avión de vigilancia que Bowden y yo seguimos lo habían encontrado convertido en una ruina humeante en un campo en el lado inglés de Hay-on-Wye. El maletín Gladstone lleno de dinero falso estaba cerca, junto a la copia del Gainsborough. No habían engañado a Acheron ni durante un segundo. Todos estábamos convencidos de que Hades estaba en Gales, pero incluso la intervención política al más alto nivel había fracasado —el propio secretario de interior galés había jurado que jamás se rebajarían a alojar a sabiendas a un criminal tan famoso—. Sin jurisdicción en el lado galés de la frontera, nuestras investigaciones se habían centrado en las regiones fronterizas; sin resultados.

—Si la prensa lo supo, no fue por nosotros —dijo Victor—. No tenemos nada que ganar del interés de la prensa y sí mucho que perder. —Miró de reojo a Jack Schitt,

quien se encogió de hombros.

—A mí no me miren —dijo Schitt sin comprometerse—. No soy más que un observador, situado aquí por orden de Goliath.

Braxton se puso en pie y recorrió la estancia. Bowden, Victor y yo le miramos en silencio. Sentíamos pena por él; no era un mal hombre, sólo débil. Todo el asunto era un cáliz envenenado, y si no lo cesaba el comandante regional de OpEspec, Goliath era probable que lo hiciese por sí sola.

—¿Alguien tiene alguna idea?

Todos lo miramos. Teníamos algunas ideas, pero ninguna que pudiésemos discutir delante de Schitt; como había estado tan dispuesto a dejarnos morir aquella noche en el taller de Archer, ninguno de nosotros estaba dispuesto a dar ni la hora a Goliath.

—¿Han localizado a la señora Delamere?

—La encontramos sin problemas —respondí—. Quedó encantada al descubrir que hay un área de servicio con su nombre. Hace cinco años que no ve a su hijo, pero la mantenemos bajo vigilancia constante por si intenta establecer contacto.

—Bien —murmuró Braxton—. ¿Qué más?

Victor habló.

—Creemos que Felix7 ya ha sido reemplazado. Un joven llamado Danny Chance desapareció de Reading; encontraron su cara en una papelera en el tercer piso del edificio. Hemos distribuido las fotografías que hizo la morgue de Felix7; deberían corresponder al nuevo Felix.

—¿Están seguros de que Archer no dijo nada más excepto «Felix7» antes de que le matasen? —preguntó Hicks.

—Totalmente seguros —le aseguró Bowden con su mejor voz de mentiroso.

Con humor abatido, regresamos a la oficina de detectives literarios. La sustitución de Braxton podría provocar en el departamento un terremoto peligroso, y yo tenía que pensar en Mycroft y Polly. Victor colgó el abrigo y le gritó a Finisterre, preguntándole si había habido algún cambio. Finisterre apartó la vista de un ejemplar muy manoseado de *Chuzzlewit*. Desde la huida de Acheron, él, Bailey y herr Bight habían estado releyéndolo las veinticuatro horas del día haciendo turnos. No parecía haber cambiado nada. Era ligeramente desconcertante. Los hermanos Forty habían estado trabajando con la única información que no habíamos compartido con OE-5 y Goliath. Sturmey Archer antes de expirar había hecho una referencia a un doctor Müller y dicha referencia había sido el objeto de una investigación rigurosa en bases de datos policiales y de OpEspec. Una búsqueda rigurosa pero secreta; eso es lo que había llevado tiempo.

—¿Hay algo, Jeff? —preguntó Victor, recogiendo las mangas.

Jeff tosió.

—No hay ningún doctor Müller registrado en Inglaterra o en el continente, ya sea

en medicina o filosofía...

—Por tanto, es un nombre falso.

—... que siga con *vida*. —Jeff sonrió—. Sin embargo, *hubo* un doctor Müller en la prisión de Parkhurst en 1972.

—Escucho.

—Fue cuando detuvieron a Delamere por fraude.

—La cosa mejora.

—Y Delamere tenía un compañero de celda llamado Felix Tabularasa.

—Ahí hay una cara reconocible —murmuró Bowden.

—Cierto. Al doctor Müller lo investigaban por vender riñones de donantes. Se suicidó en el 74, poco antes de la vista. Se metió en el mar después de dejar una nota. Nunca encontraron el cuerpo.

Victor se frotó las manos por la felicidad.

—Suenan a muerte falsa. ¿Cómo cazamos a un muerto?

Jeff le mostró un fax.

—Tuve que usar muchos favores en el consejo médico inglés; no les gusta dar informes personales se trate de vivos o de muertos, pero aquí está.

Victor tomó el fax y leyó los puntos pertinentes.

—Theodore Müller. Se licenció en física antes de continuar con una carrera en medicina. Expulsado en el 74 por falta de ética profesional grave. Era un tenor excelente, un buen Hamlet en Cambridge, Hermanos de la Muy Reverenciada Hermandad del Wombat, hábil observador de trenes y miembro fundador de los Pasatierras.

—Mmm —murmuré—. Es probable que siga dedicándose a los viejos hobbies incluso si vive bajo un nombre supuesto.

—¿Qué sugieres? —preguntó Victor—. ¿Esperar hasta la próxima feria de trenes de vapor? Tengo entendido que el mes que viene el *Mallard* defiende su récord de velocidad por tierra.

—Demasiado tarde.

—Los Wombat *jamás* revelan su lista de miembros —comentó Bowden.

Victor asintió.

—Bien, entonces, eso es todo.

—No exactamente —dijo lentamente.

—Adelante.

—Estaba pensando más bien en que alguien se infiltrase en el próximo encuentro de Pasatierras.

—¿Pasatierras? —dijo Victor con bastante incredulidad—. No hay ni una posibilidad, Thursday. ¿Lunáticos extraños ejecutando actos estrafularios en colinas desiertas? ¿Sabes por lo que hay que pasar para ser admitido en su exclusivo club?

Sonreí.

—En general, hay que ser un profesional respetado con algunos años.

Victor miró a Bowden y luego a mí.

—No me gustan esas miradas.

Bowden se agenció con rapidez un ejemplar del número actual de *Almanaque del Astrónomo*.

—Genial. Dice aquí que se reunirán pasado mañana en Liddington Hill a las dos de la tarde. Eso nos da cincuenta y cinco horas para prepararnos.

—En absoluto —dijo Victor indignado—. De ninguna forma, repito, de ninguna forma sobre esta tierra de Dios vais a conseguir que me haga pasar por Pasatierra.

Los Pasatierras

«Un asteroide puede tener cualquier tamaño, desde el del puño de un hombre hasta una montaña. Son los detritos del sistema solar, los escombros que quedan después de que hayan pasado los albañiles. La mayoría de los asteroides de hoy ocupan un espacio entre Marte y Júpiter. Son millones, pero su masa combinada es una fracción de la masa de la Tierra. De vez en cuando, la órbita de un asteroide coincide con la de la Tierra. Un Pasatierra. Para la Sociedad *Pasatierra*, la llegada de un asteroide a un planeta es el regreso de un huérfano perdido, un hijo pródigo. Es una cuestión de cierta importancia.»

Señor S. A. ORBITER
Los Pasatierras

Liddington Hill miraba a un campo de aviación, primero de la RAF y posteriormente de la Luftwaffe, en Wroughton. La colina baja también acogía un fuerte de la Edad de Hierro, uno de los varios que circundan las colinas de Marlborough y Lambourn. Sin embargo, no era la antigüedad del lugar lo que atraía a los Pasatierras. Se habían reunido en casi todos los países del mundo, siguiendo las particulares predicciones de su vocación de forma aparentemente aleatoria. Siempre seguían la misma rutina: nombrar el lugar, llegar a un muy buen acuerdo con los propietarios para tener la exclusividad, luego trasladarse el mes antes empleando la seguridad local o a miembros jóvenes del grupo para garantizar que no se colase ningún infiltrado. Quizás era debido a ese secreto extremo que el grupo de astrónomos militantes lograra mantener un silencio absoluto sobre sus actividades. Parecía un refugio casi perfecto para el doctor Müller, quien había coinventado la sociedad a principios de los años cincuenta junto con Samuel Orbiter, un famoso astrónomo televisivo de la época.

Victor aparcó el coche y caminó sin inmutarse hasta los dos tipos con tamaño de gorila que estaban de pie junto a un Land Rover. Victor miró a derecha e izquierda. Cada trescientos metros había un grupo de guardias de seguridad con armas, walkie-talkies y perros, para impedir la entrada de intrusos. No había forma de que alguien pudiese pasar sin ser visto. La mejor forma de entrar en cualquier lugar donde se supone que no debes ir es atravesar la puerta principal como si todo fuese de tu propiedad.

—Buenas tardes —dijo Victor, intentando pasar. Uno de los gorilas se le puso delante y le colocó una mano enorme sobre el hombro.

—Buenas tardes, señor. Bonito día. ¿Puedo ver su pase?

—Claro —dijo Victor, buscando en el bolsillo. Mostró el pase encajado entre las gastadas ventanitas de plástico de su cartera. Si los gorilas lo sacaban y comprobaban que era una fotocopia, todo estaría perdido.

—No le he visto por aquí, señor —dijo con suspicacia uno de los hombres.

—No —respondió Victor con tranquilidad—, comprobarán por mi tarjeta que pertenezco al brazo espiral de Berwick-upon-Tweed.

El primer tipo le pasó la cartera a su colega.

—Hemos estado teniendo problemas con los infiltrados, ¿no es así, señor Europa?

El segundo hombre lanzó un gruñido y le devolvió la cartera a Victor.

—¿Nombre? —preguntó el primero, sosteniendo una lista.

—Probablemente no aparezca en la lista —dijo Victor lentamente—. Soy de última hora. Anoche llamé al doctor Müller.

—No conozco a ningún doctor Müller —dijo el primero, aspirando aire a través de los dientes mientras miraba a Victor con ojos entrecerrados—, pero si es usted un Pasatierra, no tendrá problemas en decirme qué planeta tiene la densidad más alta.

Victor miró a uno y al otro y rió. Ellos se rieron con él.

—Claro que no.

Dio un paso al frente, pero las sonrisas desaparecieron de las caras de los tipos. Uno de ellos alargó una mano pesada para detenerlo.

—¿Bien?

—Esto es ridículo —dijo Victor indignado—. Soy Pasatierra desde hace treinta años y nunca antes he sufrido semejante trato.

—No nos gustan los infiltrados —volvió a decir el primer hombre—. Intentan hacernos quedar mal. ¿Quiere saber lo que le hacemos a los miembros falsos? Bien. Otra vez. ¿Cuál es el planeta con mayor densidad?

Victor miró a los dos hombres, que le miraron amenazadoramente.

—Es la Tierra. La más baja es la de Plutón, ¿vale?

Los dos guardias de seguridad no quedaron convencidos.

—Conocimientos de guardería, señor. ¿Cuánto dura un fin de semana en Saturno?

A tres kilómetros de distancia, en el coche de Bowden, éste y yo calculábamos frenéticamente la respuesta y la transmitíamos hasta el auricular que Victor llevaba en la oreja. El coche estaba repleto de todo tipo de libros de referencia sobre astronomía; sólo podíamos esperar que ninguna de las preguntas fuese excesivamente esotérica.

—Veinte horas —le dijo Bowden a Victor.

—Unas veinte horas —le dijo Victor a los dos hombres.

—¿Velocidad orbital de Mercurio?

—¿En el afelio o el perihelio?

—No seas listillo, amigo. La media vale.

—Veamos. Sumamos las dos y... Ah, Dios santo, ¿eso es un pinzón collarizo?

Los dos hombres no se volvieron para mirar.

—¿Bien?

—Es, eh, 170.000 kilómetros por hora.

—¿Las lunas de Urano?

—¿Urano? —respondió Victor, ganando tiempo—. ¿No les parece divertido que cambiasen la pronunciación?

—Las lunas, señor.

—Claro. Oberón, Titania, Umb...

—¡Alto! ¡Un *verdadero* Pasatierra hubiese indicado primero las más cercanas!

Victor suspiró mientras Bowden invertía el orden a través del éter.

—Cordelia, Ofelia, Bianca, Crésida, Desdémona, Julieta, Porcia, Rosalinda, Belinda, Puck, Miranda, Ariel, Umbriel, Titania y Oberón.

Los dos hombres miraron a Victor, asintieron y se retiraron para dejarle pasar, cambiando bruscamente de modales para mostrar una amabilidad total.

—Gracias, señor. Lamentamos todo esto pero, como estoy seguro de que comprende, hay mucha gente a la que le gustaría detener nuestras actividades. Estoy seguro de que lo entiende.

—Claro que sí, y debo felicitarles por su seriedad, caballeros. Buenos días.

Mientras Victor caminaba, volvieron a detenerle.

—¿No se olvida de algo, señor?

Victor se giró. Yo me había preguntado si no habría algún tipo de palabra clave, y si ahora se la pedían, estábamos listos. Victor decidió dejar que ellos hablasen.

—¿Se lo ha dejado en el coche, señor? —preguntó el primer hombre tras una pausa—. Aquí tiene, coja el mío.

El guardia de seguridad metió la mano en la chaqueta y sacó, no una pistola como había esperado Victor, sino un guante de béisbol. Le sonrió y se lo entregó.

—Yo no creo que esta noche pueda participar.

Victor se dio un golpe en la frente con la mano.

—Tengo la cabeza como un queso. ¡Debí dejármelo en casa! Imaginen, ¡venir a un encuentro de Pasatierras y olvidarse el guante de receptor!

Ellos se rieron con él; el primer guardia dijo:

—Páselo bien, señor. El impacto es a las 14:32.

Les dio las gracias a los dos y saltó al interior del Land Rover que esperaba antes de que cambiasen de parecer. Miró intranquilo el guante de receptor. ¿Qué demonios estaba pasando?

El Land Rover le dejó en la entrada este del fuerte. Podía ver unas cincuenta

personas dando vueltas por allí, todas con cascos de acero. En el centro del fuerte habían levantado una enorme tienda y estaba erizada de antenas y grandes receptores de satélite. Colina arriba había un radar que giraba lentamente. Había esperado ver un gran telescopio o similar, pero no parecía haber ningún aparato así.

—¿Nombre?

Victor se volvió para ver a un hombre pequeño mirándole. Cargaba con una lista, llevaba un casco de acero y parecía estar aprovechándose al completo de su autoridad limitada.

Victor intentó un farol.

—Ése soy yo —dijo, señalando un nombre al fondo de la lista.

—Señor Sigue al Dorso, ¿es usted?

—El de arriba —respondió Victor a toda prisa.

—Señora Trotswell.

—Oh, eh, no. Ceres. Augustus Ceres.

El hombre pequeño repasó la lista con cuidado, pasando un bolígrafo metálico por la fila de nombres.

—Aquí no tengo a nadie con ese nombre —dijo lentamente, mirando a Victor con suspicacia.

—Soy de Berwick-upon-Tweed —explicó Victor—. Una entrada de última hora. Supongo que la noticia no se filtró. El doctor Müller me dijo que podía venir en cualquier momento.

El hombre dio un salto.

—¿Müller? Aquí no hay nadie con ese nombre. Debe de referirse al doctor Cassiopeia. —Guiñó un ojo y sonrió ampliamente—. Vale. Bien —añadió, consultando la lista y mirando alrededor del fuerte— andamos un poco escasos en el perímetro exterior. Puede situarse en B3. ¿Tiene guante? Bien. ¿Y un casco? No importa. Aquí tiene, use el mío; yo cogeré otro del almacén. El impacto es a las 14:32. Bueno días.

Victor cogió el casco y fue en la dirección indicada por el hombre.

—¿Lo has oído, Thursday? —susurró—. Doctor Cassiopeia.

—Lo oí —respondí—. Estamos buscando lo que tenemos sobre él.

Bowden ya estaba en contacto con Finisterre, quien esperaba en la oficina de detectives literarios precisamente para atender una llamada así.

Victor llenó su pipa de brezo, y caminaba hacia la estación B3 cuando un hombre con una chaqueta Barbour casi choca con él. Reconoció de inmediato la cara del doctor Müller por las fotos de su detención. Victor levantó el sombrero, se disculpó y siguió andando.

—¡Espere! —gritó Müller. Victor se volvió. Müller alzó una ceja le miró—. ¿No he visto su cara en alguna otra parte?

—No, siempre la he tenido aquí, delante de la cabeza —respondí Victor, intentando hacer una chanza.

Müller se limitó a mirarle con expresión neutra mientras Victor seguía llenando la pipa.

—Le he visto antes en algún sitio —siguió diciendo Müller, pero Victor no se inmutó.

—No lo creo —anunció, ofreciendo la mano—. Ceres —añadió—. Brazo espiral de Berwick-upon-Tweed.

—Berwick-upon-Tweed, ¿eh? —dijo Müller—. Entonces conoce a mi buen amigo y colega el profesor Barnes.

—Jamás he oído ese nombre —anunció Victor, suponiendo que Müller sospechaba. Müller sonrió y miró la hora.

—El impacto es en siete minutos, señor Ceres. Quizá sea mejor que vaya a su puesto.

Victor encendió la pipa, sonrió y fue en la dirección que le habían asignado. Había una estaca clavada en el suelo que decía B3, y se quedó allí sintiéndose algo estúpido. Todos los otros Pasatierras se habían puesto los cascos y examinaban el cielo en dirección oeste. Victor miró a su alrededor y vio a una mujer atractiva como de su edad a media docena de pasos de distancia en B2.

—¡Hola! —dijo alegre, tocándose el casco.

La mujer agitó las pestañas recatadamente.

—¿Todo bien? —preguntó.

—¡De primera! —respondió Victor elegantemente. Luego añadió rápidamente—: En realidad, no. Esta es mi primera vez.

La dama le sonrió y agitó su guante.

—No es difícil. Atrape lejos del cuerpo y preste mucha atención. Puede que tengamos muchos o ninguno, y si *atrapa* uno, asegúrese de dejarlo inmediatamente sobre la hierba. Después de desacelerar a través de la atmósfera terrestre, tienden a estar un pelín calientes.

Victor la miró fijamente.

—¿Quiere decir que pretendemos *atrapar* meteoros?

La mujer rió deliciosamente.

—¡No, no, tonto...! Se llaman *meteoritos*. Los meteoros son los que arden en la atmósfera terrestre. He asistido a diecisiete de estos supuestos choques desde el 64. Una vez casi atrapo uno en Tierra del Fuego, en el 71. Por supuesto —añadió más lentamente—, eso fue cuando el pobre George seguía con vida...

Le miró a los ojos y sonrió. Victor le devolvió la sonrisa. Ella siguió hablando:

—Si hoy presenciamos un impacto, será el primero predicho en Europa con éxito. ¡Imagine atrapar un meteorito! ¡Los escombros producidos durante la creación del

universo hace cuatro mil quinientos millones de años! ¡Es como un huérfano que al fin regresa a casa!

—Muy... poético —respondió Victor lentamente mientras yo le hablaba al oído por medio del auricular.

—No hay nadie con el nombre de doctor Cassiopeia —le dije—. ¡Por amor de Dios, no le pierdas de vista!

—No lo haré —respondió Victor, buscando a Müller con la vista.

—¿Disculpe? —preguntó la dama en B2, quien le había estado mirando a él y no al cielo.

—No lo dejaré caer, eh, si lo atrapo —respondió a toda prisa.

Megafonía anunció el impacto en dos minutos. La multitud expectante emitió un murmullo.

—¡Buena suerte! —dijo la dama, ofreciéndole un guiño y mirando al cielo despejado.

Una voz habló detrás de Victor.

—Ya le *recuerdo*.

Se giró para ver la inoportuna cara del doctor Müller mirándole. Un poco más lejos se encontraba un grueso guardia de seguridad con la mano metida en el bolsillo del pecho.

—Es usted de OpEspec. Detectives literarios. Victor Analogy, ¿no?

—No, mi nombre es doctor Augustus Ceres, Berwick-upon-Tweed. —Victor rió nervioso y añadió—: ¿Qué clase de nombre es Victor Analogy?

Müller hizo un gesto al secuaz, quien avanzó hacia Victor sacando la automática. Parecía el tipo de persona deseosa de usarla.

—Lo lamento, amigo mío —dijo Müller con amabilidad—, pero, con eso no basta. Si usted es Analogy, está claramente entrometiéndose. Si, sin embargo, resulta ser el doctor Ceres de Berwick-upon-Tweed, entonces le ofrezco mis más sinceras disculpas.

—Espere un momento... —empezó a decir Victor, pero Müller le interrumpió.

—Haré que su familia sepa dónde encontrar el cuerpo —dijo magnánimo.

Victor miró a su alrededor buscando alguna posible ayuda, pero los otros Pasatierras miraban al cielo.

—Dispárale.

El secuaz sonrió, apretando el dedo sobre el gatillo. Victor hizo una mueca cuando un grito agudo llenó el aire y un meteorito fortuito destrozó el casco del secuaz. Se desmoronó como un saco de patatas. La pistola se disparó, dejando un agujero perfecto en el guante de béisbol de Victor. De pronto, el aire estaba lleno de meteoritos al rojo que caían aullando sobre la Tierra en una lluvia localizada. Los Pasatierras reunidos se entregaron al caos por efecto de la violencia súbita y no

acababan de decidirse entre evitar los meteoritos o intentar atraparlos. Müller buscó su propia pistola en el bolsillo de la chaqueta mientras alguien gritaba a su lado:

—¡Suyo!

Los dos se giraron, pero fue Victor el que atrapó el pequeño meteorito. Tenía más o menos el tamaño de una pelota de cricket y todavía estaba al rojo vivo; se lo lanzó a Müller, quien instintivamente lo atrapó. Por desgracia, no llevaba el guante. Se oyó un silbido y un grito cuando lo dejó caer, luego un grito de dolor cuando Victor aprovechó la oportunidad para darle un golpe en la mandíbula con una velocidad que contradecía sus setenta y cinco años. Müller cayó como un bolo y Victor agarró la pistola caída. Se la puso al cuello a Müller, le obligó a ponerse en pie y empezó la marcha fuera a fuerte. La lluvia de meteoritos se iba calmando a medida que Victor retrocedía, con mi voz en el auricular diciéndole que se tranquilizase.

—Es *Analogy*, ¿no? —dijo Müller.

—Lo soy. OpEspec 27 y está usted arrestado.

Victor, Bowden y yo apenas habíamos metido a Müller en la sala de interrogatorio 3 cuando Braxton y Schitt comprendieron a quién habíamos capturado. Victor tan sólo le había pedido a Müller que confirmase su nombre cuando la puerta de la sala se abrió de golpe. Era Schitt, flanqueado por dos operativos de OE-9. Los tres parecían andar escasos de sentido del humor.

—Mi prisionero, *Analogy*.

—*Mi* prisionero, señor Schitt, creo —respondió Victor con firmeza—. *Mi* apresamiento, *mi* jurisdicción; interrogo al doctor Müller en relación al robo *Chuzzlewit*.

Jack Schitt miró al comandante Hicks, que se encontraba a su lado. El comandante suspiró y se aclaró la garganta.

—Lamento decirlo, Victor, pero a la Corporación Goliath y a sus representantes se les ha concedido jurisdicción sobre OE-27 y OE-9 en Swindon. Ocultar material al comandante en funciones de OpEspec Schitt podría dar lugar a un procesamiento criminal por ocultación de información importante relativa a una investigación en curso. ¿Entiendes lo que significa?

—Significa que Schitt hace lo que le da la gana —respondió Victor.

—Entrega al prisionero, Victor. La Corporación Goliath tiene precedencia.

Victor le miró con furia contenida, para luego salir de la sala de interrogatorio.

—Me gustaría quedarme —pedí.

—Ni lo sueñe —dijo Schitt—. Un nivel de seguridad de OE-27 no es suficiente.

—Entonces está bien —respondí— que todavía tenga una placa de OE-5.

Jack Schitt lanzó una maldición, pero no dijo nada más. A Bowden se le ordenó salir y los dos operativos de OE-9 se situaron a ambos lados de la puerta; Schitt y Hicks se sentaron en la mesa tras la que Müller fumaba un cigarrillo con toda

tranquilidad. Yo me apoyé en la pared y observé impasible la representación.

—Él me sacará de aquí, lo saben bien —dijo Müller lentamente mientras mostraba una extraña sonrisa.

—No lo creo —comentó Schitt—. El edificio de OpEspec de Swindon está rodeado ahora mismo de más operativos de OE-9 y equipos de operaciones especiales de los que podría contar en un mes. Ni siquiera un demente como Hades intentaría entrar aquí.

La sonrisa desapareció de los labios de Müller.

—OE-9 es la mejor unidad antiterrorista del planeta —siguió diciendo Schitt—. Le cazaremos, ya lo sabe. Sólo nos falta saber el cuándo. Y si nos ayuda, puede que para usted la situación ante el tribunal no tenga tan mala pinta.

Müller no se impresionó.

—Si sus operativos de OE-9 son los mejores del planeta, ¿cómo es que hace falta un detective literario de setenta y cinco años para detenerme?

A Jack Schitt no se le ocurrió ninguna respuesta. Müller se dirigió a mí.

—Y si OE-9 es tan cojonuda, ¿por qué esta joven es la que tiene más suerte arrinconando a Hades?

—Tuve suerte —respondí, añadiendo—: ¿por qué no ha muerto Martin Chuzzlewit? No es propio de Acheron hacer amenazas que no va cumplir.

—No, efectivamente —respondió Müller—. No, efectivamente.

—Responda a la pregunta, Müller —dijo Schitt enfáticamente—. Puedo ponerle a usted las cosas *muy* difíciles.

Müller le sonrió.

—Ni la mitad de lo difíciles que me las podría poner Acheron. En su perfil de *Vaya criminal* puso como aficiones la muerte lenta, la tortura y los arreglos florales.

—¿Así que quiere pasar mucho tiempo en la cárcel? —Preguntó Hicks, que no pensaba quedarse fuera del interrogatorio—. Tal y como yo lo veo, se enfrenta a cinco cadenas perpetuas. O dentro de un par de minutos podría salir de aquí convertido en un hombre libre. ¿Qué va a ser?

—Hagan lo que tengan que hacer, agentes. No me sacarán nada. No importa, Hades me *sacará* de aquí.

Müller se cruzó de brazos y se recostó en la silla. Hubo una pausa. Schitt se inclinó hacia delante y apagó la grabadora. Se sacó un pañuelo del bolsillo y lo colocó sobre la cámara de vídeo que había en la esquina de la sala de interrogatorio. Hicks y yo nos miramos nerviosos. Müller observó la operación, pero no parecía especialmente alarmado.

—Vamos a intentarlo de nuevo —dijo Schitt, sacando la automática y apuntándola al hombro de Müller—. ¿Dónde está Hades?

Müller le miró.

—Puede usted matarme ahora o Hades me matará más tarde cuando descubra que he hablado. En cualquier caso estoy muerto y la muerte que usted me aplique probablemente sea mucho menos dolorosa que la de Acheron. Le he visto trabajar. No podría creer de lo que es capaz.

—Yo sí —dije lentamente.

Schitt soltó el seguro de la automática.

—Contaré hasta tres.

—¡No puedo decirle...!

—Uno.

—Él me mataría.

—Dos.

Me pareció que ésa era mi entrada.

—Podemos ofrecerle custodia protectora.

—¿Protegerme de él? —preguntó Müller—. ¿Se ha vuelto *completamente* loca?

—¡Tres!

Müller cerró los ojos y empezó a estremecerse. Era la señal que yo había estado esperando.

—Mycroft lo destruyó, ¿no? —seguí diciendo, razonando como hubiese razonando mi tío... y como razonó.

—¿Eso es lo que sucedió? —preguntó Jack Schitt.

Müller no dijo nada.

—Querrá encontrar una alternativa —comentó Hicks.

—Ahí fuera debe de haber miles de manuscritos originales —murmuró Schitt—. No podemos protegerlos todos. ¿Cuál busca?

—No puedo decírselo —tartamudeó Müller, comenzando a perder el valor—. Él me matará.

—Le matará igualmente cuando descubra que nos ha dicho que Mycroft destruyó el manuscrito de *Chuzzlewit* —respondí con calma.

—¡Pero yo no...!

—No lo sabrá. Podemos protegerle, Müller, pero tenemos que atrapar a Hades. ¿Dónde está?

Müller nos miró uno a uno.

—¿Custodia protectora? —tartamudeó—. Hará falta un pequeño ejército.

—Eso lo puedo conseguir —afirmó Schitt, empleando la verdad con una economía que le había hecho famoso—. La Corporación Goliath está dispuesta a ser generosa en esta cuestión.

—Vale... se lo diré.

Nos miró a todos y se secó la frente, que había empezado a relucir.

—¿No hace calor aquí? —preguntó.

—No —respondió Schitt—. ¿Dónde está Hades?

—Bien, está en... el...

De pronto dejó de hablar. Su rostro se retorció de miedo mientras un violento espasmo de dolor se desató en la base de la espalda y gritó por la agonía.

—¡Díganoslo rápido! —gritó Schitt, poniéndose de pie de un salto y agarrando las solapas del hombre acongojado.

—¡Pen-deryn...! —gritó—. ¡Está en el...!

—¡Díganos más! —rugió Schitt—. ¡Debe de haber mil Penderyn!

—¡Guess! [Z] —gritó Müller—. ¡G-weuess... *ahhh!*

—¡No me gustan sus juegos! —aulló Schitt, agitando al hombre con fuerza—. ¡Dígalo o le mato ahora mismo con mis propias manos!

Pero Müller se encontraba ya más allá del pensamiento racional o las amenazas de Schitt. Se retorció y cayó al suelo, convulsionándose por la agonía.

—¡Médico! —grité, echándome al suelo junto a un Müller que sufría de convulsiones, cuya boca abierta lanzaba un grito silencioso mientras los ojos se perdían en la cabeza. Percibí el olor a la ropa quemada. Di un salto atrás mientras una brillante llama anaranjada saltaba de la espalda de Müller. Incendió el resto de su cuerpo y todos tuvimos que retroceder con rapidez mientras el calor intenso reducía el cuerpo de Müller a cenizas en menos de diez minutos.

—¡Maldición! —murmuró Schitt una vez que se hubo aclarado el humo acre.

Müller era un montón de ceniza sobre el suelo. Ni siquiera quedaba lo suficiente para identificarle.

—Hades —murmuré—. Alguna especie de dispositivo de seguridad implantado. Tan pronto como Müller empieza a hablar... se convierte en humo. Muy ingenioso.

—Suena como si casi le respetase, señorita Next —comentó Schitt.

—No puedo evitarlo. —Me encogí de hombros—. Como el tiburón, Acheron ha evolucionado para convertirse en un depredador casi perfecto. Nunca me he dedicado a la caza mayor, y nunca lo haré, pero comprendo el atractivo. Lo primero —seguí diciendo, pasando del montón humeante de cenizas que hasta hacía poco había sido Müller— es triplicar la protección en cualquier lugar donde se conserven manuscritos originales. Después de eso, debemos empezar a buscar *cualquier* lugar llamado Penderyn.

—Me pondré a ello —dijo Hicks, que desde hacía un rato buscaba alguna excusa para irse.

Schitt y yo nos quedamos mirándonos.

—Parece que estamos del mismo bando, señorita Next.

—Por desgracia —respondí desdeñosa—. Usted quiere el Portal de Prosa. Yo quiero tener a mi tío de vuelta. Acheron debe ser destruido antes de que ninguno de los dos consiga lo que quiere. Hasta entonces, trabajaremos juntos.

—Una unión útil y feliz —respondió Schitt, aunque la felicidad era lo último que tenía en mente.

Apreté un dedo contra su corbata.

—Entienda una cosa, señor Schitt. Usted puede que tenga el poder en el bolsillo del pantalón, pero yo tengo la justicia. Créame cuando digo que haré *cualquier* cosa para proteger a mi familia. ¿Lo comprende?

Schitt me miró con frialdad.

—No intente amenazarme, señorita Next. Podría hacer que la enviaran a la oficina de detectives literarios de Lerwick más rápido de lo que usted podría decir «Swift». Recuérdelo. Está usted aquí porque es buena en lo que hace. La misma razón que yo. Nos parecemos más de lo que cree. Buenos días, señorita Next.

Una búsqueda rápida reveló ochenta y cuatro pueblos y villas en Gales con el nombre de Penderyn. Había el doble de calles y ese mismo número de pubs, clubes y asociaciones. No era sorprendente que hubiese tantos; Dic Penderyn había sido ejecutado en 1831 por herir a un soldado durante los disturbios de Merthyr —era inocente y por tanto se convirtió en el primer mártir del alzamiento gales y una especie de figura decorativa de la lucha republicana—. Incluso si Goliath *pudiese* infiltrarse en Gales, no sabría por cuál Penderyn empezar. Estaba claro que iba a llevar un tiempo.

Cansada, me fui a casa. Recogí el coche del garaje, donde se las habían arreglado para reemplazar el eje delantero, calzarle un nuevo motor y reparar los agujeros de bala, algunas de las cuales habían pasado peligrosamente cerca. Entré en el aparcamiento del hotel Finis mientras una nave aérea de clase clíper se movía lentamente por encima. Estaba anocheciendo y las luces de navegación a ambos lados de la enorme nave aérea parpadeaban lánguidamente en el cielo nocturno. Era una visión elegante, las diez hélices golpeando el aire con un zumbido rítmico; durante el día, una nave aérea podía eclipsar el sol. Entré en el hotel. La conferencia Milton había terminado y ahora Liz me dio la bienvenida más como amiga que como cliente.

—Buenas noches, señorita Next. ¿Todo bien?

—En realidad no —sonreí—. Pero gracias por preguntar.

—Su dodo llegó esta tarde —anunció Liz—. Está en la estancia cinco. Las noticias viajan rápido; la sociedad Aficionados a los Dodos de Swindon ya se ha presentado aquí. Dice que es un ejemplar muy raro de versión uno o algo... Quieren que les llame.

—Es 1.2 —murmuré ausente. Ahora mismo los dodos no ocupaban un puesto muy alto en mi lista de prioridades. Hice una pausa. Liz sintió mi indecisión.

—¿Le puedo traer algo?

—¿El señor... eh... Parke-Laine ha llamado?

—No. ¿Esperaba que lo hiciese?

—No... En realidad no. Si llama, estaré en el Gato de Cheshire si no estoy en mi habitación. Si no puedes localizarme, ¿puedes pedirle que me llame en media hora?

—¿Por qué no le envío un coche a recogerle?

—Oh, Dios, ¿tan evidente es?

Liz asintió.

—Va a casarse.

—¿Pero no con usted?

—No.

—Lamento oírlo.

—Yo también. ¿Alguien te ha pedido alguna vez que te cases con él?

—Claro.

—¿Qué dijiste?

—Dije: «Vuelve a pedírmelo cuando te suelten.»

—¿Lo hizo?

—No.

Fui a ver qué tal estaba *Pickwick*, quien parecía haberse acomodado bien. Emitió un *ploc-ploc* de emoción al verme. Contradiciendo las teorías de los expertos, los dodos han resultado ser sorprendentemente inteligentes y ágiles —el pájaro torpe de la leyenda urbana resultó ser una fantasía—. Le di algunos cacahuetes y me lo llevé en secreto a la habitación bajo el abrigo. No es que los habitáculos estuviesen sucios o algo; simplemente no quería que estuviese solo. Puse su alfombra favorita en el baño para que tuviese donde echarse y también puse algunos papeles. Le dije que al día siguiente le llevaría a casa de mi madre, luego le dejé mirando por la ventana a los coches del aparcamiento.

—Buenas noches, señorita —dijo el barman del Gato de Cheshire—. ¿En qué se parece un cuervo a un escritorio?

—¿En que los dos contienen la letra «B»?

—Muy bueno. Mitad de un especial de Vorpal, ¿no?

—Debes de estar de broma. Ginebra y tónica. Doble.

Sonrió y pasó a la óptica.

—¿Policía?

—OpEspec.

—¿Detective literaria?

—Sí.

Cogí la bebida.

—Me preparé para ser detective literario —dijo nostálgico—. Llegué a ser cadete.

—¿Qué pasó?

—Mi novia era marloviana militante. Convirtió algunas maquinas, Will-Speak

para que citasen *Tamburlaine* y yo estaba implicado cuando la pillaron. Y eso fue todo. Ni siquiera los militares me aceptaron.

—¿Cómo te llamas?

—Chris.

—Thursday.

Nos dimos la mano.

—Sólo puedo hablar por experiencia, Chris, pero he estado en el ejército y en OpEspec y deberías darle las gracias a tu novia.

—Ya lo hago —se apresuró a añadir Chris—. Todos los días. Ahora estamos casados y tenemos dos hijos. Yo trabajo en el bar por las noches y llevo la rama de Swindon de la Sociedad Kit Marlowe durante el día. Tenemos casi cuatro mil miembros. No está mal para un falsificador, asesino, jugador y ateo isabelino.

—Algunos dicen que pudo haber escrito las obras atribuidas a Shakespeare.

Había tomado a Chris por sorpresa. También se mostró suspicaz.

—No estoy seguro de que deba hablarlo con una detective literaria.

—No hay ley que prohíba hablarlo, Chris. ¿Quién crees que somos, la policía del pensamiento?

—No, eso es OE-2, ¿no?

—¿Pero qué hay de Marlowe...?

Chris bajó la voz.

—Vale. Creo que Marlowe *pudo* haber escrito las obras. Indudablemente se trataba de un dramaturgo genial, como demuestran *Fausto*, *Tamburlaine* y *Eduardo II*. Es la única persona de su época que podría haberlo hecho. Olvide a Bacon y a Oxford; Marlowe es el más probable.

—Pero Marlowe murió asesinado en 1593 —respondí lentamente—. La mayor parte de las obras se escribieron *después* de ese año.

Chris me miró y bajó la voz.

—Claro. *Si* efectivamente ese día murió en una pelea de taberna.

—¿Qué quieres decir?

—Es posible que su muerte fuese un engaño.

—¿Por qué?

Chris respiró profundamente. Era un tema del que algo sabía.

—Recuerda que Isabel era una reina protestante. Cualquier ateísmo o papismo negaría la autoridad de la Iglesia protestante y la reina como cabeza de la Iglesia.

—Traición —murmuré—. Una ofensa capital.

—Exacto. En abril de 1593, el consejo privado arrestó a un tal Thomas Kyd en relación con algunos panfletos antigubernamentales. Cuando registraron sus habitaciones, encontraron algunos escritos ateos.

—¿Y?

—Kyd señaló a Marlowe. Dijo que Marlowe los había escrito dos años antes cuando eran compañeros de cuarto. A Marlowe lo arrestaron e interrogaron el 18 de mayo de 1593; le liberaron bajo fianza, por lo que presumiblemente no había pruebas suficientes para mandarlo a juicio.

—¿Qué hay de su amistad con Walsingham? —pregunté.

—A eso iba. Walsingham tenía una posición influyente en el servicio secreto; se conocían desde hacía años. Con más pruebas llegando cada día contra Marlowe, su arresto parecía inevitable. Pero en la mañana del 30 de mayo, Marlowe muere en una pelea de taberna, aparentemente a causa de unas cuentas sin pagar.

—Muy conveniente.

—Mucho. Creo que Walsingham fingió la muerte de su amigo. Los tres hombres de la taberna estaban a sueldo suyo. Él sobornó al magistrado y Marlowe situó a Shakespeare como testaferrero. Will, un actor pobre que conocía a Marlowe de sus días en el teatro Shoreditch, probablemente quedó encantado de la posibilidad de ganar algo de dinero; su carrera parece haber despegado después de la muerte de Marlowe.

—Una teoría interesante. ¿Pero no se publicó *Venus y Adonis* un par de meses antes de la muerte de Marlowe? ¿Incluso antes del arresto de Kyd?

Chris tosió.

—Buen punto. Lo único que puedo decir es que la trama debió de empezar a fraguarse desde antes, o los registros han sido alterados.

Se detuvo un momento, miró a su alrededor y bajó aún más la voz.

—No se lo diga a los otros marlovianos, pero hay algo más que señala en dirección contraria a una muerte fingida.

—Soy toda oídos.

—Marlowe murió en la jurisdicción del magistrado de la reina. Había dieciséis jurados para ver el cuerpo *supuestamente* sustituido, y es poco probable que se hubiese podido sobornar al magistrado. Si yo hubiese sido Walsingham, hubiese fingido la muerte de Marlowe en algún campo, donde hubiese sido más fácil comprar al magistrado. Incluso podría haber ido más allá y desfigurar el cuerpo de alguna forma para que la identificación fuese imposible.

—¿Qué quieres decir?

—Que una teoría igualmente probable es que el *propio* Walsingham hizo matar a Marlowe para evitar que hablase. Los hombres dicen cualquier cosa cuando se les tortura, y es probable que Marlowe conociese muchos trapos sucios de Walsingham.

—Entonces, ¿qué? —pregunté—. ¿Cómo explicar la falta de pruebas claras sobre la vida de Shakespeare, su curiosa existencia doble, el hecho de que nadie en Stratford pareciese saber de su obra literaria?

Chris se encogió de hombros.

—No sé, Thursday. Sin Marlowe, no hay nadie en el Londres isabelino que fuese

capaz de escribir las obras.

—¿Alguna teoría?

—Ninguna en absoluto. Pero los isabelinos eran un grupo curioso. Intrigas cortesanías, el servicio secreto...

—Cuanto más cambian las cosas...

—Exactamente lo que pensaba. Salud.

Entrechocamos las copas y Chris se fue a atender a otro cliente. Toqué el piano durante media hora antes de retirarme a la cama. Hablé con Liz, pero Landen no había llamado.

Hades da con otro manuscrito

«Había tenido la esperanza de dar con un manuscrito de Austen o Trollope, Thackeray, Fielding o Swift. Quizá Johnson, Wells o Conan Doyle. Defoe hubiese sido divertido. Imaginad mi deleite cuando descubrí que la obra maestra de Charlotte Brontë, *Jane Eyre*, se exhibía en su antiguo hogar. ¿Puede el destino ser más fortuito...?»

ACHERON HADES

Depravación por placer y beneficio

Habían transmitido nuestras recomendaciones de seguridad al museo Brontë y esa noche había cinco guardias de seguridad armados. Eran tipos fornidos de Yorkshire, escogidos especialmente para esta tarea de lo más augusta debido al gran sentido de orgullo literario que poseían. Uno permanecía en la sala con el manuscrito, otro hacía guardia en el interior del edificio, dos patrullaban el exterior, y el quinto se encontraba en una pequeña sala con seis monitores de televisión. El guardia frente a los monitores comía un sandwich de huevo y cebolla y vigilaba diligentemente las pantallas. No vio nada raro en los monitores, pero por supuesto, nadie por debajo de OE-9 conocía los curiosos poderes de Acheron.

A Hades le resultó fácil entrar; se limitó a pasar por la puerta de la cocina después de forzar la cerradura con una barra. El guardia que patrullaba el interior no oyó que Acheron se le acercase. Más tarde encontraron su cuerpo sin vida encajado bajo el fregadero. Acheron atacó con cuidado las escaleras, intentando no hacer ruido. En realidad, hubiese podido hacer todo el ruido que le diese la gana. Sabía que las pistolas del 38 que llevaban los guardias no podían hacerle daño, ¿pero qué gracia tenía limitarse a entrar y servirse uno mismo? Recorrió lentamente el pasillo hasta la sala donde se exhibía el manuscrito y dio un vistazo al interior. La sala estaba vacía. Por alguna razón, el guardia no estaba presente. Hades caminó hasta la caja de vidrio reforzado y colocó la mano sobre el libro. El vidrio bajo la palma comenzó a ondular y a ablandarse; pronto fue tan flexible que Hades pudo meter los dedos y agarrar el manuscrito. El vidrio desestabilizado se retorció y se estiró como goma mientras se sacaba el libro y luego rápidamente volvió a conformar vidrio sólido; la única prueba de la reordenación de sus moléculas era un ligero moteado sobre la superficie. Hades sonrió triunfante al leer la primera página:

Jane Eyre
Una autobiografía por Currer Bell
Octubre de 1847

Acheron había tenido la intención de llevarse directamente el libro, pero la historia siempre le había gustado. Cediendo a la tentación, empezó a leer.

Estaba abierto por la sección donde Jane Eyre está en la cama y oye una risotada demoníaca en voz baja fuera de su habitación. Aliviada porque la risotada no provenga del *interior* de su habitación, se pone en pie y atranca la puerta, gritando:

—¿Quién anda ahí?

Como respuesta, sólo recibe un gorgoteo bajo y un gemido, el sonido de pasos que se alejan y luego una puerta que se cierra. Jane se pone un mantón sobre los hombros y lentamente desatranca la puerta, abre una rendija y mira cautelosamente al exterior. Sobre la estera ve una vela solitaria y comprueba que el pasillo está lleno de humo. Le llama la atención el crujir de la puerta semiabierta de Rochester, y luego aprecia el parpadeo del fuego en el interior de la habitación. Jane se pone en marcha, sin pensar mientras corre al interior de la cámara en llamas de Rochester e intenta despertar al hombre dormido diciendo:

—¡Despierte! ¡Despierte!

Rochester ni se mueve y Jane se da cuenta con creciente inquietud de que las sábanas de la cama empiezan a ponerse marrones y a arder. Agarra la palangana y el aguamanil y le echa el agua por encima, corriendo a su dormitorio para buscar más agua con la que apagar las cortinas. Después de su esfuerzo, apaga el fuego y Rochester, maldiciendo al encontrarse despertando en un charco de agua, le dice a Jane:

—¿Hay una inundación?

—No señor —responde ella—, pero ha habido un fuego. Póngase en pie; ahora está apagado. Le traeré una vela.

Rochester no es totalmente consciente de lo sucedido.

—En nombre de todos los elfos de la Cristiandad, ¿es Jane Eyre? —exige saber—. ¿Qué ha hecho conmigo, bruja, hechicera? ¿Quién está en la habitación aparte de usted? ¿Han planeado ahogarme?

—Gírese *muy* lentamente.

Esa última línea pertenecía al guardia, cuya petición interrumpió la lectura de Acheron.

—¡Odio que pase eso! —lamentó, girando el rostro hacia el agente, quien le apuntaba con una pistola—. ¡*Justo* cuando llegaba lo mejor!

—No se mueva y deje el manuscrito.

Acheron hizo lo que le decía. El guardia soltó el walkie-talkie y se lo llevó a la boca.

—Yo no lo haría —dijo Acheron dulcemente.

—¿Oh, sí? —replicó el guardia con confianza—. ¿Y por qué demonios no?

—Porque —dijo Acheron lentamente, encajando sus ojos con los del guardia y mirándole en lo más profundo— nunca descubrirás por qué te abandonó tu mujer.

El guardia bajó el walkie-talkie.

—¿Qué sabe usted de Denise?

Yo tenía un sueño inquieto. Volvía a encontrarme en Crimea; el martilleo repetido de los cañones y el grito metálico que emite un transporte de personal cuando le alcanzan. Incluso podía saborear el polvo, la cordita y el amatol en el aire, los gritos apagados de mis compañeros, el sonido sin dirección de los disparos. Las armas de calibre ochenta y ocho estaban tan cerca que ni siquiera precisaban trayectoria. No oías la que te alcanzaba. Yo estaba de vuelta en el transporte de tropas, regresando a la lucha a pesar de las órdenes contrarias. Atravesaba el pasto, dejando atrás restos de batallas anteriores. Sentí que algo enorme agarraba mi vehículo y que el techo se abría, mostrando un rayo de luz solar en el polvo que resultaba curiosamente hermoso. La misma mano invisible atrapó el transporte y lo lanzó al aire. Corrí sobre una oruga durante algunos metros y luego volvió a colocarse derecho. El motor seguía funcionando, los controles parecían estar bien; seguí avanzando, sin considerar los daños. Sólo cuando intenté darle al interruptor de la radio me di cuenta de que el techo había desaparecido. Era un descubrimiento que daba mucho que pensar, pero yo no tenía tiempo para reflexiones. Frente a mí se encontraban los restos humeantes del orgullo de los tanques de Wessex: la Brigada Ligera Blindada. Los ochenta y ocho de los rusos habían callado; ahora el sonido era de armas de pequeño calibre a medida que los rusos y mis camaradas intercambiaban disparos. Conduje hasta el grupo más cercano de heridos que podían caminar y abrí la puerta trasera. Estaba atascada, pero no importaba; la puerta lateral había desaparecido con el techo y rápidamente conseguí meter a veintidós soldados heridos y moribundos en un vehículo de transporte de tropas diseñado para llevar a ocho. Puntuando toda esta acción se oía el sonido insistente del teléfono. Mi hermano, sin el casco y con el rostro ensangrentado, atendía a los heridos. Me dijo que volviese a recogerle. Mientras me alejaba, un chorro de fuego de rifle rebotó en el blindaje; la infantería rusa se acercaba. El teléfono seguía sonando. Palpé en la oscuridad buscando el aparato, se me cayó y rebusqué en el suelo mientras maldecía. Era Bowden.

—¿Estás bien? —me preguntó, presintiendo que algo no iba bien.

—Estoy bien —respondí; para entonces ya estaba más que acostumbrada a hacer que todo pareciese normal—. ¿Qué pasa? —miré la hora. Eran las tres de la madrugada. Rezongué.

—Han robado otro manuscrito. Lo he oído por la radio. Con el mismo sistema que el *Chuzzlewit*. Simplemente entró y se lo llevó. Dos guardias muertos. Uno por su

propia arma.

—¿*Jane Eyre*?

—¿Cómo cielos has podido saberlo?

—Rochester me lo dijo.

—¿Qué...?

—No importa. ¿Mansión Haworth?

—Hace una hora.

—Te recojo en veinte minutos.

En una hora nos dirigíamos al norte para entrar en la M1 hacia Rugby. La noche estaba despejada y era fría, las carreteras estaban casi desiertas. El techo estaba cerrado y la calefacción al máximo, pero aun así había corriente porque la ventolera del exterior intentaba entrar por cualquier punto de la carrocería. Me estremecí pensando cómo sería conducir el coche en invierno. A las cinco llegaríamos a Rugby y después el trayecto sería más fácil.

—Espero no lamentarlo —murmuró Bowden—. Braxton no se pondrá muy contento cuando se entere.

—Cuando alguien dice: «Espero no lamentarlo», normalmente lo hace. Por tanto, si quieres que te deje, lo haré. Que le den a Braxton. Que le den a Goliath y que le den a Jack Schitt. Algunas cosas son más importantes que las reglas y los reglamentos. Los gobiernos y las modas van y vienen, pero *Jane Eyre* pertenece a la eternidad. Daría cualquier cosa por garantizar la supervivencia de la novela.

Bowden no dijo nada. Yo sospechaba que trabajando conmigo era la primera vez que realmente había disfrutado de ser un OpEspec. Reduje una marcha para adelantar a un camión que iba despacio y luego volví a acelerar.

—¿Cómo supiste que era *Jane Eyre* cuando llamé?

Pensé durante un minuto. Si no se lo podía contar a Bowden, no se lo podía contar a nadie. Me saqué el pañuelo de Rochester del bolsillo.

—Mira el monograma.

—¿EFR?

—Pertenece a Edward Fairfax Rochester.

Bowden me miró dubitativo.

—Con cuidado, Thursday. Aunque admito totalmente no ser el mejor estudioso de Brontë, incluso yo sé que esa gente no es *real*.

—Real o no, le he visto en varias ocasiones. También tengo su abrigo.

—Espera... Comprendo lo de la extracción de Quaverley, ¿pero qué estás diciendo? ¿Que los personajes pueden salir espontáneamente de las páginas de las novelas?

—Admito que está pasando algo muy raro; algo que me resulta imposible de explicar. La barrera entre Rochester y yo se ha reblandecido. Tampoco es él quien

sale; en una ocasión yo misma entré en el libro, cuando era niña. Llegué en el momento en que se conocen. ¿Lo recuerdas?

Bowden me dedicó una mirada abochornada y miró a un lado, en dirección a una gasolinera.

—Vaya, es barata para ser sin plomo.

Adiviné la razón.

—No la has leído, ¿verdad?

—Bien... —tartamudeó—. Es sólo que... eh...

Reí.

—Vaya, vaya, un detective literario que no ha leído *Jane Eyre*.

—Vale, no te rías. En su lugar estudié *Cumbres borrascosas* y *Villette*. Pretendía dedicarle toda mi atención, pero como muchas otras cosas, debió de escapárseme de la cabeza.

—Será mejor que te haga un resumen.

—Quizá sea lo mejor —admitió Bowden malhumorado.

Durante la siguiente hora le conté la historia de *Jane Eyre*, empezando con la joven huérfana Jane, su infancia con la señora Reed y sus primos, el periodo en Lowood, una temible escuela de caridad dirigida por un evangelista cruel e hipócrita; luego el estallido de tifus y la muerte de su buena amiga Helen Burns; después, Jane se convirtió en alumna modelo y acabó convertida en profesora a las órdenes de la directora, la señorita Temple.

—Jane abandona Lowood y se traslada a Thornfield, donde tiene una única alumna, Adèle, pupila de Rochester.

—¿Pupila? —preguntó Bowden—. ¿Qué significa eso?

—Bien —respondí—. Supongo que es una forma educada de decir que es el resultado de una relación anterior. Si Rochester viviese hoy, Adèle aparecería en la primera plana de *The Toad* como «hija natural».

—¿Pero él hizo lo decente?

—Oh, sí. En cualquier caso, Thornfield es un lugar agradable para vivir, aunque algo extraño... Jane descubre que pasa algo de lo que nadie habla. Rochester regresa a casa después de una ausencia de tres meses y resulta poseer una personalidad arisca y dominante, pero le impresiona la fortaleza de Jane y ella le salva de arder en un fuego misterioso en su dormitorio. Jane se enamora de Rochester, pero debe presenciar cómo él corteja a Blanche Ingram, una especie de tontorrón guapa del siglo diecinueve. Jane se va para asistir a la señora Reed, que se está muriendo, y cuando regresa, Rochester le pide que se case con él; en su ausencia él ha comprendido que las excelencias del carácter de Jane superan ampliamente a las de la señorita Ingram, a pesar de las diferencias en posición social.

—Hasta ahora bien.

—No vendas la piel del oso. Un mes más tarde, un abogado interrumpe la ceremonia de boda afirmando que Rochester ya está casado con su primera esposa, Bertha, que sigue con vida. Acusa a Rochester de bigamia, lo que resulta ser cierto. La loca Bertha Rochester vive en una habitación en el piso superior de Thornfield, atendida por la extraña Grace Poole. Fue ella la que intentó incendiar a Rochester en su cama esos meses antes. Jane queda muy conmocionada, como puedes imaginar, y Rochester intenta justificar su conducta, afirmando que el amor que sentía por ella era real. Le pide que se vaya con él como su amante, pero ella se niega. Todavía enamorada de él, Jane huye y acaba casualmente en casa de los Rivers, dos hermanas y un hermano que resultan ser sus primos.

—¿No es un pelín improbable?

—Calla. El tío de Jane, que es también tío de *ellos*, acaba de morir y le deja a ella todo su dinero. Ella lo divide entre todos y se establece para vivir independientemente. El hermano, St. John Rivers, decide ir como misionero a la India y quiere que Jane se case con él y sirva a la iglesia. Jane se siente más que feliz de servirle, pero no quiere casarse con él. Ella cree que el matrimonio es una unión de amor y respeto mutuo, no algo que deba realizarse por deber. Se produce una larga batalla de voluntades y al final ella acepta ir con él a la India como su ayudante. Es en la India, donde Jane se ha construido una nueva vida, donde acaba el libro.

—¿Y eso es todo? —preguntó Bowden sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

—Bien, el final suena un poco anticlímax. Intentamos que el arte sea perfecto porque en la vida real jamás lo logramos y aquí tenemos a Charlotte Brontë concluyendo su novela, algo que presumiblemente poseía algún matiz de fantasía autobiográfica, de forma que refleja su propia vida amorosa frustrada. Si yo hubiese sido Charlotte, me habría asegurado de que Rochester y Jane se reuniesen..., se casasen, si fuese posible.

—A mí no me preguntes —dije—. No la escribí. —Hice una pausa—. Tienes toda la razón, por supuesto —murmuré—. *Es una mierda de final. ¿Por qué, cuando todo va tan bien, el final traiciona a los lectores? Incluso los puristas de *Jane Eyre* afirman que hubiese sido mucho mejor que los dos se casasen.*

—¿Cómo, con Bertha todavía presente?

—No sé; podría morir o algo así. Es un problema, ¿no?

—¿Cómo es que la conoces tan bien? —preguntó Bowden.

—Siempre ha sido uno de mis libros favoritos. Tenía un ejemplar en el bolsillo de la chaqueta cuando me dispararon. Detuvo la bala. Rochester apareció poco después y aplicó presión sobre la herida hasta que llegó la ayuda. Él y el libro me salvaron la vida.

Bowden miró la hora.

—Yorkshire está todavía a mucha distancia. No llegaremos hasta... Vaya, ¿qué es esto?

Parecía haber un accidente en la autopista. Delante de nosotros se habían detenido unas dos docenas de coches y, cuando no nos movimos tras un par de minutos, me metí en el arcén y avanzamos lentamente hasta el principio de la cola. Un agente de tráfico nos indicó que nos parásemos, miró dubitativo los agujeros de bala en la pintura del coche y luego dijo:

—Lo lamento, señora. No puedo dejarla pasar...

Levanté mi placa de OpEspec 5 y cambió de modales.

—Lo lamento, señora. Ahí delante hay algo *inusual*.

Bowden y yo intercambiamos miradas y salimos del coche. Detrás de nosotros, una multitud de curiosos quedaba retenida por una cinta de «Policía - No pasar». Permanecían en silencio para presenciar cómo el espectáculo se desarrollaba frente a sus ojos. Ya había tres coches patrulla y una ambulancia; dos enfermeros atendían a un bebé recién nacido envuelto en una manta que aullaba lastimeramente. Los agentes quedaron aliviados ante mi llegada: allí la graduación más alta era de sargento y estaban felices de echarle la responsabilidad a otra persona, y alguien de OE-5 era el operativo de nivel más alto que cualquiera de ellos hubiese *visto*.

Cogí prestado un par de binoculares y miré a la autopista vacía. Como a quinientos metros de distancia, la carretera y el cielo estrellado habían girado en espiral para formar una especie de remolino, un embudo que aplastaba y distorsionaba la luz que conseguía penetrar en el vórtice. Suspiré. Mi padre me había hablado de las distorsiones temporales pero yo nunca había visto ninguna. En el centro del remolino, donde la luz reflejada había sido revuelta para formar un patrón desordenado, había un agujero negro como la tinta, que no parecía poseer ni profundidad ni color, sólo forma: un círculo perfecto del tamaño de un pomelo. La policía también había detenido el tráfico en sentido contrario, las parpadeantes luces azules se desplazaban al rojo al brillar alrededor de los bordes de la masa negra, distorsionando la imagen de la carretera todavía más que la reacción óptica en el borde de un tarro de mermelada. Delante del vórtice había un Datsun azul, con el capó que ya empezaba a estirarse al aproximarse a la distorsión. Detrás había una motocicleta, y detrás de ésta y más cerca de nosotros había una berlina familiar verde. Miré durante más o menos un minuto, pero todos los vehículos parecían inmóviles sobre el asfalto. El motorista, la moto y todos los ocupantes de los coches parecían estar inmóviles como estatuas.

—¡Maldición! —murmuré por lo bajo mientras miraba la hora—. ¿Cuánto hace que se abrió?

—Como una hora —respondió el sargento—. Hubo algún tipo de accidente en el que estaba implicado un vehículo de contención de CoMatEx. No podía haber pasado

en peor momento; estaba a punto de terminar mi turno.

Indicó con el pulgar al bebé en la camilla, que se había metido los dedos en la boca y había dejado de llorar.

—Ése era el conductor. Antes del accidente tenía treinta y un años. Para cuando llegamos aquí tenía ocho... En unas horas no será más que una mancha de humedad sobre la sábana.

—¿Ha llamado a la CronoGuardia?

—Les llamé —respondió con resignación—. Pero una brecha de Mal Tiempo se abrió cerca de un supermercado en Wareham. Tardarán al menos cuatro horas en llegar.

Pensé con rapidez.

—¿Cuántas personas hemos perdido hasta ahora?

—Señor —dijo un agente, señalando a la carretera—, creo que debería ver esto.

Todos observamos cómo el Datsun azul empezaba a retorcerse y estirarse, plegarse y reducirse al ser absorbido por el agujero. En unos pocos segundos desapareció por completo, comprimido hasta una billonésima de su tamaño y catapultado a otro tiempo.

El sargento se echó la gorra hacia atrás y suspiró. No había nada que pudiese hacer.

Repetí la pregunta.

—¿Cuántos?

—Oh, el camión ha desaparecido, una biblioteca móvil completa, doce coches y una motocicleta. Quizá doce personas.

—Eso es mucha materia —dije con gravedad—. La distorsión podría alcanzar el tamaño de un campo de fútbol para cuando la CronoGuardia llegue aquí.

El sargento se encogió de hombros. Nunca le habían dicho lo que debía hacer en caso de inestabilidades temporales. Me volví hacia Bowden.

—Vamos.

—¿Qué?

—Tenemos que hacer un trabajito.

—¡Estás loca!

—Quizá.

—¿No podemos esperar a la CronoGuardia?

—No llegarán a tiempo. Es fácil. Un mono lobotomizado podría hacerlo.

—¿Y dónde vamos a encontrar un mono lobotomizado a estas horas?

—Estás siendo rimbombante, Bowden.

—Cierto. ¿Sabes lo que sucederá si fracasamos?

—No fracasaremos. Es fácil. Papá pertenecía a la CronoGuardia; me contó todo lo que hay que saber. El secreto está en las esferas. En cuatro horas podríamos estar

presenciando un importante desastre global justo delante de nuestros ojos. Una rasgadura en el tiempo tan grande que no sabremos con seguridad si el aquí-y-ahora no es el allá-y-entonces. El desmoronamiento de la civilización, pánico en las calles, el fin del mundo tal y como lo conocemos. ¡Eh, chico...!

Había visto a un muchacho rebotando un balón de baloncesto sobre la carretera. El chico me lo dio renuente y volví con Bowden, quien me esperaba incómodo junto al coche. Bajamos la capota y Bowden se sentó en el asiento del pasajero, agarrando el balón con seriedad.

—¿Un balón de baloncesto?

—Es una esfera, ¿no? —respondí, recordando el consejo de papá tantos años antes—. ¿Estás listo?

—Listo —respondió Bowden con voz ligeramente temblorosa.

Arranqué el coche y avancé lentamente hasta donde se encontraba la policía de tráfico, que miraba con asombro conmovido.

—¿Está segura de saber lo que hace? —preguntó el joven agente.

—Más o menos —respondí, con bastante sinceridad—. ¿Alguien tiene reloj con segundero?

El agente de tráfico más joven se quitó el reloj y me lo pasó. Miré la hora *real* — 5.30 a.m.— y luego puse el reloj en las doce. Colgué el reloj del retrovisor.

El sargento nos deseó buena suerte mientras avanzábamos, aunque sus pensamientos iban más en la línea de «antes tú que yo».

A nuestro alrededor el cielo empezaba a clarear a la aurora, pero la zona alrededor de los vehículos seguía estando en la noche. El tiempo para los coches atrapados se había detenido, pero sólo para observadores desde el exterior. Para los ocupantes, todo sucedía con normalidad, excepto que si miraban atrás observarían cómo llegaba la aurora con rapidez.

Los primeros cincuenta metros a Bowden y a mí nos parecieron muy sencillos, pero al acercarnos el coche y la moto parecieron acelerar y para cuando nos encontramos a la altura del coche verde los dos nos movíamos a cien kilómetros por hora. Miré el reloj colgado del retrovisor y vi que habían pasado exactamente tres minutos.

Bowden había estado observando lo que sucedía detrás de nosotros. Mientras él y yo nos acercábamos a la inestabilidad, los movimientos de los agentes parecieron acelerarse hasta no ser más que un borrón. Hicieron girar a los coches que bloqueaban la autopista y los dirigieron con rapidez por el arcén. Bowden también se dio cuenta de que el sol se alzaba con rapidez y se preguntó exactamente en qué se habría dejado liar.

La berlina verde tenía dos ocupantes; un hombre y una mujer. La mujer estaba dormida y el conductor miraba al agujero oscuro que tenía abierto delante de ellos. Le

grité que parase. Él bajó la ventanilla y yo se lo repetí, añadiendo « ¡OpEspec!» y enarbolando mi placa. Obedientemente aplicó los frenos y las luces de freno se encendieron, atravesando la oscuridad. Habían pasado tres minutos y veintiséis segundos desde el comienzo de nuestro viaje.

Desde donde se encontraba la CronoGuardia, pudieron ver las luces de freno de la berlina verde encenderse lánguidamente en el embudo de oscuridad que era la zona de influencia del suceso. Observaron el avance de la berlina verde durante los siguientes diez minutos mientras realizaba un giro casi imperceptible hacia el arcén. Eran casi las 10.00 a.m. y un destacamento avanzado de la CronoGuardia había llegado desde Wareham. El equipo y los operativos se elevaban en un helicóptero Chinook de OE-12, y el coronel Rutter había volado por delante para ver lo que había que hacer. Se habían sorprendido al saber, que dos agentes normales se habían ofrecido voluntarios para esa tarea peligrosa, sobre todo porque nadie sabía decirle quiénes éramos. Ni siquiera les ayudó una comprobación de la matrícula de mi coche, porque todavía seguía registrado como perteneciente al garaje donde lo había comprado. El único aspecto positivo de todo este desastre, se consoló, era el hecho de que el pasajero parecía estar sosteniendo algún tipo de esfera. Si el agujero crecía más y el tiempo se ralentizaba aún más, podría llevarles varios meses llegar hasta nosotros, incluso usando los vehículos más rápidos de los que dispusiesen. Bajó los binoculares y suspiró. Era un trabajo apestoso, piojoso y solitario. Llevaba trabajando en la CronoGuardia casi cuarenta años Tiempo Estándar de la Tierra. Su registro de trabajo era de 209 años. En su tiempo fisiológico personal, tenía apenas 28 años. Sus hijos eran mayores que él y su esposa estaba en una residencia para la tercera edad. Había creído que la paga más alta le compensaría por cualquier problema, pero se había equivocado.

A medida que la berlina verde quedó rápidamente detrás de nosotros, Bowden volvió a mirar atrás y vio que el sol se alzaba más y con mayor velocidad. En un parpadeo llegó un helicóptero, con el distintivo «CG» de la CronoGuardia. Por delante de nosotros sólo se encontraba el motorista, quien parecía estar peligrosamente cerca del agujero oscuro y arremolinado. Vestía cuero rojo y conducía una Triumph de la gama más alta, algo irónico, era básicamente la única moto capaz de escapar del vórtice si él hubiese sabido cuál era el problema. Nos había llevado otro seis minutos ponernos a su altura y al aproximarnos, un rugido tremendo había empezado a elevarse por encima del ruido del viento; el tipo de rugido que emite un tifón cuando te pasa por encima. Todavía estábamos a unos cuatro metros, y nos resultaba difícil mantenernos. El velocímetro del Porsche alcanzó los ciento cuarenta al avanzar junto a la moto. Toqué la bocina, pero el rugido ahogó el sonido.

—¡Prepárate! —le grité a Bowden mientras el viento nos agitaba el cabello y el

aire nos tiraba de la ropa.

Volví a hacer guiños con las luces a la motocicleta y al fin nos vio. Se volvió y saludó; confundiendo nuestra intención con el deseo de iniciar una carrera, bajó una marcha y aceleró. El vórtice le atrapó en un instante y pareció estirarse, retorcerse y volverse al fluir rápidamente al interior de la inestabilidad; había desaparecido en lo que pareció un segundo. Tan pronto como me pareció que no nos podíamos acercarnos más, pisé el freno y grité:

—¡Ahora!

Las ruedas echaron humo mientras rozaban el asfalto; Bowden lanzó la pelota, que pareció crecer de tamaño siguiendo el agujero, la bola se aplastó para formar un disco y el agujero se estiró para formar una línea. Vimos que la pelota daba al agujero, rebotaba una vez y pasaba. Miré el reloj mientras entrábamos en el abismo, la pelota nos impedía una última visión del mundo que habíamos dejado atrás mientras caíamos a otro tiempo. Hasta que atravesamos el suceso, habían pasado doce minutos y cuarenta y un segundos. En el exterior, habían pasado cerca de siete horas.

—La moto ha desaparecido —comentó el coronel Rutter.

El segundo al mando se limitó a gruñir una respuesta. No le gustaba que los no-Cronos intentasen hacer su trabajo. Habían conseguido mantener el misticismo de su tarea durante cinco décadas con sueldos a la altura; los héroes voluntarios sólo podían servir para debilitar la confianza absoluta de la gente en la labor que cumplían. No era un trabajo difícil; simplemente llevaba mucho tiempo. Él había reparado una rasgadura similar en el espacio-tiempo que se había abierto en el parque municipal de Weybridge justo entre el reloj de flores y el quiosco de música. El trabajo en sí le había llevado diez minutos; se había limitado a acercarse y meter una pelota de tenis en el agujero mientras en el exterior pasaban siete meses a toda velocidad; siete meses con paga doble y privilegios, gracias, gracias, gracias.

Los operativos de la CronoGuardia dispusieron un enorme reloj mirando al interior, de forma que cualquier operativo dentro de la influencia del campo supiese qué estaba pasando. Un reloj similar en la parte posterior del helicóptero ofrecía a los agentes del exterior una buena aproximación de cómo iba de ralentizado el tiempo en el interior.

Después de la desaparición de la moto, esperaron otra media hora para ver qué pasaba. Vieron cómo Bowden se levantaba lentamente y lanzaba, lo que parecía una pelota de baloncesto.

—Demasiado tarde —murmuró Rutter, habiendo presenciado ya antes cosas similares.

Ordenó a sus hombres que entrasen en acción, y estaban empezando a arrancar los rotores del helicóptero cuando la oscuridad que rodeaba al agujero se evaporó. La

noche se retiró y se enfrentaron a una carretera despejada. Pudieron ver cómo salía la gente de la berlina verde y miraban a su alrededor asombrados del súbito día. A cien metros por delante, la pelota de baloncesto había bloqueado perfectamente la grieta y ahora temblaba ligeramente suspendida en medio del aire mientras el vórtice tras el roto aspiraba la pelota. En un minuto, la grieta se cerró y la pelota cayó al asfalto, rebotando un par de veces antes de rodar a la cuneta. El cielo estaba despejado y no había ninguna señal de que el tiempo no fuese el mismo que había sido siempre. Pero del Datsun, el motorista y el coche deportivo de colores llamativos no había ni rastro.

Mi coche se deslizó y se deslizó. La autopista había quedado reemplazada por una masa revuelta de luz y color que no tenía ningún sentido para ninguno de los dos. Ocasionalmente surgía una imagen coherente de entre la penumbra y en varias ocasiones creímos haber vuelto a un tiempo estable, pero pronto regresábamos al vórtice, con el tifón resonando en nuestros oídos. La primera ocasión fue en una carretera cercana a Londres. Parecía invierno, y por delante de nosotros un Austin Allegro verde lima salió de una carretera lateral. Di un volantazo y pasé a su lado a gran velocidad, haciendo sonar la bocina con furia. La imagen colapso abruptamente y se fragmentó a sí misma para formar la bodega sucia de un barco. El coche estaba encajado entre dos enormes cajas de envío, la más cercana con destino Shanghai. El aullido del vórtice se había reducido, pero podíamos oír un rugido nuevo, el rugido de una tormenta en el mar. El barco se bamboleó y Bowden y yo nos miramos, sin estar seguros de si era el final del viaje o no. El rugido se hizo más intenso a medida que la bodega húmeda se plegaba sobre sí misma y desaparecía, simplemente para ser reemplazada por una sala blanca de hospital. La tempestad se calmó, el motor del coche ronroneaba feliz. En la única cama ocupada había una mujer adormilada y confundida con el brazo en cabestrillo. Sabía lo que tenía que decir.

—¡Thursday...! —grité emocionada.

La mujer de la cama frunció el ceño. Miró a Bowden, quien saludó con alegría.

—¡No murió! —seguí diciendo, transmitiéndole lo que ahora sabía que era cierto. Podía oír que la tempestad volvía a aullar. Pronto desapareceríamos—. ¡El coche estrellado fue una distracción! ¡Los hombres como Acheron no mueren con tanta facilidad! ¡Pide el trabajo de detective literario en Swindon!

La mujer de la cama sólo tuvo tiempo de repetir mi última palabra antes de que el techo y el suelo se abriesen y cayésemos de regreso al torbellino. Después de un espectáculo deslumbrante de ruido colorista y luz a gran volumen, el vórtice se retiró para quedar reemplazado por el aparcamiento de un área de servicio en algún lugar. La tempestad se fue reduciendo y se paró.

—¿Ya está? —preguntó Bowden.

—No sé.

Era de noche y las farolas proyectaban un resplandor naranja sobre el

aparcamiento, la superficie reluciente debido a la lluvia reciente. Un coche se colocó a nuestro lado; era un Pontiac enorme que contenía a toda una familia. La mujer reñía al marido por haberse quedado dormido al volante y los niños lloraban. Parecía que habían estado a punto de tener un accidente.

—¡Disculpe! —grité.

La mujer bajó la ventanilla.

—¿Sí?

—¿Cuál es la fecha de hoy?

—¿La fecha?

—Es 18 de julio —respondió la mujer, dirigiéndonos a él y a mí una mirada molesta.

Le di las gracias y me volví hacia Bowden.

—¿Estamos tres semanas en el pasado? —preguntó.

—O cincuenta y seis semanas en el futuro.

—O ciento ocho.

Apagué el motor y salí. Bowden se me unió y caminamos hacia la cafetería. Más allá del edificio podíamos ver la autopista, y más allá el puente que conectaba con el área de servicio del sentido opuesto.

Nos pasaron varias grúas arrastrando coches vacíos.

—Algo va mal.

—Estoy de acuerdo —respondió Bowden—. ¿Pero qué?

De pronto, las puertas de la cafetería se abrieron de golpe y salió una mujer. Llevaba una pistola y empujaba a un hombre por delante, quien tropezó al salir. Bowden tiró de mí y me ocultó tras un furgón aparcado. Miramos con cautela y vimos que la mujer tenía compañía poco agradable; varios hombres habían aparecido aparentemente de la nada y todos ellos iban armados.

—¿Qué...? —susurré, al comprender de pronto lo que sucedía—. ¡Esa soy yo!

Y sí que lo era. Parecía ligeramente mayor, pero era definitivamente yo. Bowden también se había dado cuenta.

—No estoy seguro de que me guste lo que te has hecho con el pelo.

—¿Te parece mejor largo?

—Claro.

Observamos cómo uno de los tres hombres le decía a mi otro yo que dejase el arma, y mi otro yo dijo algo que no pudimos oír y dejó la pistola, soltando al hombre, que a continuación otro de los tipos se llevó a rastras.

—¿Qué pasa? —pregunté, totalmente confundida.

—¡Tenemos que irnos! —respondió Bowden.

—¿Y dejarme así?

—Mira.

Señaló el coche. Estaba estremeciéndose ligeramente a medida que un soplo de viento localizado parecía agitarlo.

—¡No puedo dejarla... a mí... en esta situación!

Pero Bowden tiraba de mí hacia el coche, que se agitaba con más violencia y empezaba a desvanecerse.

—¡Espera!

Me solté, saqué mi automática y la oculté tras una de las ruedas del coche más cercano, luego corrí tras Bowden y salté a la parte de atrás del Speedster. Justo a tiempo. Se produjo un destello brillante, un sonido de trueno y luego silencio. Abrí los ojos. Era de día. Miré a Bowden, quien había conseguido llegar al asiento del conductor. El aparcamiento del área de servicio de la autopista había desaparecido y en su lugar nos encontrábamos en una tranquila carretera de campo. El viaje había terminado.

—¿Estás bien? —pregunté.

Bowden se palpó la barba de tres días que inexplicablemente le había crecido en la barbilla.

—Eso creo. ¿Qué hay de ti?

—Todo lo bien que puede esperarse.

Comprobé la funda del arma. Estaba vacía.

—Pero estoy a punto de reventar. Es como si no hubiese hecho pis en una semana.

Bowden puso cara de dolor y asintió.

—Creo que podría decir lo mismo.

Yo me oculté tras un muro. Bowden caminó rígido al otro lado de la carretera y se alivió en un seto.

—¿Dónde supones que estamos? —le grité a Bowden desde detrás del muro—. O lo que es más apropiado, ¿cuándo?

—Coche veintiocho —dijo la radio—, responde, por favor.

—¿Quién sabe? —gritó Bowden por encima del hombro—. Pero si quieres probar la misma jugada otra vez, puedes buscarte a otro.

Aliviados, nos reunimos en el coche. Era un bonito día, seco y bastante cálido. El aire traía el olor de heno recién cortado, y en la distancia podíamos ver un tractor moviéndose lentamente por el campo.

—¿Qué era eso del área de descanso de la autopista? —preguntó Bowden—. ¿Thursday pasada o Thursday próxima?

Me encogí de hombros.

—No me pidas que te lo explique. Sólo espero salir del atolladero. Esos no tenían aspecto de estar recaudando fondos para la iglesia.

—Ya lo descubrirás.

—Supongo. Me pregunto quién era ése al que intentaba proteger.

—Que me registren.

Me senté en el capó y me puse unas gafas de sol. Bowden caminó hasta una cancela y miró al otro lado. En una depresión del valle había un pueblecito construido con piedra gris, y en el campo una manada de vacas pastaba tranquilamente.

Bowden señaló un mojón que había encontrado.

—Hemos tenido suerte.

El mojón decía que nos encontrábamos a diez kilómetros de Haworth.

No le prestaba atención. Ahora me comía el coco pensando en verme a mí misma en la cama de hospital. Si no me hubiese visto a mí misma, no hubiese ido a Swindon, y si no hubiese ido a Swindon no hubiese podido avisarme para ir allí. Sin duda, para mi padre tendría todo el sentido del mundo, pero yo podría volverme loca intentando aclararlo.

—Coche veintiocho —dijo la radio—, responda, por favor.

Dejé de pensar en eso y comprobé la posición del sol.

—Yo diría que rondamos el mediodía.

Bowden asintió.

—¿No somos *nosotros* el coche veintiocho? —me preguntó, frunciendo el ceño un poco.

Cogí el micrófono.

—Coche veintiocho, hable.

—¡Al fin! —dijo una voz aliviada por el altavoz—. Tengo al coronel Rutter de la CronoGuardia que quiere hablar con ustedes.

Bowden se acercó para poder oír mejor. Nos miramos, al no estar seguros de qué sucedería a continuación; una reprimenda o un montón de felicitaciones, o, como sucedió finalmente, ambas cosas.

—Agentes Next y Cable. ¿Pueden oírme? —dijo por la radio una voz profunda.

—Sí, señor.

—Bien. ¿Dónde están?

—A unos diez kilómetros de Haworth.

—Hasta allá arriba, ¿eh? —Rió a carcajadas—. De maravilla. —Se aclaró la garganta. Podíamos sentir que se aproximaba—. Extraoficialmente, ése fue uno de los actos más valerosos que he presenciado. salvaron gran número de vidas y evitaron que el suceso se convirtiese en un evento importante. Los dos pueden sentirse orgullosos de sus actos y para mí sería un honor tener a dos buenos agentes como ustedes a mis órdenes.

—Gracias, señor, yo...

—¡Todavía estoy hablando! —respondió, haciendo que los dos diésemos un salto—. Pero *oficialmente*, rompieron todas las reglas del manual. Y debería clavarles el

culo a la pared por no seguir el procedimiento. Si alguna vez intentan algo parecido, lo haré sin dudar. ¿Está claro?

—Muy claro, señor.

Miré a Bowden. Sólo había una pregunta que nos interesase.

—¿Cuánto tiempo hemos estado fuera?

—Estamos en el año 2016 —dijo Rutter—. *¡¡¡Han estado fuera treinta y un años!!!*

Mansión Haworth

«Algunos dirían que la CronoGuardia tiene un gran sentido del humor. Yo diría simplemente que son un incordio. He oído que solían meter a los nuevos reclutas en trajes de gravedad y lanzarlos una semana en el futuro sólo por diversión. Prohibieron el juego cuando un recluta desapareció fuera del cono. Teóricamente sigue ahí, justo fuera del tiempo, incapaz de regresar e incapaz de comunicarse. Se calcula que nos pondremos a su altura dentro de catorce mil años —por desgracia, él sólo habrá envejecido doce minutos—. Vaya una gracia.»

THURSDAY NEXT

Una vida en OpEspec

Los dos fuimos víctimas del retorcido sentido del humor de la CronoGuardia. Eran apenas las doce pasadas del día siguiente. Sólo habíamos estado fuera siete horas. Los dos ajustamos los relojes y condujimos lentamente hasta Haworth, cada uno atemperado por la experiencia.

En la mansión Haworth, pudimos presenciar en todo su esplendor el circo mediático. Yo había tenido la esperanza de llegar antes de que hubiese empezado en serio, pero el agujero de la M1 lo había impedido. Lydia Startright de la Toad News Network había llegado y grababa para el boletín del almuerzo. Se encontraba en los escalones exteriores de la mansión Haworth con un micrófono en la mano y se compuso antes de comenzar. Le hizo un gesto a la cámara para que empezase a grabar, adoptó una de sus expresiones más serias y arrancó.

—... Mientras el sol se alzaba esta mañana sobre la mansión Haworth, la policía comenzaba a investigar un robo audaz y un doble asesinato. En algún momento de la pasada noche, un asaltante desconocido disparó mortalmente a un guardia de seguridad cuando éste intentaba impedirle que robase el manuscrito original de *Jane Eyre*. La policía se encuentra en la escena del crimen desde primera hora de la mañana y todavía no ha ofrecido ningún comentario. Está bastante claro que se pueden establecer paralelismos con el robo del manuscrito de *Martin Chuzzlewit* que, a pesar de los esfuerzos continuados de la policía y OpEspec, todavía no se ha aclarado. Tras la extracción y asesinato del señor Quaverley, sólo puede deducirse que un destino similar espera a Rochester o a Jane. La Corporación Goliath, cuya

presencia esta mañana resultó un hecho poco habitual, no hace ningún comentario..., como siempre.

—Y... ¡corten! Eso estuvo *muy* bien, amor —declaró el productor de Lydia—. ¿Puedes hacerlo otra vez sin la referencia a Goliath? ¡Ya sabes que simplemente la cortarán!

—Que lo hagan.

—¡Lyds, niña...! ¿Quién paga las facturas? Me gusta la libertad de expresión tanto como a cualquiera, pero que sea en la emisora de otro, ¿mmm?

Ella pasó de él y miró a su alrededor cuando llegaba un coche. Su rostro se iluminó y se movió con rapidez, haciéndole un gesto al cámara para que le siguiese.

Un agente larguirucho como de cuarenta años, pelo plateado y bolsas bajo los ojos miró al cielo mientras ella se aproximaba, transformando su rostro poco amistoso con una sonrisa. Esperó pacientemente a que ella completase una breve introducción.

—Me encuentro con el detective inspector Oswald Mandias, departamento de investigación criminal de Yorkshire. Dígame, inspector, ¿cree que este crimen está relacionado de alguna forma con el robo *Chuzzlewit*.

Él sonrió benigno, completamente consciente de que esa tarde aparecería en treinta millones de aparatos de televisión.

—Es demasiado pronto para saberlo; en su debido momento se emitirá la oportuna nota de prensa.

—¿No es éste un caso para los detectives literarios de Yorkshire, señor? *Jane Eyre* es uno de los tesoros más valiosos del país.

Mandias se detuvo para mirarla.

—Al contrario que otros departamentos de OpEspec, los detectives literarios de Yorkshire emplean las pruebas suministradas por la policía normal. Los detectives literarios no son policías y *no* hay sitio para ellos en una investigación policial.

—¿Por qué cree que la Corporación Goliath se presentó aquí esta mañana?

—¡Se acabaron las preguntas! —gritó el ayudante de Mandias a medida que convergían otros equipos de noticias.

Goliath había estado y se había ido, pero nadie iba a descubrir nada más que eso. La policía se abrió paso a empujones y Lydia paró para tomar un tentempié; llevaba informando en directo desde el desayuno. Unos minutos después Bowden y yo llegamos en el Speedster.

—Vaya, vaya —murmuré al salir del coche—, Startright se mantiene ocupada. ¡Buenos días, Lyds!

Lydia casi se atragantó con su SmileyBurger y rápidamente la tiró a un lado. Cogió el micrófono y me persiguió.

—Aunque se afirma que los detectives literarios de Yorkshire y Goliath no están

presentes —fue soltando Lydia a medida que intentaba mantenerse a nuestra altura—, los acontecimientos han dado un giro interesante con la llegada de Thursday Next de OE-27. Abandonando su procedimiento habitual, los detectives literarios han salido de detrás de sus mesas y visitan en persona la escena del crimen.

Me paré para divertirme un poco. Lydia se serenó y empezó la entrevista.

—Señorita Next, dígame, ¿qué hace tan lejos de su jurisdicción?

—Hola, Lydia. Tienes mayonesa en el labio superior por esa SmileyBurger. Tienen mucha sal y la verdad es que no deberías comerlas. En cuanto al caso, me temo que es la misma mierda de siempre: «Comprenderán que cualquier cosa que podamos descubrir tendrá que permanecer en secreto y bla bla y bla.» ¿Qué te parece?

Lydia ocultó una sonrisa.

—¿Cree que los dos robos están relacionados?

—Mi hermano Joffy es un gran fan tuyo, Lyds; ¿puedes darme una foto dedicada? «Joffy» con dos efes. Discúlpame.

—¡Gracias por nada, Thursday! —gritó Startright—. ¡Nos vemos!

Fuimos hasta la línea policial y mostramos las identificaciones al agente. Miró las placas, luego a nosotros. Nos quedó claro que no estaba impresionado. Habló con Mandias.

—Señor, estos dos detectives literarios de Wessex desean acceder a la escena del crimen.

Mandias se acercó con una lentitud dolorosa. Nos miró de arriba abajo y escogió sus palabras con mucho cuidado.

—Aquí en Yorkshire los detectives literarios no abandonan sus mesas.

—He leído los informes de arrestos. Me quedó claro —respondí con frialdad.

Mandias suspiró. Guiar de la mano a los que él describía como sabihondos, especialmente a los de otra región OpEspec, no era evidentemente algo que estuviese deseoso por hacer.

—Aquí tengo dos asesinatos entre manos y no quiero que nadie altere la escena del crimen. ¿Por qué no esperan a recibir el informe y siguen investigando desde ese punto?

—Los asesinatos son una tragedia, evidentemente —respondí—, pero *Jane Eyre* es la clave. Es imperativo que veamos la escena del crimen. *Jane Eyre* es más importante que yo y más importante que usted. Si se niega, enviaré un informe a su superior quejándome de su conducta.

Pero Mandias no era un hombre que prestase oídos a amenazas, ociosas o no. Después de todo, estábamos en Yorkshire. Me miró fijamente y dijo en voz baja:

—Dame con todo lo que tengas, oficinista.

Di un paso al frente y él se erizó un poco; no iba a ceder. Un agente cercano se le

puso detrás para ofrecer ayuda si fuese necesario.

Yo estaba a punto de perder los estribos cuando Bowden habló:

—Señor —empezó—, si nos pudiésemos *desplazar lentamente* hacia la meta podría ser que pudiésemos *excavar una madriguera* para escapar de esta situación en la que nos revolvemos.

La actitud de Mandias cambió abruptamente y sonrió con solemnidad.

—Si la cosa es *así*, estoy seguro de que podemos permitirles dar un vistazo rápido... siempre que prometan no tocar nada.

—Palabra de honor —respondió Bowden significativamente, tocándose el estómago. Los dos se dieron la mano y guiñaron los ojos, y pronto nos encontramos escoltados al interior del museo.

—¿Cómo demonios lo has hecho? —susurre.

—Mírale el anillo.

Lo hice. En el dedo corazón llevaba un enorme anillo con patrón curioso y distintivo.

—¿Qué es?

—La Muy Reverenciada Hermandad del Wombat.

Sonreí.

—Bien, ¿qué tenemos? —pregunté—. ¿Un doble asesinato y un manuscrito desaparecido? Sólo se llevaron el manuscrito, ¿no? ¿Nada más?

—Exacto —respondió Mandias.

—¿Y al guardia le dispararon con su propia pistola?

Mandias se detuvo y me miró con gesto severo.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Una suposición afortunada —respondí nerviosa—. ¿Qué hay de las cintas de vídeo?

—Las estamos examinando en este mismo momento.

—No sale nadie en ellas, ¿verdad?

Mandias me miró con curiosidad.

—¿Sabe quién es el responsable de esto?

Le seguí hasta la sala que había contenido el manuscrito. La inalterada caja de vidrio estaba colocada tristemente en medio del suelo. Pasé la punta de los dedos sobre una zona moteada y desigual de la superficie del vidrio.

—Gracias, Mandias, es usted un cielo —dije, saliendo.

Bowden y Mandias se miraron y se apresuraron a seguirme.

—¿Eso es todo? —dijo Mandias—. ¿Ésa es su investigación?

—He visto todo lo que precisaba ver.

—¿Puede darme algo? —preguntó Mandias, trotando para mantenerse a mi altura. Miró a Bowden—. Hermano, *tú* puedes decírmelo.

—Thursday, deberíamos decirle al detective inspector lo que sabemos. Se lo debemos por dejarnos entrar.

Me detuve tan de súbito que Mandias casi chocó conmigo.

—¿Ha oído hablar de un hombre llamado Hades?

Mandias se puso visiblemente pálido y miró a su alrededor con nerviosismo.

—No se preocupe; hace tiempo que se fue de aquí.

—Dicen que murió en Venezuela.

—Dicen que puede atravesar las paredes —contraataqué—. También dicen que emite colores al desplazarse. Hades está sano y salvo, y debo encontrarle antes de que empiece a dar uso al manuscrito.

Mandias parecía haber sufrido una cura de humildad tan pronto como comprendió quién estaba detrás de todo esto.

—¿Hay algo que pueda hacer?

Hice una pausa.

—Rece por no encontrarse jamás con él.

El trayecto de regreso a Swindon no tuvo ningún contratiempo, la zona de la M1 donde se había producido el problema había regresado a la normalidad. Victor nos esperaba en la oficina; parecía algo agitado.

—He pasado toda la mañana al teléfono con Braxton gritándome sobre que el seguro no tiene validez si los agentes actúan fuera de su jurisdicción.

—La misma mierda de siempre.

—Eso es lo que le dije. Ahora mismo tengo a la mayor parte de la oficina leyendo *Jane Eyre* por si pasa algo raro... Por el momento todo está tranquilo.

—Es sólo cuestión de tiempo.

—Mmm.

—Müller mencionó que Hades estaba en un Penderyn —le dije a Victor—. ¿Algún resultado?

—Nada de lo que yo me haya enterado. Schitt dijo que lo había mirado y no había dado con nada... Hay más de trescientos Penderyn posibles a los que Müller podría haberse referido. Más quebraderos de cabeza, ¿has visto el periódico de esta mañana?

Yo no. Me mostró la primera página de *The Mole*. Decía:

MOVIMIENTOS DE TROPAS CERCA DE LA FRONTERA CON GALES

Seguí leyendo con algo de inquietud. Aparentemente, se habían producido movimientos de tropas cerca de Hereford, Chepstow y el pueblo fronterizo en disputa de Oswestry. Un portavoz militar había desestimado las maniobras como simples «ejercicios», pero eso no sonaba bien. En absoluto. Me volví hacia Victor.

—¿Jack Schitt? ¿Crees que ansia tanto el Portal de Prosa que está dispuesto a ir a la guerra con Gales?

—Quién sabe cuánto poder puede blandir la Corporación Goliath. Puede que no esté detrás de esto. Podría ser una coincidencia o simple ruido de sables; pero en cualquier caso, no creo que podamos dejarlo de lado.

—Entonces, necesitamos adelantarnos. ¿Alguna idea?

—¿Qué dijo Müller? —preguntó Finisterre.

Me senté.

—Gritó: «Él está en Penderyn»; nada más.

—¿Nada más? —preguntó Bowden.

—No; cuando Schitt le preguntó a *qué* Penderyn se refería, ya que debe de haber cientos, Müller le dijo: Guess.

Bowden habló en voz alta.

—¿Cuáles fueron sus palabras exactas?

—Dijo «Guess», luego lo repitió pero convertido en grito... En ese momento sufría mucho dolor. La conversación se grabó, pero tenemos tantas posibilidades de obtener la grabación como de...

—Quizá se refería a otra cosa.

—¿Como qué, Bowden?

—Sólo hablo gales turístico, pero «Gwesty» significa hotel.

—Dios mío —dijo Victor.

—¿Victor? —inquirí, pero él estaba muy ocupado rebuscando en un enorme montón de mapas que había acumulado; cada uno tenía algún Penderyn señalado.

Extendió un enorme mapa callejero de Merthyr Tydfil sobre la mesa y señaló a un lugar entre el palacio de justicia y la sede del gobierno. Nos esforzamos por ver lo que señalaba el dedo, pero la posición no venía descrita.

—El hotel Penderyn —anunció Victor con tono grave—. Allí pasé la luna de miel. En su día, igualaba al Adelphi o al Raffles, pero está vacío desde los años sesenta. Si yo quisiese un refugio seguro...

—Ahí está —anuncié, mirando con mucha inquietud el mapa de la capital galesa—. Ahí es donde le encontraremos.

—¿Y cómo crees que vamos a entrar en Gales sin ser detectados, llegar hasta una zona muy protegida, recuperar a Mycroft y el manuscrito y volver a salir de una pieza? —preguntó Bowden—. ¡Hace falta un mes para obtener el visado!

—Encontraremos una forma de entrar —dije lentamente.

—¡Estás loca! —dijo Victor—. ¡Braxton jamás lo permitiría!

—Ahí es donde intervienes tú.

—¿Yo? Braxton no me hará caso a *mí*.

—Creo que está a punto de empezar a prestarte atención.

Jane Eyre

«*Jane Eyre* se publicó en 1847, bajo el seudónimo de Currer Bell, un nombre adecuadamente neutro que ocultaba el sexo de Charlotte Brontë. Fue un gran éxito. William Thackeray describió la novela como “La obra maestra de un gran genio”. No es que el libro careciese de críticos: G. H. Lewes propuso que Charlotte debería estudiar la obra de Austen y “corregir sus limitaciones a la luz de la práctica de la gran artista”. Charlotte respondió que la obra de la señorita Austen era apenas —bajo la luz de lo que ella deseaba hacer— una novela. La definió como “un jardín muy cultivado sin campo abierto”. El jurado todavía no ha alcanzado un veredicto.»

W. H. H. F. RENOUF
Las Brontë

Hobbes agitó la cabeza al enfrentarse al relativo desconocimiento de los pasillos del hogar de Rochester, Thornfield Hall. Era de noche, y un silencio mortal había descendido sobre la casa. El pasillo estaba oscuro y trasteó con la linterna. Un resplandor de luz naranja apuñaló la oscuridad mientras recorría lentamente el pasillo superior. Frente a él, podía ver una puerta un poco entreabierta, a través de la cual salía un resplandor de luz de vela. Se detuvo junto a la puerta y miró. En el interior pudo ver a una mujer vestida con andrajos y con el pelo revuelto que vertía el aceite de una lámpara sobre las colchas bajo las que dormía Rochester. Hobbes supo orientarse; sabía que Jane extinguiría pronto el fuego, pero no tenía forma de saber de qué puerta saldría. Se volvió al pasillo y el alma casi se le escapa del cuerpo cuando se encontró cara a cara con una enorme mujer colorada. Olía fuertemente a bebida, poseía un rostro agresivo y le miraba con un desprecio apenas controlado. Se quedaron mirándose durante unos momentos. Hobbes preguntándose qué hacer y la mujer temblando ligeramente, sin que sus ojos abandonasen jamás los de él. Hobbes se asustó y fue a coger su pistola, pero con una velocidad totalmente improbable la mujer le atrapó el brazo y se lo sostuvo pegado a la pared con tal fuerza que él sólo pudo evitar aullar de dolor.

—¿Qué hace aquí? —susurró ella, mientras la temblaba una ceja.

—En nombre de Dios, ¿quién es usted? —preguntó Hobbes.

Ella le dio una bofetada en plena cara; él se tambaleó antes de recuperarse.

—Me llamo Grace Poole —dijo Grace Poole—. Puede que pertenezca al servicio, pero usted no tiene derecho a usar el nombre del Señor en vano. Veo por su indumentaria que no es de por aquí. ¿Qué quiere?

—Estoy, eh, con el señor Mason —dijo entrecortado.

—Tonterías —respondió ella, mirándole de forma peligrosa.

—Quiero a Jane Eyre —dijo entrecortado.

—También el señor Rochester —respondió con tono prosaico—. Pero ni siquiera la besa hasta la página ciento ochenta y uno.

Hobbes miró al interior de la habitación. Ahora la loca bailaba, sonriendo y riendo mientras las llamas crecían sobre la cama de Rochester.

—Si no llega pronto, no habrá página ciento ochenta y uno.

Grace Poole le volvió a mirar a los ojos y lo inmovilizó con una mirada hosca.

—Ella le salvará, como ha hecho miles de veces, como lo volverá a hacer miles de veces. Así son las cosas por aquí.

—¿Sí? —respondió Hobbes—. Bien, puede que las cosas cambien.

En ese momento la loca surgió de la habitación y atacó a Hobbes con las uñas extendidas. Con una risa maníaca que hizo estallar los oídos de Hobbes, la loca se lanzó contra él y apretó sus uñas sin cortar y desiguales contra sus mejillas. Hobbes aulló de dolor mientras Grace Poole le hacía una llave a la señora Rochester y la obligaba a ir de vuelta al ático. Al llegar a la puerta, Grace se volvió hacia Hobbes y habló de nuevo:

—Recuerde: así son las cosas por aquí.

—¿No va a intentar detenerme? —preguntó Hobbes con tono de confusión.

—Ahora me llevaré a la pobre señora Rochester al piso superior —respondió—. Está escrito.

La puerta se cerró tras Grace Poole mientras una voz que gritaba « ¡Despierte! ¡Despierte!» hizo que Hobbes volviese a prestar atención al interior de la habitación en llamas. En su interior podía ver a Jane vestida para dormir lanzando un jarro de agua sobre la forma yacente de Rochester. Hobbes esperó hasta que el fuego se hubiese apagado antes de entrar en la habitación, sacando la pistola mientras lo hacía. Los dos alzaron la vista, la frase «elfos de la Cristiandad» moría en los labios de Rochester.

—¿Quién es usted? —preguntaron al unísono.

—Créanme, no podrían siquiera empezar a entenderlo.

Hobbes agarró a Jane por el brazo y la arrastró de vuelta al pasillo.

—¡Edward! ¡Mi Edward! —imploró Jane, alargando los brazos hacia Rochester—. ¡No te abandonaré, mi amor!

—Un momento —dijo Hobbes que seguía retrocediendo—, ¡todavía no os habéis enamorado!

—En pensar eso se equivocaría usted —murmuró Rochester, sacando una pistola de percusión de debajo de la almohada—. Hace tiempo que sospecho que algo así podría pasar. —Apuntó a Hobbes y disparó con un único movimiento rápido.

Falló, la enorme bola de plomo se hundió en la madera de la puerta. Hobbes hizo un disparo de advertencia; Hades había prohibido expresamente herir a nadie en la novela. Rochester sacó una segunda pistola tras la primera y la amartilló.

—Suéltela —anunció, con la mandíbula cuadrada, su pelo negro caía sobre sus ojos.

Hobbes colocó a Jane delante de él.

—¡No sea estúpido, Rochester! Si todo va bien, Jane regresará de inmediato; ¡ni siquiera se dará cuenta de que se ha ido!

Mientras hablaba, Hobbes retrocedió por el pasillo hacia donde debía abrirse el portal. Rochester le siguió, apuntando con el arma, con un peso en el corazón al ver que a su único y verdadero amor se lo llevaban sin ceremonia a rastras de la novela para ir a ese lugar, ese *otro* lugar, donde él y Jane jamás podrían disfrutar de la vida que llevaban en Thornfield. Hobbes y Jane se perdieron en el portal, que se cerró abruptamente después de que pasasen. Rochester bajó el arma y frunció el ceño.

Un momento más tarde, Hobbes y una muy desorientada Jane Eyre habían atravesado el Portal de Prosa y habían llegado al desvencijado salón de fumadores del viejo hotel Penderyn.

Acheron avanzó y ayudó a Jane a sostenerse. Le ofreció su abrigo para que entrase en calor. Después de Thornfield Hall, el hotel era decididamente ventoso.

—¡Señorita Eyre...! —anunció Hades con amabilidad—. Me llamo Hades, Acheron Hades. Es usted mi respetada invitada; por favor, tome asiento y serénese.

—¿Edward...?

—Está muy bien, mi joven amiga. Vamos, deje que la lleve a una zona más cálida del hotel.

—¿Volveré a ver a mi Edward?

Hades sonrió.

—Eso depende de lo valiosa que sea usted para la gente.

Una marejada de sentimiento popular

«Hasta el secuestro de Jane Eyre no creo que nadie —y menos que nadie el propio Hades— comprendiese por completo lo popular que era. Era como si a las masas le hubiesen arrancado una manifestación nacional y viva de la herencia literaria de Inglaterra. Era la mejor noticia que podríamos haber recibido.»

BOWDEN CABLE

Diario de un detective literario

Veinte segundos después del secuestro de Jane, los primeros miembros preocupados del público apreciaron acontecimientos extraños alrededor de la página ciento siete de sus ediciones de lujo encuadernadas en piel de *Jane Eyre*. En treinta minutos, todas las líneas telefónicas de la biblioteca del Museo Inglés estaban ocupadas. En dos horas, todos los departamentos de detectives literarios estaban inundados por llamadas de preocupados lectores de Brontë. En cuatro horas, el presidente de la Federación Brontë se había entrevistado con el primer ministro. Para la hora de la cena, el secretario personal del primer ministro había llamado al jefe de OpEspec. A las nueve de la noche, el jefe de OpEspec había descendido el escalafón hasta un apesadumbrado Braxton Hicks. A eso de las diez, había recibido una llamada personal del primer ministro, quien le preguntó cómo demonios pensaba resolver la situación. Tartamudeó durante toda la conversación y dijo algo que no fue de mucha ayuda. Mientras tanto, a la prensa se le había filtrado la noticia de que Swindon era el centro de la investigación *Jane Eyre*, y a la altura de la medianoche, el edificio de OpEspec estaba rodeado por lectores preocupados, periodistas y furgones de agencias informativas.

Braxton no estaba de buen humor. Había empezado a fumar como un carretero y se había encerrado durante horas en su despacho. Ni siquiera practicar golf había conseguido tranquilizar sus nervios soliviantados y, poco después de la llamada del primer ministro, nos convocó a Victor y a mí a una reunión en el tejado, lejos de los ojos inquisitivos de la prensa, los representantes de Goliath y especialmente lejos de Jack Schitt.

—¿Señor? —dijo Victor al aproximarnos a Braxton, quien se apoyaba en una chimenea que gimió cuando se volvió.

Hicks miraba las luces de Swindon con un distanciamiento que me preocupó. El

parapeto estaba a apenas dos metros, y durante un terrible momento pensé que quizá quisiese acabar con todo.

—Mírenlos —murmuró.

Los dos nos relajamos al comprender que Braxton estaba en el tejado para poder ver al público que su departamento había jurado ayudar. Había miles de personas, dando vueltas a la comisaría tras las barreras de control, sosteniendo velas en silencio y agarrando sus ejemplares de *Jane Eyre*, ahora terriblemente afectados, con la narración deteniéndose abruptamente en medio de la página ciento siete después de que un misterioso «Agente de negro» entrase en el dormitorio de Rochester tras el incendio.

Braxton nos apuntó con su propio ejemplar de *Jane Eyre*.

—Lo han leído, ¿no?

—No hay mucho que leer —respondió Victor—. *Eyre* se escribió en primera persona; tan pronto como desapareció la protagonista, nadie sabe lo que pudo suceder a continuación. Mi teoría es que Rochester se vuelve todavía mucho más melancólico, manda a Adèle a un internado y cierra la casa.

Braxton le miró con mordacidad.

—Eso son conjeturas, Analogy.

—Es lo que se nos da mejor.

Braxton suspiró.

—¡Quieren que la traiga de vuelta, y ni siquiera sé dónde está! Antes de que pasase todo esto, ¿tenían idea de que *Jane Eyre* fuese tan popular?

Miramos a la multitud allá abajo.

—Para ser sinceros, no.

Braxton había perdido la compostura. Se limpió la frente; la mano le temblaba visiblemente.

—¿Qué voy a hacer? Esto es confidencial, y no lo he dicho, pero Jack Schitt tomará el mando dentro de una semana si todo este apestoso asunto no ha avanzado favorablemente.

—Schitt no está interesado en Jane —dije, siguiendo la mirada de Braxton hacia la masa de fans de Brontë—. Sólo quiere el Portal de Prosa.

—Dígamelo a mí, Next. Me quedan siete días para la oscuridad y la maldición histórica y literaria. Sé que en el pasado hemos tenido nuestras diferencias, pero deseo darles la libertad para hacer lo que sea necesario. Y —añadió magnánimo— independientemente del coste.

—Se controló y añadió—: Pero habiendo dicho eso, por supuesto, no derramen el dinero como si fuese agua, ¿vale?

Volvió a mirar las luces de Swindon.

—Me gustan tanto las Brontë como a cualquiera, Victor. ¿Qué quieres que haga?

—Acepte sus condiciones, las que sean; que nuestras acciones sean totalmente secretas, incluso para Goliath; y necesito un manuscrito.

Braxton entrecerró los ojos.

—¿Qué tipo de manuscrito?

Victor le entregó un trozo de papel. Braxton lo leyó y alzó las cejas.

—Lo conseguiré —dijo lentamente—, ¡incluso si tengo que robarlo personalmente!

La República Popular de Gales

«Irónicamente, de no haber sido por el aplastamiento eficiente y violento de los alzamientos simultáneos en Pontypool, Cardiff y Newport en 1839, Gales podría no haberse convertido jamás en república. Bajo la presión de los terratenientes y la protesta pública por la muerte de 236 mujeres y hombres galeses desarmados, los cartistas lograron que el gobierno realizase una reforma temprana del sistema parlamentario. Alentados por el éxito y bien representados en la cámara, lograron garantizar la autonomía galesa tras los ocho meses de " Huelga General" de 1847. En 1854, bajo el liderazgo de John Frost, Gales declaró su independencia. Inglaterra, lastrada por los problemas en Crimea e Irlanda, no encontró ninguna buena razón para discutir contra la decidida y beligerante asamblea galesa. Las relaciones comerciales eran buenas y el traspaso de competencias, junto con un tratado de no agresión anglo-galés, se aprobó al año siguiente.»

ZEPHANIA JONES

Tomado de *Gales. El nacimiento de una república*

Cuando la frontera anglo-galesa se cerró en 1965, la A4 desde Chepstow hasta Abertawe se convirtió en un pasillo de acceso por el que sólo se permitía el paso de hombres de negocios o camiones, ya fuese para realizar negocios en la ciudad o para recoger productos en los puertos. A ambos lados de la A4 galesa había alambradas de espino para recordar a los visitantes que no se permitía salirse de la ruta asignada.

Abertawe se consideraba una ciudad abierta —una «zona de libre comercio»—. Los impuestos eran bajos y las tarifas para el comercio casi no existían. Bowden y yo entramos conduciendo lentamente, siendo las torres de vidrio y las instituciones bancarias globales que se alineaban en la costa una demostración evidente de una filosofía de libre comercio que, aunque muy rentable, *no* era promovida con entusiasmo por todos los galeses. El resto de la República era mucho más reservado y tradicional: en algunos lugares, la pequeña nación apenas había cambiado en nada durante los últimos cien años.

—¿Ahora qué? —preguntó Bowden mientras aparcábamos frente al Primer Banco Nacional de Goliath.

Di un golpecito a la cartera de mano que Braxton me había dado la noche antes. Me había indicado que usase el contenido con sabiduría; tal y como iban las cosas,

ésta era básicamente la última oportunidad que teníamos antes de que Goliath interviniese.

—Haremos autostop hasta Merthyr.

—No dirías algo así a menos que tuvieses un plan.

—No malgasté el tiempo mientras estuve en Londres, Bowden. Tengo algunos favores en el bolsillo. Por aquí.

Caminamos calle arriba, dejando atrás el banco y entrando por una calle lateral que estaba llena de tiendas que trataban con billetes de banco, medallas, monedas, oro —y algunos libros—. Pasamos por entre los comerciantes, que en su mayoría charlaban en galés, y nos paramos frente a una pequeña librería anticuaría cuyo escaparate estaba repleto hasta arriba con viejos volúmenes de conocimientos olvidados. Bowden y yo compartimos una mirada de ansiedad y, respirando hondo, abrí la puerta y entramos.

Una campanilla resonó en el fondo de la tienda y un hombre alto que andaba encorvado salió para recibirnos. Nos miró con suspicacia a través de un brote de pelo gris y un par de gafas de media luna, pero la suspicacia se transformó en una sonrisa al reconocerme.

—¡Thursday, *bach!* —murmuró, abrazándome con afecto—. ¿Qué te trae por aquí? Seguro que no te has venido hasta Abertawe para ver a un viejo.

—Necesito tu ayuda, Dai —dije en voz baja—. Ayuda como no la he necesitado nunca antes.

Debía de haber seguido las noticias, porque guardó silencio. Con delicadeza tomó uno de los primeros volúmenes de R. S. Thomas de las manos de un posible cliente, le dijo que era hora de cerrar y lo guió fuera de la tienda antes de que tuviese tiempo de quejarse.

—Éste es Bowden Cable —le expliqué mientras el librero atrancaba la puerta—. Es mi compañero; si puedes confiar en mí, puedes confiar en él. Bowden, éste es Jones *el Manuscrito*, mi contacto galés.

—¡Ah! —dijo el librero, dándole la mano a Bowden con efusividad—. Cualquier amigo de Thursday es amigo mío. Éste es Haelwyn *el Libro* —añadió, presentando a su ayudante, quien sonrió con timidez—. Bien, joven Thursday, ¿qué puedo hacer por ti?

Hice una pausa.

—Necesitamos llegar hasta Merthyr Tydfil...

El librero soltó una explosión de risa.

—... *esta noche* —añadí.

Dejó de reír y se fue detrás del mostrador, ordenando sin pensar mientras avanzaba.

—Tu reputación te precede, Thursday. Dicen que buscas *Jane Eyre*. Dicen que

tienes buen corazón... y que te has enfrentado al mal y has sobrevivido.

—¿Qué más cuentan?

—Que la oscuridad camina por los valles —interrumpió Haelwyn con una buena dosis de fatalidad en la voz.

—Gracias, Haelwyn —dijo Jones—. El hombre que buscas...

—... y el Rhondda se ha cubierto de sombras durante las últimas semanas —siguió diciendo Haelwyn, quien evidentemente todavía no había terminado.

—Es suficiente, Haelwyn —dijo Jones con más seriedad—. Hay ejemplares nuevos de *La granja Cold Comfort* que es preciso enviar a Llan-dod, ¿vale?

Haelwyn se fue con expresión dolida.

—¿Qué hay de...? —empecé a decir.

—¡... y la leche sale agria de las ubres de las vacas! —gritó Haelwyn detrás de una estantería—. ¡Y durante los últimos días las brújulas de Merthyr se han vuelto todas locas!

—No le hagáis caso —explicó Jones disculpándose—. Lee muchos libros. ¿Pero cómo podría ayudaros? ¿Yo, un viejo librero sin contactos?

—Un viejo librero con ciudadanía galesa y acceso libre al otro lado de la frontera no necesita contactos para ir a donde quiera ir.

—Espera un momento, Thursday, *bach*; ¿quieres que yo os lleve a vosotros hasta Merthyr?

Asentí. Jones era la mejor y la única oportunidad que tenía, todo en uno. Pero le hacía tanta gracia el plan como yo había creído.

—¿Y por qué iba a querer hacer tal cosa? —preguntó de pronto—. ¿Sabes cuál es el castigo por contrabando? ¿Quieres ver a un viejo como yo acabando sus días en una celda de Skokholm? Me pides demasiado. Soy un viejo loco... no un viejo estúpido.

Ya había pensado que diría algo así.

—Si nos ayudas —empecé a decir, tomando la cartera—, te dejaré quedarte con... *esto*.

Puse una única hoja de papel sobre el mostrador, delante de él; Jones tomó aire con fuerza y se dejó caer sobre la silla con todo su peso. Sabía lo que era sin tener que examinarlo de cerca.

—¿Cómo... cómo lo has conseguido? —me preguntó suspicaz.

—El gobierno inglés desea fervientemente el regreso de *Jane Eyre*... tanto como para estar dispuesto a realizar un intercambio.

Se inclinó y recogió la hoja. Allí, en toda su gloria, se encontraba un primer borrador a mano de «Veo a los muchachos del verano», el primer poema de la antología que posteriormente se convertiría en *18 poemas*, la primera obra publicada de Dylan Thomas. Gales llevaba un tiempo reclamando su devolución.

—Esto no pertenece a ningún hombre sino a la República —anunció lentamente el librero—. Es su herencia cultural.

—Cierto —respondí—. Puedes hacer con el manuscrito lo que te apetezca.

Pero Jones *el Manuscrito* no iba a ceder. Podría haberle traído *Bajo el bosque* lácteo y a Richard Burton para que se lo leyese y *aun* así no nos hubiese llevado a Merthyr.

—¡Thursday, pides demasiado! —gimió—. ¡Aquí las leyes son *muy* estrictas! ¡La HeddluCyfrinach tiene ojos y oídos por todas partes...!

Quedé desolada.

—Lo comprendo, Jones... Y gracias.

—Yo les llevaré a Merthyr, señorita Next —interrumpió Haelwyn, dedicándome una media sonrisa.

—Es demasiado peligroso —murmuró Jones—. ¡Lo prohíbo!

—¡A callar! —respondió Haelwyn—. Deja de hablarme de esa forma. Todos los días leo aventuras... Ahora puedo participar en una. Además... anoche las farolas redujeron su potencia; *¡fue una señal!*

Nos sentamos en la tienda de Jones hasta que se hizo de noche, luego pasamos una hora ruidosa e incómoda en el maletero del coche Griffin-12 de Haelwyn *el Libro*. Oímos el murmullo de voces galesas al atravesar la frontera y luego nos lanzamos sin piedad por la carretera llena de baches que llevaba a Merthyr. Había un segundo control justo en las afueras de la capital, lo que era raro; parecía que los movimientos de tropas inglesas habían puesto nerviosos a los militares. Unos minutos después el coche se detuvo y el maletero se abrió. Haelwyn nos indicó que saliésemos y nos estiramos con dolor después de viajar tan apretados. Nos indicó el camino al hotel Penderyn y yo le dije que si no habíamos regresado para la salida del sol es que no íbamos a volver. Sonrió y nos dio la mano, nos deseó buena suerte y se fue a visitar a su tía.

En ese momento, Hades se encontraba en el bar abandonado del hotel Penderyn, fumando una pipa y contemplando la vista a través de los grandes ventanales. Más allá del bellamente iluminado palacio de justicia se había alzado la luna llena que proyectaba un resplandor frío por la vieja ciudad repleta de luces y movimiento. Más allá de los edificios se hallaban las montañas, con las cumbres ocultas entre las nubes. Jane se encontraba al otro lado de la sala, sentada en el borde del asiento, mirando con furia a Hades.

—Una vista agradable, ¿no le parece, señorita Eyre?

—No es nada comparado con mi ventana en Thornfield, señor Hades —respondió Jane conteniendo la voz—. Aunque no es la mejor vista, he aprendido a amarla como a una vieja amiga, responsable e inalterable. Exijo mi regreso inmediato.

—Todo a su tiempo, querida amiga, todo a su tiempo. No pretendo hacerle daño.

Sólo quiero ganar un montón de dinero, y luego podrá regresar con su Edward.

—La avaricia se apoderará de usted, opino yo, señor —respondió Jane con tranquilidad—. Quizá crea que le traerá la felicidad, pero no será así. La felicidad se sostiene con el alimento del amor, no con una dieta indigesta de dinero. ¡El amor por el dinero es la raíz de todos los males!

Acheron sonrió.

—Eres tan aburrida, ¿lo sabías?, Jane, con esa vena puritana. Deberías haberte ido con Rochester cuando tuviste la oportunidad en lugar de malgastarte con ese bobo de St. John Rivers.

—¡Rivers es un buen hombre! —declaró Jane furiosa—. ¡Él posee más bondad de la que usted conocerá nunca!

El teléfono sonó y Acheron la interrumpió con un gesto de la mano. Era Delamere, que hablaba desde una cabina de teléfonos en Swindon. Leía la sección de anuncios por palabras de *The Mole*.

—*Pronto habrá disponibles conejos de orejas caídas para ser acogidos en buenos hogares* —citó por el teléfono.

Hades sonrió y colgó el receptor. Después de todo, pensó, las autoridades estaban cooperando. Le hizo un gesto a Felix⁸, quien le siguió fuera de la sala, arrastrado con él a una recalcitrante Jane.

Bowden y yo tuvimos que forzar una ventana en las entrañas tenebrosas del hotel y nos encontramos en la vieja cocina: una estancia húmeda y desvencijada atestada de grandes equipos para la preparación de comida.

—¿Ahora adonde? —siseó Bowden.

—Arriba... Seguro que está en el salón de baile o algo así.

Encendí una linterna y miré los planos bosquejados con rapidez. Buscar los planos reales hubiese sido demasiado arriesgado con Goliath vigilando todos nuestros movimientos, así que Victor había dibujado de memoria la disposición básica del edificio. Abrí una puerta doble y nos encontramos en el piso inferior. Por encima teníamos el vestíbulo de entrada. Bajo el resplandor de las farolas que atravesaba las ventanas sucias, subimos cuidadosamente la escalera de mármol manchado. Estábamos cerca; podía sentirlo. Saqué la automática y Bowden hizo lo mismo. Miré al vestíbulo. Un busto de bronce de Y Brawd Ulyanov ocupaba orgulloso un lugar de honor en el enorme salón de entrada frente a las puertas principales cerradas. A la izquierda quedaba la entrada al bar y restaurante, y a la derecha el antiguo mostrador de recepción; por encima de nuestras cabezas, la majestuosa escalera se retorció subiendo hasta los dos salones de baile. Bowden me tocó en el hombro y señaló. Las puertas del salón principal estaban entreabiertas, y por ellas surgía una delgada franja de luz naranja. Estábamos a punto de movernos cuando oímos pasos arriba. Nos ocultamos en las sombras y esperamos, conteniendo el aliento. Desde el piso de

arriba, una pequeña procesión de gente descendía la amplia escalera de mármol. En cabeza iba un hombre al que reconocí como Felix8; sostenía en lo alto un candelabro con una mano y con la otra agarraba por la muñeca a una mujer pequeña. Iba vestida con ropas de cama victorianas y tenía un gabán sobre los hombros. Su rostro, aunque decidido, también transmitía desesperación e indefensión. Tras ella iba un hombre que no proyectaba sombra bajo la luz inquieta de las velas: Hades.

Vimos cómo entraban en la sala de fumadores. Rápidamente recorrimos de puntillas el vestíbulo y nos encontramos frente a la vistosa puerta. Conté hasta tres y entramos de golpe.

—¡Thursday! ¡Cariño, qué *predecible*!

Miré. Hades estaba sentado en un enorme sillón, sonriéndonos. Mycroft y Jane miraban abatidos desde un diván con Felix8 detrás de ellos sosteniendo dos pistolas automáticas apuntándonos a Bowden y a mí. Delante de todos ellos estaba el Portal de Prosa. Me maldije a mí misma por haber sido tan estúpida. Pude sentir que Hades estaba aquí; ¿había dado por supuesto que él no podría hacer lo mismo?

—Dejen sus armas, por favor —dijo Felix8.

Estaba demasiado cerca de Mycroft y Jane como para arriesgarme a disparar; la última vez que me encontré con él, le había visto morir. Dije lo primero que me vino a la cabeza.

—¿No he visto tu cara en otra parte?

Pasó de mí.

—Las armas, por favor.

—¿Y dejar que nos disparen como a dodos? Ni lo sueñes. Nos quedamos con ellas.

Felix8 no se movió. Nosotros teníamos las armas a un lado y las suyas nos apuntaban directamente. No le resultaría muy difícil, francamente.

—Pareces sorprendida de que te estuviese esperando —dijo Hades sonriendo un poco.

—Podría expresarse así.

—Las condiciones han cambiado, señorita Next. Creía que mis diez millones de rescate eran un montón de dinero, pero he recibido la oferta de alguien dispuesto a darme diez veces ese dinero sólo por la máquina de tu tío.

Mycroft se agitó infeliz. Hacía tiempo que había dejado de quejarse, sabiendo que era totalmente inútil. Ahora sólo esperaba las cortas visitas a Polly que le permitían.

—Si es así —dije lentamente—, entonces podrás devolver a Jane al libro.

Hades pensó durante un minuto.

—¿Por qué no? Pero primero, quiero que veas a alguien.

Se abrió una puerta a nuestra izquierda y Jack Schitt entró. Le flanqueaban tres de sus hombres y todos ellos llevaban rifles de plasma. La situación, me di cuenta, era

en general bastante menos que favorable. Le murmuré una disculpa a Bowden y luego dije:

—¿Goliath? ¿Aquí, en Gales?

—No hay puertas cerradas para la Corporación, señorita Next. Vamos y venimos como nos conviene.

Schitt se sentó en un sillón que tenía un tapizado desvaído y sacó un puro.

—¿Aliándose con criminales, señor Schitt? ¿A eso se dedica ahora Goliath?

—Es un argumento relativista, señorita Next... Las situaciones desesperadas exigen medidas desesperadas. No espero que lo entienda. Pero escuche, tenemos a nuestra disposición un buen montón de dinero y Acheron está dispuesto a ser generoso con el uso del notable invento del señor Next.

—¿Y se trata?

—¿Alguna vez ha visto uno? —preguntó Schitt, agitando el arma corta y rechoncha con la que nos apuntaba.

—Es un rifle de plasma.

—Correcto. Una pieza de artillería de campo que un hombre puede llevar, que dispara cuantos supercargados de pura energía. Puede atravesar treinta centímetros de blindaje a una distancia de cien metros; creo que estará de acuerdo en que ofrecerá la supremacía a las tropas de tierra en cualquier conflicto.

—Si cumple con los plazos... —añadió Bowden.

—Es ligeramente más complicado, agente Cable —respondió Schitt—. Verán... *No funciona*. Tras mil millones de financiación, esta mierda no funciona. Peor aún, recientemente se ha demostrado que no funcionará *jamás*; este tipo de tecnología es *totalmente* imposible.

—¡Pero Crimea está al borde de la guerra! —exclamé con furia—.

—¿Qué pasará cuando los rusos se den cuenta de que la nueva tecnología es un farol?

—Pero eso no sucederá —respondió Schitt—. Puede que la tecnología sea imposible aquí fuera pero no es imposible *ahí dentro*.

Acarició el enorme libro que era el Portal de Prosa y miró a los gusalibros modificados genéticamente de Mycroft. Ahora se encontraban en Descanso y Recuperación en sus peceras; acababan de digerir una comida reciente de preposiciones y estaban tirando pedos de exclamaciones y apóstrofes; el aire estaba cargado de ell'os!. Schitt levantó un libro con un título claramente visible. Decía: *El rifle de plasma en la guerra*. Miré a Mycroft, quien asintió desalentado.

—Es cier''to, seño'rit'a Next.

Schitt sonrió y le dio a la portada con el dorso de la mano.

—Ahí den'tro, el rifle de plas'ma funciona perfec!amente. No tene'mos más que abri'r el libro con el Portal de Pro'sa, sacar las arm'as y entreg'arlas. Es'' el arma

definitiva, señó'rit'a Next.

Pero no se refería al rifle de plasma. Señalaba el Portal de Prosa. Los gusalibros respondieron eructando grandes cantidades de mayúsculas innecesarias.

—To'do Lo Que La Imagina'ción Hum'ana Pueda Concebir, Nosotros Podemos Reproducir. Considero El Portal No Tan'to Como Un Portal A Un Millón De Mund'os, Sino Más Bien Como Una Fotocop'iadora Tridi'mensional. Con Él Podremos Fab'ricar Todo Lo Que Nos Apetezca; Incluso Otro Portal... Una Versión De Ma!no. Navid'ad Todos Los Días, Señorita Next.

—Más Muertes En Cri'mea; Esp'ero Que Pueda Dormir B'ien Por Las Noches, Schitt.

—Al Co'ntrario, Señorita Next. Rusia Se Echará Al Suelo Y Se Meará'' De Miedo Cuando Compruebe El Poder Del Stonk. El Zar Cederá Permanentemente La Península A Inglaterra; Una Nueva Riviera, ¿No Será Genial?

—¿Genial? ¿Turista's Y Hotel'es Altos? ¿Construi!dos Sobre Una Tierra Cuya Devol!ución Volverán A Pedir En Medio Siglo? No Va A R'esolver Nada, Schitt, Simplemente Lo Retrasa. Cuando Los Rus'os Tengan Un Rifle De Plasma Propio, ¿Qué?

Jack Schitt no cedía.

—Oh, No Se Preocupe Por Eso, Señorita Next, ¡A El'los Les Cobra''ré El *Doble* Que Al Gobierno Ing'lés!

—¡Atención, Atención! —Añadió Hades, profundamente impresionado por la carencia total de escrúpulos demostrada por Schitt hasta este momento—. Un Millón' De Dólares P'or El Portal, Thursday —añadió Hades emocionado—, ¡Y! Un Porcentaje Del 50% De To'do Lo Que Sal'ga Del Portal!

—¿Un Lacayo Para La Corpora'ción Goliath, Acheron? No Parece En Absoluto Digno De Ti.

A Hades se le estremeció la mejilla, pero se controló.

—De Las Bellotas Más Pequeñas, Crecen Los Árboles Más Fuertes, Thur'sday...

Schitt le miró con suspicacia. Le hizo un gesto a uno de sus hombres, quien apuntó a Hades con una pequeña arma antitanque.

—Hade's, El Manual De Instrucci'ones.

—¡Por Favor! —rogó Mycroft—. ¡Están trastornando a los gusan'os! ¡Empiezan a guio-ni-zar!

—¡Cáll-ese, Mycroft! —le soltó Schitt—. Ha-de's, Por Favor, El Man-ual de Instru-cciones.

—¿Man-ual, Mi Estima'do Amigo?

—Sí, Señor Hade's. Ni Siqui-era Usted Será Insen-sible A La Pequeña Arma De Artille-ría De Mi So'cio. Tiene Usted El Manual De My-croft Para El Por-tal Y El Po-ema Donde Tiene Pri-sio-ne-ra A La Señora Next. Démelo-Todo.

—No, Señor ‘Schitt. Déme A Mí El Arma...

Pero Schitt ni se inmutó; el poder que había robado la razón de Snood y un número incontable de personas no provocaba ningún efecto en el alma negra de Schitt. Hades quedó confundido. Nunca antes se había enfrentado contra alguien como Schitt; al menos, no desde el primer Felix. Rió.

—¿Se Atreve A Apuña-larme Por La Espalda A Mí?

—Claro Que Sí. Si No Lo Hici-ese Usted No Me Res’-petaría. Y Así No Se Pued’e Sostener Ningun-a Relación Empresarial.

Hades se colocó frente al Portal de Prosa.

—Y Pensar Que Todos Nos Estáb-amos Lleva-ndo Tan Bie-n, ¡Vaya! —exclamó, colocando el manuscrito original de *Jane Eyre* en la máquina y añadiendo los gusalibros, que se calmaron, dejaron de pedorrear, eructar y guionizar y se pusieron a trabajar.

» ¡En serio! —siguió diciendo Hades—. Esperaba más de usted. Debo decir que casi creí encontrar alguien con el que podría asociarme.

—Pero usted lo querría todo, Hades —respondió Schitt—. Tarde o temprano, y lo más probable es que fuese temprano.

—Cierto, muy cierto.

Hades hizo un gesto en dirección a Felix8, quien de inmediato comenzó a disparar. Bowden y yo nos encontrábamos directamente en la línea de fuego; no podía fallar de ninguna forma. Mi corazón dio un salto pero curiosamente la primera bala fue desacelerando y se detuvo flotando en el aire a diez centímetros de mi pecho. Era el heraldo inicial de una procesión mortal que retrocedía perezosamente hasta el arma de Felix8, el cañón ahora convertido en un crisantemo de fuego congelado. Miré a Bowden, quien también estaba en la línea de un disparo; una bala reluciente se había detenido a treinta centímetros de su cabeza. Pero no se movía. Es más, nada en la sala se movía. Mi padre, por una vez, había llegado en el momento *justo*.

—¿He llegado en mal momento? —preguntó papá, mirando desde donde estaba sentado en el polvoriento piano de cola—. Puedo volver a irme si quieres.

—No... No, papá, esto está bien, *francamente* bien —farfullé.

Miré alrededor de la sala. Mi padre jamás se quedaba más de cinco minutos y, cuando se fuese, las balas continuarían hacia sus víctimas previstas. Mis ojos se fijaron en una mesa pesada y la volteé, lanzando al suelo polvo, restos y contenedores vacíos de Puerros-al-Gusto.

—¿Has oído hablar de alguien llamado Winston Churchill?

—No; ¿quién es? —jadeé mientras colocaba la pesada mesa de roble frente a Bowden.

—¡Ah! —dijo mi padre, anotándolo en su libretita—. Bien, se suponía que debía dirigir Inglaterra durante la última guerra, pero creo que murió en una caída cuando

era adolescente. Es de lo *más* embarazoso.

—¿Otra víctima de los revisionistas franceses?

Mi padre no respondió. Le había llamado la atención la zona media de la sala, donde Hades trabajaba en el Portal de Prosa. El tiempo, para hombres como Hades, rara vez se detenía.

—¡Oh, no me presten atención! —dijo Hades mientras un rayo de luz se abría en la penumbra—. Simplemente voy a meterme dentro y esperaré a que pase toda esta confusión. Tengo el manual de instrucciones y a Polly, por lo que todavía podemos negociar.

—¿Quién es ése? —preguntó mi padre.

—Acheron Hades.

—¿En serio? Esperaba a alguien más bajito.

Pero Hades se había ido; el Portal de Prosa zumbó y luego se cerró tras él.

—Tengo que encargarme de algunas reparaciones —anunció mi padre, poniéndose en pie y cerrando la libreta—. El tiempo no espera por nadie, como nos gusta decir.

Cuando el mundo volvió a ponerse en marcha, tuve el tiempo justo de esconderme detrás de un escritorio grande. La lluvia de plomo de Felix8 golpeó la pesada mesa de roble que yo había, situado delante de Bowden, y las balas que estaban destinadas a mí golpearon la pesada puerta de madera que había detrás del lugar que ya había ocupado. En dos segundos la sala se llenó de disparos cuando los operativos de Goliath se unieron a la trifulca, cubriendo a Jack Schitt quien, perplejo por la desaparición de Hades en mitad de una frase, se retiraba ahora hacia la puerta que daba al viejo Atlantic Grill. Mycroft se arrojó al suelo seguido de cerca por Jane mientras el polvo y los restos se esparcían por la sala. Le grité al oído de Jane que se quedase donde estaba mientras los disparos se acercaban peligrosamente cerca de nuestras cabezas, derribando molduras de los muebles y cubriéndonos de polvo. Me arrastré hasta donde pude ver a Bowden intercambiando disparos con Felix8, que ahora estaba atrapado tras una falsa mesa georgiana volteada cerca de la entrada a la sala de té Palm Court. Yo acababa de disparar a los hombres de Goliath, que rápidamente habían sacado a Schitt de la sala, cuando el fuego se detuvo tan rápidamente como había comenzado. Recargué el arma.

—¡Felix8! —grité—. ¡Todavía puedes rendirte! Tu nombre real es Danny Chance. Te prometo que haremos todo lo que podamos por...

Se produjo un extraño sonido de gorjeo y miré desde detrás del sofá. Creía que Felix8 estaba herido, pero no era así. Se reía. Su rostro habitualmente sin expresión se retorció de alegría. Bowden y yo nos miramos con curiosidad, pero nos quedamos ocultos.

—¿Qué te hace tanta gracia? —grité.

—*¡No he visto tu cara en otra parte!* —rió—. ¡Ahora lo pilló!

Alzó el arma y nos disparó repetidamente mientras salía por la puerta y se retiraba a las tinieblas del vestíbulo. Había comprendido que su amo había huido y no tenía nada que hacer aquí.

—¿Dónde está Hades?

—En *Jane Eyre* —respondí, poniéndome en pie—. Cubre el portal... y si regresa, usa esto.

Le entregué el arma antitanque mientras Schitt, sabiendo del final del tiroteo, regresaba. Apareció en la puerta del bar.

—¿Hades?

—En *Jane Eyre*, con el manual de instrucciones.

Schitt me dijo que le entregase el Portal de Prosa.

—Sin el manual de instrucciones no tendría nada —le dije—. Una vez que capture a Hades en Thornfield y reúna a mi tía con Mycroft, podrá quedarse con el manual. No hay otro trato; eso es todo. Ahora voy a llevarme a Jane.

Me volví hacia mi tío.

—Mycroft, envíanos justo *antes* de que Jane salga de su cuarto para apagar el fuego del dormitorio de Rochester. Será como si no se hubiese ido nunca. Cuando quiera volver, enviaré una señal. ¿Puedes hacerlo?

Schitt alzó los brazos al cielo.

—¿Qué dulce locura es ésta? —gritó.

—Esa es la señal —dije—, las palabras «dulce locura». Tan pronto como las oigas, abre el portal de inmediato.

—¿Estás segura de saber lo que haces? —preguntó Bowden mientras yo ayudaba a Jane a ponerse en pie.

—Nunca he estado más segura. Simplemente no desconectes la máquina; por mucho que me guste el libro, no tengo ningún deseo de quedarme en su interior para siempre.

Schitt se mordió el labio. Le habían superado. Su baza, si la tenía, tendría que jugarla después de mi regreso. Comprobé que seguía teniendo cargada la pistola, respiré hondo y le hice un gesto a Jane, quien me sonrió ansiosa. Nos dimos la mano con fuerza y atravesamos la entrada.

Thornfield Hall

«No era como lo había imaginado. Creía que Thornfield Hall sería más grande y estaría decorada con más lujo. Había un intenso olor a cera y el aire del pasillo de arriba estaba frío. Apenas había luz en la casa y los pasillos parecían extenderse hasta una oscuridad negra como la tinta. Era adusta y nada atractiva. De todo eso me di cuenta, pero de lo que más me di cuenta fue del silencio; el silencio de un mundo libre de máquinas voladoras, tráfico y grandes ciudades. La era industrial acababa de comenzar; el planeta había alcanzado su fecha de caducidad.»

THURSDAY NEXT

Una vida en OpEspec

Me tambaleé un poco tras realizar el salto; se había producido un brillante destello de luz y un breve estallido de estática. Me encontré en el pasillo del dormitorio principal, algunas líneas antes de donde Hobbes se había llevado a Jane. El fuego ardía y Jane instintivamente se metió en situación, abriendo la puerta y saltando a la habitación de Rochester para verter un aguamanil lleno de agua sobre la cama en llamas. Miré rápidamente a mi alrededor por el pasillo oscuro, pero no había ni rastro de Hades; al otro extremo vi a Grace Poole llevándose a Bertha al ático. La loca miró por encima del hombro y sonrió con demencia. Grace Poole siguió sus ojos y me miró con desaprobación. De pronto me sentí muy ajena; este mundo no era el mío y yo no pertenecía aquí. Di un paso atrás cuando Jane salió corriendo de la habitación de Rochester para buscar más agua; en el rostro, me di cuenta, había una expresión de gran alivio. Sonreí y me permití un vistazo al interior del dormitorio. Jane había logrado extinguir el fuego y Rochester maldecía al encontrarse en un charco de agua.

—¿Hay una inundación? —preguntó.

—No, señor —respondió ella—, pero se ha producido un fuego. Arriba; ya lo he apagado. Le traeré una vela.

Rochester me vio en la puerta y me guiñó un ojo antes de volver rápidamente sus rasgos al gesto de consternación.

—En nombre de todos los elfos de la Cristiandad —dijo, con los ojos henchidos de lágrimas por su regreso—, ¿es Jane Eyre? ¿Qué me ha hecho...?

Salí, segura de que en casa el libro estaría empezando a reescribirse a sí mismo en

esa página. La referencia al «Agente de negro» quedaría sobrescrita y con suerte, Hades mediante, las cosas regresarían a la normalidad. Recogí la vela que habían dejado en la alfombra y la volví a encender al salir Jane, le sonreí en respuesta a sus gracias, la cogió de mis manos y regresó a su dormitorio. Yo caminé por el pasillo, admiré un cuadro de Landseer especialmente bueno y me senté en una silla Regencia, una de un par. Aunque la casa no era grande, ofrecía todo tipo de lugares para que Acheron se ocultase. Dije su nombre para hacerle saber que le perseguía y oí que una puerta se cerraba de golpe en algún punto de la casa. Abrí una contraventana y vi la figura inconfundible de Hades atravesando rápidamente el jardín bajo la luz de la luna. Vi cómo la forma se disolvía entre las sombras. Estaría a salvo en el campo pero yo seguía teniendo la sartén por el mango. Yo sabía cómo volver a abrir la puerta y él no; consideraba poco probable que me hiciese daño. Me volví a sentar y pensaba en Daisy Mutlar y Landen cuando me quedé dormida. Me desperté de golpe cuando se abrió la puerta del dormitorio de Rochester y Edward salió. Sostenía una vela y habló con Jane en la puerta.

—... debo visitar el tercer piso. No se mueva, recuerde, y tampoco llame a nadie.

Caminó en silencio por el pasillo y susurró:

—Señorita Next, ¿sigue ahí?

Me puse en pie.

—Aquí estoy, señor.

Rochester me agarró por el brazo y me llevo por el pasillo y hasta el descansillo de las escaleras. Se detuvo, dejó la vela sobre una mesa baja y cogió mis manos entre las suyas.

—Le doy las gracias, señorita Next, ¡desde el fondo de mi corazón! El tormento ha sido como un infierno en vida; ¡sin saber si mi amada Jane regresaría o cuándo lo haría!

Hablaba con ansia y pasión totalmente genuinas; me pregunté si Landen me había llegado a amar como Rochester amaba a Jane.

—Era lo mínimo que podía hacer, señor Rochester —respondí alegre—, después de que tan amablemente atendiese mis heridas aquella noche frente al almacén.

Rechazó mis palabras con un gesto de la mano.

—¿Va a regresar de inmediato?

Bajé la vista.

—No es tan fácil, señor. Hay otro intruso en el libro aparte de mí.

Rochester caminó hasta la barandilla. Habló sin volverse.

—¿Es él, no?

—¿Le conoce? —pregunté, sorprendida.

—Posee varios nombres. ¿Tiene un plan?

Le expliqué el uso de la señal y le dejé claro que para mí lo más seguro sería

permanecer en Thornfield hasta que el libro se hubiese terminado. Luego me llevaría a Hades conmigo, de una forma u otra.

—El final del libro —murmuró Rochester con tristeza—. Cómo *odio* el final. La simple idea de que mi dulce Jane viaje a la India con ese cobarde de St. John Rivers me hiela la sangre. —Se armó de valor—. Pero al menos tengo algunos meses de verdadera felicidad antes de ese momento. Venga, debe de tener hambre. —Caminamos por el pasillo y me hizo un gesto para que le siguiese, hablando mientras caminaba—. Sugiero que intentemos atraparle después de que Jane se vaya... —se estremeció visiblemente al pensarlo—... tras la boda. Nos quedaremos totalmente solos mientras Jane se lleva la narrativa con ella a Moor House y esos primos fatuos. No vuelvo a salir en el libro, por lo que podemos hacer lo que nos dé la gana, y estaré en mejores condiciones de ayudar. Sin embargo, como ha supuesto bien, no debe hacer nada que afecte a Jane; esta novela está escrita en primera persona. Yo puedo salir y hablar con usted cuando a todos los efectos no formo parte de la historia. Pero debe prometerme que se mantendrá alejada de Jane. Yo hablaré en privado con la señora Fairfax y con Adèle; ellas lo comprenderán. Los sirvientes, Mary y John, harán lo que yo les diga.

Habíamos llegado a una puerta y Rochester llamó con impaciencia. Se produjeron gruñidos y golpes y finalmente un personaje muy desarreglado apareció en la puerta.

—Señora Fairfax —dijo Rochester—, ésta es la señorita Next. Se quedará con nosotros durante un mes o dos. Quiero que le traiga algo de comida y que se encargue de que le preparen una cama; ha venido desde muy lejos y creo que necesita alimento y descanso. Me agradecería que no discutiese su presencia con nadie, y le agradecería que se las ingeniase para que la señorita Next y la señorita Eyre no se encuentren. Apenas necesito recalcarle lo importante que es.

La señora Fairfax me miró de arriba abajo, quedó especial y simultáneamente intrigada y conmocionada por mi coleta y vaqueros, y luego asintió y me llevó hasta el comedor.

—Volveremos a hablar mañana, señorita Next —dijo Rochester, con una sonrisa rompiendo su rostro inquieto—. Y vuelvo a darle las gracias.

Se volvió y me dejó con la señora Fairfax, quien empezó a bajar las escaleras. El ama de llaves me indicó que esperase en el comedor mientras me traía algo de comer. Regresó pronto con pedazos fríos de carne y algo de pan. Comí con ansia, mientras *Pilot* —que me pareció había entrado cuando Hades salió— olisqueó mis pantalones y agitó la cola totalmente emocionado.

—La recuerda —comentó lentamente la señora Fairfax—, yo sin embargo llevo trabajando aquí muchos años y no recuerdo haberla visto nunca.

Rasqué la oreja de *Pilot*.

—Una vez le lancé un palo. Cuando estaba de paseo con su amo.

—Comprendo —respondió la señora Fairfax, con suspicacia—. ¿Y cómo conoce usted al señor Rochester?

—Yo, ah, conocí a los Rochester en Madeira. Conocí a su hermano.

—Comprendo. Una *gran* tragedia —entrecerró los ojos—. Entonces, ¿conoce a los Mason?

—No muy bien.

Volvió a mirarme los vaqueros.

—¿De donde viene las mujeres llevan calzones?

—Muy a menudo, señora Fairfax.

—¿Y de dónde viene usted? ¿Londres?

—Mucho más lejos.

—¡Ah! —dijo la señora Fairfax con una sonrisa de complicidad—. ¡Osaka!

Se fue, dejándome a solas con *Pilot*, habiéndome arrancado la promesa de que no le alimentaría de la mesa. Regresó diez minutos más tarde con una bandeja de té, luego me dejó durante otra media hora para preparar una habitación. Me llevó hasta una habitación en el segundo piso con una bonita vista desde la fachada de la casa. Yo había insistido en que *Pilot* se quedase conmigo, y durmió contra la puerta cerrada, de alguna forma presintiendo el peligro posible en que podría encontrarse su nueva ama. Tuve un sueño nervioso y soñé que Hades se reía de mí.

Mientras dormía, Victor y los demás en la oficina de detectives literarios en Swindon celebraban el regreso de la narrativa a la novela. Aparte de una breve mención a la señora Fairfax haciendo ruidos la noche del fuego en el dormitorio, todo iba más o menos como lo recordaban. Habían llamado a un miembro de la Federación Brontë para que examinase el texto mientras se escribía a sí mismo durante las últimas doscientas páginas, que hasta ese momento habían estado en blanco. El estudioso de Brontë se sabía el libro de memoria, y su expresión de satisfacción no les dio razón para quejarse.

Me desperté con el sonido de *Pilot* rascando la puerta para que le dejasen salir. La abrí en silencio y miré fuera. Pude ver a Jane recorriendo el pasillo, cerré la puerta con rapidez y miré la hora. Eran apenas las 6 de la mañana, y sólo estaban despiertos algunos miembros del personal doméstico. Esperé un par de minutos, dejé salir a *Pilot* y luego le seguí, con cuidado no fuese a encontrarme con Jane. La mañana pasó con casi todos los miembros de la casa arreglando el dormitorio de Rochester, por tanto, después del desayuno estaba saliendo de la casa cuando la señora Fairfax me detuvo.

—Señorita Next —anunció el ama de llaves—. El señor Rochester me ha explicado los acontecimientos de la última semana y debo añadir mi agradecimiento al suyo.

Lo dijo sin emoción pero yo no tenía duda de que era sincera. Añadió:

—Me ha ordenado que proteja la casa contra agentes que deseen causar daño a la señorita Eyre.

Miré por la ventana; desde donde nos encontrábamos, podía ver a un peón de la hacienda haciendo guardia con un enorme mango de pico. Mientras le mirábamos, echó un vistazo hacia la casa y salió de nuestra vista. Unos momentos más tarde, la propia Jane salió por la puerta, miró a su alrededor, respiró hondo el aire vigorizante de la mañana y luego regresó al interior. Después de unos momentos, el peón reapareció y ocupó su puesto una vez más.

—La señorita Eyre no debe saber que la vigilamos y la protegemos —dijo la señora Fairfax con severidad.

—Comprendo.

La señora Fairfax asintió y me miró con aire crítico.

—¿De donde viene las mujeres van con la cabeza sin cubrir?

—Con frecuencia.

—*Aquí* no es aceptable —dijo con reproche—. Venga conmigo y la pondré presentable.

La señora Fairfax me llevó hasta su cuarto y me entregó un sombrero junto con una gruesa capa negra que me cubría hasta los pies. Le di las gracias y la señora Fairfax hizo una reverencia cortés.

—¿El señor Rochester está hoy en casa? —pregunté.

—Ha salido en viaje de negocios. Tengo entendido que fue a la casa del señor Eshton; hay todo un grupo allí. El coronel Dent estará presente, junto con lord Ingram. No espero que regrese antes de una semana.

—Con todo lo que está pasando aquí, ¿cree que es lo mejor?

La señora Fairfax me miró como si fuese una niña.

—No lo comprende, ¿verdad? Después del incendio el señor Rochester se ausenta durante una semana. Así es como sucede.

Quería hacer más preguntas, pero el ama de llaves se disculpó y me quedé sola. Encaucé mis ideas, alisé la capa y salí al exterior para dar una vuelta a la casa y asegurarme de que todo estuviese seguro. Todos los peones de la hacienda me saludaron respetuosamente al pasar, cada uno de ellos llevaba algún tipo de arma. Con la esperanza de que ninguno de ellos tuviese que enfrentarse a él, atravesé el jardín en la dirección que había seguido Hades la noche antes. Justo estaba atravesando las grandes hayas cerca de la verja baja cuando una voz familiar me llamó.

—¿Tenemos alguna oportunidad contra él?

Era Rochester. Se encontraba de pie detrás de uno de los grandes troncos, mirándome con una gran preocupación grabada en el rostro.

—Todas las posibilidades, señor —respondí—. Sin mí está atrapado aquí; si quiere regresar, *tiene* que negociar.

—¿Y dónde está?

—Iba a probar en el pueblo. ¿No se supone que usted está en la casa del señor Eshton?

—Quería hablar con usted antes de irme. Hará usted lo que pueda, ¿no?

Le aseguré que haría todo lo que estuviese en mi mano y luego partí para el pueblo.

Millcote era un pueblo de bastante buen tamaño. Llegué al centro, donde encontré una iglesia, una parada de diligencias, tres posadas, un banco, dos pañeros, un mercader de bienes en bolsa y otras tiendas. Era día de mercado y el pueblo estaba muy atareado. Nadie me miró dos veces mientras recorría los puestos que estaban llenos hasta arriba con productos de invierno y caza. Aparte del ligero olor a tinta que dominaba la escena, bien podría haber sido real. El primer hostel que encontré era The George. Como en el libro aparecía nombrado, supuse que ofrecería la mejor oportunidad.

Entré y pregunté al hostelero si un hombre de gran estatura se había hospedado allí esa mañana. El propietario proclamó que no, pero que no era la única posada del pueblo. Le di las gracias y salí por la puerta, pero me detuve de inmediato al oír el sonido incongruente de un obturador. Me di la vuelta lentamente. Detrás de mí tenía a una pareja japonesa, vestida con ropas de la época pero con uno de los dos sosteniendo una enorme cámara Nikon. La mujer intentó ocultar a toda prisa ese anacronismo evidente y empezó a arrastrar al hombre para sacarlo de la puerta.

—¡Esperen!

Se detuvieron y se miraron nerviosos.

—¿Qué hacen aquí? —pregunté incrédula.

—En visita desde Osaka —afirmó la mujer, a lo que el hombre, que no parecía hablar inglés, asintió vigorosamente y empezó a consultar una guía de Brontë escrita en japonés.

—¿Cómo...?

—Me llamo señora Nakajima —anunció la mujer—, y éste es el señor Suzuki.

El hombre me sonrió y emocionado me dio la mano.

—¡Esto es una locura! —dije con furia—. ¿Intentan decirme que los dos son *turistas*?

—Efectivamente —admitió la señora Nakajima—. Realizo el salto una vez al año y me traigo conmigo a un visitante. No tocamos nada y jamás hablamos con la señorita Eyre. Como puede ver, vamos vestidos de acuerdo a la época.

—¿Japoneses? ¿En la Inglaterra de mediados del siglo diecinueve?

—¿Por qué no?

Efectivamente, por qué no.

—¿Cómo lo hace?

La mujer se encogió de hombros.

—Simplemente *puedo* —respondió con sencillez—. Pienso intensamente, digo unas líneas de la novela y, bien, aquí estoy.

No tenía tiempo para esto.

—Escúcheme. Me llamo Thursday Next. Trabajo con Victor Analogy en el departamento de detectives literarios de Swindon. ¿Ha oído lo del robo del manuscrito?

Asintió con la cabeza.

—Hay una presencia tenebrosa en el libro, pero mi plan para extraerla depende de que yo sea la única forma de salir. No se detendrá ante nada por emplearla a usted para salir si tiene la más remota posibilidad. Le imploro que vuelva a saltar a su lugar de origen mientras todavía pueda.

La señora Nakajima lo consultó durante un tiempo con su cliente. Me explicó que el señor Suzuki tenía la esperanza de ver a Jane si fuese posible, pero que si regresaba tendría que devolverle el dinero. Yo repetí mi posición sobre la cuestión y al final aceptaron. Les seguí hasta su habitación y esperé mientras hacían las maletas. La señora Nakajima y el señor Suzuki me dieron la mano, se agarraron con fuerza y se evaporaron. Agité la cabeza con tristeza. Parecía que quedaban muy pocos lugares que el turismo no hubiese tocado.

Abandoné el calor de la posada por el frío del exterior y dejé atrás un puesto que vendía tubérculos para llegar a The Millcote, donde pregunté por cualquier nuevo cliente.

—¿Y quién desea ver al señor Hedge? —preguntó el posadero, escupiendo y luego limpiando una tosca jarra de cerveza.

—Dígale que la señorita Next desea verle.

El posadero se perdió escaleras arriba y regresó en su momento.

—Habitación siete —respondió bruscamente, y volvió a sus tareas.

Acheron estaba sentado junto a la ventana, dando la espalda a la puerta. No se movió cuando entré.

—Hola, Thursday.

—¿Señor *Hedge*?

—Los pueblerinos de la Inglaterra del siglo diecinueve eran muy supersticiosos. Me pareció que Hades podría resultarles un poco fuerte.

Se volvió para mirarme, sus penetrantes ojos azules parecían escrutar mi interior. Pero su poder sobre mí se había apagado; no podía leerme como había leído a otros. Se dio cuenta de inmediato, medio sonrió y volvió a mirar por la ventana.

—Se ha vuelto fuerte, señorita Next.

—Me crezco frente a la adversidad.

Rió brevemente.

—Debería haberme asegurado de matarte delante del apartamento de Styx.

—¿Y acabar con la diversión? Tu vida hubiese sido considerablemente más aburrida sin mí y el resto de OpEspec para animártela.

Pasó de mí y cambió de tema.

—Una persona tan llena de recursos como tú jamás habría venido aquí sin una forma de salir. ¿Qué es, Thursday? ¿Un código preestablecido para hacer saber a Mycroft cuándo debe abrir el portal?

—Algo así. Si me das el manual de instrucciones y a Polly, te prometo que tendrás un juicio justo.

Hades rió.

—Me parece que estoy más allá de cualquier juicio justo. Podría matarte ahora y siento grandes ganas de hacerlo, pero la idea de quedarme atrapado en esta narrativa durante la eternidad me impide esa acción. Intenté llegar a Londres, pero es imposible; los únicos lugares que existen en este mundo son los que Charlotte Brontë describe y que aparecen en la narración. Gateshead, Lowood... Incluso me sorprende que haya tanto de *este* pueblo. Dame la palabra clave para salir de aquí y tendrás el manual y a Polly.

—No. Primero me darás el manual y a mi tía.

—¿Ves? Un impasse. Pero querrás esperar a que el libro se escriba de nuevo, ¿no?

—Evidentemente.

—Entonces, no te daré problemas hasta el momento en que Jane abandona definitivamente Thornfield. Después, negociaremos.

—No negociaré, Hades.

Hades agitó la cabeza lentamente.

—Negociará usted, señorita Next. Puede que seas desagradablemente santurrón, pero ni siquiera tú soportarías la idea de pasar el resto de tu vida en este lugar. Eres una mujer inteligente; estoy seguro de que se te ocurrirá algo.

Suspiré y regresé al exterior, donde el bullicio de los compradores y los tenderos era un alivio bienhallado tras el alma oscura de Hades.

El libro se escribe

«Desde nuestro puesto en el salón del hotel Penderyn podíamos apreciar la buena labor de Thursday. La narración continuó con rapidez, las semanas pasaban en el espacio de unas pocas líneas. A medida que las palabras se iban escribiendo por sí solas sobre la página, Mycroft o yo las leíamos en voz alta. Todos esperábamos que la frase “dulce locura” apareciese en el texto, pero no fue así. Nos preparamos para asumir lo peor, que Hades no había sido capturado y que quizá nunca lo sería. Que Thursday podría permanecer en el libro como una especie de cuidadora permanente.»

Del diario de BOWDEN CABLE

En Thornfield las semanas pasaron con rapidez y yo me ocupé de la tarea de garantizar la seguridad de Jane sin que ella se diese cuenta. Situé a un joven en Millcote para que me avisase de los movimientos de Hades, pero parecía contentarse con salir a pasear todas las mañanas, pedirle un libro prestado al médico del pueblo y pasar el tiempo en la posada. Su inacción me resultaba preocupante, pero por ahora me alegraba que sólo fuese eso.

Rochester había enviado una nota avisando de su regreso y se dispuso una fiesta para sus amigos locales. Jane parecía estar muy agitada por la llegada de la cabezahueca Blanche Ingram, pero a mí me importó bien poco. Estaba ocupada intentando establecer la seguridad con ayuda de John, el marido de la cocinera, que era un hombre inteligente e ingenioso. Le había enseñado a disparar con la pistola de Rochester y era, como me encantó descubrir, un tirador excelente. Había pensado que Hades se presentaría con uno de los invitados pero, aparte de la llegada del señor Mason desde las Indias Occidentales, no pasó nada fuera de lo común.

Las semanas se convirtieron en meses y vi poco a Jane —a propósito, por supuesto—, pero me mantuve en contacto con el servicio de la casa y con el señor Rochester para asegurarme de que todo iba bien. Y parecía que todo *iba* bien. Como era habitual, el señor Mason recibió el mordisco de su hermana loca en la habitación superior; yo estaba de pie al otro lado de la puerta cerrada cuando Rochester fue en busca del médico y Jane atendía las heridas de Mason. Cuando llegó el doctor, vigilé desde el cenador exterior, donde sabía que se encontrarían Jane y Rochester. Y así siguió, hasta un breve respiro cuando Jane se fue a visitar a su tía moribunda en Gateshead. Para entonces Rochester había decidido casarse con Blanche Ingram y las

cosas se habían puesto ligeramente tensas entre él y Jane. Sentía algo de alivio de que se fuese; podía relajarme y charlar con Rochester cómodamente sin que Jane sospechase nada.

—No duerme usted —comentó Rochester mientras paseábamos juntos por el jardín—. Mire cómo sus ojos están bordeados de tonos oscuros y lúgubres.

—No duermo bien aquí, no mientras Hades se encuentra apenas a cinco millas de distancia.

—Sus espías seguro que la alertarán de cualquier movimiento.

Era cierto; la red funcionaba bien, aunque a costa de un gasto considerable por parte de Rochester. Si Hades iba a alguna parte, yo me enteraba a los dos minutos gracias a un jinete apostado precisamente para esa tarea. Era de esa forma como sabía cuándo estaba fuera, ya fuese paseando, leyendo o golpeando a los campesinos con el bastón. Jamás se había acercado a menos de un kilómetro de la casa, y me contentaba con que siguiese así.

—Mis espías me permiten estar tranquila, pero me sigue costando creer que Hades pueda ser tan pasivo. Me da escalofríos y me preocupa.

Paseamos durante un rato, Rochester me señalaba puntos de interés del terreno. Pero yo no prestaba atención.

—¿Cómo llegó hasta mí, aquella noche en el exterior del almacén, cuando me dispararon?

Rochester se detuvo y me miró.

—Simplemente *sucedio*, señorita Next. No puedo explicarlo de la misma forma que usted no puede explicar cómo llegó aquí cuando era niña. Exceptuando a la señora Nakajima y a un viajero llamado Foyle, no conozco a nadie más que lo haya hecho.

Me sorprendí.

—Entonces, ¿conoce a la señora Nakajima?

—Claro que sí. Habitualmente guío visitas por Thornfield para sus invitados mientras Jane está en Gateshead. No comporta ningún riesgo y es extremadamente lucrativo. Las casas de campo cuestan mucho dinero en mantenimiento, señorita Next, incluso en este siglo.

Me permití sonreír. Pensé que la señora Nakajima debía de estar sacándose unos buenos beneficios; era, después de todo, el viaje definitivo para cualquier fan de Brontë, y de estos había muchos en Japón.

—¿Qué hará después de esto? —preguntó Rochester, señalando un conejo para *Pilot*, quien ladró y salió corriendo.

—Supongo que volver al trabajo de OpEspec —respondí—. ¿Y usted?

Rochester me miró preocupado, con las cejas plegadas y una expresión de furia alzándose en sus rasgos.

—No hay nada para mí después de que Jane se marche con esa babosa y patética versión de un vertebrado, St. John Rivers.

—¿Y qué hará usted?

—¿Hacer? No *haré* nada. La existencia para mí termina básicamente en ese punto.

—¿La muerte?

—No como tal —respondió Rochester, escogiendo las palabras con cuidado—. De donde viene usted se nace, se vive y luego se muere. ¿Cierto?

—Más o menos.

—¡Una forma bastante pobre de vivir, imagino! —rió Rochester—. Y supongo que dependen de ese ojo interno que llamamos memoria para sostenerse en momentos de depresión.

—La mayor parte del tiempo —respondí—, aunque la memoria no tiene sino una centésima parte de la fuerza de las emociones que se sienten en un momento dado.

—Estoy de acuerdo. Aquí, yo no nazco ni muero. Adquiero existencia a la edad de treinta y ocho años y desaparezco poco después, ¡habiéndome enamorado por primera vez en mi vida y luego habiendo perdido el objeto de mi adoración, mi ser...!

Se detuvo y recogió el palo que el considerado *Pilot* le había traído en lugar del conejo que no podía atrapar.

—Comprenda, me puedo mover a cualquier punto del libro que desee, de inmediato y regresar a voluntad; las mejores partes de mi vida se encuentran entre el momento en que declaro mi amor verdadero a esa adorable niña endiablada y el momento en que el abogado y el tonto de Mason se presentan para arruinar mi boda y revelar a la loca del ático. Esas son las semanas a las que más regreso, pero también voy a los malos momentos... porque sin una vara de medir a veces los mejores momentos se dan por supuestos. En ocasiones fantaseo que hago que John los detenga en la puerta de la iglesia y los retrase hasta que la boda termine, pero iría en contra de cómo debe ser.

—Por tanto, ¿mientras hablo con usted aquí...?

—... también conozco a Jane por primera vez, la cortejo, luego la pierdo para siempre. Incluso ahora mismo la veo a usted, de niña, con expresión de miedo bajo los cascos de mi caballo...

Se palpó el codo.

—Y también siento el dolor de esa caída. Por tanto, verá que mi existencia, aunque limitada, no carece de sus ventajas.

Suspiré. Si la vida fuese así de simple; si uno pudiese saltar a las partes buenas y saltarse las malas...

—¿Ama a algún hombre? —me preguntó Rochester de pronto.

—Sí; pero hay mucho mal aire entre nosotros. Acusó a mi hermano de un crimen

que yo consideré injusto poner sobre los hombros de un muerto; mi hermano nunca tuvo la oportunidad de defenderse y las pruebas no eran muy sólidas. Me resulta difícil de perdonar.

—¿Qué hay que perdonar? —exigió Rochester—. Haga caso omiso del perdón y concéntrese en *vivir*. Para ustedes la vida es corta; demasiado corta como para permitir que pequeños problemas destruyan una felicidad que sólo será suya durante un breve momento.

—¡Por desgracia! —respondí—. ¡Está comprometido para casarse!

—¿Y eso qué importa? —se burló Rochester—. ¡Probablemente sea alguien tan inadecuado para él como Blanche Ingram lo es para mí.

Pensé en Daisy Mutlar y efectivamente parecía haber grandes similitudes.

Paseamos en silencio hasta que Rochester sacó un reloj de bolsillo y miró la hora.

—Ahora mismo mi Jane regresa de Gateshead. ¿Dónde está mi lápiz y mi cuaderno?

Busqué en mi chaqueta y saqué un cuaderno de dibujo y un lápiz.

—Tengo que encontrarla por accidente; pronto atravesará los campos en esta dirección. ¿Qué tal estoy?

Le enderecé la corbata y asentí para indicar mi satisfacción.

—¿Me considera guapo, señorita Next? —preguntó de súbito.

—No —respondí sinceramente.

—¡Bah! —exclamó Rochester—. ¡Duendes las dos! ¡Váyase, hablaremos más tarde!

Los dejé a lo suyo y regresé a la casa siguiendo el lago, muy concentrada en mis pensamientos.

Y así pasaron las semanas, el aire haciéndose más cálido y los capullos empezando a aparecer en los árboles. Apenas vi a Rochester o a Jane, ya que sólo tenían ojos el uno para el otro. La señora Fairfax no estaba muy impresionada por la unión, pero le dije que fuese razonable. Se puso nerviosa como una gallina vieja al oír ese comentario y regresó a sus labores. La rutina de Thornfield siguió siendo la normal durante los siguientes meses; la estación se convirtió en verano y allí estaba yo el día de la boda, invitada específicamente por Rochester y oculta en la sacristía. Vi al clérigo, un hombre enorme llamado señor Wood, preguntar si alguien conocía algún impedimento que hiciese que la boda no fuese legítima o aceptada por Dios. Oí al abogado comunicar el terrible secreto. Podía ver que Rochester estaba fuera de sí por la furia mientras Briggs leía la declaración jurada de Mason donde afirmaba que la loca era Bertha Rochester, la hermana de Mason y la esposa legítima de Rochester. Permanecí oculta mientras se desarrollaba la discusión, saliendo sólo cuando Rochester guió al pequeño grupo hasta la casa para conocer a su esposa loca. Yo no fui; fui a dar un paseo, respirando el aire fresco y evitando la tristeza y la angustia de

la casa al comprender Rochester y Jane que no podrían casarse.

Al día siguiente, Jane ya se había ido. La seguí a una distancia segura para confirmar que tomaba el camino a Whitcross. Tenía el aspecto de una persona perdida que buscaba una vida mejor en alguna otra parte. La vigilé hasta perderla de vista y luego fui a almorzar a Millcote. Una vez que terminé la comida en The George, jugué a las cartas con tres jugadores ambulantes; para la hora de la cena ya les había ganado seis guineas. Mientras jugaba, un niño pequeño se presentó en la mesa.

—¡Hola, William! —dije—. ¿Qué hay de nuevo?

Me incliné hasta la altura del huérfano, que estaba vestido con ropas de adultos que le habían pasado y cosido para que se ajustasen.

—Le ruego disculpas, señorita Next, pero el señor Hedge ha desaparecido.

Me puse en pie de un salto, totalmente alarmada, eché a correr y no me detuve hasta llegar a The Millcote. Volé escaleras arriba, donde uno de mis espías de mayor confianza retorció nervioso su gorra. La habitación de Hades estaba vacía.

—Lo lamento, señorita. Estaba abajo en el bar, sin beber, por supuesto; lo juro. Debió de escabullirse...

—¿Alguien más bajó las escaleras, Daniel? ¡Rápido!

—Nadie. Nadie excepto la anciana...

Cogí el caballo de uno de mis jinetes y llegué a Thornfield en la mitad de tiempo. Ninguno de los guardias en la entrada había visto a Hades. Entré y me encontré a Edward en la sala, sirviéndose de una botella de brandy. Alzó la copa cuando entré.

—Se ha ido, ¿no? —preguntó.

—Se ha ido.

—¡Maldición! ¡Malditas sean las circunstancias que me dejaron atrapado en la boda con esa imbécil y maldigo a mi hermano y a mi padre por acordar tal unión!

Se dejó caer en una silla y miró al suelo.

—¿Ya ha terminado su trabajo aquí? —preguntó con resignación.

—Creo que sí, sí. No me queda más que encontrar a Hades y podré irme.

—¿No está en The Millcote?

—Ya no.

—¿Pero espera capturarlo?

—Así es; aquí parece estar debilitado.

—Entonces será mejor que diga la palabra clave. Puede que cuando llegue el momento, el tiempo no esté a nuestro favor. Más vale prevenir que curar.

—Cierto —admití—. Para abrir la puerta, hay que decir...

Pero en ese momento la puerta principal se abrió, una ráfaga de viento movió algunos papeles y unas pisadas familiares resonaron sobre las baldosas de la entrada. Me quedé inmóvil y miré directamente en dirección a Rochester, quien miraba a su

copa.

—¿El código...?

Oí una voz llamando a *Pilot*. Poseía la resonancia profunda del amo de la casa.

—¡Maldita sea! —murmuró Hades al fundirse su disfraz de Rochester y saltar como un rayo a la pared, atravesando listones y yeso como si fuesen papel de arroz.

Para cuando llegué al pasillo ya había desaparecido; perdiéndose en los interiores de la casa. Rochester se me unió mientras yo prestaba atención a cualquier ruido que viniese de arriba, pero no nos llegó ningún sonido. Edward dedujo rápidamente lo sucedido y con celeridad convocó a los peones de su hacienda. En veinte minutos los tenía protegiendo el exterior de la casa, con órdenes estrictas de disparar a cualquiera que intentase escapar sin dar una contraseña acordada. Completada esa parte, regresamos a la biblioteca y Rochester sacó un juego de pistolas y las cargó con mucho cuidado. Miró inquieto mi Browning automática mientras él colocaba dos estopines sobre las boquillas de las pistolas y recolocaba los percusores.

—Las balas sólo le ponen furioso —le dije.

—¿Tiene una idea mejor?

No dije nada.

—Entonces, será mejor que me siga. ¡Cuanto antes salga esta amenaza de mi libro, mejor!

Todos excepto Grace Poole y la loca habían salido de la casa, y la señora Poole había recibido instrucciones de no abrir la puerta a nadie hasta la mañana por ningún motivo, ni siquiera al señor Rochester. Rochester y yo empezamos por la biblioteca y pasamos al comedor, y luego al recibidor de tarde. Después registramos el recibidor de mañana y luego el salón de baile. Todo estaba vacío. Regresamos a la escalera donde habíamos situado a John y a Mathew, que juraron no haber visto pasar a nadie. Para entonces ya había caído la noche; los hombres de guardia habían recibido antorchas y su escasa luz parpadeaba en el pasillo. Las escaleras y los paneles de la casa eran de madera oscura que reflejaba mal la luz; el vientre de una ballena hubiese estado mejor iluminado. Llegamos a lo alto y miramos a izquierda y a derecha, pero la casa estaba oscura y me maldije por no haber traído una buena linterna. Como si fuese en respuesta a mis pensamientos, una ráfaga de viento apagó las velas y en algún punto por delante se cerró una puerta. Mi corazón se detuvo un instante y Rochester lanzó un juramento al chocar contra un arcón de roble. Yo volví a encender con rapidez el candelabro. Bajo el resplandor cálido nos podíamos ver las caras asustadas, y Rochester, al comprender que mi rostro era un reflejo del suyo, se envalentonó para la tarea que quedaba y gritó:

—¡Cobarde! ¡Muéstrate!

Hubo un estruendo y un brillante destello de color naranja cuando Rochester disparó en dirección a la escalera que llevaba a las habitaciones de arriba.

—¡Ahí! Ahí va, como un conejo; ¡imagino que le he herido!

Corrimos hasta ese punto, pero no había sangre; simplemente la bala pesada hundida en el pasamanos.

—¡Le tenemos! —exclamó Rochester—. ¡De ahí arriba sólo se puede escapar por el tejado y no hay forma de bajar sin arriesgarse a romperse el cuello con el desagüe!

Subimos las escaleras y nos encontramos en el pasillo superior. Allí arriba las ventanas eran grandes, pero aun así el interior era insoportablemente tenebroso. Nos detuvimos de pronto. A medio camino del pasillo, de pie en las sombras y con la cara iluminada por la luz de una única vela, se encontraba Hades. Correr y ocultarse estaba lejos de ser su estilo. Sostenía la vela encendida cerca de un papel enrollado que yo sabía que sólo podía ser el poema de Wordsworth donde estaba prisionera mi tía.

—¡La clave, por favor, señorita Next!

—¡Nunca!

Colocó la vela más cerca del papel y me sonrió.

—¡La clave, *por favor!*

Pero su sonrisa se convirtió en expresión de agonía; dejó escapar un alarido brutal y vela y poema cayeron al suelo. Se volvió lentamente para revelar la causa de su dolor. Allí, en la espalda y aferrada con voluntad de hierro se encontraba la señora Rochester, la loca de Jamaica. Rió como una posesa y retorció las tijeras que había hundido entre los omóplatos de Hades. Él gritó una vez más y cayó de rodillas, mientras la llama de la vela incendiaba la capa de cera para pulir que se había acumulado sobre un escritorio. Las llamas ansiosas envolvieron el mueble y Rochester arrancó algunas cortinas para apagarlas. Pero Hades volvía a estar en pie, con fuerzas renovadas: las tijeras habían salido. Apuntó un golpe a Rochester y le dio en la barbilla; Edward se tambaleó y cayó con fuerza sobre el suelo. Una alegría demente pareció apoderarse de Acheron mientras cogía una lámpara de alcohol de un aparador y la lanzaba al extremo del pasillo; estalló en llamas y prendió algunas colgaduras. Se volvió hacia la loca, quien fue a por él en una confusión de miembros agitándose. Con destreza, la mujer sacó el castigado libro de instrucciones de Mycroft del bolsillo de Hades, emitió un grito demoníaco de triunfo y salió corriendo.

—¡Ríndete, Hades! —grité, disparando dos veces.

Acheron se tambaleó por el impacto de las balas, pero se recuperó con rapidez y corrió tras Bertha y la libreta. Yo recogí el valioso poema y tosí por el espeso humo que empezaba a llenar el pasillo. Ahora también ardían las cortinas. Puse a Rochester en pie. Corrimos tras Hades, dándonos cuenta de que Acheron había iniciado otros fuegos mientras perseguía el manual de instrucciones y a la criolla trastornada. Les alcanzamos en el enorme dormitorio de atrás. Parecía un momento tan bueno como cualquier otro para abrir el portal; la cama ya ardía y Hades y Bertha jugaban a un

juego estrafalario de gato y ratón con ella sosteniendo la libreta y blandiendo las tijeras en su dirección, algo a lo que él realmente parecía tenerle miedo.

—¡Diga las palabras! —le dije a Rochester.

—¿Y son?

—¡Dulce locura!

Rochester las gritó. Nada. Las gritó todavía más fuerte. Todavía nada. Yo había cometido un error. *Jane Eyre* estaba escrita en primera persona. Lo que Bowden y Mycroft estuviesen leyendo en el hotel era lo que Jane estaba experimentando —lo que nos pasase a nosotros no salía en el libro y jamás saldría—. No se me había ocurrido.

—¿Ahora qué? —preguntó Rochester.

—No sé. ¡¡¡Cuidado!!!

Bertha había saltado con furia hacia nosotros y salió corriendo por la puerta, seguida de cerca por Hades, quien tenía tal intención de recuperar el manual de instrucciones que nosotros dos le resultábamos de importancia secundaria. Les seguimos por el pasillo, pero la escalera era ahora un muro de llamas y el calor y el humo nos hizo retroceder. Tosiendo y con los ojos llorosos, Bertha escapó al tejado con Hades, Rochester y yo siguiéndola de cerca. El aire fresco resultó agradable tras el interior lleno de humo de Thornfield. Bertha nos llevó por el tejado de plomo del salón de baile. Podíamos ver que el fuego se había extendido a los pisos de abajo, que los muebles y los suelos muy encerados ofrecían sustento suficiente a las llamas hambrientas; en unos minutos la enorme casa de madera sería un infierno.

La loca bailaba una danza lánguida vestida con las ropas de cama; un recuerdo lejano, quizá, de la época en que era una dama, todo un mundo de diferencia con la patética existencia que soportaba ahora. Gruñó como un animal enjaulado y amenazó a Hades con las tijeras mientras él maldecía y rogaba por la devolución del manual, que ella blandía burlona. Rochester y yo mirábamos, con las ventanas que estallaban y el crepitar del fuego puntuando el silencio de la noche.

Rochester, molesto por no tener nada que hacer y cansado de ver a su esposa y a Hades bailando esa danza macabra, apuntó con la segunda pistola y le acertó a Hades en la parte baja de la espalda. Hades se volvió, sin haber sufrido daño pero furioso. Sacó su propia arma y como respuesta disparó varias veces mientras Rochester y yo nos ocultábamos tras una chimenea. Bertha se aprovechó de la oportunidad y clavó las tijeras todo lo que pudo en el brazo de Hades. Este aulló de dolor y terror y dejó caer el arma. Bertha bailó feliz a su alrededor, carcajeándose, mientras Hades caía de rodillas.

Un quejido me hizo volverme. Uno de los disparos de Acheron había atravesado directamente la palma de Rochester. Se sacó el pañuelo y yo le ayudé a vendar la mano destrozada.

Volví a mirar justo cuando Hades se sacaba las tijeras del brazo; volaron por el aire y aterrizaron cerca. Poderoso una vez más y tan furioso como un león, saltó contra Bertha, la agarró con fuerza por la garganta y recuperó la libreta. Luego la levantó y la sostuvo sobre su cabeza, mientras ella emitía un chillido demente que conseguía ahogar el sonido del fuego. Durante un momento quedaron destacados en silueta contra el fondo de llamas que ahora se elevaban hacia el cielo nocturno, luego Hades dio dos pasos rápidos hacia el parapeto y lanzó a Bertha, su aullido quedó silenciado sólo por el golpe seco al golpear el suelo tres pisos más abajo. Él se apartó del parapeto y se volvió hacia nosotros con los ojos abrasadores.

—Dulce locura, ¿eh? —rió—. Jane está con sus primos; la narración la acompaña. ¡Y yo tengo el manual!

Lo agitó en mi dirección, se lo metió en el bolsillo y cogió la pistola.

—¿Quién será el primero?

Disparé, pero Hades cerró la mano sobre la bala volante. Abrió el puño; la bala estaba aplastada convertida en un pequeño disco de plomo. Sonrió mientras una lluvia de chispas se alzaba detrás de él. Volví a disparar y volvió a atrapar la bala. La corredera de mi automática se colocó en la posición hacia atrás, vacía y lista para el siguiente cargador. Tenía uno, pero no me parecía que fuese a servir de mucho. Lo inevitable hizo acto de presencia: había estado bien, había sobrevivido ante él más que cualquier otra persona con vida y había hecho todo lo humanamente posible. Pero la suerte no siempre está de nuestro lado; la mía acababa de expirar.

Hades me sonrió.

—La oportunidad lo es todo, señorita Next. Tengo la clave, el manual y la ventaja. El juego de la espera, como puede comprobar, es efectivo.

Me miró con expresión triunfante.

—Quizá te sea un consuelo saber que había planeado concederte el honor de ser Felix9. Siempre te recordaré como mi mejor adversaria; te saludo por ello. Y tenías razón..., nunca negociaste.

Yo no prestaba atención. Pensaba en Tamworth, Snood y el resto de las víctimas de Hades. Miré a Rochester, que acunaba su mano ensangrentada; ya no podía luchar.

—Crimea nos hará ganar una fortuna —siguió diciendo Hades—. ¿Cuánto beneficio se podrá sacar de cada rifle de plasma? ¿Quinientas libras? ¿Un millar? ¿Diez mil?

Pensé en mi hermano en Crimea. Me había dicho que fuese a recogerle, pero nunca lo hice. A mi regreso, el vehículo recibió un impacto de artillería. Tuvieron que retenerme por la fuerza para evitar que cogiese otro y volviese al campo de batalla. No volví a verle. Nunca me he perdonado haberle abandonado.

Hades seguía parlotando, y me encontré casi deseando que acabase de una vez. Después de todo lo que me había pasado en la vida, la muerte de pronto casi parecía

una opción cómoda. En el momento más intenso de la batalla hay quien dice que se encuentra una calma donde uno puede pensar tranquila y fácilmente, el trauma de lo que te rodea filtrado por la pesada cortina de la conmoción. Estaba a punto de morir, y a mi mente sólo llegaba una pregunta aparentemente banal: ¿por qué demonios las tijeras de Bertha habían provocado un efecto tan perjudicial en Hades? Miré a Acheron, que formaba con la boca palabras que yo no podía oír. Me puse en pie y me disparó. Simplemente jugaba conmigo y la bala pasó muy lejos —yo ni siquiera parpadeé—. Las tijeras eran la clave; eran de *plata*. Metí la mano en el bolsillo del pantalón en busca de la bala de plata que me había dado Spike. Acheron, vanidoso y arrogante, malgastaba el tiempo con un discurso pomposo de adulación propia. Pagaría caro ese error. Metí la bala reluciente en mi automática y solté la corredera. Entró en la recámara sin problemas, apunté, apreté el gatillo y vi que algo le golpeaba el pecho. Durante un momento no pasó nada. Luego Acheron dejó de hablar y se llevó la mano allí donde había entrado la bala. Se llevó los dedos a la cara y los miró con sorpresa y conmoción; estaba acostumbrado a tener las manos manchadas de sangre —pero jamás con la suya propia—. Se volvió hacia mí, empezó a decir algo pero se tambaleó antes de caer pesadamente de cara y dejar definitivamente de moverse. Acheron Hades, el tercer hombre más malvado del planeta, estaba muerto al fin, derribado en el tejado de Thornfield Hall sin que nadie llorase su pérdida.

Hubo poco tiempo para reflexionar sobre la defunción de Hades; las llamas seguían creciendo. Cogí el manual de Mycroft y luego puse a Rochester en pie. Llegamos hasta el parapeto; el tejado se había puesto caliente y podíamos sentir que las vigas bajo nuestros pies empezaban a flexionarse y ceder, haciendo que el tejado de plomo ondulase como si estuviese vivo. Miramos, pero no había forma de bajar. Rochester me agarró la mano y corrimos por el tejado hasta otra ventana. La abrió de un golpe y un sople de aire caliente nos obligó a agacharnos.

—¡Escalera del servicio! —Tosió—. ¡Por aquí!

Rochester sabía cómo orientarse al tacto por el pasillo oscuro y lleno de humo, y yo le seguí obediente, agarrándome a los faldones de su chaqueta para evitar perderme. Llegamos a lo alto de la escalera del servicio; aquí no parecía que el fuego fuese muy fuerte y Rochester me guió abajo. Estábamos a medio camino cuando una bola de fuego se encendió en la cocina y envió una masa de fuego y gases calientes a través del pasillo y escaleras arriba. Vi un inmenso resplandor rojo surgir frente a mí mientras la escalera cedía. Después de eso, la oscuridad.

Casi al final de su libro

«Esperamos la llamada de Thursday, la contraseña, pero no llegó. Leí cuidadosamente la narración, buscando alguna pista de qué le había sucedido. Había sospechado que Thursday podría decidir quedarse en el libro si le resultaba imposible capturar a Hades. El desenlace se acercaba; Jane se iría a la India y el libro concluiría. Una vez que sucediese eso, podríamos apagar la máquina. Thursday y Polly estarían perdidas para siempre.»

Del diario de BOWDEN CABLE

Abrí los ojos, fruncí el ceño y miré a mi alrededor. Me encontraba en una habitación pequeña pero bien amueblada cerca de una ventana medio abierta. En el jardín, la brisa agitaba unos álamos, pero no reconocí la vista; no estaba en Thornfield. Se abrió la puerta y entró Mary.

—¡Señorita Next! —dijo con amabilidad—. ¡Qué susto nos ha dado!

—¿Llevo mucho tiempo inconsciente?

—Tres días. Una conmoción muy mala, dijo el doctor Carter.

—¿Dónde...?

—Estamos en Ferndean, señorita Next —respondió Mary con tono tranquilizador—, una de las otras propiedades del señor Rochester. Debe de estar débil; le traeré caldo.

Le agarré el brazo.

—¿Y el señor Rochester?

Hizo una pausa y me sonrió, me acarició la mano y me dijo que debería ir a buscar el caldo.

Me quedé acostada, pensando en la noche en que ardió Thornfield. Pobre Bertha Rochester. ¿Había comprendido que nos había salvado la vida por su fortuita elección de arma? Quizás, en algún lugar de su mente trastornada, había estado en sintonía con la abominación que había sido Hades. Nunca llegaría a saberlo, pero le daba igualmente las gracias.

En una semana era capaz de ponerme en pie y moverme, aunque todavía sufría de dolores de cabeza y mareos. Supe que después de que se desmoronase la escalera de servicio me había dado un golpe y había quedado inconsciente. Rochester, quien sufría mucho dolor, me había envuelto en una cortina y había cargado conmigo fuera

de la casa en llamas. En el intento le había golpeado una viga que caía y se había quedado ciego; la mañana después del fuego, le habían amputado la mano destrozada por Acheron. Me reuní con él en la oscuridad del comedor.

—¿Siente mucho dolor, señor? —pregunté, mirando la figura desaliñada; todavía llevaba los ojos vendados.

—Por suerte, no —mintió, haciendo una mueca al moverse.

—Gracias; me ha salvado la vida por segunda vez.

Me dedicó una sonrisa triste.

—Usted me devolvió a mi Jane. Por esos pocos meses de felicidad, sufriría dos veces estas heridas. Pero no hablemos de mi estado lamentable. ¿Está usted bien?

—Gracias a usted.

—Sí, sí, pero ¿cómo va a volver? Supongo que Jane ya está en la India con ese holgazán sin agallas de Rivers; y con ella se va la narración. No veo cómo sus amigos van a poder rescatarla.

—Ya pensaré en algo —dije, tocándole la manga—. Nunca se sabe lo que deparará el futuro.

Era la mañana del día siguiente; mis meses en el libro habían pasado en el tiempo necesario para leerlos. El Politburó galés, alertado de las fechorías en su propia casa, habían concedido a Victor, Finisterre y a un miembro de la Federación Brontë paso seguro hasta el enmohecido hotel Penderyn, donde se encontraban ahora con Bowden, Mycroft y un Jack Schitt cada vez más nervioso. El representante de la Federación Brontë leía las palabras a medida que aparecían en el manuscrito amarillento que tenía delante. Aparte de algunos cambios menores, el libro seguía el mismo rumbo de siempre; había sido perfecto en todas sus palabras durante las dos últimas horas. Jane recibía la propuesta de St. John Rivers, quien quería que ella le acompañase a la India como su esposa, y ella estaba a punto de decidirse.

Mycroft tamborileaba con los dedos sobre la mesa y miró las filas de indicadores parpadeando sobre su invento; sólo necesitaba un punto en el que abrir el portal. El problema es que rápidamente se les iban acabando las páginas.

Luego, sucedió el milagro. El experto de la Federación Brontë, un hombre bajito y habitualmente nada excitable llamado Plink, quedó de pronto consumido por la consternación.

—¡Un momento; esto es nuevo! ¡Eso no sucedió!

—¿Qué? —gritó Victor, pasando rápidamente su ejemplar.

Efectivamente, el señor Plink tenía razón. Allí, mientras las palabras se grababan a sí mismas por las páginas, había nuevos acontecimientos en la narración. Después de que Jane le prometiese a St. John Rivers que si la voluntad de Dios era que se casasen, entonces así lo harían, hubo una voz... una voz *nueva*, la voz de Rochester, llamándola por el éter. Pero, ¿desde dónde? Fue una pregunta que se plantearon

simultáneamente casi ochenta millones de personas en todo el mundo, todas siguiendo cómo la nueva historia se desarrollaba frente a sus ojos.

—¿Qué significa? —preguntó Victor.

—No lo sé —respondió Plink—. Es puro Charlotte Brontë, ¡pero *definitivamente* no estaba ahí antes!

—Thursday —murmuró Victor—. Tiene que ser. ¡Mycroft, prepárese!

Leyeron encantados cómo Jane cambiaba de idea sobre la India y St. John Rivers y decidía regresar a Thornfield.

Regresé a Ferndean y junto a Rochester antes que Jane. Me reuní con Rochester en el comedor y le conté la noticia; cómo la había encontrado en la casa de Rivers, había ido a su ventana y había susurrado: « ¡Jane!, ¡Jane!, ¡Jane!» con voz áspera imitando a Rochester. La imitación no era muy buena, pero bastó. Vi cómo Jane se ponía nerviosa y hacía las maletas de inmediato. Rochester no parecía muy contento con la noticia.

—No sé si debo darle las gracias o maldecirla, señorita Next. Pensar que me verá así, un ciego con un solo brazo. ¡Y Thornfield destrozado! Me odiará, ¡lo sé!

—Se equivoca, señor Rochester. Y si conoce a Jane tan bien como creo que la conoce, ¡ni siquiera se le pasará por la cabeza tal cosa!

Llamaron a la puerta. Era Mary. Anunció que Rochester tenía visita, pero que se negaba a dar su nombre.

—¡Oh, Dios! —exclamó Rochester—. ¡Es ella! Dígame, señorita Next, ¿podrá amarme? Quiero decir, ¿así?

Me incliné y le besé la frente.

—Claro que sí. Cualquiera podría. Mary, niéguele la entrada; si la conozco, entrará de todas formas. Adiós, señor Rochester. No se me ocurre ninguna forma de darle las gracias, por lo que sólo diré que usted y Jane siempre estarán en mi mente.

Rochester movió la cabeza, intentando determinar mi posición por el sonido. Alargó una mano y agarró con fuerza la mía. Era cálida al tacto, y también suave. Pensé en Landen.

—¡Adiós, señorita Next! Tiene un gran corazón; no deje que se eche a perder. Tiene a alguien que la ama y al que usted ama. ¡Escoja la felicidad!

Fui rápidamente a la estancia contigua cuando Jane entró. Atranqué en silencio la puerta mientras Rochester fingía muy bien no saber quién era.

—Dame el agua, Mary —le oí decir.

Hubo una agitación y luego oí a *Pilot*.

—¿Qué pasa? —preguntó Rochester con su expresión más hosca y de mayor enfado.

Contuve una risa.

—¡Abajo, *Pilot* —dijo Jane.

El perro se tranquilizó y hubo una pausa.

—Eres tú, Mary, ¿no? —preguntó Rochester.

—Mary está en la cocina —respondió Jane.

Saqué del bolsillo el manual maltratado, junto con el poema ligeramente chamuscado. Todavía tenía que lidiar con Jack Schitt, pero eso tendría que esperar. Me senté en una silla mientras una exclamación de Rochester atravesaba la puerta:

—¿Quién es? ¿Qué es? ¿Quién habla?

Me esforcé por oír la conversación.

—*Pilot* me reconoce —respondió Jane alegre—, y John y Mary saben que estoy aquí. ¡He llegado esta misma tarde!

—¡Buen Dios! —exclamó Rochester—. ¿De qué engaño soy víctima? ¿Qué dulce locura se ha apoderado de mí?

—Gracias, Edward —susurré mientras el portal se abría en una esquina de la habitación. Di un último vistazo al lugar al que jamás regresaría, y lo atravesé.

Se produjo un destello y un estallido de estática, la hacienda Ferndean desapareció, y en su lugar vi el entorno familiar del salón desarrapado del hotel Penderyn. Bowden, Mycroft y Victor corrieron a recibirme. Entregué manual y poema a Mycroft, quien rápidamente se puso a abrir la puerta a «Vagué solitario como una nube».

—¿Hades? —preguntó Victor.

—Muerto.

—¿Totalmente?

—*Absolutamente muerto.*

En unos momentos, el Portal de Prosa volvió a abrirse y Mycroft se apresuró a su interior, regresando al poco tiempo agarrando a Polly de la mano; ella sostenía un ramo de narcisos e intentaba explicarse:

—Sólo *hablábamos*, Crofty, ¡cariño! No creerás que podría interesarme un poeta muerto, ¿verdad?

—Me toca a *mí* —dijo Jack Schitt todo emocionado, agitando un ejemplar de *El rifle de plasma en la guerra*.

Lo colocó con los gusalibros y le hizo una señal a Mycroft para que abriese el portal. Tan pronto como los gusanos completaron su parte, Mycroft hizo lo que le habían dicho. Schitt sonrió y atravesó la rielante puerta blanca, palpando en busca de uno de los rifles de plasma que tan bien descritos estaban en ese libro. Bowden tenía otra idea. Le dio un empujón y Jack Schitt atravesó gritando el portal. Bowden le hizo un gesto a Mycroft, quien retiró la corriente; la máquina quedó en silencio, la puerta al libro cortada. Jack Schitt no había acertado con el momento apropiado. En sus ansias de poner las manos sobre uno de los rifles, no se había asegurado de que los agentes de Goliath estuviesen con él. Para cuando regresaron los dos guardias,

Bowden ayudaba a Mycroft a destrozar el Portal de Prosa después de transferir con mucho cuidado los gusalibros y devolver el manuscrito original de *Jane Eyre* —con el final ligeramente alterado— a la Federación Brontë.

—¿Dónde está el coronel Schitt? —preguntó el primer agente.

Victor se encogió de hombros.

—Se fue. Algo relacionado con los rifles de plasma.

Los agentes de Goliath hubiesen planteado más preguntas pero el secretario de exterior galés en persona había llegado y anunció que como la cuestión estaba ya resuelta, nos escoltarían a todos fuera de la República. Los operativos de Goliath empezaron a discutir pero pronto varios miembros del ejército republicano galés, a los que definitivamente no les impresionaban sus amenazas, los escoltaron fuera de la sala.

Nos sacaron de Merthyr en la limusina presidencial y nos dejaron en Abertawe. El representante de la Federación Brontë se mantuvo fríamente silencioso durante todo el viaje —me pareció que no le hacía mucha gracia el nuevo final—. Cuando llegamos a la ciudad, lo perdí rápidamente y corrí al coche, para llegar a toda prisa a Swindon, con las palabras de Rochester resonando en mis oídos. El matrimonio de Landen con Daisy se celebraría a las tres de la tarde y vaya si iba a estar presente.

Casi al final de *nuestro* libro

«Había trastocado *Jane Eyre* considerablemente; mi grito de "¡Jane!, ¡Jane!, ¡Jane!" en su ventana había alterado el libro definitivamente. Iba contra mi entrenamiento, contra todo lo que había jurado defender. Yo no lo consideraba más que un simple acto de contrición por lo que creía mi responsabilidad por las heridas de Rochester y la destrucción de Thornfield. Había actuado por compasión, no por deber, y a veces eso no tiene nada de malo.»

THURSDAY NEXT
diarios privados

A la tres y cinco frené con un chirrido de ruedas frente a la Iglesia de Nuestra Santa Madre de los Bogavantes, para gran sorpresa del fotógrafo y del chofer de un enorme Hispano-Suiza que estaba aparcado esperando a la feliz pareja. Respiré profundamente, me detuve para pensar con tranquilidad y, estremeciéndome un poco, subí los escalones de la entrada principal. La música de órgano sonaba con fuerza y mi paso, que hasta ese momento había sido de carrera, de pronto se redujo al perder el valor. ¿A qué demonios estaba jugando? ¿Realmente creía tener alguna posibilidad de aparecer de la nada después de una ausencia de diez años y luego esperar que el hombre al que había amado lo dejase todo y se casase conmigo?

—Oh, sí —dijo una mujer a su compañero al pasar a mi lado—, ¡Landen y Daisy están *tan* enamorados!

Mi avance se redujo al ritmo de un caracol al descubrirme deseando llegar demasiado tarde y que la carga de la decisión desapareciese de mis hombros. La iglesia estaba llena, y nadie me prestó atención al colocarme al fondo, justo al lado de la fuente con forma de bogavante. Podía ver a Landen y a Daisy delante de todo, asistidos por una pequeña bandada de pajes y damas de honor. Había muchos invitados uniformados en la pequeña iglesia, amigos de Landen de Crimea. Pude ver a alguien a quien tomé por la madre de Daisy, lloriqueando en el pañuelo, y al padre mirando impaciente la hora. En el lado de Landen, su madre estaba sola.

—Exijo y os conmino a los dos —decía el clérigo— a que si alguno de vosotros conoce un obstáculo que impida una unión legítima en matrimonio, que lo confiese ahora.

Hizo una pausa y varios de los invitados se agitaron. El señor Mutlar, cuya falta

de mentón había sido ampliamente compensada por una envergadura incrementada de su cuello, parecía estar incómodo y miró alrededor de la iglesia nervioso. El clérigo se volvió hacia Landen y abrió la boca para hablar, pero al hacerlo, una voz alta y clara se alzó desde el fondo de la iglesia:

—El matrimonio no puede proseguir: ¡declaro la existencia de un impedimento!

Ciento cincuenta cabezas se volvieron para ver quién hablaba. Uno de los amigos de Landen rió con fuerza; evidentemente pensaba que se trataba de una broma. Sin embargo, el rostro del que había hablado no daba la impresión de que su intención fuese el humor. El padre de Daisy no estaba dispuesto a consentirlo. Landen era una buena pieza para su hija y un chistecillo sin gracia no iba a retrasar la boda.

—¡Siga! —dijo, con el rostro convertido en un trueno.

El clérigo miró al hombre del fondo, luego a Daisy y a Landen y finalmente al señor Mutlar.

—No puedo proseguir sin investigar primero lo que se ha afirmado y las pruebas sobre su verdad o falsedad —dijo con expresión dolida; algo así no le había pasado nunca.

El señor Mutlar se había vuelto de un muy poco saludable tono carmesí y podría haberle dado un puñetazo al hombre que había hablado de haberlo tenido cerca.

—¿Qué estupidez es ésta? —gritó en su lugar, provocando murmullos por todas partes.

—No es una estupidez, señor —respondió el hombre con voz clara—. Creo que la bigamia está lejos de ser una estupidez, señor.

Miré fijamente a Landen, quien parecía confundido por el giro de los acontecimientos. ¿Ya estaba casado? No podía creerlo. Miré al hombre y el corazón se me paró un segundo. Era el señor Briggs, ¡el abogado que había visto en la iglesia en Thornfield! Oí un movimiento cercano y me volví para encontrarme a la señora Nakajima junto a mí. Me sonrió y se llevó un dedo a los labios. Yo fruncí el ceño y el clérigo volvió a hablar.

—¿Cuál es la naturaleza del impedimento? Quizá pueda superarse... explicarse.

—Difícilmente —fue la respuesta—. Lo he definido como insuperable y hablo con conocimiento. Consiste simplemente en un matrimonio anterior.

Landen y Daisy se miraron bruscamente.

—¿*Quién demonios es usted?* —preguntó el señor Mutlar, que parecía ser la única persona lo suficientemente excitada para actuar.

—Me llamo Briggs, abogado de Dash Street, Londres.

—Bien, señor Briggs, quizá tenga usted la amabilidad de explicar el matrimonio anterior del señor Parke-Laine para que todos podamos conocer los cobardes actos de este hombre.

Briggs miró al señor Mutlar y luego a la pareja en el altar.

—Mi información no se refiere al señor Parke-Laine; hablo de la señorita Mutlar, o, empleando su nombre de casada, ¡señora Daisy Posh!

La congregación quedó boquiabierta. Landen miró a Daisy, quien arrojó el ramo al suelo. Una de las damas de honor empezó a llorar, y el señor Mutlar avanzó y agarró a Daisy por el brazo.

—La señorita Mutlar se casó con el señor Murray Posh el 20 de octubre de 1981 —gritó el señor Briggs para hacerse oír por encima del tumulto—. La ceremonia se realizó en Southwark. No se ha presentado ninguna petición de divorcio.

Fue suficiente para todos. Se inició un clamor mientras la familia Mutlar iniciaba una retirada rápida. El párroco ofreció una oración silenciosa que no iba dirigida a nadie en particular mientras Landen conseguía por fin sentarse en el banco que la familia Mutlar acababa de desalojar.

—¡Caza fortunas! —gritó alguien desde el fondo, y la familia Mutlar aceleró el paso entre los insultos posteriores, muchos de los cuales no deberían haberse oído en una iglesia. Aprovechando la confusión, uno de los pajes intentó besar a una de las damas de honor, recibiendo a cambio una bofetada. Yo me apoyé en la piedra fría de la iglesia y me sequé las lágrimas de los ojos. Sabía que no era lo correcto, pero me estaba riendo. Briggs atravesó por entre los invitados que discutían y se unió a nosotras, tocándose el sombrero con gesto respetuoso.

—Buenas tardes, señorita Next.

—¡Unas *muy* buenas tardes, señor Briggs! ¿Qué está haciendo usted aquí?

—Los Rochester me enviaron.

—¡Pero hace sólo tres horas que salí del libro!

La señora Nakajima intervino.

—Lo abandonó a apenas doce páginas del final. En ese tiempo han pasado diez años en Thornfield; ¡tiempo de sobra para hacer *muchos* planes!

—¿Thornfield?

—Reconstruido, sí. Mi marido se jubiló y ahora él y yo administramos la casa. A ninguno de los dos se nos menciona en el libro y la señora Rochester aspira a que siga siendo así; es mucho más agradable que Osaka y ciertamente más enriquecedor que el negocio turístico.

No parecía haber mucho que pudiese decir.

—La señora Jane Rochester le pidió a la señora Nakajima que me trajese aquí para ayudar —dijo Briggs—. Ella y el señor Rochester estaban deseosos de ayudarla como usted los ayudó a ellos. Le desean toda la felicidad y toda la salud para el futuro y le agradecen su oportuna intervención.

Sonreí.

—¿Cómo están?

—Oh, están bien, señorita —respondió Briggs con alegría—. El primogénito tiene

ahora cinco años; un buen muchacho con buena salud, la imagen de su padre. La primavera ya pasada Jane tuvo una hermosa hija. Le han llamado Helen Thursday Rochester.

Miré a Landen, quien estaba de pie en la entrada de la iglesia, intentando explicarle a su tía Ethel qué pasaba.

—Debo hablar con él.

Pero hablaba sola. La señora Nakajima y el abogado se habían desvanecido; de regreso a Thornfield para informar a Jane y a Edward sobre un trabajo bien hecho.

Al aproximarme, Landen se sentó en los escalones de la iglesia, se quitó el clavel y lo olió distraídamente.

—Hola, Landen.

Landen alzó la vista y parpadeó.

—Ah —dijo—. Thursday. Debería haberlo sabido.

—¿Puedo sentarme contigo?

—Adelante.

Me senté a su lado sobre los cálidos escalones de caliza. Él miraba directamente al frente.

—¿Esto fue cosa tuya? —preguntó al fin.

—No, en absoluto —respondí—. Confieso que vine aquí a interrumpir la boda pero me faltó el valor.

Me miró.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Bien, porque... porque creía que yo sería una mejor señora de Parke-Laine que Daisy, supongo.

—Eso ya lo sé —exclamó Landen—, y estoy totalmente de acuerdo. Lo que quiero saber es por qué te faltó el valor. Después de todo, persigues a genios criminales, realizas trabajos OpEspec de alto riesgo, con tranquilidad desobedeces órdenes para ir a rescatar a los camaradas bajo un intenso fuego de artillería, sin embargo...

—Lo entiendo. No sé. Quizás ese tipo de decisiones sí o no, de vida o muerte, son más fáciles de tomar porque son tan en blanco y negro. Puedo tratar con ellas porque son más fáciles. Las emociones humanas, bien..., no son más que una colección sin fondo de grises y no se me dan igual de bien los tonos intermedios.

—En tonos intermedios es donde he vivido durante los últimos diez años, Thursday.

—Lo sé y lo siento. Tuve muchos problemas para reconciliar lo que sentía por ti con lo que consideraba una traición a Anton. Fue un tira y afloja emocional, y yo era el pañuelito de en medio, atado a la cuerda, sin moverse.

—Yo también le quería, Thursday. Fue lo más cercano a un hermano que llegué a

tener. Pero yo no podía agarrar mi extremo de la cuerda por siempre.

—Dejé algo en Crimea —murmuré—, pero creo haberlo vuelto a encontrar. ¿Hay tiempo para intentar que salga bien?

—Un poco a última hora, ¿no? —dijo con una sonrisa.

—No —respondí—, más bien, ¡tres segundos antes de medianoche!

Me besó delicadamente en los labios. La sensación fue de calidez y placer, como regresar a casa para disfrutar de un fuego que ruge en la chimenea después de una larga caminata bajo la lluvia. Los ojos se me llenaron de lágrimas y sollocé en silencio junto a su cuello mientras me abrazaba con fuerza.

—Discúlpenme —dijo el párroco, quien había estado flotando por los alrededores—. Lamento interrumpir, pero a las tres y media tengo otra boda.

Murmuramos nuestras disculpas y nos pusimos en pie. Los invitados de la boda todavía esperaban alguna decisión. Casi todos ellos sabían lo de Landen y yo y muy pocos, si había alguno, consideraban que Daisy fuese mejor pareja.

—¿Lo harás? —me preguntó Landen al oído.

—¿Haré qué? —pregunté yo, conteniendo la risa.

—¡Tonta! ¿Te casarás conmigo?

—Mmm —respondí, con el corazón atronando como un cañón en Crimea—. ¡Tendré que pensarlo...!

Landen alzó una ceja inquisitiva.

—¡Sí! ¡Sí, sí! ¡Lo haré, lo haré, con todo mi corazón!

—¡Al fin! —dijo Landen con un suspiro—. ¡Las cosas que tengo que hacer para conseguir a la mujer que amo...!

Nos volvimos a besar, pero ahora durante más tiempo; tanto, que el párroco, que seguía mirando la hora, tuvo que tocarle el hombro a Landen.

—Gracias por el ensayo —dijo Landen, dándole la mano al párroco con vigor—. ¡Volveremos en un mes para la ceremonia de verdad!

El párroco se encogió de hombros. Iba convirtiéndose con rapidez en la boda más ridícula de su carrera.

—Amigos —anunció Landen a los invitados que quedaban—. Me gustaría anunciar el compromiso entre esta encantadora agente de OpEspec llamada Thursday Next y yo. Como sabéis, ella y yo hemos tenido nuestras diferencias en el pasado pero ahora están *totalmente* olvidadas. En mi casa hay una carpa llena de comida y bebida, y tengo entendido que Holroyd Wilson tocará a partir de las seis. Sería un crimen malgastarlo, ¡así que cambiemos el motivo!

Los invitados lanzaron un grito de emoción mientras empezaban a organizar el transporte. Landen y yo fuimos en mi coche, pero tomamos el camino más largo. Teníamos mucho de lo que hablar y la fiesta... Bien, durante un rato podría continuar sin nosotros.

La celebración no terminó hasta las 4 p.m. Yo bebí demasiado y tomé un taxi de vuelta al hotel. Landen insistía en que pasase la noche en su casa, pero yo le dije un poco coqueta que tendría que esperar hasta después de la boda. Recuerdo vagamente haber vuelto a mi habitación pero nada más; todo fue oscuridad hasta que sonó el teléfono a las nueve de la mañana siguiente. Yo estaba medio vestida, *Pickwick* miraba la tele de la hora del desayuno y me dolía la cabeza como si estuviese a punto de estallar.

Era Victor. No parecía estar de muy buen humor, pero la amabilidad era una de sus mejores características. Me preguntó cómo estaba.

Miré el despertador mientras un martillo me daba golpes dentro de la cabeza.

—He estado mejor. ¿Cómo van las cosas en el trabajo?

—No muy bien —respondió Victor con cierta reserva en la voz—. La Corporación Goliath quiere hablar contigo sobre Jack Schitt y los de la Federación Brontë están como canguros rabiosos por los daños al libro. ¿Era *absolutamente* necesario quemar Thornfield hasta los cimientos?

—Eso fue cosa de Hades...

—¿Y Rochester? ¿Ciego y con una mano destrozada? ¿También fue Hades?

—Bien, sí.

—Esta es la madre de todas las jodiendas, Thursday. Será mejor que vengas y te expliques a la gente Brontë. Tengo conmigo a su Comité Ejecutivo Especial, y no vienen a colgarte una medalla del pecho.

Llamaron a la puerta. Le dije a Victor que iría directamente y me puse inestablemente en pie.

—¿Hola? —grité.

—¡Servicio de habitaciones! —respondió una voz al otro lado—. ¡El señor Parke-Laine llamó para que le trajésemos café!

—¡Un momento! —dije mientras intentaba que *Pickwick* regresase al baño; el hotel tenía reglas muy estrictas sobre los animales de compañía. Parecía ligeramente agresivo, lo que no era muy habitual en su caso; si hubiese tenido alas probablemente las hubiera agitado con furia.

—¡Este... no... es... el... momento... de... ser... un... incordio! —farfullé mientras empujaba al pájaro recalcitrante al baño y cerraba la puerta.

Mantuve la cabeza inmóvil un momento mientras me martillaba dolorosamente, me cubrí con una bata y abrí la puerta. *Gran* error. Allí había un camarero, pero no estaba solo. Tan pronto como la puerta quedó completamente abierta, otros dos hombres vestidos con trajes oscuros entraron y me empujaron contra la pared apuntándome a la cabeza con una pistola.

—Vamos a necesitar otras dos tazas si quieren tomar café conmigo —farfullé.

—Muy gracioso —dijo el hombre vestido de camarero.

—¿Goliath?

—Básicamente.

Retiró el percutor del revólver.

—Guantes fuera, Next. Schitt es un hombre importante y necesitamos saber dónde está. La seguridad nacional y Crimea dependen de ello y la estúpida vida de un agente no vale una mierda cuando se examina la situación global.

—Os llevaré hasta él —boqueé, intentando respirar—. Está en las afueras de la ciudad.

El agente de Goliath me soltó y me dijo que me vistiese. Salíamos del hotel unos minutos más tarde. Todavía tenía la cabeza dolorida y las sienes me dolían con un dolor sordo, pero al menos pensaba con mayor claridad. Delante de mí tenía una pequeña multitud, y me alegré al comprobar que se trataba de la familia Mutlar preparándose para regresar a Londres. Daisy discutía con su padre y la señora Mutlar agitaba la cabeza con desánimo.

—¡Caza fortunas! —grité.

Daisy y su padre dejaron de discutir y me miraron mientras los hombres de Goliath intentaban apartarme.

—¿Qué ha dicho?

—Lo ha oído. No sé cuál es la mayor zorra, su hija o su esposa.

Provocó el efecto deseado. El señor Mutlar se puso de ese curioso tono carmesí y lanzó el puño en mi dirección. Lo esquivé y el golpe dio a uno de los hombres de Goliath directamente en la mandíbula. Salí corriendo hacia el aparcamiento. Un disparo me pasó por encima del hombro; me moví con rapidez y salí a la carretera justo cuando un enorme Ford negro de estilo militar se detenía de golpe.

—¡Suba! —gritó el conductor.

No tuvo que pedírmelo dos veces. Me metí dentro y el Ford salió disparado mientras dos agujeros de bala aparecían en el parabrisas trasero. El coche gastó goma virando la esquina y pronto nos alejamos.

—Gracias —murmuré—. Un poco más tarde y hubiese acabado como alimento para gusanos. ¿Puede dejarme en el cuartel general de OpEspec?

El conductor no dijo nada; había una división de vidrio entre él y yo y de pronto tuve la sensación de haber escapado de la sartén para caer en el fuego.

—Puede dejarme donde quiera —dije.

No respondió. Probé con las manecillas de las puertas, pero estaban cerradas. Golpeé el vidrio pero pasó de mí; dejamos atrás el edificio de OpEspec y nos dirigimos a la ciudad vieja. También conducía rápido. En dos ocasiones se saltó un semáforo en rojo y en una ocasión se le cruzó a un bus; caí contra una portezuela cuando dobló una esquina, apenas esquivando el camión del cervecero.

—¡Aquí, pare el coche! —grité, golpeando la partición de vidrio. El conductor se

limitó a acelerar, rayando otro coche al coger una esquina un poco demasiado rápido.

Tiré con fuerza de las manecillas y estaba a punto de usar los tacones contra las ventanillas cuando se detuvo de pronto. Me salí del asiento y caí formando un montón en la alfombrilla. El conductor se bajó, me abrió la puerta y dijo.

—Aquí estamos, señorita, no quería que llegase tarde. Órdenes del coronel Phelps.

—¿Coronel Phelps? —dije con voz entrecortada.

El conductor me sonrió y saludó con rapidez. Phelps había dicho que me mandaría un coche para que me presentase en la charla, y lo había hecho.

Miré al exterior. Nos habíamos detenido en el exterior del ayuntamiento de Swindon, y una vasta multitud nos miraba.

—¡Hola, Thursday! —dijo una voz conocida.

—¿Lydia? —pregunté, pillada por sorpresa por el súbito cambio de situación.

Y sí era ella. Pero no era la única periodista de televisión; había seis o siete con sus cámaras apuntándome directamente mientras yo permanecía sentada en la alfombrilla con una postura muy poco elegante. Salí del coche.

—Les habla Lydia Startright de la Toad News Network —dijo Lydia con su mejor voz de reportera—, estamos con Thursday Next, la agente de OpEspec responsable del salvamento de *Jane Eyre*. ¡Primero, permítame felicitarla, señorita Next, por su excelente reconstrucción de la novela!

—¿De qué habla? —respondí—. ¡Lo trastoqué todo! ¡Quemé Thornfield hasta los cimientos y dejé medio lisiado a Rochester!

La señorita Startright rió.

—En una encuesta reciente, noventa y nueve de cada cien lectores que expresaron su preferencia dijeron que estaban encantados con el nuevo final. ¡Jane y Rochester casados! ¿No es *maravilloso*?

—¿Pero la Federación Brontë...?

—Charlotte no le dejó el libro a la Federación Brontë, señorita Next —dijo un hombre vestido con un traje de lino que llevaba una enorme escarapela azul de Charlotte Brontë clavada incongruentemente a la solapa—. La Federación está formada por un montón de tipos estirados. Permítame presentarme. Walter Branwell, presidente del grupo escindido de la federación «Brontë para el pueblo».

Me ofreció la mano y sonrió de oreja a oreja mientras varias personas cercanas aplaudían. Se disparó una batería de flashes y una niña me entregó un ramo de flores y otro periodista me preguntó qué tipo de persona era Rochester en *realidad*. El chofer me tomó del brazo y me guió al interior del edificio.

—El coronel Phelps la está esperando, señorita Next —murmuró afable.

La multitud se dividió mientras me guiaba hasta un salón inmenso lleno casi por completo. Parpadeé como una estúpida y miré a mi alrededor. Había murmullos

emocionados, y mientras recorría el pasillo principal podía oír que la gente repetía mi nombre. En el foso de la orquesta se había improvisado una sala de prensa en la que se podía ver todo un mar de periodistas sentados pertenecientes a todas las cadenas importantes. El encuentro de Swindon se había convertido en el punto focal de los sentimientos populares sobre la guerra; lo que se dijese aquí tendría gran trascendencia. Llegué al escenario, donde se habían montado dos mesas. Los dos lados de la cuestión estaban claramente delineados. El coronel Phelps estaba sentado bajo una enorme bandera inglesa; su mesa estaba profusamente adornada con banderines y varias plantas en macetas, cuadernos de notas abiertos y montones de panfletos listos para ser distribuidos. Le acompañaban en su mayoría miembros uniformados de las fuerzas armadas que habían servido en la península. Todos ellos estaban más que dispuestos a hablar a grandes voces sobre la importancia de Crimea. Incluso uno de los soldados llevaba el nuevo rifle de plasma.

Al otro lado del escenario se encontraba la mesa «anti». También estaba bien poblada de veteranos, pero ninguno llevaba uniforme. Reconocí a los dos estudiantes del campo de aviación y a mi hermano Joffy, quien sonrió y formó con la boca:

—¡Cuidado, Bodoque!

La multitud guardaba silencio; habían oído que vendría y aguardaban mi llegada.

Las cámaras me siguieron mientras me aproximaba a los escalones del escenario y subía con tranquilidad. Phelps se puso en pie para recibirme, pero seguí caminando y me senté en la mesa «anti», ocupando el sitio que uno de los estudiantes me había dejado libre. Phelps quedó conmocionado; se puso de un rojo brillante, pero se controló cuando se dio cuenta de que las cámaras seguían todos sus movimientos.

Lydia Startright me había seguido al escenario. Estaba allí para moderar el encuentro; ella y el coronel Phelps habían insistido en esperar mi llegada. Startright se alegraba de haberlo hecho; Phelps no.

—Damas y caballeros —anunció Lydia con grandilocuencia—, la mesa de negociaciones en Budapest está vacía y se espera el inicio de una ofensiva. Mientras un millón de soldados se miran unos a otros a través de la tierra de nadie, nos preguntamos: ¿cuál es el precio de Crimea?

Phelps se puso en pie para hablar pero yo fui más rápida.

—Sé que el chiste es viejo —empecé—, pero un anagrama simple de «Crimea» es «Un Crimen»[\[8\]](#) —Pausa—. Así es como lo veo y desafiaría a cualquiera a demostrarme que no es así. Incluso el coronel Phelps estaría de acuerdo conmigo en que ya es hora de dar permanentemente por terminado el tema de Crimea.

El coronel Phelps asintió.

—Donde el coronel y yo no coincidimos es en mi creencia de que Rusia es la que más derecho tiene al territorio.

Era un comentario controvertido; los partidarios de Phelps estaban bien

preparados e hicieron falta diez minutos para restaurar el orden. Startright los hizo callar a todos y por fin pude terminar mi argumento.

—Hace apenas dos meses tuvimos una muy buena oportunidad de acabar con todo este disparate. Inglaterra y Rusia estaban sentadas a la mesa, discutiendo los términos de una retirada completa de las tropas inglesas.

Se produjo un silencio total. Phelps se recostó en su silla y me miraba con gran atención.

—Pero entonces llegó el rifle de plasma. Nombre en código: Stonk.

Bajé la vista un momento.

—Este Stonk era la clave, el secreto de una nueva ofensiva y el reinicio posible de una guerra que, gracias a Dios, ha carecido relativamente de lucha real durante los últimos ocho años. Pero hay un problema. La ofensiva tiene cimientos de barro; a pesar de todo lo que se ha dicho y hecho, el rifle de plasma es falso... *¡El Stonk no funciona!*

En la cámara se alzó un murmullo excitado. Phelps me miró adusto, estremeciendo las cejas. Le susurró algo a un general de brigada que estaba sentado a su lado.

—Las tropas inglesas esperan un arma nueva que *no* llegará. La Corporación Goliath ha tratado de tonto al gobierno inglés; a pesar de una inversión de mil millones de libras, el rifle de plasma tendrá tanta utilidad en Crimea como un palo de escoba.

Me senté. Todos apreciaron la importancia de lo que había dicho, ya se tratase de los presentes o de los que veían el programa en directo; en ese mismo momento el ministro de la guerra inglés descolgaba el teléfono. Quería hablar con los rusos antes de que sucediese algo irreparable..., un ataque, por ejemplo.

De vuelta al salón en Swindon, el coronel Phelps se puso en pie.

—Grandiosas afirmaciones de alguien que está trágicamente mal informado —entonó paternalista—. Todos hemos presenciado el poder destructivo del Stonk y su efectividad no es la razón de esta charla.

—Demuéstrelo —respondí—. Veo que tienen con ustedes un rifle de plasma. Vayamos al parque y lo probamos. Incluso me puede apuntar a mí, si lo desea.

Phelps se detuvo, y en esa pausa perdió la discusión... y la guerra. Miró al soldado que llevaba el arma, quien le miró a él nervioso.

Phelps y su gente abandonaron el escenario para ocultarse de la multitud. Había tenido la esperanza de ofrecer su discurso de una hora cuidadosamente ensayado sobre el recuerdo de los hermanos perdidos y el valor de la camaradería; no volvió a hablar en público nunca más.

En cuatro horas se había declarado un alto el fuego por primera vez en 131 años. En cuatro semanas, los políticos volvían a reunirse en la mesa de Budapest. En cuatro

meses, todos los soldados ingleses habían abandonado la península. En cuanto a la Corporación Goliath, pronto se les pidió cuentas por su engaño. Expresó una ignorancia muy poco convincente de todo el asunto, echando la culpa por completo sobre los hombros de Jack Schitt. Yo había tenido la esperanza de que se les recriminase un poco más, pero al menos me quitó a Goliath de encima.

Casados

«Landen y yo nos casamos el mismo día en que se declaró la paz en Crimea. Landen me dijo que había sido para ahorrarse la factura de las campanas. Miré a mi alrededor un poco nerviosa cuando el párroco llegó a lo de “Que hable ahora o que calle para siempre”, pero allí no había nadie. Me reuní con la Federación Brontë y pronto se acostumbraron a la idea del nuevo final, sobre todo cuando comprendieron que ellos eran los únicos que se oponían. Yo lamentaba las heridas de Rochester y el incendio de la casa, pero me alegraba que él y Jane, después de más de cien años de insatisfacción, hubiesen encontrado al fin la paz y la felicidad verdaderas que tan en exceso merecían.»

THURSDAY NEXT

Una vida en OpEspec

La recepción resultó ser mayor de lo que habíamos imaginado y a las diez ya había ocupado también el jardín de Landen. Boswell se había emborrachado un poco, así que lo metí en un taxi y lo mandé al Finis. Paige Turner había intimado con el saxofonista... Nadie los había visto durante la última hora. Landen y yo disfrutábamos de un pequeño momento para nosotros solos. Le apreté la mano y pregunté:

—¿*Realmente* te habrías casado con Daisy si Briggs no hubiese intervenido?

—¡Tengo las respuestas que querías, garbancito!

—¿Papá?

Estaba vestido con el uniforme completo de coronel de la CronoGuardia.

—He estado pensando en lo que dijiste y he estado investigando un poco.

—Lo lamento, papá, no tengo ni idea de qué estás hablando.

—¿No recuerdas? Hablamos hace unos dos minutos.

—No.

Frunció el ceño y nos miró a los dos, luego al reloj.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Debo de haber llegado temprano. ¡Malditos cronógrafos!

Tocó el dial y se fue rápidamente sin decir nada más.

—¿Tu padre? —preguntó Landen—. ¿No habías dicho que estaba fugado?

—Lo estaba. Lo está. Lo estará... Ya sabes.

—¡Garbancito! —otra vez mi padre—. ¿Sorprendida de verme?

—En cierta forma.

—¡Felicidades a los dos!

Comprobé que la fiesta seguía en marcha. El tiempo no se había detenido. No pasaría mucho tiempo antes de que la CronoGuardia le localizase.

—¡Al infierno con OE-12, Thursday! —dijo, adivinando mis pensamientos y cogiendo una copa de un camarero que pasaba—. Quería conocer a mi yerno.

Se volvió hacia Landen, le agarró la mano y le valoró con cuidado.

—¿Cómo estás, chico? ¿Te has hecho una vasectomía?

—Bien, no —respondió Landen, algo avergonzado.

—¿Algún golpe fuerte jugando al rugby?

—No.

—¿Una cox de caballo ahí abajo?

—No.

—¿Una pelota de críquet en la entrepierna?

—¡No!

—Vale. Entonces es posible que saquemos nietos de este fiasco. Y ya era hora de que la pequeña Thursday se dedicase a soltar algunos críos en lugar de correr por ahí como un cerdito salvaje de montaña... —Hizo una pausa—. Me miráis raro.

—Estuviste aquí no hace ni un minuto.

Frunció el ceño, alzó una ceja y miró furtivamente a su alrededor.

—Si *era* yo y me *conozco* a mí mismo, entonces estaré oculto en algún lugar cercano. ¡Oh, sí, mira! ¡Ahí estoy!

Señaló una esquina del jardín donde una figura se ocultaba en las sombras tras un cobertizo de jardín. Entrecerró los ojos y recorrió la cadena de acontecimientos más lógica.

—Veamos. Debo de haberme ofrecido a hacerte un favor, lo he hecho y he regresado un poco antes de tiempo; suele pasar en mi trabajo.

—¿Qué favor podría haber pedido? —aventuré, todavía confundida pero más que dispuesta a jugar.

—No sé —dijo mi padre—. Una pregunta candente sobre la que se ha discutido mucho a lo largo de los años pero que, hasta ahora, no ha tenido respuesta.

Pensé durante un momento.

—¿Qué tal la autoría de las obras de Shakespeare?

Sonrió.

—Muy bien. Veré qué puedo hacer.

Se terminó la copa.

—Bien, una vez más, felicidades a los dos; debo irme. El tiempo no espera por nadie, como nos gusta decir.

Sonrió, nos deseó felicidad para el futuro y se fue.

—¿Puedes explicar *qué* pasa exactamente? —preguntó Landen, totalmente confundido, no tanto por los acontecimientos en sí como por el orden en que se estaban produciendo.

—En realidad, no.

—¿Ya me he ido, garbancito? —preguntó mi padre, quien había regresado de su escondite tras el cobertizo.

—Sí.

—Bien. Bueno, descubrí lo que querías saber. Fui a Londres en 1610 y descubrí que Shakespeare no era más que un actor con una carrera secundaria y potencialmente vergonzosa como comerciante de artículos en saco en Stratford. No es de extrañar que no se lo comentase a nadie... ¿Lo harías tú?

Efectivamente, era muy interesante.

—Entonces, ¿quién las escribió? ¿Marlowe? ¿Bacon?

—No; eso resultó ser un problemilla. Verás, nadie había *oído* hablar de las obras, y menos aún escribirlas.

No comprendía.

—¿A qué te refieres? ¿No las había?

—Eso es exactamente lo que digo. No existen. Nunca se escribieron. Ni él las escribió, ni nadie.

—Lo lamento —dijo Landen, nada dispuesto a tragarse más—, pero vimos *Ricardo III* hace sólo seis semanas.

—Claro —dijo mi padre—. El tiempo está desarticulado *a lo grande*. Era evidente que había que hacer algo. Llevé un ejemplar de las obras completas conmigo y se lo entregué al actor Shakespeare en 1592 para que las distribuyese según una cronología. ¿Responde eso a tu pregunta?

Seguía confundida.

—Entonces, *no fue* Shakespeare el autor de las obras.

—¡Definitivamente no! —admitió mi padre—. Ni tampoco Marlowe, Oxford, De Vere, Bacon o cualquiera de los otros.

—¡Pero eso no es posible! —exclamó Landen.

—Al contrario —respondió mi padre—. Considerando las gigantescas escalas temporales del cosmos, lo imposible es muy habitual. Cuando hayas vivido tanto como yo, sabrás que *cualquier cosa* es posible. *El tiempo está desarticulado; ¡Oh, maldito fastidio, que yo naciese para enderezarlo!*

—¿Tú añadiste esa parte? —pregunté, habiendo dado siempre por supuesto que citaba a *Hamlet* y no al revés.

Sonrió.

—Una pequeña vanidad personal que estoy seguro me disculparán, Thursday.

Además: ¿quién iba a enterarse?

Mi padre miró la copa vacía, buscó en vano un camarero y luego dijo:

—A estas alturas Lavoisier me habrá localizado. Juró capturarme y es francamente bueno. Debería serlo; fuimos compañeros durante casi siete siglos. Sólo una cosa más: ¿cómo murió el duque de Wellington?

Recordé que ya me lo había preguntado.

—Como te dije, papá, murió en la cama en 1852.

Padre sonrió y se frotó las manos.

—¡Excelentes noticias! ¿Y Nelson?

—Recibió un disparo francés en Trafalgar.

—¿En serio? Bien, no se puede ganar siempre: buena suerte, a los dos. Un niño o una niña estaría bien; uno de cada todavía mejor.

Se inclinó y bajó la voz.

—No sé cuándo voy a regresar, así que prestad atención. Nunca compréis un coche azul o una piscina para niños, manteneos alejados de las ostras y las sierras circulares, y no os acerquéis a Oxford en junio de 2016. ¿Entendido?

—¡Sí, pero...!

—¡Bien, pip pip, el tiempo no espera por nadie!

Me volvió a abrazar, le dio la mano a Landen y luego se perdió en la multitud antes de que pudiésemos preguntarle nada más.

—Ni siquiera *intentés* entenderlo —le dije a Landen, colocándole un dedo sobre los labios—. Es un área de OpEspec en la que es mejor no pensar.

—¡Pero si...!

—¡Landen...! —dije con más severidad—. ¡No...!

Bowden y Victor también estaban en la fiesta. Bowden se alegraba por mí y había aceptado con tranquilidad la idea de que no me uniría a él en Ohio, ya fuese como esposa o ayudante. Oficialmente le habían ofrecido el trabajo pero lo rechazó; dijo que había demasiada diversión en la división de detectives literarios de Swindon y que se lo volvería a pensar en la primavera; Finisterre había ocupado su lugar. Pero en este momento, tenía algo más en mente. Sirviéndose una copa bien cargada, se acercó a Victor, quien charlaba animadamente con una mujer anciana de la que se había hecho amigo.

—¡Saludos, Cable! —murmuró Victor, presentando a su nueva amiga antes de aceptar hablar en privado con él—. Resultado genial, ¿no? Que le den a la Federación Brontë; estoy con Thursday. ¡Creo que el nuevo final es chulo! —Hizo una pausa y miró a Bowden—. Tienes la cara más larga que una novela de Dickens. ¿Qué pasa? ¿Te preocupa Felix8?

—No, señor; sé que acabaremos encontrándole. La cosa es que *accidentalmente* cambié la cubierta del libro al que entró Jack Schitt.

—¿Quieres decir que no está con sus adorados rifles?

—No, señor. Me tomé la libertad de poner este libro en la cubierta de *El rifle de plasma en la guerra*.

Le entregó el libro que había estado en el Portal de Prosa. Victor miró el lomo y rió. Era un ejemplar de *Los poemas de Edgar Allan Poe*.

—Mire la página veintiséis —dijo Bowden—. Creo que en «El cuervo» está pasando algo muy raro.

Victor abrió el libro y examinó la página. Leyó el primer verso en voz alta:

*Una vez, en una terrible medianoche, mientras consideraba débil y cansado.
Un plan para vengarme de esa maldita Thursday Next...
Este caso Jane Eyre, tan sorprendente, ofrece a mi alma tan terrible desprecio,
Aquí tramo con furia creciente, elevándose en mi prisión de texto.
«¡De aquí sacadme!», digo, aconsejando, «Extraedme de esta prisión de texto... o juro que os retorceré el cuello».*

Victor cerró el libro de golpe.

—La última línea se le ha ido un poco, ¿no?

—¿Qué esperas? —respondió Bowden—. Es miembro de Goliath, no un poeta.

—Pero ayer mismo leí «El cuervo» —añadió Victor con confusión—. ¡No era así!

—No, no —le explicó Bowden—. Jack Schitt sólo está en este ejemplar... Si le hubiésemos metido en el manuscrito original, cualquiera sabe lo que habría hecho.

—¡Fe-li'ci-da'des! —exclamó Mycroft al acercársenos.

Polly le acompañaba, y tenía un aspecto radiante con su sombrero nuevo.

—¡Los Do's Nos Ale'gra-mos *Mucho* Por Voso'tros! —añadió Polly.

—¿Has estado trabajando otra vez con los gusalibros? —pregunté.

—¿Se No'ta? —preguntó Mycroft—. ¡Ten'emos Que Irn'os!

Y se fueron.

—¿Gusalibros? —preguntó Landen.

—No es lo que crees.

—¿Mademoiselle Next?

Eran dos. Estaban vestidos con trajes elegantes y me mostraron placas de OE-12 que no había visto antes.

—¿Sí?

—Prefecto Lavoisier, ChronoGendarmerie. *Où es votre père?*

—Un minuto antes y le habrían encontrado.

Lanzó una maldición.

—*Colonel Next est un homme très dangereux, mademoiselle. Il est important de lui parler concernant ses activités de trafic de temps.*

—Es mi padre, Lavoisier.

Lavoisier me miró fijamente, intentando decidir si algo que él pudiese decir o

hacer haría que le ayudase. Suspiró y se rindió.

—*Si vous changez votre avis, contactez-moi par les petites annonces du Grenouille. Je lis toujours les archives.*

—No contaría con ello, Lavoisier.

Reflexionó un momento, pensó en algo que decir, se decidió en contra y en su lugar me sonrió. Me ofreció un rápido saludo, me dijo en perfecto inglés que disfrutase del día y se fue. Pero su joven compañero también tenía algo que decir:

—Un consejo para los dos —murmuró algo cohibido—. Si alguna vez tienen un hijo que quiere unirse a la CronoGuardia, intenten disuadirle.

Sonrió y siguió a su compañero para continuar la búsqueda de mi padre.

—¿A qué vino eso del hijo? —preguntó Landen.

—No sé. Pero su cara me pareció familiar, ¿no?

—Un poco, sí.

—¿Dónde estábamos?

—¿Señora Parke-Laine? —preguntó un individuo fornido, que me miraba seriamente desde dos ojos castaños muy hundidos.

—¿OE-12? —lancé, preguntándome de dónde habría salido el hombrecito de frente saliente.

—No, señora —respondió, tomando una ciruela de un camarero que pasaba, olisqueándola cuidadosamente y comiéndosela, con hueso y todo—. Me llamo Bartholomew Stiggins; de OE-13.

—¿A qué se *dedican*?

—No tengo permiso para comentarlo —respondió de inmediato—, pero podríamos necesitar de sus habilidades y talentos.

—¿Qué tipo de...?

Pero el señor Stiggins ya no me prestaba atención. En su lugar, miraba fijamente a un escarabajo que había encontrado en una maceta.

Con gran cuidado y destreza que contradecían sus enormes manos que tan torpes parecían, agarró el insecto y se lo metió en la boca. Miré a Landen, quien hacía una mueca.

—Lo lamento —dijo Stiggins, como si le hubiesen pillado metiéndose el dedo en la nariz—. ¿Cómo dice la expresión? ¿Las viejas costumbres tardan en morir?

—Hay más en el montón de estiércol —dijo Landen, deseoso de ayudar.

El hombrecito sonrió un poco; supongo que no manifestaba muchas emociones.

—Si le interesa, estaré en contacto.

—Esté en contacto —le dije.

Farfulló, se volvió a encajar el sombrero, nos deseó un feliz día, preguntó por el paradero del montón de estiércol y se fue.

—Nunca había visto a un neandertal con traje —comentó Landen.

- No te preocupes por el señor Stiggins —dije, alzándome para besarle.
- Creía que habías terminado con OpEspec.
- No —respondí con una sonrisa—. Es más, ¡creo que sólo acabo de empezar...!

Para lo mejor en recreación de especies extintas en Swindon vaya al:

Emporio Dodo de Pete y Dave

Una selección de nuestro stock actual:

Dodo: V1.8 una edición poco habitual, para coleccionistas. Muy buen estado, ligeramente dañado en la pata

Dodo: V2.9.1 exquisita secuenciación, gran potencial en concursos.

Alca imperial: V2.3 acreditación RESC, listo para exhibición

Lobo de Tasmania: a escoger entre tres V1.7S. Bueno para los niños

Mastodonte pigmeo: V5.3 entrenado para el hogar, se puede escoger el color

¡Llame a Badoy 261 para una consulta gratuita!

Ninguno de los animales es salvaje y disponen de papeles en regla. El inventario cambia a diario.

Llame para conocer los precios más recientes. El establecimiento de Pete y Dave dispone de una licencia completa de OpEspec-13 y del Departamento Nacional de Clonación y Genética.

Reg.: 48912902/gh/04

COMA MÁS

TOSTADAS

¡SON SABROSAS Y DELICIOSAS!

Llame *gratuitamente* al 1-700-TOSTADA
para recibir un paquete informativo repleto de consejos
y trucos para mejorar su disfrute de la **TOSTADA**

Un anuncio de

THE TOAST MARKETING BOARD

Patrocinador oficialmente acreditado del departamento de detectives literarios de Swindon

Nombres de personajes

En *El caso Jane Eyre*, muchos nombres de personajes son juegos de palabras o referencias. Algunos son evidentes ya en el texto, pero otros no tanto. Por suerte, en el propio sitio web de Jasper Fforde (<http://jasperfforde.com>) aparece un completo conjunto de notas sobre *El caso Jane Eyre* (<http://www.jasperfforde.com/reader/reader-jon2.html>) compiladas por Jon Brierley. De ahí hemos extraído parte de la información para preparar esta nota:

LYDIA STARTRIGHT: Start-rite es una marca británica de zapatos para niños.

LANDEN PARK-LAINE: una casilla muy valiosa en la versión británica del Monopoly.

FILBERT SNOOD: filbert es un tipo de avellana y snood es una redecilla.

BOWDEN CABLE: un cable usado en la fabricación de frenos de bicicletas.

BRAXTON HICKS: falsas contracciones de parto, también conocidas como contracciones de Braxton Hicks.

STURMEY ARCHER: antigua empresa fabricante de mecanismos para bicicletas.

RUNCIBLE SPOON: Un dispositivo del poema de Edward Lear *The Owl and the Pussycat*.

LEIGH DELAMERE: un área de servicio que existe en realidad.

BRODYR ULYANOV: *Brodyr* en galés significa «hermano». Vladimir Ilich Ulyanov era el nombre real de Lenin.

OSWALD MANDIAS: *Ozymandias* es un famoso poema de Shelley.

STIGGINS: un libro para niños, *Stig of the Dump*, escrito por Clive King, tiene como protagonista a un niño que descubre a un neandertal que vive en un vertedero.

PAIGE TURNER: «page turner», literalmente, «pasa páginas», referido a un libro que se lee con mucha rapidez porque el lector es incapaz de dejarlo.

Notas

[1] Juego de palabras con el nombre de la protagonista. Next significa «siguiente» por lo que el comentario de Snood podría haberse entendido como «Usted debe de ser la siguiente». *(N. del T.)*

[2] Juego de palabras con el nombre de la protagonista. La respuesta anterior podría haberse traducido como «Llámemme el jueves» y de ahí el comentario de Snood. *(N. del T.)*

[3] «Acheron» es la versión inglesa de «Aqueronte». Lo mismo pasa con el nombre de su hermano, Styx, que sería «Estigia». El apellido familiar es Hades, el dios de los muertos en la mitología griega. De ahí el comentario de la protagonista. *(N. del T.)*

[4] Juego de palabras con el apellido de la protagonista, Next, que podría traducirse por «siguiente». *(N. del T.)*

[5] Juego de palabras entre dos posibles significados de la palabra «miss»: «fallar el tiro» y «echar de menos». *(N. del T.)*

[6] Shit (mierda) y Schitt suenan de forma similar en inglés. *(N. del T.)*

[7] Guess significa «adivinar» en inglés. *(N. del T.)*

[8] «A Crime» en inglés. *(N. del T.)*